

CRIMEN & CIA.

**Janwillem Van
De Wetering**

**MUERTE EN
EL DIQUE**



En *Muerte en el dique*, el gordo y desaseado detective Grijpstra y el elegante sargento de Gier se enfrentan a una banda de traficantes en artículos robados y a dos peligrosos delincuentes: el «Gato» y un misterioso árabe, Sharif, que tiene su cuartel general en un selecto burdel de Amsterdam.

El hallazgo del cadáver de un individuo con un certero balazo entre las cejas y la detención de la vecina de la víctima, que estaba secretamente enamorada de él y era campeona olímpica de tiro, es el disparo de salida de esta singular aventura.



Janwillem Van de Wetering

Muerte en el dique

Grijpstra & De Gier - 3

Crimen & Cia. - 9

ePub r1.0

Titivillus 12.08.15

Título original: *The Corpse on the Dike*

Janwillem Van de Wetering, 1976

Traducción: Esteban Riambau Saurí

Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



A mi amigo Austin Olney

1

AQUELLA TARDE de fines de verano era calurosa, pesada. Se habían reunido nubes oscuras hasta cubrir el cielo y la espesa luz parecía deformar el escenario alrededor de los dos pescadores solitarios en su pequeña barca, en pleno frío. Hasta hacía poco había soplado viento, pero ahora el agua apenas mostraba ondas alrededor del chinchorro de fondo plano. Los peces debían de haberse unido a la tranquilidad general de su entono, ya que el corcho del sargento de Gier, que se sostenía aislado y retador, de un blanco centelleante en el gris oscuro del agua, parecía estar pegado a ella con cola.

—Si esto es pescar —comentó de Gier—, resulta todavía más aburrido de lo que yo creía.

El brigada Grijpstra volvió su enorme cabeza y frunció los labios.

—Porque estamos pescando, ¿verdad? —insistió de Gier.

Grijpstra asintió.

—¿Y hay peces aquí?

Grijpstra asintió de nuevo.

De Gier estudió su corcho. No estaba en el mismo lugar. Se había movido. Pero ¿cuánto se había movido? ¿Un par de centímetros? ¿Sólo un centímetro? Cerró un ojo. El corcho había estado formando línea recta con el tronco de un viejo castaño de la orilla, y ahora ya no seguía esta alineación; por lo tanto, se había movido. Algo había ocurrido. Su corcho se había desplazado.

Pero en realidad no le importaba. De Gier, a pesar de su reputación como hombre eficiente y activo, que se había forjado

durante diez años de investigación criminal en la Policía Municipal de Amsterdam, era un hombre altamente motivado. Había decidido, antes de embarcar en el chinchorro aquella tarde, que no pasarían más de dos horas en el agua, y, con el fin de llegar a esa conclusión, había utilizado la lógica. Estaban allí con una finalidad: capturar un preso fugitivo. Los hechos que se le habían expuesto eran harto sencillos. Se suponía que el preso, o, mejor dicho, el ex preso, se encontraba en una de las doce casitas destartaladas que se apoyaban desordenadamente en el dique frente al cual se encontraba ahora su embarcación. Si ellos podían ver las casas, los ocupantes de éstas, incluido el ex preso, también podían verlos a ellos. Quien les observara desde las ventanas de las casitas creería que eran dos pescadores. Sin embargo, los pescadores pescan a la luz del día, y dentro de una hora habría oscurecido. Resultaría extraño el espectáculo de unos pescadores que trataran de pescar a oscuras, y el ex preso concebiría alguna sospecha. Por consiguiente, pensaba de Gier, si nada sucedía allí, él y Grijpstra remarían para regresar a la orilla. Atracarían el chinchorro y volverían a sus casas: Grijpstra para mirar la televisión en su casita de Lijnbaansgracht, en el casco antiguo de Amsterdam, y él, de Gier, a su diminuto apartamento en los suburbios para regar los tiestos con flores de su balcón, y para dar la comida a Oliver, su gato siamés, que se revolcaría por el suelo apenas oyera la llave en la cerradura, esperando ser levantado y acariciado. De Gier ansiaba ir a su casa. Le gustaban sus tiestos con flores, y últimamente sus ásteres, recién plantadas y de color anaranjado oscuro, prosperaban satisfactoriamente. Quería a su gato Oliver, a pesar de que aquel pobre animal neurótico era casi insoportable. Y no le gustaba pescar.

«¿Qué pasará si pesco algo?», estaba pensando. Podía verse a sí mismo tratando de extraer el anzuelo de la boca de un pez resbaladizo y saltarín, y se estremeció. No tenía el menor deseo de causar daño a un pez. No hubiera debido permitir que Grijpstra cebara su anzuelo. Tal vez en este momento se acercaba un pez al cebo, abierta de par en par su estúpida boca, a punto de tragarse aquel afilado y cruel gancho de acero. A un pez se le debería capturar con red, en aguas centelleantes y transparentes, ante la costa de una isla en los trópicos. Palmeras, muchachas con la piel

del color de las castañas, bailando con faldas cortas confeccionadas con hojas de bananero. Aves del paraíso revoloteando sobre las malezas. De Gier sonreía para sus adentros. También Grijpstra estaba sonriendo. Al principio, su línea de pensamiento había sido similar a la seguida por de Gier, pero Grijpstra se había imaginado a sí mismo capturando un pez, un pez de respetable tamaño, un lucio, un ejemplar corpulento. Sabía que había lucios en el río, y había visto uno muy grande, disecado, en el mostrador de una taberna junto al dique. Le habían explicado que aquel cadáver disecado sólo tenía un año. ¿Por qué no iba a capturar un lucio ahora? Primero pescar el lucio, y después capturar al ex preso, y enseñar el lucio a los demás detectives. ¿Qué tenía de malo el éxito? En su imaginación estaba viendo ya la mueca de celosa sorpresa en la cara del brigada Geurts. Geurts era un pescador entusiasta y Grijpstra siempre disfrutaba molestando al brigada Geurts.

—La luz se está apagando —murmuró de Gier—. Los colegas tendrán que apresurarse a salir, pues de lo contrario, a la que se haga de noche, habrá que dar por concluida la jornada.

Grijpstra lanzó un gruñido. Súbitamente, cambió de parecer. Ya no deseaba capturar al ex preso. Estaba disfrutando en el agua. ¿Por qué habían de molestar a aquel desdichado? Sin embargo, había que echarle el guante a aquel hombre, desde luego. Había huido de la cárcel, y por su propia voluntad, una voluntad que había sido suspendida por las autoridades y que no había de gozar de libertad; había interrumpido una sentencia de tres años que un juez de edad proveya y buenas intenciones, tras largas deliberaciones, había impuesto debido a una combinación de leyes quebrantadas, unas leyes creadas por el Estado para proteger a sus ciudadanos contra sí mismos. El hombre hubiera tenido que quedarse en su celda de hormigón gris, en compañía de una litera metálica gris, y una mesa y una silla metálicas, también grises. El hombre hubiera tenido que armarse de paciencia, pero no lo había hecho. Mientras vivía bajo la luz filtrada de su celda, en la que el sol sólo podía llegar hasta él a través de unos cristales gruesos y opacos, reforzados, había meditado un plan. Y había ejecutado este plan.

Se había hurgado la nariz con una uña bien afilada, revolviendo ésta con tanta crueldad como pudiera hacerlo el anzuelo del sargento de Gier, en cualquier momento, en la blanda y fría piel del

interior de la boca de un pez. La uña hizo brotar sangre y el preso recogió la sangre en sus manos, formando taza, y se untó con ella su camisa, absorbiendo el resto con su boca. Antes de llenarse la boca, había llamado a su puerta y gritado para que acudiera el Ojo, aquel Ojo desagradable que le inspeccionaba, a través de una pequeña rendija, cada hora. El Ojo acudió y encontró al prisionero en el suelo, con la sangre corriendo por su barbilla. El Ojo informó debidamente y regresó con otros Ojos y condujeron al preso a una ambulancia. El preso tenía un amigo en el hospital y se evadió aquel mismo día.

Desde entonces habían pasado tres meses. Las autoridades no se preocuparon excesivamente. La policía fue informada. El brigada Grijpstra fue llamado al despacho del *commissaris*^[1], donde le enseñaron la ficha del preso.

—Un delincuente de poca monta —dijo el *commissaris*—, de muy poca monta. Ni siquiera es peligroso. Usted ya le conoce, ¿verdad? ¿No se ocuparon del caso usted y de Gier?

—Sí, señor —contestó Grijpstra mientras seguía leyendo el expediente.

—Deténgalo cuando sea —estaba diciendo el *commissaris*—, pero no haga nada especial. De nada serviría buscarlo. Aparecerá en una de esas direcciones. Hágalo saber a los informadores y ponga un precio moderado por su cabeza. ¿Por qué le cayeron tres años? Es tan sólo un ratero, ¿verdad?

—Sí, señor —replicó Grijpstra—, pero ratero sigue siendo, y esto es lo malo. Un mal ratero. Y con muy poca suerte.

El *commissaris* suspiró.

—Cuénteme, pues no me apetece leerme el expediente; es demasiado grueso.

Grijpstra levantó la vista y vio que el *commissaris* sólo había leído una hoja mecanografiada, con una fotografía cosida a ella. La foto mostraba la cara de un hombre barbudo, una cara más bien agradable, una cara con sentido del humor.

El *commissaris* entregó la hoja a Grijpstra. Los funcionarios de la jefatura habían mencionado tres direcciones en Amsterdam, explicando que la primera correspondía a una hermana mayor del delincuente y las otras dos a unas amistades de éste.

—Se mostró muy manso cuando lo detuvimos aquella vez —dijo

Grijpstra—. Había tratado de entrar en una tienda, pero el propietario llegó casualmente aquella noche y lo pescó con las manos en la masa. Hubo una pelea, y el tendero cayó y se causó una herida en la cabeza. Esto modificó la acusación. El fiscal no estaba de buen humor y el abogado del prisionero no estuvo muy brillante. Tres años.

El *commissaris* meneaba la cabeza.

—Bien, volverá a acudir dócilmente. No lo asusten. Hablen con él. Usted sirve para esto, Grijpstra. Y no se precipiten. A veces, debemos precipitarnos, pero otras veces nos conviene esperar. Esta vez esperaremos.

Grijpstra suspiró.

—Ha estado dos años en la cárcel, señor. Esperemos que no se haya vuelto violento.

—Sí —dijo el *commissaris*—. ¡La cárcel!

—No los mejora mucho que digamos —comentó Grijpstra.

El *commissaris* asintió con la cabeza, pero no prosiguió con este tema. El *commissaris* era un hombre de edad avanzada, cercano ya a la jubilación. También él había estado en la cárcel, durante la guerra, cuando la Gestapo había deseado enterarse de cómo funcionaba la Resistencia holandesa. Era entonces un oficial de la Resistencia y no se había sentido dispuesto a cooperar con los investigadores alemanes. Había sido alojado en la misma celda de la que últimamente había conseguido escapar el desafortunado ladrón, pero en aquella ocasión las cosas eran diferentes. En aquellos días, un poco de sangre que goteara a lo largo de la barbilla de un prisionero no era cosa que impresionara mucho a los alemanes. El *commissaris* recordaba haber comido un trozo de pan que uno de sus compañeros de cautiverio, cegado por la sangre que goteaba en sus ojos, procedente de un corte sobre la ceja causado por la sortija nupcial de un oficial alemán de policía que le estaba interrogando, había dejado caer accidentalmente en el cubo que servía como letrina. El *commissaris* había extraído el mendrugo de pan, lo había limpiado y se lo había comido. Había sido aquélla una mala cárcel. Y era todavía, a pesar del cambio de las circunstancias, una mala cárcel. Sin embargo, el Estado necesita cárceles. El *commissaris* gruñó y se frotó la pierna derecha, que aquel día le estaba doliendo más que la izquierda. El dolor reumático disminuyó ligeramente y

pareció que no mordiera tan profundamente en el hueso como lo había estado haciendo hasta entonces. Siguió frotándose la pierna. No conseguía desprenderse de aquel dolor y no le era posible prescindir de las cárceles.

Grijpstra alzó la mirada desde el expediente.

—Dice aquí, señor, que el hombre está muy vinculado a su hermana. Antes vivía con ella. Ella no se ha casado y el hombre en cuestión es viudo. Por consiguiente, es probable que vaya a verla. Las señas corresponden al dique. ¿Conoce el dique, señor?

Grijpstra se había acercado al gran mapa de Amsterdam que había en la pared del despacho. Su grueso índice trazó un rápido curso desde la Jefatura de Policía hacia el norte, atravesando el río y virando entonces hacia la izquierda.

—Aquí —dijo—. Éste es el dique Landsburger.

El *commissaris* siguió el dedo de Grijpstra y reflexionó.

—Sí —dijo al cabo de un rato—, hay allí un muelle, un muelle pequeño. Hace años tuve que ir allí, porque un obrero se había roto el cuello al caerse desde un andamio. El doctor creía que podían haberle empujado, y es muy probable que así fuese, pero no conseguimos demostrarlo.

—Hay aquí unas cuantas casas pequeñas y viejas —explicó Grijpstra—, habitadas por gente extraña. Marginados, como se les llama ahora: parados, borrachos, jubilados de avanzada edad, subnormales, delincuentes de poca monta. He estado allí a menudo, sobre todo a causa de robos y de peleas entre borrachos cuando surgen problemas al dividir el botín. La hermana de nuestro hombre debe de vivir en una de esas casas. Hubo un plan municipal para despejar el dique y ensancharlo, y construir entonces bloques de apartamentos, pero las casas son muy antiguas —es posible que cuenten unos trescientos años— y han sido incluidas en la lista de monumentos. Con el tiempo, serán restauradas.

El *commissaris* volvía a estar sentado detrás de su mesa, hojeando las páginas de una libreta.

—Tenemos un informador en el dique —dijo.

—Lo sé, señor. Le llaman el Ratón.

—¿Usted lo conoce? —preguntó el *commissaris*.

Grijpstra hizo una mueca.

—¿No le cae bien?

—¿A quién le cae bien un informador? —preguntó Grijpstra, dirigiéndose al techo del despacho.

—Pero usted ha hecho una mueca muy desagradable —comentó sonriendo el *commissaris*.

—Es que se trata de un hombre desagradable, señor. Un hombrecillo desagradable y repelente. Es demasiado pequeño para que le llamen rata. El año pasado me dio una información, delató a su propio amigo, un hombre con el que durante años había estado jugando al billar, y además lo hizo a cambio de una suma ridícula. Pero la acusación quedó demostrada.

—Anímese, Grijpstra —aconsejó el *commissaris*—, levante el ánimo. Tenemos cárceles y tenemos informadores. Y tenemos criminales. Y nosotros somos policías. Y está lloviendo. ¡Ánimo!

—Sí, señor —dijo Grijpstra.

Grijpstra desplazó su peso y el chinchorro se movió.

—Quieto —susurró de Gier—, no te muevas. Esto es una barca muy pequeña. Si la vuelcas, nos caeremos al agua y nos ahogaremos. Y si no nos ahogamos, quedaremos como un par de necios. Y además mojados. ¡Quieto!

—¿No eres un deportista? —preguntó Grijpstra.

—Aquí no. El agua está demasiado sucia.

Grijpstra suspiró y empezó a pensar de nuevo en el ex preso. Ahora estará tomando el té con su hermana, pensó Grijpstra. Sólo ha venido a pasar el día, pero el Ratón lo ha visto y se ha gastado un cuarto de guilder en una llamada telefónica. Esta cantidad aparecerá después en su factura, junto con el dinero de Judas. Y ahora, los detectives Geurts y Sietsema estarán en un coche aparcado cerca de la puerta de la casa. Estarán utilizando la furgoneta, contemplando esa puerta a través de rendijas. No tardarán en llamar a su puerta y, si él es lo bastante necio como para correr hacia el río y saltar a uno de los botes de remos, caerá en nuestras manos. De Gier pondrá en marcha el fueraborda y lo capturaremos antes de que haya podido empuñar los remos, y si de Gier falla en su maniobra, lo capturará la Policía Fluvial. Su lancha se encuentra cerca de la próxima curva del río y tienen un agente debajo de aquel árbol que hay allí, con unos prismáticos y una

radio. El pobre infeliz no tiene ni una posibilidad. Esta noche regresará a la prisión, para pasar allí otro año. Es posible que durante una temporada lo metan en una celda especial. A los carceleros no les gustan los prisioneros que se largan. Puede que le gasten alguna jugarreta. Tal vez yo deba visitarle en algún momento, para ver si se encuentra bien. Comprarle un cartón de cigarrillos. Grijpstra asintió para sus adentros. Sí. Lo haré.

También de Gier estaba pensando. Se había lamido los labios y había entrecerrado los ojos. Soy un policía de poca talla, estaba pensando de Gier, que captura delincuentes de poca talla. Debería haberle pasado una nota. De Gier contempló su corcho, que se había movido de nuevo aunque él no lo hubiera visto moverse. Pronto llovería, agua acompañada con truenos y relámpagos. El calor estaba resultando opresivo y el color de las nubes se había oscurecido. Una gran garza azul que se había mantenido cercana a su chinchorro, oculta en parte por los restos medio hundidos de un bote fluvial, se alzó lentamente en el aire, agitando sus anchas alas. La pluma de su cabeza pequeña y delicada se irguió cuando la majestuosa ave inició su vuelo lento y solemne. Sin embargo, lo capturarán de todas maneras, seguía pensando de Gier. Es un país pequeño y él no es muy inteligente. No puede huir. Conocemos su rutina y él no puede cambiarla. Siempre ocurre lo mismo. Averiguar qué camino siguen y colocar en él una trampa. Nunca cambian sus caminos.

El emisor-receptor portátil que Grijpstra tenía entre sus pies chirrió.

—Diga —dijo Grijpstra.

—Ahora —contestó la radio.

—Vale.

Los detectives desmontaron sus cañas de pescar. De Gier tiró de la cuerda del pequeño fueraborda. Éste se puso en marcha al instante. De Gier no lo aceleró inmediatamente; hacía muy poco ruido, sólo un leve petardeo en la pesada atmósfera de aquella tarde bochornosa. De Gier sonrió. Había esperado problemas, pero el sargento de la Policía Fluvial que les había prestado la embarcación no había exagerado cuando alabó las cualidades del motor.

—Comprueba tu pistola —dijo Grijpstra.

Las dos pistolas —el modelo grande de Grijpstra, que llevaba en

una funda en su cinturón, y el modelo ligero del sargento, que éste llevaba en una funda sobaquera especial— chasquearon al penetrar las balas en sus recámaras.

No dispararé contra él, pensó de Gier, ni siquiera si echa a correr. Prefiero correr más que él.

De Gier correrá más que él, pensó Grijpstra; tiene unas piernas muy largas.

—Mira —dijo Grijpstra.

El hombre atravesaba corriendo el jardín posterior de la casa. Después saltó a un bote de remos amarrado en el pequeño embarcadero.

—¡Policía! —gritó Grijpstra.

El chinchorro adquiría velocidad. El hombre estaba colocando los remos en su bote.

—¡Alto! —Vociferó Grijpstra—. No puedes huir; hay una lancha que te espera, también. ¡Manos arriba!

El feo morro de la lancha de la Policía Fluvial asomaba ya en la curva del río. El hombre levantó las manos. Sus remos se deslizaban hacia el agua. Grijpstra sacó uno de ellos del río con la mano izquierda.

—Gracias —dijo el hombre—. Es la barca de mi hermana. No me perdonaría que le perdiese los remos.

Geurts y Sietsema les esperaban en el jardín.

—¿Esposas? —preguntó Geurts.

—No —contestó el hombre—. Vendré por las buenas. No estoy armado.

—Vamos a verlo —dijo de Gier, y recorrió con las manos los flancos del hombre y las perneras de su pantalón.

—Hay algo en tu bolsillo derecho —anunció de Gier—. Enséñalo.

Era una navaja y de Gier se la metió en su bolsillo.

—Gracias; ya es suyo, brigada Geurts.

—Gracias, sargento.

—Gracias, gracias —repitió el hombre—. Para ustedes, esto es su trabajo, y para mí es un año en la cárcel.

Lo dijo con buen humor y Grijpstra sonrió.

—Lo siento.

—No importa, brigada —dijo el hombre—. No tengo nada

contra usted. Pero un año es mucho tiempo.

—Te visitaré dentro de una semana, más o menos. ¿Quieres algo, aparte de cigarrillos? —preguntó Grijpstra.

El hombre le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Está hablando en serio?

—Claro que sí.

—Unos cuantos cigarros —dijo el hombre—. De los pequeños. Tengo en la cárcel un viejo amigo al que le gusta fumarlos.

Grijpstra asintió e hizo una seña a la lancha de la Policía Fluvial, que inmediatamente empezó a retroceder, disponiéndose a dar media vuelta.

De Gier volvió a meterse la pistola en su funda.

—¿Siempre lleva la pistola junto al sobaco, sargento? —preguntó el hombre.

—Sí, de este modo no hace ningún bulto.

—Muy elegante —comentó el hombre.

—De Gier es un polizante elegante —dijo el brigada Geurts—. Es el hombre mejor vestido en nuestras fuerzas.

Hubo un silencio ominoso y Geurts puso una mano sobre el hombro del prisionero.

—Vámonos —dijo.

De Gier miró al hombre a los ojos, sonrió y le tocó ligeramente el brazo antes de volverse. Grijpstra le estaba esperando, cerca de la furgoneta que el brigada Geurts y el sargento Sietsema habían utilizado para vigilar la casa donde se encontraba el hombre, y que ahora serviría para transportar al prisionero. Grijpstra emprendió el camino de regreso al avanzar de Gier hacia él, y éste tuvo que correr para alcanzarle.

—Un buen trabajo, bien realizado —comentó Grijpstra malhumorado.

—Evidentemente —replicó de Gier.

—Y además, ni un solo pez —rezongó Grijpstra—. Hemos pasado en la barca más de una hora. Yo tenía el cebo adecuado y aquí abundan los peces.

—Un mal día —observó de Gier.

Su coche estaba aparcado junto al final del dique y les quedaban otros diez minutos de camino. Pasaron ante un café destartalado, más bien un cobertizo oculto en un recodo del dique, cuyas paredes

de madera carcomida necesitaban con urgencia una capa de pintura e incluso la placa metálica que anunciaba una cerveza estaba oxidada.

—¿Un café? —preguntó de Gier súbitamente.

Grijpstra asintió. Entraron y se sentaron ante una mesita, cubierta en parte por un sucio mantel de cuadros rojos y blancos. Un adolescente les estaba mirando desde el otro lado del mostrador.

—Dos cafés —pidió de Gier.

El muchacho llenó dos tazas en una máquina arcaica, que no había sido pulimentada hacía años, y, al colocar las tazas sobre la mesa, vertió parte de aquel líquido repelente, de un color marrón blanquecino.

—¿Por qué no sirves el café en un cubo? —le preguntó Grijpstra.

El jovenzuelo se encogió de hombros y volvió al mostrador, donde descolgó el teléfono. Acababa de marcar el número cuando, en el café, entró presurosa una joven que se dirigió en seguida hacia el mostrador.

—Por favor, déjame telefonear —dijo al muchacho—. Es un caso urgente. Quiero telefonear a la policía.

—Un momento —dijo el joven.

—¡Por favor, por favor! —exclamó la muchacha.

De Gier se levantó de un salto.

—¿Puedo ayudarla, señorita? Soy policía.

Le enseñó su identificación, pero la muchacha no parecía comprender.

—Por favor —dijo al joven—, ¡dame el teléfono!

—¿Qué ha ocurrido, señorita? —preguntó de Gier y trató de enseñarle de nuevo sus credenciales, pero ella no le prestó la menor atención.

Grijpstra miraba la escena, divertido. La escena rutinaria, pensó, pero esta vez no daba resultado. Eran dignos de admiración aquellos hombros anchos, la sana dentadura y la sonrisa encantadora. Y la nariz, no era posible olvidar la nariz. Era una lástima que de Gier no hubiese tenido tiempo para peinarse, pero tal vez los cabellos luzcan más en un atractivo estado de desorden. Se le están enroscando sobre sus orejas, y hay los ricitos en la noble frente, claro. Lástima que la dama no esté en debidas condiciones para apreciar todo esto.

El muchacho colgó por fin el teléfono y la joven marcó frenéticamente seis veces el número dos, que pone en contacto a cualquier ciudadano nervioso con los Guardianes de la Paz.

De Gier colocó una mano sobre el teléfono.

—¡Señorita! —Gritó de Gier—. Tiene usted a la policía a su lado. Soy el sargento de detectives de Gier, a sus órdenes. Y ahora, ¿quiere decirme cuál es su problema?

La muchacha comprendió finalmente.

—Usted es policía —dijo en voz baja.

—Exactamente, señorita —contestó de Gier—, y ante aquella mesita hay otro policía: el brigada de detectives Grijpstra. Venga a sentarse con nosotros y díganos qué le ocurre.

La joven era hermosa y su habla entrecortada y su aire de confusión no hacían sino favorecerla. Vestía unos pantalones vaqueros ajustados y descoloridos, y una blusa que parecía demasiado pequeña para contener sus pechos agresivos y saltarines. Se dejó conducir hasta la mesa y estrechó la gruesa mano de Grijpstra.

—Vamos a ver —dijo Grijpstra amablemente—, ¿qué podemos hacer por usted, señorita?

—Se trata de mi vecino —contestó la joven—. Lleva varios días sin dejarse ver y me tiene muy preocupada.

Y empezó a llorar.

—Vamos, vamos —dijo de Gier, entregándole su pañuelo.

Entre sollozos, la joven se secó los ojos.

—¿Y qué más? —preguntó Grijpstra.

—El no sale nunca, ¿sabe? —Explicó la chica—. Sólo alguna vez, para hacer compras, pero siempre vuelve al cabo de una hora. Y siempre está trabajando en su jardín. Es el jardín de la casa contigua a la que yo habito. Pero tampoco le he visto en el jardín y su coche está fuera, allí donde siempre. Hace un rato, he empezado a preocuparme de veras y he saltado la cerca.

Volvía a sollozar y Grijpstra le dio unos golpecitos en la espalda.

—Sí, señorita. Díganos lo que ha ocurrido.

—Y la puerta de la cocina estaba abierta y yo he subido. Nunca había subido antes a su casa, y allí estaba él.

—¿No estaría muerto, verdad? —preguntó de Gier.

—¡Sí! —Chilló la chica—. ¡Está muerto! Lo han matado. Alguien

lo ha matado.

—Vamos a verlo —dijo Grijpstra.

Caminaron un buen trecho, casi tanto como el que habían recorrido desde la casa donde capturaron al preso fugitivo. La joven se detuvo ante una casita de dos plantas.

—¿Es ésta la casa donde ha encontrado a su amigo? —preguntó Grijpstra.

—No —respondió la muchacha—. Aquí es donde tengo yo una habitación. Podemos pasar por aquí y salir después al jardín.

Abrió la puerta con su llave, pero los dos policías encontraron cerrado el paso por una mujer baja y obesa.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó la mujer obesa.

—Por favor, déjalos entrar, Mary —rogó la joven—. Son policías y quieren ir a la casa de al lado. Tom está muerto.

—¿Policía? —preguntó con suspicacia la mujer obesa, sin moverse.

De Gier volvió a enseñar su credencial y la entregó a la mujer.

—Sargento de Gier —leyó la mujer en voz alta—. Policía Municipal, Amsterdam.

—Esto es, señora —confirmó de Gier dulcemente—. ¿Nos permite ahora atravesar su casa?

Su amabilidad no impresionó a la mujer. Sin embargo, le tendió una mano y de Gier se la estrechó. No le gustó el tacto de aquella mano. Los dedos regordetes contenían una fuerza considerable.

—Mary van Krompen —dijo la mujer—. Soy maestra jubilada y vivo aquí. Pueden pasar por la casa, sargento, aunque no veo por qué deben hacerlo. Evelien está armando un jaleo, total por nada, como suelen hacer todas las chicas jóvenes. Lo más probable es que el hombre esté simplemente enfermo. ¿Cómo sabes que está muerto, Evelien?

—Yo lo he visto —sollozó Evelien.

—¿Cuándo? —preguntó la mujer obesa.

—Hace pocos momentos. He estado en su casa y él está tendido en el suelo, y hay sangre en su cara. Hay un agujero en su cara. Soy enfermera, como ya sabes. Sé cuando alguien está muerto.

—Está bien, está bien —la calmó la mujer obesa.

—¿Puedo pasar yo también? —preguntó Grijpstra.

—¿También es policía?

—Sí, señora.

—¿Hay alguno más?

—No, señora.

—Una invasión —murmuró Mary—. Límpiense los pies aquí. He estado limpiando todo el día esta maldita casa; no me la ensucien más de lo que sea necesario.

De Gier no la oyó y Grijpstra no contestó. Estaban en el jardín y contemplaban la cerca.

—¿Está perfectamente segura de que no ha imaginado todo eso? —Preguntó de Gier a la joven—. Es que si a su amigo no le ocurre nada puede disgustarse si nos encuentra pisoteando su terreno. Legalmente, sería un allanamiento y a nosotros podría crearnos problemas.

—¡Por favor! —exclamó la joven.

De Gier contempló de nuevo la cerca. Tenía un metro y medio de altura y la cubrían plantas trepadoras. Puso la mano en uno de sus postes. Parecía lo bastante resistente.

—Está bien —dijo mientras saltaba la cerca apoyándose en el poste.

A pesar de su trastorno, la joven abrió los ojos de par en par. El movimiento había sido perfecto, ágil y, al parecer, sin esfuerzo.

—¡Bravo! —exclamó la muchacha.

Grijpstra suspiró y explicó:

—Es un atleta; gana muchos premios. Es cinturón negro de judo y también un tirador de primera.

La joven, algo calmada por la ecuanimidad de los detectives, se había relajado un poco.

—¿Y usted también puede hacer esto? —preguntó, mirando a Grijpstra por primera vez.

—No —contestó Grijpstra—. Soy mal deportista, pero pesco. Por desgracia, últimamente no pesco casi nada. Creo que el agua se está ensuciando demasiado.

Hubo una leve sonrisa en el rostro de la joven.

—No importa —dijo—. Estoy segura de que es usted un buen policía.

—Mediano —repuso Grijpstra—, pero aprendo un poco más cada día.

—Yo soy una enfermera terrible —explicó la muchacha—.

Siempre se me caen las cosas. Soy demasiado nerviosa.

—Puedes recorrer la valla hasta el final, Grijpstra —le dijo de Gier desde lejos—, cerca del embarcadero, pero procura no mojar los pies.

Grijpstra maniobró con su cuerpo corpulento hasta pasar al otro lado de la cerca.

—La ventana del piso alto está abierta —anunció de Gier—. Debe de ser la ventana del cuarto donde ella dice que encontró el cadáver.

La joven se reunió con ellos.

—¿No ha dicho que la puerta de la cocina estaba abierta, señorita? —preguntó de Gier.

Ella asintió con la cabeza.

—Iré a echar un vistazo.

La cabeza del sargento de Gier apareció en la ventana del piso de arriba.

—¿Sí? —preguntó Grijpstra.

—Sí —contestó de Gier—. Será mejor que subas.

Grijpstra entró en la cocina, encontró un corto tramo de escalones en la parte posterior y subió por ellos. De Gier se encontraba junto al cuerpo caído de un joven. Desde luego, el cuerpo estaba muerto, y yacía boca arriba, con los dos brazos extendidos.

—Nunca me acostumbraré a esto, nunca —murmuró de Gier—. Fíjate, tiene la boca abierta y hay un agujero entre los ojos. Un agujero negro. ¡Bah!

De Gier estaba muy pálido y tuvo que apoyarse en la pared.

—Ve a la casa de al lado —dijo Grijpstra—, o, mejor, vuelve al café. En la casa contigua no debe de haber teléfono, pues la chica lo habría utilizado antes. Yo esperaré aquí. Llévate a la chica a su casa; no interesa que corra mucha gente por aquí.

—Sí —contestó de Gier.

Había dos grandes manchas de humedad debajo de las mangas de su traje de elegante confección.

—Vete ya —ordenó Grijpstra.

De Gier salió. Grijpstra le oyó hablar con la joven en el jardín y después las voces se alejaron. Grijpstra se metió las manos en los bolsillos y volvió a contemplar al muerto.

—Tonto —preguntó Grijpstra—, ¿por qué te has hecho matar?

2

LA TORMENTA se hizo esperar. El resplandor ocasional de los relámpagos era seguido por truenos, pero con largos intervalos, y el ruido de un camión pesado que pasaba por el dique, detrás de Grijpstra y del sonriente cadáver, sofocó fácilmente el estruendo de aquella tempestad lejana. La habitación se había oscurecido y Grijpstra miró a su alrededor. Tenía que haber un interruptor en alguna parte, pero no lo veía. Al parecer, la habitación estaba llena de muebles. Grijpstra dio una vuelta completa sobre sus talones, lentamente. Librerías, armarios, un televisor voluminoso y anticuado, varias butacas, dos mesas redondas, un diván y una alacena. Allí donde la pared había ofrecido espacio, habían colgado cuadros, pinturas con marcos dorados, marcos muy esculpidos. El mobiliario era también ornamental. Había cojines en los sillones y en el diván, unos cojines confeccionados con un terciopelo grueso y brillante, con una borla en cada esquina.

Grijpstra se movió. Debía encontrar un interruptor, aunque fuese a costa de destruir huellas de pies y dedos. Sus manos palparon la pared; tropezó con un sillón y se dio un golpe en la espinilla. Sentía frío, pero sus manos sudaban. Le picaba la nuca. La luz fue una ayuda, pero no mucha. Una débil bombilla iluminó el cuarto, pero todavía había sombras y el cadáver mantenía su mueca sonriente.

—Tonto —repitió Grijpstra.

Se sentó en el diván. ¿Por qué?, se preguntó. ¿Qué había sucedido? ¿Una pelea? ¿Un desacuerdo sobre cualquier cosa? ¿Había amenazado el otro hombre al ocupante de esa choza

destartalada? «¡Te mataré por eso!» ¿Había gritado? ¿Tal vez había hablado con voz sibilante? ¿Había blandido la pistola o el revólver dramáticamente, gesticulando? ¿O se había tratado de un asunto frío, a base de «¡bang!», ya estás muerto?

Grijpstra se ordenó a sí mismo observar. Primero observar y después, quizá, sacar una conclusión. No. Nada de conclusión. Observación. ¿Qué observar? Un hombre muerto, indudablemente. Un hombre de unos treinta años y con cabellos negros y espesos, un bigote bien poblado y grandes dientes blancos que sobresalían como los de un roedor. No, un roedor no. Nada de ratón ni de rata. Un conejo. Un animal agradable. El hombre tenía un aspecto agradable, placentero, incluso en la muerte. La mueca era horrible, pero era una mueca de miedo, y de sorpresa. Al hombre le había sorprendido encontrarse con su muerte aquella tarde. ¿Tarde? ¿Por qué la tarde? Bien pudieron haber disparado contra él a primera hora de la mañana, o al mediodía. Mucho tiempo antes, un día, dos días tal vez. Las moscas habían estado ocupadas en su rostro. ¿Y también las ratas del río? No. Grijpstra se secó la cara con su inmenso pañuelo blanco. Nada de ratas. Había algo extraño. ¿Qué? Los muebles. ¿Por qué una casucha como aquella, consistente en unas pocas habitaciones —más bien un refugio que una casa—, una barraca casi tambaleante junto al dique, tiene tanta esplendidez en su mobiliario? Había algo más que apoyaba esta observación. ¿Qué? Sí, el coche deportivo que había afuera. Un modelo nuevo y caro. Aquel hombre era un hombre de posición; por tanto, ¿por qué vivía en una barraca? ¿Y por qué estaba todo tan polvoriento? ¿Qué más había visto sucio? Sí, también lo estaba el coche deportivo. El coche estaba cubierto de barro seco. Un coche que no tenía más de un año y que nunca había sido limpiado.

Se levantó para poder contemplar mejor el cadáver. Quería ver sus ropas. El cadáver vestía un traje: un traje anticuado, con chaleco. Nada de corbata. Una camisa sucia, con un cuello raído. Podía ver uno de los puños de la camisa; raído también. Zapatos viejos. Grijpstra se movió a un lado. Un agujero en la suela. Una línea de lógica. Hombre rico que no se cuida a sí mismo. Sí. Bastaba con ver aquella enorme butaca ante el televisor. Probablemente, la única butaca en la que se sentaba el hombre para mirar la televisión. Grijpstra vio el cenicero. Lleno de colillas, de ceniza, de

paquetes vacíos y arrugados. El cenicero estaba desbordado. También había latas de cerveza vacías. Nada de vasos, sólo latas. ¿Cuántas? Grijpstra contó y se detuvo al llegar a las cincuenta; habría más. Un hombre muy descuidado. No. Otra cosa no concordaba. ¿Qué era? Sí, el jardín. Avanzó un paso y pudo ver el jardín a través de la ventana abierta. Un jardín hermoso, hileras ordenadas de dalias, pensamientos, margaritas, unos arbustos a un lado. Bajo el árbol, las losas de piedra habían sido barridas y la silla del jardín también parecía limpia. ¿Qué había dicho la chica? «Siempre en el jardín». De acuerdo..., limpieza afuera, porquería dentro. Una insensatez. ¿Por qué?

Pero había otra cosa que tampoco parecía lógica. ¿Dónde estaba de Gier?

—Grijpstra —dijo de Gier, quien había aparecido de pronto, de pie ante la puerta abierta.

—¿Sí?

—Tardarán un poco. He telefoneado, pero sólo he podido localizar al sargento de recepción. Están todos en la ciudad. Había un fiambre en el canal y otro en el parque, y en algún lugar se ha producido una pelea en una taberna. El médico está ocupado, y también los fotógrafos y los tipos de las huellas dactilares. Es posible que tengamos que esperar un poco. El inspector jefe no está de servicio, ya que su madre está muy enferma. Vendrá el *commissaris*. Estaba visitando a unos amigos y no han podido avisarle inmediatamente.

—No me digas —contestó Grijpstra—. ¿Y el famoso servicio de la ciudad? Debería haber dos coches dando vueltas por ella, dos coches llenos de oficiales, inspectores y subinspectores. ¿Dónde están?

—Ocupados —contestó de Gier—. Es una tarde muy calurosa.

—Está bien, siéntate —invitó Grijpstra—. Este es un lugar muy curioso. Mira a tu alrededor.

—Grijpstra... —murmuró de Gier.

—No. Déjame pensar. Estaba pensando algo cuando has llegado, y ahora se me ha ido de la cabeza.

Grijpstra cerró los ojos y sus espesas cejas bajaron hasta casi ocultar las órbitas. Frunció el ceño y sus manos se convirtieron en unos puños enormes y poderosos. ¿Qué? Ah, sí. El agujero. El

agujero de la bala. Exactamente entre los ojos. No era una herida chamuscada; por tanto, debió de haber una buena distancia entre la boca del cañón y la cabeza de la víctima. Un buen disparo. Muy buen disparo. Un disparo excelente, teniendo en cuenta que el muerto debió de estar de pie junto a la ventana, mirando al exterior. Y el asesino estaba en el jardín. Un gran tirador. Un profesional. Éste había sido el pensamiento que había estado revoloteando a través de su lento y denso cerebro. En Holanda, nadie lleva armas de fuego. Llevar un arma de fuego es un delito. Incluso una pistola descargada en el bolsillo de un hombre acarrea una cuantiosa multa y una temporada en la prisión. Amenazar con un arma de juguete es un crimen. Nadie saca una licencia para llevar armas. Para el deporte sí, pero sólo para transportar el arma, debidamente envuelta, directamente desde la propia casa hasta el club de tiro, y regresando por el mismo camino. E incluso una licencia deportiva es difícil de conseguir. Hay que llenar formularios, obtener afiliación a clubs, y la policía exige referencias. Pero aquí un hombre había sido asesinado de un disparo, desde respetable distancia, y con el proyectil exactamente entre los ojos. ¿Un gángster? ¿Y por qué había de disparar un gángster contra un hombre que trabajaba en su jardín durante el día y contemplaba la televisión por la noche? ¿Contra un hombre que ni siquiera trabajaba? Un hombre que sólo salía para hacer unas pocas compras... Grijpstra gruñó. ¿Con qué habían tropezado ahora? ¿Con un maníaco que ocultaba un secreto horrible y otro maníaco que acudía para matarlo desde el jardín? No. Amsterdam es una ciudad tranquila. Una ciudad tranquila y agradable. Grijpstra había pasado el mediodía leyendo informes policíacos que abarcaban casi tres semanas de acontecimientos cotidianos. Robos, raterías, unos cuantos tirones en las calles, una pelea a navajazos, suicidios, abundantes incendios, una casa que se había derrumbado de puro vieja y había aplastado la pierna de un niño. Lo peor que había ocurrido los dos últimos meses había sido el caso de un atracador italiano de bancos, que intentó disparar con una vieja metralleta Stein, que se encasquilló después del tercer disparo. La policía no cesaba de hablar de aquel asunto. «Metralletas —comentaban los agentes jóvenes en las cantinas—. Pronto nos saldrán con cañones, y todo lo que tenemos son pistolas del

con seis cartuchos». Los oficiales habían sonreído ante sus agentes, les habían dado unas palmadas en las cabezas y les habían dicho: «Vamos, vamos, no es para tanto». Y ahora había aquí un hombre con un orificio entre los ojos.

—Grijpstra —dijo otra vez de Gier.

—Sí, sí.

—Dispararon contra él desde el jardín —explicó de Gier—, a través de la ventana abierta.

—Lo sé.

—Fíjate en todas esas latas de cerveza vacías.

—Ya las he visto.

—Esto es una tienda de anticuario —comentó de Gier—. ¿De dónde sacaba todos esos trastos? Y son valiosos además; si toda la casa está llena de ese tipo de muebles, debía de poseer antigüedades por valor de cien mil guilders. Y entonces, ¿por qué no contrataba a alguien para que le limpiara la casa? ¿Y por qué no se limpiaba los zapatos? ¿Y por qué no se compraba un televisor nuevo en color, en vez de ese armatoste? ¿O una camisa nueva?

—Sí —asintió Grijpstra.

—Un excéntrico —murmuró de Gier—. Un tipo excéntrico. ¿Y por qué matarlo?

—¿Y por qué ser tan pulcro en el jardín y tan abandonado dentro de la casa? —preguntó a su vez Grijpstra.

—No lo sé —contestó de Gier—. Yo soy un abandonado con mi balcón y pulcro dentro de la casa. Todo al revés. Pero no tan sucio como ese pájaro.

—Parece un conejo —apuntó Grijpstra—, no un pájaro.

—¿Un conejo? —repitió de Gier, y se levantó para poder examinar la cara del muerto. Después volvió a sentarse—. Sí. La cara de un tipo inofensivo. ¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Esperar —contestó Grijpstra—, y recordar que se ha de impedir a la gente que pisoteen el jardín. Es posible que haya algunas huellas en él. Yo diría que él se encontraba aquí, delante de las ventanas abiertas, y que el asesino se plantó en el jardín. El asesino debió de llamarlo, y disparó apenas él se asomó.

—Ha empezado a llover —anunció de Gier, melancólico—, y ayer llovió. Ese cadáver debe de contar ya unos días.

Olió el aire y su cara volvió a palidecer.

También Grijpstra olió.

—Un poquitín de olor, no mucho. Las ventanas estaban abiertas, desde luego.

—Puede que todavía haya huellas —dijo de Gier—. En algún lugar donde no llegara hasta ellas la lluvia y pudiera borrarlas.

—Algo ha de haber —repuso Grijpstra con un tono apacible, como si quisiera tranquilizar no sólo a de Gier, sino también a sí mismo.

Se sentía cansado y estúpido, y no quería trabajar en un caso difícil. Hasta entonces, el verano había sido caluroso y la casita del Lijnbaansgracht, con su gorda esposa y tres hijos ruidosos, lo habían agotado. El interminable espectáculo de variedades que su televisor vertía una noche tras otra, había desgastado sus nervios hasta convertirlos en unos hilillos infectos. Había tenido numerosos altercados a gritos con su mujer. Cada vez que él apagaba el televisor, ella volvía a encenderlo. No había podido encontrar escape. Las voces de los seriales cómicos, los malos y los buenos de las películas policíacas, los concursos de ingenio y los noticiarios le habían seguido hasta su pequeño dormitorio. A su esposa le agradaba aumentar el volumen. Se estaba volviendo sorda. «Yo también me volveré sordo, a no tardar —pensó Grijpstra desesperanzado—.» Tenía la visión de un cuarto tranquilo en algún otro lugar, un cuarto sin televisión y con vistas al río. Podría sentarse en ese cuarto y contemplar cómo pasaban las embarcaciones. Maravilloso. Sin esposa. Vio los rulos de plástico en los cabellos de ella y se estremeció. No más mujeres en su vida. Leería el periódico y pintaría en sus ratos libres. Y de Gier podría visitarle a veces y ambos podrían interpretar música juntos, y después de Gier se marcharía y él volvería a tener toda la habitación para sí solo. Nada de esposa. Nada de televisión. Sin embargo, todavía habría los hijos. Los llevaría a paseo durante los fines de semana, en especial los dos pequeños, y su mujer le chillaría desde la puerta abierta de la casa. Tal vez iría a la Jefatura de Policía y le chillaría allí. Lo había hecho antes, en cierta ocasión en que él pasó varios días fuera. Había sido cuestión de trabajo, pero ella creyó que la había abandonado.

Grijpstra notó que la vergüenza enrojecía su rostro. Había sido

la escena más horrible de su vida. Aquella vez le había salvado el *commissaris*. Éste había hablado con la mujer histérica y la había sacado del despacho de Grijpstra, hacia el pasillo, y finalmente había logrado que abandonase el edificio. De Gier se había sentido violento. De Gier y los otros detectives que habían sido testigos forzosos de la escena. Grijpstra pegó un brinco. Alguien acababa de tocar el timbre.

—Yo iré —dijo de Gier—. Ya empezaba a ser hora.

—Buenas tardes —dijo el *commissaris* a Grijpstra—. ¿Qué hemos encontrado ahora?

—Está aquí, señor —explicó Grijpstra.

El cadáver quedaba oculto ante el *commissaris* por una mesa, cubierta con un enorme tapete oriental que colgaba hasta el suelo.

—Ah —dijo el *commissaris*, agachándose.

Estudió el aspecto y la posición del muerto y después miró hacia las ventanas abiertas.

El timbre volvió a sonar y de Gier abrió la puerta, encontrándose ante dos policías uniformados. Había ahora numerosas personas que transitaban por el dique, y una de ellas empezó a hablar con de Gier, preguntándole qué había ocurrido.

—El que vivía aquí, sea quien sea, está muerto —dijo de Gier a la gente—. ¿Conoce alguien a ese hombre?

No hubo respuesta. Los rostros miraban al alto y apuesto detective, con su traje fresco de color azul marino. Estaban estudiando al extraño que se había inmiscuido en su vida rutinaria. Observaban los cabellos rizados, los ojos azules y la delicada nariz de halcón.

De Gier les devolvía la mirada y recordaba un cuadro de Brueghel. Los rostros que veía parecían pertenecer a bobalicones o idiotas. El hombre más cercano a él llevaba unos viejos pantalones de pana negros y una camisa sucia, abierta, que permitía ver los pelos grises de su hundido pecho. No había pelos en el reluciente cráneo, que brillaba bajo la luz eléctrica del dique, y la boca desdentada era un agujero debajo de una nariz bulbosa, hinchada y violácea gracias a un millón de copas de ginebra que se habían infiltrado a través de las venas. El hombre inspiraba poca confianza, pero era, pensó de Gier, tal vez el mejor entre la pequeña multitud que se enfrentaba a él.

—¿Usted conoce al hombre que vivía aquí? —preguntó de Gier, tocando levemente el hombro del vecino.

—Sé su nombre —contestó el otro—. Se llama Tom Wernekink.

—¿Hacía tiempo que vivía aquí? —preguntó de Gier.

—Un año quizá, tal vez más. Pero no mucho más. Compró la casa donde vivía antes aquel tipo al que se llevaron.

—¿A la cárcel?

—No. Al manicomio. Era un abuelo con mucha afición al trago. —La boca desdentada esbozó una sonrisa—. Se lo llevó una ambulancia y ya no regresó. Sus hijos vendieron la casa. Demasiado barata. Después me enteré del precio. Hubiera podido comprarla yo. Hoy en día, las casas valen mucho dinero.

—¿Trabajaba? —Inquirió de Gier—. Me refiero a ese Tom Wernekink. ¿Tenía algún empleo?

El hombrecillo estaba negando con la cabeza.

—No. Siempre estaba aquí, en su jardín. Tal vez cobrase del paro. A veces salía en su coche, pero siempre volvía en seguida.

—¿Habló alguna vez con él?

—No. Él no hablaba. Decía buenos días y buenas tardes, pero esto era todo.

—De acuerdo —dijo de Gier, preguntándose por qué estaba perdiendo el tiempo. Siempre podía hacer las preguntas a la joven tetuda que vivía en la casa contigua—. Si alguien tiene alguna información que pueda ayudarnos, ruego que deje su nombre y su dirección a los agentes —dijo en voz alta, dirigiéndose al gentío. Después, se volvió hacia los dos agentes uniformados—. Es mejor que se queden aquí y vigilen la puerta. Dentro de poco llegarán más coches. En la casa hay un hombre muerto. Es posible que alguien sepa algo. Pueden llamarme si creen que es conveniente; yo estaré dentro, o bien en la casa de al lado.

—¿Recibió un balazo? —preguntó uno de los guardias.

—Sí, en medio de los dos ojos.

—Busque a su esposa o su amiga, sargento —dijo el agente—. Tengo en casa una colección de artículos de los periódicos; cada vez que hay un crimen recorto lo que dice el periódico. El otro día estaba leyendo todo lo que tengo sobre homicidios, y parece ser que cada vez es cosa del marido o de la mujer, o del amante, especialmente en Amsterdam. ¿Extraño, verdad?

—Mi parienta no me mataría —dijo el otro agente.

—¿Y por qué no?

—Bueno, al fin y al cabo yo trabajo para ella, ¿no es cierto?

—Pero también le das la lata —dijo su compañero—, y siempre te encuentra a su lado. Cada noche, los fines de semana, durante las vacaciones...

De Gier se echó a reír.

—¿No está de acuerdo, sargento? —preguntó el guardia.

—Claro —contestó de Gier—, pero estaba pensando que yo soy soltero.

—Con las amigas sucede lo mismo —observó el agente.

—En estos momentos no tengo ninguna amiga —confesó de Gier—, pero creo que doy la lata a mi gato. Miren —y enseñó un profundo arañazo en su muñeca.

—Exactamente —dijo el guardia—. Esto prueba mi teoría. Su gato se siente frustrado, o deprimido, o tan sólo un poco excitado ¿y a quién ataca? A usted. Usted es lo primero que se interpone en su camino, y por lo tanto le ataca a usted.

—Un buen razonamiento, agente —dijo de Gier—. Lo tendré muy en cuenta.

—Creo que lo leí en alguna parte —dijo el otro guardia, y se situó junto a la puerta, con las piernas separadas y las manos cruzadas a la espalda. Se enderezó y contempló a la gente bajo la visera de su gorra.

—¡Está bien, circulen, circulen! —Gritó el otro guardia—. No obstruyan la calle. Aquí no hay nada que ver.

Finalmente, llegaron los coches de la policía y la investigación siguió su curso normal, con una atención especial para el jardín, que fue recorrido de un lado a otro por dos hombres que llevaban potentes linternas. Se encontraron algunas huellas de pisadas y, al poco rato, aquellos hombres estaban arrodillados sobre la tierra húmeda, confeccionando cajas con hojas de aluminio, espolvoreando con talco un cubo y removiendo cuidadosamente la mezcla, y rezongando contra los fotografías que también se mostraban interesados por las huellas.

De Gier buscó a Grijpstra y lo encontró en el desván, donde el *commissaris* se había sentado en una cama todavía deshecha.

—Estoy de acuerdo, Grijpstra —decía en aquel momento el

commissaris—. Nuestro amigo no era demasiado remilgado. Sábanas sucias, suelo sin barrer, ceniceros llenos y latas de cerveza en todas partes. ¿Ha encontrado un cuarto de baño o una ducha en alguna parte?

—No, señor.

—Por lo tanto, debía lavarse y afeitarse en el fregadero de la cocina. Pero, sin duda, era un hombre rico. He estado examinando ese escritorio antiguo de palisandro que hay abajo, una pieza de coleccionista. Estoy seguro de que vale una pequeña fortuna. Y también vale una fortuna la colección de porcelanas que hay en la alacena. Sin embargo, no parecía importarle todo ese género. Ni siquiera se molestaba en colocar el mobiliario como es debido. Parece como si los de las mudanzas lo hubieran depositado aquí, y aquí se hubiera quedado. Busquemos sus papeles; es posible que nos indiquen algo más.

Grijpstra y de Gier empezaron a abrir cajones y puertas de armario. Encontraron ropas, en su mayoría ropa sucia.

—Probablemente, el médico habrá terminado ya su examen —dijo Grijpstra—. Bien debía de llevar una cartera en su chaqueta, ese hombre.

El *commissaris* bajó cuidadosamente por la estrecha escalera. Grijpstra le siguió, y lo mismo hizo de Gier, después de echar un último vistazo al desván.

—Buenas tardes —dijo el *commissaris* al médico, estrechándole la mano—. ¿Alguna idea sobre el tiempo que lleva muerto?

—Algún tiempo —contestó el médico—. Tengo que hacer mis pruebas, pero yo diría que la bala entró en él hace por lo menos dos días. Será difícil determinar el tiempo exacto, pues, cuanto más tiempo lleva el cadáver, más difícil resulta el caso. Se lo diré mañana.

—¿Puedo registrar sus bolsillos? —preguntó de Gier.

—Claro.

—Deja que lo haga yo —intervino Grijpstra—. Tú te desmayarás, y no interesa darle más trabajo al doctor.

—Gracias —murmuró de Gier.

El *commissaris* sonrió. De Gier ya se había desmayado antes —de hecho, dos veces, y en ambas ocasiones al encontrarse ante un cadáver—, pero los desmayos no son cosa inusual en la policía. Y de

Gier no se desmayaría en momentos de acción, cuando se tratase de correr, de disparar o de pensar.

—Ahí está —dijo Grijpstra, y entregó la cartera al *commissaris*.

Éste examinó su contenido. Examinó el pasaporte, cuyos sellos indicaban tres viajes a Inglaterra, cada uno de los cuales había durado exactamente dos semanas. Vacaciones, pensó el *commissaris*. Había también una dirección en Kralingen, un suburbio de Rotterdam. Las señas estaban tachadas y se citaba una nueva dirección, en el 131 del dique de Landsburger, Amsterdam Norte. El cambio de dirección había sido avalado por un funcionario de la alcaldía.

—Administrativo —leyó el *commissaris* en voz alta—; por tanto tiene un empleo, o lo tenía en otro momento. Y tiene treinta y un años de edad. Thomas Wernekink. Vaya, vaya... Seguimos sin saber nada.

Había en la cartera un permiso de conducción con cuatrocientos guilders, y una nota del banco que indicaba que tenía 28.000 guilders en su cuenta corriente.

—Un buen puñado de dinero —observó Grijpstra.

—Puede haber más —dijo el *commissaris*—. Ésta es su cuenta corriente, pero puede tener también una cuenta de ahorro. Mañana lo comprobaremos con el banco. Generalmente, los bancos saben algo acerca de sus clientes, y él tenía su dinero en una sucursal pequeña. La policía de Rotterdam puede resultarnos muy útil; en general, siempre lo es. Tenemos sus antiguas señas en Kralingen..., ¿no es éste un barrio muy caro?

—Sí, señor —contestó Grijpstra—. Un gran número de mansiones y un parque muy extenso, y también unos bloques de apartamentos caros frente al parque. Hay un lago, un lago muy hermoso, al que muchos van para navegar.

—No deja de ser una cierta información —opinó el *commissaris*—. Mañana insistiremos en ella. ¿Podemos hacer algo más aquí?

—Podríamos ir a hablar con la chica de la casa contigua —dijo de Gier—, la chica que nos pidió que echáramos un vistazo aquí. Parecía estar enamorada de Wernekink, pero él nunca le había pedido que fuera a su casa, y por lo tanto ella no sabe gran cosa. Sin embargo...

—Está bien. —El *commissaris* trataba de ofrecer una apariencia

dinámica y activa, pero lo que en realidad deseaba era ir a su casa y tomar un baño muy caliente. Sus piernas le estaban torturando y el agua caliente aliviaría el dolor en sus huesos—. Bueno, vamos a ver a las vecinas.

La puerta se abrió apenas de Gier pulsó el timbre con el dedo.

—Buenas noches —dijo el *commissaris* a la mujer bajita y obesa que antes se había presentado a de Gier como Mary van Krompen—. Nos agradaría hacer unas cuantas preguntas a una señorita que vive aquí, según tengo entendido. ¿Nos permite entrar?

La mujer miró fijamente al *commissaris*.

—Bueno... —dijo—, ya es muy tarde. ¿No podrían volver mañana? Tenemos ganas de acostarnos.

—Por favor, señora —dijo el *commissaris* con toda su amabilidad—, somos policías y en la casa contigua ha habido un asesinato. Un hombre ha sido asesinado de un tiro; nos gustaría detener al asesino, y tal vez la señorita y usted puedan ayudarnos.

Mary van Krompen se ablandó. El *commissaris* tenía un aspecto totalmente inofensivo; era la amabilidad en persona.

—Pasen —gruñó.

La mujer los condujo a una salita y después fue en busca de la chica.

El entono era ahora muy diferente. La habitación estaba bien iluminada y muy limpia, y el aspecto general de la casa era sumamente agradable. Se habían hecho esfuerzos para restaurar aquel viejo edificio, pero las vigas que soportaban el techo habían quedado tal como estuvieron durante unos cientos de años, destacando su color oscuro sobre las paredes blancas. Había flores frescas en la mesa y tiestos en las repisas de las ventanas. En una mesa rinconera destacaba una hilera de trofeos de plata, unas ocho copas plateadas, de tamaños distintos. Grijpstra se levantó para examinarlos.

—¡Vaya! —Exclamó Grijpstra—. ¿A que no saben qué es esto?

El *commissaris* y de Gier se reunieron con él. De Gier levantó una de las copas y la examinó. Estaba decorada con dos revólveres cruzados.

—Trofeos de tiro —dijo el *commissaris*.

Seguían contemplando los trofeos cuando regresó Mary van Krompen, acompañada por la joven.

—Me llamo Evelien Dapper —dijo ésta, dirigiéndose a los tres hombres—. ¿Querían verme?

—Sí, señorita —dijo el *commissaris*—, pero le ruego que se siente. Sabemos que está muy trastornada, pero usted descubrió el cadáver y usted conocía a ese hombre, y por lo tanto puede sernos muy útil en nuestras investigaciones.

La muchacha reprimió un sollozo.

—Por favor, explíquenos lo que sepa —le rogó gentilmente el *commissaris*.

—Ya lo he contado todo a los demás —contestó la chica, y comprimió su pañuelo hasta reducirlo a una bola, pequeña y dura—. Me preocupaba la ausencia de Tom y por esto entré en su casa, y allí lo encontré, en el suelo...

—Sí. ¿Y nunca había estado antes en su casa?

—No —contestó repentinamente Mary, mirando fijamente al *commissaris*—. Sólo se murmuraban cosas desde los dos lados de la cerca, y ella le daba tazas de té.

—No susurrábamos nada —repuso la joven indignada—. Sólo hablábamos, y él siempre se mostraba muy amable. Éramos vecinos, ¿verdad?, y él nunca hacía otra cosa que trabajar en su jardín. Por consiguiente, ¿por qué no podía yo ofrecerle a veces una taza de té?

—Desde luego —dijo el *commissaris*, sonriendo a Mary—. ¿Por qué no podía hacerlo? Sin embargo, él nunca le pidió que fuese a su casa, ¿verdad?

—No —respondió la joven.

—Pero esto es extraño, ¿no cree? Es usted una joven muy atractiva y él era un hombre joven, y habían llegado a alternar. ¿Cuánto tiempo hacía que le conocía?

—Desde que empecé a vivir aquí —contestó la chica—. Hará unos tres meses, creo.

Mary se echó a reír y el *commissaris* le dirigió una mirada de perplejidad.

—Lo siento —dijo Mary—. No quiero ser desagradable, pero yo también me he estado haciendo preguntas. Los dos charlaban cada tarde y tomaban el té, y él nunca pensó en pedirle que entrara en su casa...

—Tal vez fuese un joven muy tímido —apuntó el *commissaris*.

La chica empezó a llorar otra vez y de Gier se sintió culpable,

Recordó que él también había ignorado sus lágrimas y sus preguntas tartamudeantes cuando antes habían salido de la casa para dirigirse a la de Wernekink. Él había murmurado contra ella, en vez de decirle algo que resultara útil.

Recordó las lecciones recibidas sobre filosofía de la policía. La misión de la policía es la de mantener el orden y asistir a aquellos que necesiten una ayuda. La joven había necesitado ayuda, pero él ni siquiera le había escuchado; había estado demasiado ocupado tratando de sofocar sus propios temores y sus náuseas. Y se estremeció cuando recordó lo que había oído al regresar a la casa, después de llamar por teléfono desde el café. El dique se había llenado ya de grupos de personas, reunidas a la extraña luz de unos faroles callejeros estremecidos por una tormenta, que había elegido aquel momento para desencadenarse sobre el gran lago interior. Un anciano le había detenido en su camino para preguntarle qué ocurría en casa de Tom Wernekink. Él no había contestado y el viejo había observado con sarcasmo: «Un día de trabajo para vosotros, ¿verdad, macarra del Estado? Finalmente, tenéis que hacer algo, a cambio de todo ese dinero que recibís de nuestros impuestos, ¿verdad?». Las palabras «macarra del Estado» habían obligado a de Gier a detenerse, pero después había optado por seguir su camino.

—De nada sirve hacerle preguntas a ella, *commissaris* —dijo Mary—, o a mí, por ejemplo. En realidad, no conocíamos a ese chico.

—Siéntense, por favor, señoras —dijo el *commissaris*.

Mary se instaló en el sillón más cercano, y Evelien se sentó en el borde de un sofá.

¿Pero qué hubiera podido decirle yo a la chica?, pensó de Gier. El hombre estaba muerto, ¿no era así? Y no sólo estaba muerto, se estaba pudriendo ya. ¿Hubiera tenido que decir que había pasado a mejor vida, que se había trasladado a un mundo mejor?

—¿Quién más vive aquí, señora? —preguntó el *commissaris*.

—Mi amiga —contestó Mary—, Ann Helders, pero ahora no está aquí. Hoy tiene guardia, puesto que es enfermera.

Una lesbiana, pensaron simultáneamente Grijpstra y de Gier. Era el tono de Mary al decir «mi amiga». Estas palabras habían sonado posesivas y retadoras. Parecía como si Mary estuviera desafiando a

los hombres. Vivo con una chica, ¿y qué? Me siento orgullosa de ello. Yo no tengo un hombre, y no deseo a ningún hombre. Los hombres son una porquería.

El *commissaris* estaba examinando la expresión decidida en la cara de aquella mujer. No había descubierto todavía que no tiene nada de particular ser lesbiana, estaba pensando el *commissaris*. Ella también pertenece a mi generación y para nosotros ser diferente equivale a algo vergonzoso. Los tiempos han cambiado. Sin embargo, nosotros ya no podemos atraparlos; algunas ideas han arraigado con demasiada profundidad, y nada puede desalojarlas ya.

—Comprendo —dijo el *commissaris*—. ¿Oyó alguno de ustedes el disparo? El hombre murió a causa de un disparo, ¿comprenden?, y creemos que dispararon contra él desde el jardín.

—¿El jardín? —Exclamó Mary— ¿Cuándo dispararon contra él? ¿Lo saben también?

—No —contestó el *commissaris*—. Hace dos días, tal vez, pero no sabemos la hora. Lo sabremos mañana, cuando el doctor haya concluido sus análisis.

—Yo no oí ningún disparo —afirmó Mary—. ¿Y tú, Evelien?

La joven contenía el llanto. Negó con la cabeza.

—¿Usted conocía a su vecino, señorita van Krompen? —inquirió el *commissaris*.

—Apenas. No era un hombre comunicativo. Cambiábamos unas pocas palabras cuando los dos trabajábamos en nuestros jardines, pero esto es todo. Creo que siempre hablábamos del tiempo.

—¿Tenía él amistades?

—No lo creo. A veces venía a verlo el Gato con Botas. Vive algo más allá, junto al dique. No sé cuál es su verdadero nombre. Todos le llamamos Gato. Es un tipo muy curioso.

—Ah —exclamó el *commissaris*—, por tanto tenía al menos un amigo. ¿Y dónde vive, exactamente, ese Gato?

Mary había cerrado los ojos y estaba calculando.

—La séptima casa a la izquierda, a partir de aquí.

—Después iremos a visitarlo —dijo el *commissaris*—. ¿Hay algo más que sepa usted y que pueda decirnos?

—No —replicó Mary.

El *commissaris* miró a Evelien.

—¿Y usted, señorita Dapper?

La joven seguía llorando.

—¿Señorita Dapper?

La muchacha se levantó y salió corriendo de la habitación.

—Vaya —comentó el *commissaris*.

—Prepararé un poco de café —dijo Mary—. Es café en polvo y sólo necesitaré unos minutos. ¿Todos ustedes toman leche y azúcar?

—Por favor —contestaron los tres hombres.

Cuando Mary salió de la habitación, Grijpstra se levantó, y volvió a contemplar los trofeos.

—¿Estás pensando lo mismo que pienso yo? —preguntó de Gier a Grijpstra.

—¿Y qué piensa usted, de Gier? —inquirió el *commissaris* a media voz.

—Sólo en una combinación de hechos medio observados, señor —dijo de Gier.

—Prosiga.

—Mary es una lesbiana —dijo de Gier—. Vive con esa enfermera..., Ann Helders, creo que se llama. Pero Ann trae una amiga a esta casa, que se convierte en inquilina de ella. Me refiero a esta hermosa señorita que acaba de salir corriendo de esta habitación, Evelien. Mary se enamora de Evelien, pero no puede mostrarle su amor a causa de Ann. El resultado es una frustración. Mary es una mujer violenta. Su deporte favorito es el tiro con pistola. Los deportes violentos suelen ser un relajamiento para las tensiones acumuladas. El amor a las armas indica agresión. Una mujer violenta y agresiva. Evelien empieza a flirtear con el vecino, un hombre, y esto no le gusta a Mary. El flirteo prosigue. Cada día, Evelien prepara el té para Tom Wernekink y le ofrece una taza a través de la cerca. Toman el té juntos, se ríen y charlan, Mary lo ve todo desde la casa y el furor hierve en ella. No puede matar a Evelien, porque la ama, pero sí puede eliminar a Tom, y por tanto un buen día sale al jardín, llama a Tom y le pega un tiro en medio de los ojos.

—Así de fácil, ¿verdad? —comentó Grijpstra.

—¿Acaso no estabas pensando tú lo mismo, mientras jugabas con ese trofeo? —preguntó de Gier.

La respuesta de Grijpstra fue un gruñido.

Los dos miraron al *commissaris*, que acababa de encender un cigarro de pequeño tamaño y lo chupaba con una expresión meditabunda.

—Podría ser —dijo lentamente el *commissaris*—. Esto explica el impacto entre los ojos. He tratado de calcular la distancia entre la pistola y la herida. Mañana tendremos cifras exactas, pero yo diría que la distancia debió de ser entre siete y diez metros. Darle a un hombre entre los ojos con una pistola, a esa distancia, es una hazaña singular. Y Mary ha ganado un montón de copas/

—La psicología que yo introduzco en mi teoría es un poco tosca —confesó de Gier—. Debe de haber algo más que simple frustración a causa de unas tazas de té. Es posible que no se muestren demasiado sinceras con nosotros. Quizá Tom Wernekink venía aquí a menudo, y dormía con la chica. Tal vez hubiese algo entre los dos. Mary amenazaba a la chica, y ahora ésta se siente demasiado aterrorizada para decir algo. Bien podría ser que en este preciso momento Mary estuviera amenazando a la pequeña con una pistola.

—Vaya a echar un vistazo —recomendó el *commissaris*—. Finja querer ayudarla a servir el café.

De Gier se levantó y abandonó la habitación. Encontró a Mary trabajando pacíficamente en la pequeña cocina de la parte posterior de la casa.

—Usted llevará la bandeja —dijo Mary—. ¿Sargento, verdad? ¿Debo llamarle sargento?

—Llámeme lo que usted quiera —contestó de Gier.

La voz de Mary era muy agradable, pero, cuando él miró su cara, vio que los músculos de la misma estaban trabajando y que la mujer se mordía sus labios delgados.

—¿Cómo se gana la vida, señora? —preguntó el *commissaris*.

—Antes daba clases.

—¿De qué?

—De matemáticas, en un instituto.

—Por tanto, es usted profesora —dijo el *commissaris*.

—Lo soy.

El *commissaris* volvió su cabeza.

—¿Ha ganado usted todos esos trofeos? —preguntó Grijpstra.

—Sí.

—Por lo tanto, es usted una tiradora de primera —dijo de Gier

—. Su vecino recibió un balazo entre los ojos, desde una distancia considerable.

Mary depositó violentamente su taza sobre la mesa.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando pensamos, tratamos de aplicar una lógica, señora —explicó el *commissaris*—. Muy pocas personas podrían hacer blanco entre los ojos de un hombre a una distancia de siete a diez metros. He hecho unos cálculos y, si no me equivoco, la distancia debió de ser más o menos ésta. A mí me sería muy difícil hacer diana en estas circunstancias, a pesar de que he pasado mucho tiempo tirando al blanco. Conozco a muy pocas personas que puedan disparar lo suficientemente bien como para igualar lo que consiguió quien haya disparado desde el jardín de su vecino. Usted es una gran tiradora y es, también, una persona con una formación matemática.

—Yo no disparé contra él —dijo Mary.

—De Gier —dijo el *commissaris*—, vaya a la casa de al lado y averigüe si han conseguido sacar unos buenos moldes en yeso de las huellas en el jardín. En caso afirmativo, tráígalos aquí.

—Sí, señor —contestó de Gier, y abandonó la habitación.

—Y ahora —dijo el *commissaris*, dirigiéndose a la mujer—, si no le importa, nos gustaría que nos enseñase todos sus zapatos.

—Perdonen, pero en una situación como ésta, ¿no tengo derecho a exigirles un permiso judicial si quieren registrar mi domicilio? —quiso saber Mary.

—Soy un *commissaris*; no necesito permisos.

—Comprendo —contestó Mary, y miró a los dos hombres con una mueca de desagrado—. Y si comprueban que mis zapatos han dejado huellas en el jardín de la casa contigua... —insinuó.

—Tendríamos otra indicación.

—*commissaris* —dijo Mary, lentamente—, puedo haber estado en ese jardín por motivos inofensivos.

—No —replicó el *commissaris*—. Usted, y también Evelien, nos han dicho que su vecino no recibía visitantes. Ni siquiera permitía que una jovencita atractiva, que evidentemente estaba prendada de él, se reuniera con él en su jardín. Bebía el té que ella le ofrecía, pero se quedaba en su lado de la cerca. ¿No es así?

—Sí.

—Por consiguiente ¿por qué había de permitirle a usted que entrase en su jardín? Y él no se lo permitía, ¿verdad que no?

—No, desde luego —admitió Mary—. No es necesario que hagamos la comedia de los zapatos —añadió—. Admito que he estado en su jardín.

—¿Cuándo?

—Ayer. Me preguntaba qué podría haberle ocurrido, y deseaba tranquilizar de una vez a Evelien, que andaba de un lado a otro de la casa, lloriqueando.

—¿Y lo vio?

—Sí, me subí a una caja y miré a través de la ventana. Estaba muerto, y de un tiro.

—¿Por qué no llamó a la policía?

—Porque hubieran pensado lo que están pensando ahora.

—¿Que usted disparó contra él?

Mary asintió, meneando de arriba a abajo su cuadrada y pesada cabeza.

—Exactamente. Y yo no disparé contra él. ¿Por qué había de hacerlo?

—Celos, tal vez —apuntó Grijpstra.

Mary se echó a reír, secamente.

—¿Por qué celos? Mi amiga es Ann, y no Evelien. Si esa tonta quiere jugar con hombres, es su problema, ¿no creen?, y ni siquiera tenía éxito. Él aceptaba su té y esto era todo. ¿Qué podría importarme a mí lo que esa chiquilla pueda hacer de su vida?

—Tal vez a usted le gustara mucho Evelien —dijo el *commissaris*—. Es una chica muy hermosa.

—Ya tengo una amiga, y soy feliz con ella y ella también conmigo. ¿Por qué habría de perseguir a otras?

—Yo no sé por qué la gente hace ciertas cosas —alegó el *commissaris*—, pero lo cierto es que las hacen.

Seguidamente, hizo una seña a Grijpstra.

—Perdone, señora —dijo éste—. Voy a decirle a de Gier que las huellas ya no son necesarias.

—Dígame —comenzó el *commissaris*, mirando por encima del borde de su taza de café—, puesto que ahora estamos solos y nadie ha de oírnos, ¿disparó o no contra ese joven?

Mary se levantó y ordenó nuevamente los trofeos en la mesa del

rincón.

—No lo hice.

—¿Comprende qué nos vemos obligados a detenerla? —preguntó el *commissaris*, con un tono amable.

—Por lógica, sí. Estoy de acuerdo con usted en que muy pocas personas podrían apuntar con esa precisión. Una entre cien mil, tal vez.

La mujer obesa parecía desesperada. El *commissaris* no apartaba los ojos del rostro cuadrado que se enfrentaba a él. Estaba mirándole a los ojos, unos ojos de color azul pálido, ligeramente protuberantes detrás de los gruesos cristales curvados de sus gafas. Tenía ganas de pedirle que se relajara, que no sufriera más de lo necesario, pero no podía encontrar finalidad alguna en lo que pudiese decir. La situación de Mary van Krompen era decididamente incómoda, y muy poco era lo que él podía hacer al respecto. La mujer estaba trastornada, nerviosa, angustiada, y probablemente bastante asustada. Todo lo que podía hacer él era tratar de no agravar más su situación. Sería lamentable que de Gier y Grijpstra tuvieran que arrastrarla hasta el coche policial.

—La pistola —dijo Mary de repente—. Seguramente, tienen ustedes un departamento de balística en su Jefatura. Lo tienen, ¿verdad?

—Sí —contestó el *commissaris*.

—Pues bien, ellos pueden demostrar que la bala no procedió de ninguna de mis pistolas. Tengo dos, una de 7,65

y una 22. Yo sé que la bala no salió de ninguna de ellas, y sus hombres podrán confirmar lo que yo digo.

—Sí —admitió el *commissaris*—. Será mejor que me entregue sus armas.

Mary se echó a reír, con una risa áspera y estridente.

—¡Entregarle mis pistolas! ¿Y no teme que la mujer asesina le suelte un balazo también a usted? En su lugar, yo esperaría un poco.

—¿Qué debo esperar? —preguntó el *commissaris*, sorprendido.

—Que lleguen sus dos gorilas. El tipo alto y corpulento, y el guaperas.

El *commissaris* sonrió.

—¡Gorilas!

De pronto, también Mary se echó a reír.

—Un gorila y un gibón, hubiera debido decir. El tipo delgado parece muy ágil, con sus brazos largos y su cara atractiva. Podría balancearse entre las ramas de los árboles, y sería una visión divertida.

Mary y el *commissaris* se reían juntos cuando los dos detectives regresaron, y Grijpstra miró a de Gier con las cejas enarcadas.

—Esta señora desea entregarnos sus dos pistolas —explicó el *commissaris* a Grijpstra—. Vaya con ella y recójalas, por favor, y también la munición.

Mary guardaba sus pistolas en el cajón de su mesita de noche. Las armas estaban envueltas en franelas y parecían encontrarse en un estado de conservación excelente.

—Mucho cuidado —recomendó Mary, cuando Grijpstra las deslizó en los bolsillos de su americana—. Las dos son instrumentos de precisión, y he pasado muchas horas limpiándolas.

—Sí, señorita —contestó Grijpstra cortésmente—. La munición también, por favor. —Recibió dos cajas—. Gracias, señorita.

—¿Puedo meter unas cuantas cosas en un maletín? —Preguntó Mary—. Su jefe quiere detenerme. Soy inocente, claro, pero estoy segura de que me retendrán allí largo tiempo. Tengo entendido que una prisionera no tiene derechos.

—Usted no será una prisionera, señora —objetó Grijpstra—. Usted es una sospechosa, y los sospechosos tienen toda clase de derechos. La atenderemos lo mejor que podamos.

—Sí —repuso Mary con amargura—, no me dejarán fumar y no me dejarán leer, y pasaré horas y horas sentada en un pequeño cubículo de hormigón. He oído contar esas cosas.

—Estará usted perfectamente, señorita —dijo Grijpstra, mientras contemplaba cómo la mujer guardaba pijamas, libros, cigarrillos y objetos de tocador en una bolsa de viaje ya muy ajada.

Cuando Mary volvió a encontrarse ante el *commissaris*, se detuvo.

—*commissaris* —dijo con firmeza.

—Dígame, señorita.

—Le aseguro que soy inocente y le prometo que no me dará a la fuga. Le doy mi palabra de honor. No me lleve con usted. Si me

necesita, puede enviar un mensaje y yo me presentaré a usted al cabo de treinta minutos. Tomaré un taxi, si es necesario, aunque no me sobra el dinero. Pero no quiero verme en una celda policial. ¡Por favor!

Su labio inferior temblaba y tanto Grijpstra como de Gier apartaron la vista.

El *commissaris* suspiró y colocó una mano delgada, de anciano, en el hombro de la mujer obesa.

—Créame, debo llevarla conmigo. Todas las indicaciones señalan hacia usted. Están sus huellas en el jardín. No informé a la policía cuando descubrió el cadáver. Es usted una tiradora de primera y nuestro hombre murió de un disparo hecho por un profesional. Muy pocas personas saben manejar armas de fuego. Es posible que exista un motivo. Todo ello se suma para agravar las sospechas. Es muy posible que sea usted culpable del crimen más grave que se reconoce en nuestros libros legales. Si no me la llevo conmigo, yo seré culpable de negligencia. Como puede ver, todo concuerda y supongo que comprende usted mis motivaciones.

—¿Y no existe compasión en la ley? —preguntó Mary, tembloroso todavía su labio inferior.

—Sí —contestó gravemente el *commissaris*—, en la ley hay compasión. Puede haber muchos fallos en la manera de llevar sus asuntos este país, pero la ley es compasiva. Sin embargo, no en esta fase de la investigación. Hemos de detenerla y meterla en una celda...

—Está bien —dijo Mary—, iré con usted, pues, pero sería mejor que se lo dijera a Evelien. Está arriba. ¿Puedo subir a despedirme?

El *commissaris* hizo una seña a de Gier. Grijpstra abrió la puerta para que pasara Mary e hizo un signo al conductor uniformado del coche del *commissaris*.

—¿Quiere que vaya con usted, señor?

—No, Grijpstra —contestó el *commissaris*—. Le veré mañana en mi despacho, a las nueve. Espere a de Gier y váyase a casa; puede decirles a los dos guardias que vigilan la casa de Wernekink que se vayan también a sus casas. El cadáver ha sido retirado y allí ya no tenemos nada más que hacer.

El *commissaris* se hizo a un lado y Mary entró en el Citroën negro. El conductor saludó mientras la ayudaba a acomodarse.

3

LA LUZ ROJA junto a la puerta del despacho del *commissaris* estaba encendida y su teléfono estaba temporalmente desconectado. Nadie, excepto el jefe de policía —que podía pulsar un botón especial que accionaba un zumbador junto a la mesa del *commissaris*— podía estorbarle ahora. El *commissaris* se enfrentaba a sus tres visitantes.

—Sí —estaba diciendo, dirigiéndose al fiscal, un hombre de casi cincuenta años, correctamente vestido con un traje azul oscuro, camisa blanca y corbata gris—, sé que no es éste el procedimiento usual, pero he pedido a estos dos detectives que entrasen porque tengo en gran estima su percepción y su asesoramiento.

El fiscal asintió, Grijpstra sonrió y de Gier adoptó una expresión indiferente.

—Agradezco la compañía de estos dos señores —dijo lentamente el fiscal—, y el asunto es lo suficientemente grave. Después de todo, estamos tratando de llegar a una decisión sobre la libertad de un ser humano, y la libertad es el mayor de los bienes.

—Sí —afirmó el *commissaris*.

—Sin embargo, hay en esto algo que no me gusta mucho —continuó el fiscal, y, de pronto, las patas de gallo junto a sus ojos se hicieron muy visibles.

—¿Qué es? —preguntó el *commissaris*.

—Parece como si se me estuviera preguntando qué pienso yo acerca de la posible culpabilidad de la señorita Mary van Krompen —dijo el fiscal—. Su enfoque hubiera debido ser diferente. Hubieran tenido que tratar de demostrarme la culpabilidad de esta

señora. Llevan interrogándola dos días y, por su propia autoridad, ya no pueden retenerla por más tiempo, por lo tanto, es mi oficina la que ha de aprobar que ella permanezca bajo custodia, punto. La policía nos cuenta sus sospechas, se subrayan los diversos hechos, leemos los informes de los interrogatorios, y tomamos nuestra decisión.

—¿Sí? —dijo el *commissaris*.

—Sí. Pero esta vez son ustedes los que me preguntan a mí qué pienso al respecto. ¿Es que usted tiene dudas acerca de lo que debiera hacer?

El *commissaris* asintió gravemente.

—Sí, tengo dudas. Y muchas.

—¿Por qué? Los hechos parecen suficientemente claros. Huellas de los pies, con unos bonitos moldes de yeso que concuerdan con los zapatos de esa señora; ella admite haber visto el cadáver, pero no haber entrado en contacto con la policía, y eso ya es en sí un delito, y espero que usted se lo impute. Y por encima de todo, está la increíble precisión del disparo. A una distancia de once metros entre el arma y la herida, según los expertos, y con una víctima que tampoco estaba inmóvil allí, esperando que le metieran un balazo en el entrecejo. Debió de moverse, cuando comprendió que su vida corría peligro. El asesino no pudo tener más de unos pocos segundos para apretar el gatillo. Al fin y al cabo, Wernekink no estaba atado a una estaca ni le habían vendado los ojos, ¿verdad?

El fiscal se estaba enfureciendo por momentos, representando su papel en el tribunal, como si se enfrentara a los jueces y al abogado defensor de la acusada.

—Hum... —Hizo entonces el fiscal—, perdóneme. Me he dejado arrastrar por las clarísimas implicaciones de las pruebas que poseemos. Sin embargo, estas pruebas son innegables, ¿no es así? Y esa señora es una tiradora de primera clase; ha ganado numerosos premios y es la campeona de su club.

—Sí, señor —repuso el *commissaris*—, es una campeona; es también lesbiana, y la muchacha que se quería ligar al vecino (una muchacha que vive en su casa, como inquilina) es muy atractiva. Pero creo que aquí no hay pruebas concluyentes. No, no son concluyentes. La mujer jura que ella no lo hizo. Es licenciada en matemáticas y admite que la posibilidad de que otro gran tirador se

cargase a nuestro amigo es muy pequeña. Pero la posibilidad existe, debemos admitirlo. Al fin y al cabo, hay otras personas que saben manejar una pistola, incluso en Holanda. De Gier, por ejemplo. De Gier, ¿cree usted que podría efectuar un disparo tan certero como éste?

De Gier se irguió en su silla.

—Tal vez —contestó—. He conseguido algunos resultados muy buenos en la galería de tiro, y fuera de ella también he logrado algunos éxitos. El año pasado, le di en una pierna a un ladrón que huía corriendo, a una distancia de veinte metros, y era de noche; además, yo había estado corriendo antes de pararme para disparar. Pero creo que fue un tiro con suerte.

—Sí, sí —dijo el *commissaris* con impaciencia—, ya estamos enterados de ello. La pregunta es si usted podría pegarle un tiro a un hombre, entre los ojos, a una distancia de once metros. Con un solo disparo, fíjese bien, ya que en el jardín sólo encontramos un casquillo vacío.

De Gier estaba meneando la cabeza.

—No puedo contestar que sí, ni tampoco que no, señor. Podría ser capaz de hacerlo, pero siempre existen circunstancias. El viento, el arma, el estado de mis nervios... No puedo hacer blanco en cualquier cosa después de haber corrido en bicicleta; al parecer, la vibración de una bicicleta me afecta los músculos del brazo.

—Ha de haber otros grandes tiradores en Holanda —dijo el fiscal—, y tal vez el sargento de Gier sea uno de ellos. También hemos de sopesar el hecho de que la bala no fue disparada por ninguna de las dos pistolas que posee esa señora, y que ella le entregó a usted.

—No —intervino Grijpstra—, no creo que este punto debilite nuestras sospechas. Al fin y al cabo, las armas se venden, y los miembros de los clubs de tiro pueden conseguir armas de fuego con mayor facilidad que otras personas. La gente que repara armas a menudo las vende también, bajo cuerda. Pueden comprar piezas, y un juego completo de piezas equivale a un arma completa. Y es muy fácil adquirir armas de fuego en Bélgica. Si Mary quería comprar una pistola, podía hacerlo, y, si quería eliminar a Tom Wernekink, no tenía por qué hacerlo con una de sus pistolas.

—¿Y bien? —Replicó el fiscal—. Yo creo que sus pruebas son

suficientemente sólidas. Pueden retenerla aquí otros dos días en lo que a mí se refiere. Ya lo he dicho antes, pero no me ha parecido que le complaciera mucho.

—Sí, sí, sí —murmuró el *commissaris*—, pero tenía una segunda razón para pedirle su opinión. Usted es doctor en leyes y un abogado muy competente; usted tiene un cerebro distinto, no como el cerebro de policía que tengo yo. Nosotros somos investigadores, pero nunca juzgamos.

—Yo no soy un juez —replicó el fiscal—. Yo acuso, y esto es una disciplina totalmente distinta.

—Lo sé, lo sé —admitió el *commissaris*—, pero de todos modos su punto de vista es diferente. Yo no estoy convencido de la culpabilidad de esa señora. Sus negativas son muy convincentes. Tampoco se trata de una mujer tortuosa; está acostumbrada a decir lo que piensa.

—¿A usted le agrada? —preguntó el fiscal.

El *commissaris* se levantó y empezó a hacer ejercicios doblando las rodillas.

—Sí —contestó lentamente—, creo que me agrada.

El fiscal miró a su alrededor, tratando de establecer contacto con los tres policías, pero el *commissaris* estaba contemplando la pared, Grijpstra miraba desde la ventana y de Gier había cerrado los ojos. El fiscal se levantó entonces, y extendió las manos.

—Vamos a ver —dijo—, ¿qué demonios quieren de mí? ¿No estamos exagerando la importancia de mi cargo? Todo lo que puedo hacer es dar permiso por dos veces para retener a un sospechoso durante dos días. Admito que la primera petición no es más que una simple formalidad; si un *commissaris* de la policía me dice que sospecha que una persona ha cometido un delito grave, yo le permitiré retener al sospechoso durante dos días, para que lo interrogue. La segunda petición es más seria, y yo me adentro en la cuestión. Me he adentrado en ésta. He visto a esa mujer, he sopesado las pruebas, he estudiado realmente el caso. Y por lo tanto, está bien, tienen ustedes otros dos días, pero ¿qué son otros dos días? Cuarenta y ocho horas pasan muy de prisa, ¿verdad? Ella tampoco está tan incómoda en su celda, ¿no es así? ¿Por qué no esperan al juez? Si ella todavía no les ha convencido de su inocencia después de dos días más, el juez habrá de decidir. ¡Así

que esperen al juez!

—Otros dos días —repitió suavemente el *commissaris*.

—¿Y qué? —exclamó el fiscal, con el semblante enrojecido.

—Es que no se trata tan sólo de que ella me agrade —dijo el *commissaris*—. Hay algo más.

El fiscal suspiró.

—Eso ya está mejor. Cuéntemelo.

—Nos reímos juntos —explicó el *commissaris*.

—¿Se rieron? —Exclamó Grijpstra—. ¿De modo que se trataba de esto? ¿Cuando de Gier y yo estábamos fuera de la habitación? Creí advertir algo cuando regresé; en realidad, pensé que ella había confesado.

—No, no. No confesó nada. Pero ocurrió algo divertido y yo me reí, y ella se rió también conmigo. De pronto, la vi relajada, normal, incluso como una persona agradable.

—¿Divertido? —Inquirió de Gier—. ¿Y de qué se reían usted y ella, señor?

—No importa.

Grijpstra hizo una mueca.

—Debió de ser algo referente a ti, de Gier. Yo no resulto divertido.

El bigote del fiscal había empezado a erizarse.

—¿Y qué significa ahora todo esto? Ella se rió, ocurrió algo divertido..., ¿y qué?

—El temor y la diversión nunca van juntos —contestó el *commissaris*.

El talante del fiscal cambió. Recordaba las numerosas conversaciones que había sostenido con el *commissaris*, tanto en Jefatura como en su casa. También recordaba su admiración por aquel anciano frágil, que tan a menudo enfocaba un problema desde un ángulo poco usual, pero con frecuencia correcto. Volvió a suspirar.

—Bien, de todas maneras, tendremos que proseguir con ella. No podemos soltarla, no veo la menor posibilidad a este respecto. Si mató a aquel desdichado joven, debió de ser a causa de unos celos demenciales. El hecho de que ahora parezca una persona razonable y normal no significa nada. Si es una persona agresiva —y tenemos razones para creer que sí lo es— puede mostrarse de nuevo

violenta, cuando las circunstancias sean apropiadas. Es posible que hubiera tenido celos de ese joven porque él causaba una cierta impresión en la chica. La chica sigue viva. No queremos que Mary van Krompen mate también a la chica, digo yo.

Grijpstra asentía con la cabeza.

—¿Está de acuerdo, brigada?

—Me temo que sí —respondió Grijpstra—. La chica sospechará que Mary mató a Tom Wernekink. Es posible que diga algo al respecto.

—Sí —añadió de Gier.

El *commissaris* seguía efectuando sus ejercicios gimnásticos. Ahora los paró y miró a sus visitantes.

—Gracias por el tiempo que me han concedido, señores —dijo a media voz.

4

ERA LA CUARTA VEZ que de Gier pasaba ante la casa y todavía no había encontrado un lugar donde aparcar. Aunque sin ningún distintivo, el Volkswagen era un coche de la policía y no tenía que temer la posibilidad de una multa, lo que le preocupaba era el enorme camión que le seguía, haciendo sonar el claxon con impaciencia.

—Sí —murmuró de Gier—, me apartaré de tu camino, pero ¿dónde meto el coche?

El conductor del camión hizo sonar de nuevo un bocinazo y de Gier aceleró.

—Camina —dijo en voz alta—. ¡Camina! Te sentará bien.

Las casas se apiñaban a ambos lados del dique, y todo solar desocupado había sido cercado. Se dirigió al final del dique, donde el camino se ensanchaba, y detuvo el coche bajo un rótulo de «Prohibido aparcar». Después, regresó andando. El paseo le exigió diez minutos. Pasó ante la casa de Mary van Krompen y empezó a contar. «Aquí», dijo, y se detuvo ante el estrecho caminito de entrada. La casa parecía estar en buenas condiciones de conservación; era una casita de dos plantas, pintada de verde oscuro.

—El Gato con Botas —murmuró de Gier.

Era todo lo que sabía. Un amigo de Tom Wernekink. El único visitante al que se había visto entrar en la casa de Wernekink. Hasta el momento, los pobladores del dique habían prestado muy poca ayuda. Ni siquiera Mary les había dicho gran cosa, durante el tercer

interrogatorio. El *commissaris* estaría hablando ahora mismo otra vez con ella, pero lo más probable era que ella siguiera repitiendo: «No, yo no lo maté».

Tampoco Evelien Dapper les había dicho nada interesante. Ese Gato con Botas era un tipo extraño, uno de esos hombres que siempre llevan trajes de pana, trajes poco corrientes. Dorados o de color violeta, o con alguna otra tonalidad especial. Llevaba botas, botas altas y muy bien lustradas. Cabellos largos y negros y un bigote espeso. Ojos grandes y castaños. Nariz prominente. Vivía con su amiga, una mujer hermosa. Mary aseguraba que el Gato se dedicaba a negocios; Evelien no lo sabía ni le importaba. Y de Gier sabía la edad del Gato. Unos cuarenta años, los mismos del propio de Gier.

—Y hay algo más que sé —rezongó de Gier mientras oprimía de nuevo el pulsador del timbre—. No está en casa.

En la puerta no había placa con el nombre. «Es una lástima que Grijpstra no haya venido», pensó de Gier, pero Grijpstra estaba en Rotterdam, averiguando los antecedentes de Wernekink. La Jefatura andaba escasa de detectives. El cadáver del canal y el cadáver encontrado en el parque habían resultado ser casos intrigantes y la posibilidad de un crimen no podía ignorarse, por lo que Geurts y Sietsema, e incluso el joven Cardozo —el nuevo detective que había sido destinado a la «escuadra de homicidios»—, estaban husmeando, buscando pistas y conexiones.

De Gier lanzó un juramento. Había leído los informes sobre los dos cadáveres descubiertos y estaba seguro de que no había crimen. La chica muerta del parque sería un caso ordinario causado por la heroína: muerta por su propia aguja. La vieja que flotaba en el canal con toda seguridad se habría caído en él. Estaba saturada de alcohol. Acaso la hubieran empujado, pero ¿por qué empujar a una vieja borracha, que acabaría por caerse en el canal por su cuenta si se le concedía el tiempo necesario? Era una mujer bien conocida en diversas tabernas baratas, y la muchacha con las señales de pinchazos en sus brazos era también conocida.

Tal vez ese Gato esté loco, pensó de Gier. Tal vez salga de repente de la casa, disparando con una escopeta antigua. Si se viste de ese modo, también puede estar desequilibrado en otros aspectos. Y todos los que viven en ese maldito dique saben que yo soy policía.

Probablemente le habrán advertido. He estado conduciendo el vw de un lado a otro, durante la última hora, y todo el mundo sabe que la policía utiliza coches vw. Ya sería hora de que cambiáramos de gustos. Deberían darnos Porsches, como los que utiliza la policía estatal en las autopistas, o Ferraris. Un Ferrari sería lo más adecuado para correr por ahí. Son coches pequeños y rápidos, son bonitos y...

La puerta se abrió.

—¿Sí? —preguntó aquella hermosa mujer.

Hermosa, pensó de Gier. ¡Coño, si es hermosa! Esto fue todo lo que pensó. La definición era inevitable. Realmente, era hermosa.

—Buenos días, señora —dijo de Gier—. Soy policía. ¿Puedo entrar?

—Claro —contestó la mujer—. No necesita ser policía para entrar. Le ruego que entre..., aunque sólo sea para su propia seguridad. Esa acera es peligrosa. Aquí, siempre hay personas que resultan lesionadas por las motocicletas. Esos jóvenes no tienen ni pizca de sentido común. Corren de un lado a otro, y, si hay un coche o algún obstáculo en su camino, se suben a la acera. Yo los odio. Entre.

Caminó delante de él por un estrecho pasillo y de Gier se repitió una y otra vez su primer pensamiento, pero algo había añadido a él. Había observado el tamaño de la mujer. De Gier medía un metro ochenta y tres, pero aquella mujer era más alta. Un metro ochenta y ocho quizá.

No importa, pensó de Gier, puesto que las proporciones son las correctas. No importa en absoluto. Observó las firmes nalgas, acentuadas por su pantalón bien ajustado, y los pies descalzos y bien formados. Vio también la larga cabellera, de color castaño oscuro, que caía sobre su espalda.

—Ésta —explicó la mujer— es nuestra mejor habitación. Tiene vista al río. Llega a tiempo para el café. ¿Ha venido por lo de la muerte de aquel pobre hombre del dique?

—Sí, señora.

—Me llamo Ursula —dijo la mujer—. Ursula Herkulanovna. Soy rusa. Puede llamarme Ursula. ¿Y usted cómo se llama?

—De Gier.

Ella hizo una mueca. Su boca, grande y sensual, se frunció.

—Bah. Odio los nombres que empiezan con G. Se pronuncian horriblemente, como si una tuviera una mosca viva en la garganta. ¿Cuál es su nombre de pila?

—Rinus.

La boca seguía fruncida.

—¿Tampoco le gusta «Rinus»?

—No —contestó ella.

—Puede llamarme sargento —propuso de Gier, esperanzado.

—¿Sargento? —Repitió Ursula—. ¿Eso es todo lo que usted es? Mi abuelo era coronel del zar.

—Eso es todo lo que soy: sargento —contestó de Gier—. El sargento Rinus de Gier.

—No importa —decidió Ursula—. A pesar de todo, tendrá su café, sargento. Nunca me acostumbraré a este país. Tengo entendido que aquí los grados inferiores son importantes. Vino el otro día un hombre y me dijo que era un funcionario, pero venía del Departamento de Impuestos y amenazó con confiscar la casa, el coche y todo lo que el Gato y yo poseemos, porque no habíamos pagado cuatro céntimos a no sé qué pequeña autoridad. Sin embargo, era muy simpático.

—¿El funcionario? —preguntó de Gier.

—Sí. Un hombre fornido. Dijo que rema en el río como diversión. ¿Usted también lo hace, sargento?

—No —contestó de Gier con firmeza.

—¿Pero seguramente hará algún deporte?

—No —dijo de Gier—. Lo único que hago es darle la comida a mi gato y regar las plantas del balcón.

Ursula se rió, con una risa sonora. Estaba de pie, muy cerca de Gier, de pronto se inclinó y le rozó la mejilla con los labios.

—Usted me gusta, sargento. No es un hombre afectado. Aquel remero pasó horas sentado aquí y me contó toda su vida. Es un campeón de remo. No sabía cómo deshacerme de él. Tenía muy buen aspecto, con sus hombros anchos, caderas estrechas y una cara con personalidad, pero acabó por aburrirme profundamente. Además, el Gato se enfadó cuando, al llegar, encontró a aquel payaso en casa. Le dio sus cuatro monedas y lo puso en la puerta.

—¿No está ahora el Gato? —preguntó de Gier.

—No. En realidad, hemos quedado en que yo iría a buscarlo.

Está en algún lugar de la ciudad y no tiene su coche, pero no hay prisa. Siéntese, fume un cigarrillo y contemple las embarcaciones del río; yo prepararé el café. Tengo también bizcocho. ¿Cómo le gusta el bizcocho?

—Con nata y piña —contestó de Gier.

—Eso es lo que recubre el bizcocho; yo sólo tengo bizcocho.

—Nada de bizcocho, por favor —dijo de Gier, y contempló a Ursula al abandonar ésta la habitación.

Se desliza, pensó de Gier mientras encendía un cigarrillo. Su mano temblaba ligeramente; podía notar en su espinazo los efectos posteriores de aquel roce de sus labios. No camina, se desliza, pensó. Las chicas lo hacen en el televisor de Grijpstra, pero siempre parecen ridículas; esa mujer, en cambio, se mueve con la mayor elegancia. ¿Y sus pechos?

Miró a través de la ventana, sin ver el antiguo velero que remontaba la corriente. El buque resultaba impresionante, con todas sus velas desplegadas: vela mayor, trinquete y foque. A de Gier le gustaban los barcos y podía pasar horas enteras contemplándolos, pero no vio aquél a pesar de que pasó cerca de las ventanas.

Sí —se dijo—, he visto sus pechos. A los hombres siempre les interesan los pechos. Claro que los he visto. Y sus hombros. Pero en ella todo es perfecto. También sus manos.

Adelantó los labios y expulsó todo el aire de sus pulmones. Era un truco que le habían enseñado los instructores de judo en el gimnasio de la policía. Cuando uno se cae o es empujado repentinamente, o se encuentra en una posición inesperada y difícil, conviene expulsar el aire. Después, se aspira de nuevo, lentamente. Hay que mover la cabeza. Empezar de nuevo. De Gier movió la cabeza. Esa era, decididamente, una posición súbita y difícil para el que se encontraba en ella. No se había esperado una Ursula.

Ursula, pensó de Gier frunciendo el ceño. Había conocido a una chica llamada Ursula, hacía mucho tiempo, cuando todavía iba a la escuela. Una chica muy poquita cosa, con una sombra tenue de bigotillo y granos. Una chica que siempre sacaba las mejores notas. Habría de acostumbrarse a esta nueva asociación. La otra Ursula había sido también una chica poderosa, y él la había aborrecido de todo corazón.

El ejercicio respiratorio aclaró su cerebro y tuvo ahora la

oportunidad de estudiar su entono. La habitación estaba bien diseñada y bien amueblada. Azulejos, paredes estucadas en blanco, una pintura moderna al óleo que representaba dos niños que jugaban a canicas en lo que parecía ser un desierto. Había gran cantidad de plantas con flores —algunas de ellas delicadas— que le recordaron fotografías de un claro en una selva tropical, orquídeas. Recordó que las orquídeas exigían minuciosos cuidados. ¿Se ocupaba Ursula de las plantas, o lo hacía el misterioso Gato? Buscó a su alrededor fotografías, pero no había ninguna. Pensó que era extraño, ya que todo el mundo expone fotografías, con marcos de plata, sobre el piano. Tampoco había piano. Los muebles eran sólidos: tres butacas agrupadas ante la ventana, unas butacas amplias y confortables, con profusión de cojines. Una mesa de comedor había sido adosada a la pared. Estaba admirando una alfombra persa de sutil e intrincado diseño que cubría la mitad del suelo, cuando Ursula regresó con una bandeja.

—Tome —dijo—: piña con nata.

—Sólo era una broma —protestó de Gier.

—¿No piensa comerla? Yo misma he preparado la nata para usted y he abierto una lata.

—Claro que lo comeré —dijo de Gier, y se rascó el trasero—. Muchas gracias. Es usted muy amable.

—¡Oiga! —exclamó Ursula.

—Dígame.

—Se está rascando el trasero —dijo Ursula—. ¿Lo hace muy a menudo? ¡Es un hábito muy feo!

De Gier dejó de rascarse y se ruborizó. Ursula soltó una risita.

—No debe importarle lo que yo diga. Vamos, cómase su nata. Yo lo miraré. Sigo un régimen.

De Gier empezó a comer, cerrando los ojos con cada cucharada y gruñendo de placer para sus adentros.

—Maravilloso —murmuró—. Delicioso. Absolutamente delicioso. Es la mejor nata que he comido nunca, y la piña sabe como si la hubieran acabado de sacar de la planta.

—Ya basta —dijo Ursula, contemplándolo atentamente.

Pero de Gier no dejó de hablar y, cuando había dado buena cuenta de la mitad de su plato, Ursula chilló y le arrancó éste de las manos.

—¡Va a volverme loca! —exclamó, y terminó todo lo que él había dejado.

De Gier sonrió.

—Es usted malo —dijo Ursula, abriendo los ojos hasta que centellearon sobre sus pámulos—. ¿Imagina lo que pareceré yo cuando engorde? Ya soy enorme, y con grasa en mis huesos, una grasa amarilla y horrible, me convertiré en un pastel de carne. ¿Quiere que me convierta en un gigantesco pastel de carne? ¿Lo quiere? —Casi le gritó estas últimas palabras.

—No —contestó tranquilamente de Gier—, y no debería preocuparse por su tamaño. Es usted muy alta, desde luego, pero no tiene ningún mal aspecto.

Ella depositó el plato ruidosamente.

—¿Qué es lo que usted pretende?

—Nada. ¿Por qué?

—No se haga el inocente —dijo Ursula—. Se está comportando de una manera muy desagradable, ¿sabe? Los hombres o bien me cubren de lisonjas o emprenden la fuga. Usted no hace ninguna de las dos cosas. ¿Qué es lo que quiere, pues?

—Me gustaría hablar con su marido —contestó de Gier—, para hacerle unas cuantas preguntas. Estamos investigando la muerte de Tom Wernekink y nos han dicho que su marido solía verle de vez en cuando.

—¿Marido?

—El Gato —dijo de Gier.

—El Gato no es mi marido. Vivo con él, o él vive conmigo. Mi marido está en Australia; es un hombrecillo necio y voy a divorciarme de él.

—Cuénteme —invitó de Gier, tomando un sorbo de su café.

—¿Qué quiere que le cuente?

—Cualquier cosa. Acerca de su nacionalidad rusa, de Australia, de su abuelo, el militar ruso, cómo ha aprendido a hablar tan bien el holandés, y sobre el Gato, y también sobre Tom Wernekink. Cualquier cosa. Son cosas que me gustaría comprender, ¿sabe?

—Ah —dijo ella y se tendió en una butaca, colocando sus pies descalzos sobre la mesa—. La policía es curiosa. ¿O es usted el curioso?

—Ambas cosas —replicó de Gier.

—Está bien. Mi padre nació en Shanghai, después de haber escapado mi abuelo de aquellos horribles comunistas. Mi padre se casó con mi madre, que es holandesa. Después tuvieron que huir de Shanghai porque los horribles comunistas volvían otra vez. Fuimos a Australia, o, mejor dicho, fueron ellos, puesto que yo todavía no había nacido. Después nací. Me crié y crecí en Australia, y conocí allí al hombrecillo que se casó conmigo. Y después vino el Gato por no sé qué negocios y me habló de Amsterdam. Todo parecía muy romántico y al fin y al cabo yo soy medio holandesa, de modo que cogí mi pasaporte y una maleta y me largué de casa para seguir al Gato. Y aquí estoy. Llevo ahora aquí varios años, cinco creo.

—¿Y Herkulanovna es su apellido?

—Es el de mi padre. Supongo que todavía me llaman señora Graham, pero estoy tratando de olvidar ese nombre. Creo que pronto conseguiré el divorcio.

—Y entonces se casará con el Gato.

Ella se sobresaltó.

—¡Nunca! Nunca más volveré a casarme.

—¿No le gusta el Gato?

Volvió a arrellanarse en la butaca y terminó lo poco que quedaba de la nata y la piña.

—Sí. Me gusta. Pero yo toco la flauta; quiero viajar y tocar la flauta, y no quiero encontrarme al Gato por todas partes.

—Enséñeme la flauta —pidió de Gier.

—¿Por qué?

—Yo también toco la flauta —dijo de Gier.

—¿Y toca bien?

—No. Toco algo de música barroca, pero generalmente improviso con mi colega, el brigada Grijpstra. Él tiene en nuestra oficina una batería y la golpea de vez en cuando, mientras yo introduzco unos cuantos trinos en el concierto.

Ursula se echó a reír.

—¡Magnífico! ¿Una batería? ¿Una batería de verdad?

—Un juego completo. Alguien la dejó en nuestra oficina, hace años, y nunca hemos permitido que se la volvieran a llevar. Grijpstra había tocado la batería en su adolescencia y empezó a practicar de nuevo... muy discretamente, desde luego, para no molestar a los de las oficinas contiguas. Entonces yo recordé que

había tocado la flauta, la busqué, la encontré y ahora tocamos juntos.

—Esto es estupendo —dijo Ursula con voz de gran dama—, pero que muy estupendo. Debe venir a tocar conmigo una tarde. Al Gato no le gustará, pero le mandaremos a dar un paseo.

—Sí —dijo de Gier—. Veamos ahora su flauta.

Ella presentó un estuche de cuero negro y de Gier sacó de él la flauta, montándola cuidadosamente.

—Vamos. Toque —pidió Ursula.

—Es mucho mayor que la mía —observó de Gier, disponiéndose a probar el instrumento.

La primera nota falló, pero la segunda fue mucho más potente.

—¿Puede leer música?

—Sí —contestó de Gier.

—Pruebe esto —dijo ella, colocando una partitura sobre la mesa. De Gier la reconoció y meneó la cabeza.

—Demasiado complicado, especialmente con un instrumento que no conozco.

De Gier sacó entonces la pequeña flauta que llevaba en el bolsillo interior de su chaqueta. Ursula la cogió y la sostuvo en la palma de su mano.

—Muy hermosa —dijo—. Estos flautines son caros; el otro día quería comprar uno, pero el Gato no llevaba bastante dinero encima. Dijo que me lo comprará en otra ocasión. Oigamos su sonido.

De Gier emitió una nota larga y penetrante, y después empezó a ejecutar la música que leía en la partitura. Casi se detuvo cuando la flauta de Ursula se unió a la suya. Su primera nota fue tan redonda, plena y perfecta, que él se sintió avergonzado de sus penetrantes pitidos, pero levantó la vista y vio reconocimiento en los ojos de ella, por lo que persistió con bravura, luchando contra la tentación de cambiar su estilo. Al poco rato, su tema tembloroso se apoyó en un fondo de sonido fluido, hasta que se sintió como si fuese un pájaro que volara sobre la tranquila superficie de la música de Ursula, y se lanzara en picado sobre ella. Para entonces, habían olvidado ya las notas escritas en la partitura y tocaban algo propio, manteniéndolo con sencillez mientras cada uno sopesaba el talento del otro.

—A Vivaldi le hubiera gustado esto —dijo Ursula—. ¿Conoce a Vivaldi?

—Un compositor —respondió de Gier—, pero esto es todo lo que sé. Barroco. He tocado algunas de sus piezas.

—Era un cura —dijo Ursula—, pero un cura loco. Enseñaba a las monjas y tenía el pelo rojizo. Algunos de los críos de las monjas también tenían el pelo rojizo.

De Gier sonrió.

—La música se parece mucho al sexo, ¿no cree?

Se había encendido una luz en los ojos de Ursula y de Gier dio marcha atrás.

—Sí, claro —dijo—. Es una lástima que no esté aquí mi colega Grijpstra. Nos hubiera acompañado. Se muestra muy sutil ahora, con la batería.

—Grijpstra... —dijo Ursula—. Creo que hoy podemos prescindir de él y de su batería. Sin embargo, hemos de marcharnos. ¿Está usted a punto?

—¿Para ir adonde?

—¿No quería ver al Gato? He de recogerlo y usted puede conducir.

—Tengo el coche en el otro lado del dique —explicó de Gier—. Tendrá que esperar mientras yo voy a buscarlo.

—Vaya tontería, podemos coger mi coche; está aparcado junto a la casa.

—Pero ¿no ha dicho que yo tendría que conducir?

—Sí —confirmó Ursula—. Conducirá mi coche. No conseguí mi permiso hasta la semana pasada, y no me gusta mucho conducir.

Resultó que el coche era un Morris Minor, nuevo y flamante, pintado de un rojo brillante. De Gier se instaló como pudo detrás del volante, y Ursula empujó el otro asiento tan atrás como le fue posible.

—Ursula, Ursula, ¿adonde vas? —gorjeó una voz infantil.

De Gier abrió su puerta para ver de donde procedía esta voz, y descubrió un chiquillo cerca de la rueda delantera de su lado.

—¿Quién eres tú? —preguntó aquel sucio chiquillo, que a continuación siguió gritando «Ursula» con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Querido! —exclamó Ursula, apeándose del coche. Levantó al

crío y lo meció entre sus brazos—. ¿Qué has estado haciendo, cariño? Vuelves a estar lleno de barro y porquería.

—¿Es suyo? —preguntó de Gier.

—No. Es de los vecinos de al lado. ¿No es un encanto? Todavía no tiene cuatro años, pero ya es todo un genio. ¿Verdad que sí, hermoso? —preguntó, mientras besaba al chiquillo.

—Bah —fue el comentario del sargento de Gier.

Ursula volvió a subir al coche y el chiquillo trepó a su regazo y empezó a jugar con el cambio de marchas. De Gier dio el contacto y quiso poner primera, pero el crío le arrebató la palanca de la mano.

—Meta ese crío detrás, por favor —pidió de Gier con voz tensa, y Ursula levantó el chiquillo.

Cuando el coche se unió al tráfico junto al dique, el pequeño volvía a manosear el cambio, obligando a de Gier a mantener la mano en él. El chiquillo, al descubrir que la palanca no podía moverse, empezó entonces a manosear todo lo que pudo, de modo que las luces y los intermitentes del coche funcionaban alternativamente.

—Mierda —exclamó de Gier.

—No sea injusto —le reprendió Ursula—; este niño es un encanto. Yo me ocuparé de él. Usted conduzca.

—¿Adonde vamos?

Ella le dio una dirección al otro lado de la ciudad y de Gier examinó el salpicadero.

—Casi se ha terminado la gasolina. Fíjese en esa luz roja que se enciende y se apaga... Debe advertir una cosa u otra.

—Tonterías. Estoy segura de que el Gato llenó el depósito ayer; esos indicadores nunca funcionan bien.

Se quedaron sin gasolina en el túnel, y a de Gier le costó trabajo encender las luces de emergencia. Empezó a aullar una sirena y al poco rato llegó una camioneta de rescate.

—Sin gasolina —explicó de Gier al conductor.

—¿Es usted tonto o qué? —exclamó éste—. Esto va a costarle cuarenta guilders. Pague por adelantado, por favor.

De Gier le enseñó sus credenciales de policía.

El conductor del camión se inclinó y susurró al oído del sargento:

—Oiga, lleva usted a su esposa y su hijo en el coche; por lo

tanto, no está de servicio. Nos han dicho que debemos informar sobre casos como éste. Yo no he visto su carnet; pague y lo olvidaré.

—Estoy de servicio —insistió de Gier con firmeza.

El hombre suspiró y sacó del bolsillo una libreta y un bolígrafo.

—Nombre, graduación y departamento de policía —pidió.

—De Gier, sargento, Jefatura.

—¡Ay, Dios mío —rezongó el hombre—, todo ese jaleo por cuarenta guilders! Me alegra no estar en su piel. ¿Está seguro de que no quiere pagar? Si no lleva dinero encima, aceptaré un cheque o cualquier otro papel, y puede usted pagar más tarde.

De Gier negó con la cabeza.

—De acuerdo —dijo el hombre, y, refunfuñando, sujetó un gancho al parachoques delantero del Morris.

Fueron remolcados hasta el aparcamiento que había al final del túnel. El conductor de la camioneta desenganchó la cuerda del remolque y volvió a su vehículo.

—¡Oiga! —gritó de Gier—. Estoy sin gasolina; no me deje aquí. Remólqueme hasta la gasolinera más próxima.

El hombre ni siquiera se dignó volverse.

—¿Es tonto, verdad? —preguntó el chiquillo a Ursula.

—Silencio.

—¿Por qué no conduce? Tú puedes conducir este coche, ¿verdad?

—Que te calles.

—¿Tiene un bidón en el coche? —preguntó de Gier, pugnando por mantener el control sobre su voz.

—No.

—No tardaré en regresar.

De Gier caminó. La gasolinera estaba más lejos de lo que había pensado y, cuando llegó allí, los empleados estaban muy atareados y tuvo que esperar.

—¿Qué desea? —le preguntó finalmente uno de ellos.

—Me he quedado sin gasolina —explicó de Gier—. ¿Puede prestarme un bidón y venderme cinco o seis litros?

—Por favor, jefe —dijo el empleado—. No tenemos bidones y andamos de culo. Me están esperando aquí tres coches..., es la hora punta.

—Por favor —insistió de Gier.

—Lo siento.

—Oiga —dijo entonces de Gier, poniendo una mano sobre el hombro del empleado—, mire allí. ¿Ve aquel cochecillo rojo con la señora y el niño junto a él? Es mi coche, y son mi esposa y mi hijo. Nos hemos quedado atascados. El crío ha de ir a casa, para comer. Está vociferando. Usted tiene que ayudarme.

—Tengo un bidón sin asa —dijo el hombre.

—Cualquier cosa me servirá.

—Deje que primero atienda a esos tres coches.

De Gier esperó. El segundo coche quiso también aceite. El tercer coche quería aceite, que le limpiaran el parabrisas y que le comprobasen la presión de los neumáticos. El empleado recibió de antemano una buena propina e invirtió en la tarea sus buenos siete minutos. El bidón tenía un tamaño desmesurado y de Gier pasó sus apuros para transportarlo. Hacía calor y su chaqueta se pegaba a la espalda. Se colocó el bidón sobre el hombro y la gasolina goteó.

—Eres un poco lentorro, ¿verdad? —preguntó el crío.

—Has de ser amable con el tío —dijo Ursula.

—No sabe conducir.

—Sé conducir —dijo de Gier.

—Tu padre se ha dado una buena caminata, ¿verdad? —dijo el empleado al niño, cuando se detuvieron para devolver el bidón y llenar el depósito.

—No es mi padre —respondió el pequeño—. Es mi tío y no sabe conducir.

El empleado enarcó una ceja ante de Gier, que se encogió de hombros.

—¿Le gustaría a su esposa unas gafas de sol, gratis? —preguntó el empleado—. Hoy las regalamos. Cada décimo coche obtiene unas gafas.

—¿Esposa? —repitió Ursula.

—No, gracias —contestó de Gier, y mire nota asciende a veinticinco guilders.

—No he traído mi bolso —murmuró Ursula.

De Gier pagó.

El tráfico era muy denso y los numerosos accidentes habían embotellado la ciudad. Esperaron a que las luces cambiaran de color, sin que ello causara el menor movimiento en las

interminables hileras de coches, autobuses y camiones que se habían formado en las encrucijadas. Empezaba a hacer mucho calor en el coche y el niño se quejó. Tenía sed y quería ir al retrete. De Gier apartó el Morris de la cola y lo aparcó junto a una acera. Dio a Ursula unas monedas y ella entró con el crío en un café. Un guardia uniformado se detuvo y empezó a llenar una papeleta. De Gier le mostró su credencial.

—¿Está de servicio, mi sargento?

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí.

Ursula regresó con el niño. Al abrir puerta, éste se inclinó y susurró, dirigiéndose a De Gier.

—¿Está usted seguro, mi sargento?

—Sí.

—¿No serán éstos su esposa y su hijo?

—No.

—¿Sospechosos en algún caso de asesinato?

—Sí.

—Nos han pedido que escribamos informes sobre cosas como ésta, mi sargento.

—Hágalo.

—No lo haré —replicó el guardia, y se alejó de allí.

De Gier estaba sudando. Seguía sudando cuando llegaron a la autopista y se dirigieron hacia el sur. El niño se había quedado dormido en el asiento posterior y Ursula apoyaba una mano en el muslo del sargento de Gier.

—Sargento —dijo Ursula en voz baja—, no me siento feliz.

De Gier no contestó. Trataba de concentrarse en el tráfico y sus manos, agarradas al diminuto volante, estaban húmedas.

—¿Y sabe usted por qué?

Él negó con la cabeza.

—El Gato me aburre. La casa se hace más pequeña cada día. Quiero marcharme; quiero volar lejos de aquí. ¿Dónde vive, sargento?

—No lejos de aquí —dijo señalando vagamente.

—Vayamos allí.

—¿Con el crío?

—Podemos darle un juguete. Es un pequeñín muy guapo.

—No, no —dijo de Gier.

Ursula miró a través de la ventana. Estaba hablando consigo misma.

—Otro hombrecillo asustado. Como el lechero, la semana pasada. Se les pide algo y no se atreven. Los hombrecillos asustados nada pueden hacer por una. Tendrás que esperar. Ya llegará un día.

—¿Qué es lo que llegará? —preguntó de Gier.

—¿Me estaba escuchando?

—Hablabas usted a gritos.

—El

bum-bum

—dijo Ursula—, el gran orgasmo

bum-bum

. He oído hablar de él, pero nunca lo he tenido. El Gato está demasiado atareado; es un aventurero, no un amante. Yo quiero un amante. Lleva usted un anillo en el dedo: ¿está casado, sargento?

—No —replicó de Gier.

—Pero tendrá chicas, claro —apuntó Ursula con tristeza.

—No —dijo de Gier—, no se trata de eso.

—¿Chicos?

—¡Por el amor de Dios! —exclamó de Gier.

—¿Entonces?

—El Gato —dijo de Gier—. Usted vive con ese hombre, ¿no es así?

—¿Le da miedo el Gato? —preguntó Ursula—. ¡Pero si ni siquiera le conoce! Él no es celoso. Está muy atareado. A veces, no le veo durante una semana.

—No —dijo de Gier.

La gasolina de su hombro se había secado, pero su olor flotaba todavía en el coche y resultaba mareante. El crío había empezado a roncar y le bajaba un hilillo de saliva por la barbilla. Ursula se había arreglado los cabellos y él había visto la mancha húmeda en su axila. La mujer seguía siendo hermosa —podía comprobarlo—, pero todo lo que ahora quería él era un baño y la compañía de su gato, Oliver, tal vez con un vaso de café helado. No. Pensar en el café agravó la sensación mareante de su estómago. Tan sólo un baño, y Oliver tendido en el suelo junto a él. El gato tendría el buen

gusto de estarse quieto. Ursula seguía hablando.

—Orgasmos

bum-bum

. Usted cree que esto es hablar por hablar, ¿no es verdad? Cree que soy una chica frustrada que vive en el cuerpo de una mujer. Y tal vez tenga razón. Pero, sin duda, tengo derecho a...

—Sí —dijo de Gier—, tiene sus derechos. Aquí está el lugar.

Habían llegado ante un almacén grande y moderno. El rótulo de la entrada rezaba: «Sharif Electric».

El Gato les estaba esperando en el vestíbulo. Ursula hizo las presentaciones.

—De Gier. Policía Municipal. Ursula me ha pedido que la llevase hasta aquí. Tengo que hacerle algunas preguntas.

El Gato correspondía exactamente a la descripción hecha por Evelien. Sonreía mientras estrechaba la mano del sargento.

—Me llamo Diets —dijo el Gato—, pero llámeme Gato, pues todo el mundo me llama así. A veces tengo que esforzarme por recordar mi verdadero nombre.

—Oiga —dijo de Gier—, voy muy retrasado en mi trabajo y tengo que marcharme. ¿Le iría bien venir a verme en Jefatura esta tarde, a las cuatro y media?

—Claro —contestó el Gato—. Allí estaré. ¿De qué se trata? ¿De la muerte de Tom?

—Sí —contestó de Gier.

—Pobre tipo. No sé si podré decirle nada, pero le ayudaré en todo lo que pueda. Tom era amigo mío.

—Muy bien. Adiós, Ursula, gracias por el café y por el trayecto.

—¿Y la nata? —preguntó Ursula.

—Y la nata.

—¿Y la piña? —preguntó Ursula.

—Y la piña.

—Adiós, tío —dijo el niño.

De Gier salió. Detuvo a un coche de la policía y pidió que le dejaran en una parada de taxis. Tomó un taxi hasta el dique, subió al vw y se dirigió a su casa. Disponía de una hora para lavarse y echarse en la cama.

Oliver le saludó ante la puerta, poniéndose de pie junto a su pierna. Había sacado las uñas, pero este gesto fue tan lento y suave

que de Gier sólo notó un leve arañazo. Los ojos de Oliver estaban medio cerrados y el animal gruñía. De Gier le rascó, le hizo ponerse patas arriba, y la cara del gato tocó su mejilla. El gruñido se convirtió en un profundo ronroneo. Después, Oliver tendió su pata delantera, separando los dedos, cada uno de ellos terminado en una larga uña afilada como una navaja, y tocó la nariz de su amo con la parte inferior, más velluda.

—Cuidado —le dijo de Gier, y le dio una sacudida al gato.

La zarpa de éste seguía en su nariz, pero las uñas sólo tocaban el aire.

—Oliver —dijo de Gier—, ¿te gustaría un orgasmo bum-bum

? —El gato ronroneó—. ¿No sabes qué contestar, verdad, puesto que te hice castrar? ¿Te acuerdas? Hará unos cuatro años. ¿Recuerdas que te dieron una inyección y te quedaste dormido, y cuando despertaste habían desaparecido tus huevos y la bolsita había sido zurcida?

El gato dejó de ronronear, se estiró y se desprendió de él, aterrizando en el suelo con choque amortiguado.

—No, no te hizo daño —dijo de Gier—. Estabas medio adormilado, y eso es todo. Siento que tuviera que hacértelo, puedes creerme. Lo siento mucho. Es una cosa horrible. Pero ahora estarías destrozando el apartamento a cada momento, y colgándote de las cortinas, aullando y maullando. Así, yo no te hubiera podido tener. Tal vez hubiese sido mejor no comprarte. Acaso habrías ido a parar a manos de gente con un jardín y árboles y otros gatos, y pájaros que perseguir.

De Gier empezó a desvestirse.

—Tomaré una ducha y me quitaré este olor del cuerpo. ¡Vaya porquería la gasolina! Gasolina, sudor y humos del coche, y los vapores de Ursula y el hedor de aquel crío. Un crío horrible. ¿Estás enfadado, Oliver, por no saber nada acerca de orgasmos?

El gato rodó por el suelo, sobre su espalda, y lanzó un corto chillido.

—¿No puedes hacer ruidos normales de gato? ¿O es que eres demasiado extraordinario? ¿Porque eres siamés? ¿Porque tu abuelo procedía de Extremo Oriente? Vamos, haz algún ruido normal. — Oliver lanzó otro chillido—. No lo hagas, pues. Voy a ducharme;

ven conmigo y háblame.

El gato se quedó sentado en el umbral, contemplando como de Gier se duchaba. El agua caliente caía sobre su cuello y él canturreaba para sus adentros. Era un canto dedicado a Ursula y a la belleza de Ursula.

¿Qué hubiera ocurrido —pensó de Gier— si se la hubiera traído a casa? Con toda seguridad, Oliver habría asesinado aquel crío horrible, pero ¿y si no hubiera venido el crío? ¿Se habría desnudado ella y me habría violado? ¿O se habría tendido en la cama y me hubiera mirado lánguidamente? ¿Lo probaré alguna vez? Lo imaginó y se sintió excitado. La excitación le enojó y movió el mango de la ducha para que el agua se convirtiera súbitamente en un látigo de hielo. Saltó para esquivar el látigo, pero volvió a él y gritó y saltó bajo su chorro. Después, cerró el grifo y empezó a secarse.

El gato se instaló junto a él en la cama. Quedaban treinta minutos. Puso el despertador y se quedó dormido en el acto.

5

—¿

DE

MODO que usted es el Gato con Botas? —dijo el *commissaris*—. Hemos oído hablar de usted. Me refiero a su manera de vestir y a que solía visitar a Tom Wernekink.

—Supongo que se lo dijo Evelien Dapper —repuso el Gato—, la chica que vive en la casa al lado de la de Tom. He hablado con ella, pero en realidad no la conozco.

El Gato se encontraba en el despacho del *commissaris* en Jefatura, sentado en el sillón reservado para los visitantes de importancia. Aunque la Jefatura de la Policía Municipal de Amsterdam era un edificio bastante moderno, el *commissaris* había conseguido crear una atmósfera del siglo XVII en aquella habitación de alto techo. El mobiliario antiguo era de su propiedad, pero los grandes retratos de la Edad de Oro que decoraban las paredes pertenecían a la policía. Había ofrecido un cigarro a su visitante y los dos hombres fumaban, el uno frente al otro, con de Gier a respetable distancia, instalado en una silla en la esquina y fumando un cigarrillo liado a mano. El Gato había llegado puntualmente. Ahora se volvió hacia de Gier:

—Espero que Ursula no le causara demasiadas molestias. Es una mujer extraña. Hubiera podido conducir el coche ella misma, puesto que tiene permiso.

—Yo no estaba familiarizado con el coche —explicó de Gier—, y aquel crío no fue una gran ayuda.

—¡El crío! —exclamó el Gato riéndose—. Un día le solté un trompazo en una oreja y a partir de entonces siempre se ha comportado debidamente.

—Bien hecho.

—¿De qué se trata? —quiso saber el *commissaris*.

—Están revisando mi coche —dijo el Gato— y pedí a Ursula, mi amiga, que me recogiera en la ciudad, donde yo había de atender unos negocios. Su sargento vino a verme y Ursula le hizo conducir el coche.

—¿Y el crío?

—No es mío. Es un chiquillo repelente que vive en el dique. Sus padres no se ocupan de él y siempre está en la calle. Si ve a alguien, suele tratar de irse con él.

—¿No es un niño agradable?

—No —exclamó el Gato—, es un pequeño hijo de puta con el cerebro de un genio ya adulto. En la calle aprende muchas cosas. Tiene ahora cuatro años, pero creo que sabe más que la mayoría de los chicos de catorce. Y lo peor de todo es que es destructivo. Rompe ventanas, saca los tapacubos de los coches y los arroja al río, echa la zancadilla a la gente y, si no puede emprender una actividad física, chinch a los demás. ¿No le ha chinchado a usted, sargento?

—Sí.

—¿Sí? —repitió el *commissaris*, divertido—. ¿Y qué hizo?

—No había gasolina en el depósito, y nos quedamos parados en medio del túnel bajo el río. Me dijo que yo no sabía conducir.

—¡Ah! —exclamó el *commissaris*—. Sobre este asunto ha habido una llamada telefónica; tenía la intención de explicárselo. El jefe del túnel ha telefoneado para preguntar si usted estaba hoy de servicio.

—Espero que le haya dicho que sí —repuso de Gier, malhumorado.

—Así lo hice. ¿Cuál era el problema?

—No querían creerme; pensaban que la amiga del Gato era mi esposa y que el crío era nuestro hijo.

—Nuevas reglamentaciones —explicó el *commissaris*—. Al parecer, alguien ha estado enseñando con demasiada frecuencia sus credenciales de policía, y se han presentado quejas al jefe. ¿No ha tenido que pagar, verdad?

—No, señor.

—Es lo que yo me figuraba —intervino el Gato con tristeza—: ella le ha metido en apuros. Estoy seguro de que tampoco llevaba dinero, y que le ha hecho pagar la gasolina. ¿Cuánto ha pagado, sargento?

—Veinticinco.

El Gato sacó una cartera bien repleta y extrajo un billete de uno de sus compartimientos.

—¿En qué consisten sus negocios, señor Gato? —preguntó el *commissaris*.

—Llámemme Gato, *commissaris*, como hacen todos. —El Gato se guardó la cartera y se retorció las guías de su enorme bigote—. Me dedico a la compraventa. Mayormente, cosas heterogéneas, todo aquello de lo que la gente quiere desprenderse. En este momento, tengo un almacén en la ciudad que está lleno de moquetas..., las compré a la Sharif Electric, donde el sargento me ha encontrado hoy. Hubo una exposición y tuvieron que comprar varios kilómetros cuadrados de moqueta, pero ahora ya no les sirve y me la han vendido a mí.

—¿Al contado?

—Siempre al contado. Es la única manera de comprar. Nadie se resiste a los billetes de banco. La cartera y este traje son trucos del oficio.

—¿El traje?

—Sí —dijo el Gato—. Ya sé que visto de una manera extravagante, pero esto me proporciona la imagen adecuada. Nadie me olvida, una vez me han visto. Les doy mi tarjeta con mi fotografía, mi dirección y mi número de teléfono, y, si hay algo que vender, suelo ser el primero al que llaman. Bromeo, dejo ver mi cartera y consigo la mercancía.

—Tiene usted un aspecto singular —admitió el *commissaris*—, pero no el de un hippie, el de un provo o el de un protestatario.

—No. Yo no tengo ningún antagonismo con el mundo. El mundo está equivocado, desde luego; todos los que pueden ver y pensar saben que es así. Es un lugar equivocado y nosotros nos equivocamos continuamente. Pero a mí no me importa. Yo no soy un luchador. Yo soy un comprador y un vendedor. Consigo un beneficio y gasto parte de él.

—¿A quién vende?

—La gente acude a mí. Comerciantes de los mercados callejeros, tiendas de objetos de segunda mano, y los almacenes de saldos. Tengo una mujer en el almacén, y ella está bien enterada de los precios. Generalmente, yo también estoy allí, si no me encuentro de vacaciones. A menudo me largo..., me voy a cualquier parte y generalmente me las arreglo para comprar también allí. El mundo está lleno de mercancías; es sorprendente que todavía siga girando con todo el peso que lleva encima.

—¿Y Ursula es su chica?

El Gato asintió.

—Sí. La conocí en Australia y quiso venir a Amsterdam. Es medio holandesa y medio rusa.

—Y es muy hermosa —añadió de Gier.

El Gato sonrió.

—¿Verdad que sí? Pero también está chiflada. ¿Intentó tirárselo? De Gier puso cara de tonto y el *commissaris* sonrió.

—Espero que no lo consiguiera, de Gier —dijo el *commissaris*.

—No, señor.

—He aquí un buen muchacho.

—Siempre dice que va a abandonarme —explicó el Gato—, pero de momento no lo ha hecho. Tiene libertad para hacer lo que se le antoje. Yo no colecciono nada. Mi casa es como mi almacén: su contenido entra y sale.

—¿Desea librarse de ella? —preguntó de Gier.

—No. Si quiere quedarse, que se quede. Ella me gusta, y tampoco es una inútil. Interpreta bien la música y a veces toca en la ciudad. Tal vez la invite a viajar y entonces quizá se vaya. Necesita conocer a otros hombres, hombres capaces de manejarla. Acaso usted podría manejarla.

Miró a de Gier como si le estuviera calculando el peso. De Gier se sintió incómodo, ya que aquellos ojos grandes y castaños parecían perforarle el cráneo. La personalidad de aquel hombre era decididamente potente. El Gato tenía un aspecto majestuoso, muy erguido en su asiento, con los anchos hombros marcando una leve curva, enhiesta la maciza cabeza con su melena, apuntando con su prominente nariz hacia la frente del sargento. Y, después de todo, su indumentaria no era tan extravagante. El traje de pana dorada se

ajustaba perfectamente a su corpulencia y las botas eran elegantes y estaban bien lustradas. De Gier observó la presencia de un grueso pendiente de oro en el lóbulo de la oreja izquierda del Gato. Con unos siglos de diferencia, hubiera sido fácil situar al Gato: un pirata caballeroso o un salteador de caminos, luciendo una espada con empuñadura de piedras preciosas. Un hombre valiente y, además, galante.

Un hombre inmoral, estaba pensando el *commissaris*. Un aprovechado, pero tal vez con un código del honor. No un hombre capaz de traicionar a un amigo, o a su gente, ante un enemigo, pero sin embargo...

—¿Tiene un negocio oficialmente registrado, señor Gato? —preguntó el *commissaris*.

El Gato apartó los ojos que tenía clavados en de Gier y los fijó en el *commissaris*; tenían ahora una mirada agradable y la voz era suave.

—Sí, señor. La Compañía Comercial Diets, registrada desde 1945. Mi padre inició el negocio; él trataba con productos para el cabello, pelucas y peines..., cosas por el estilo. Todavía conservo una cierta actividad en esta línea, pero mi talento es diferente: a mí me gusta comprar todo lo que parezca barato.

—Tom Wernekink —dijo el *commissaris*—. Podemos tomar un poco de café mientras nos habla usted de su amigo. De Gier, sirva el café, por favor; está en esa bandeja.

—Tan sólo un amigo —explicó el Gato, con la misma voz lenta y suave—. Lo vi cuando llegó al dique y le ayudé a descargar los muebles. Me interesó. Tomamos unas cervezas después de haber metido el mobiliario en su casa, y seguí visitándolo. Le diré que era un hombre extraño. Lamento sinceramente que lo liquidaran, pues me gustan las personas extrañas. No hay muchas por ahí, ni siquiera en Amsterdam, que es el manicomio de Holanda.

—¿Que le liquidaran? —preguntó el *commissaris*.

El Gato se encogió de hombros.

—Alguien tuvo que hacerlo, ¿no es así? ¿Fue una mujer? ¿No encerraron ustedes a esa tal van Krompen? Pero ella no ha confesado, supongo, pues de lo contrario yo no me encontraría aquí.

—¿No cree que lo hiciera ella?

—No lo sé. Según los periódicos, Tom recibió un balazo entre los ojos desde una buena distancia. Mary es una tiradora de primera, y por tanto pudo haberlo hecho ella. La gente del dique no lo cree así. A propósito, desean que ella regrese, pues es muy popular. Hace unos meses, celebramos una fiesta callejera y ella lo organizó todo. Creo que ha ayudado a unas cuantas personas necesitadas. Sí, quieren que regrese. Le han estado enviando cosas a la comisaría, pasteles y periódicos, y cigarrillos. ¿Dejan que todo esto llegue hasta ella, verdad?

—Desde luego —contestó el *commissaris*—, pero no era necesario, pues la atendemos debidamente. Sin embargo, es agradable tener amigos claro está, y ella aprecia estos obsequios.

—¿Es usted buen tirador de pistola, Gato? —preguntó de Gier.

—No —contestó el Gato sonriendo, o, mejor dicho, enseñando los dientes.

La espesa barba se separaba del bigote y entre los dos aparecía una línea blanca y resplandeciente. Entonces, el Gato parecía feroz durante unos breves segundos, como el tigre agazapado bajo un árbol, poco dispuesto a atacar pero deseoso de afirmar su presencia.

—No —repitió el Gato—, ni siquiera estuve en el ejército. Hay algún defecto en mi ojo izquierdo y tengo que llevar gafas cuando conduzco o leo. Los ojos no enfocan como es debido, creo. La única vez que empuñé un arma de fuego fue en Australia, cuando tiré al plato con una escopeta de caza. No toqué ninguno de ellos.

—Díganos algo más acerca de Tom Wernekink —pidió el *commissaris*, empujando una taza de café hacia el Gato—. Sírvasse azúcar y leche.

El Gato tomó un sorbo de café y chasqueó los labios.

—No hay gran cosa que explicar. Tom nunca decía ni una palabra más de las debidas. Procedía de Rotterdam. Había trabajado allí en una oficina, en una tarea estúpida, rellenando formularios para pedidos de exportación. A veces también yo he tenido que hacerlo y es para volverse loco; cada país es diferente y, si uno comete el menor error, le devuelven la mercancía y ha de empezar todo el trabajo de nuevo. Los funcionarios odian a los hombres de negocios, y esto ya es historia antigua. Envidia.

—Sí —admitió el *commissaris*.

—Lo siento. Usted también es un funcionario, lo había olvidado.

Sin embargo, la policía es diferente. Ustedes tienen también un sentido de la aventura, pero yo no me refería a la policía. Tom Wernekink..., sí. Su padre murió y le dejó un buen puñado de dinero y todos esos muebles y cuadros, y otros trastos. Creo que él había planeado no volver a trabajar nunca más. Una noche, vi que esto había sido un error. Se limitaba a sentarse para ver la televisión, y beber cerveza. Durante el día, la cosa era mejor, pues lo pasaba en el jardín. Solíamos sentarnos bajo aquel gran castaño para beber té y charlar; durante el día, él no bebía alcohol.

—Un hombre sin ninguna ambición —comentó el *commissaris*.

El Gato se levantó, se desperezó y volvió a sentarse.

—Sí, sin ambición. Algo peor, tal vez. Creo que sufría. Era un hombre muy discreto, no de esos que andan quejándose todo el día. Tom había superado ya esta fase. No quería tener nada que ver con nada; creía que la vida era absolutamente ridícula, absurda. Una broma. Una broma de mal gusto.

—¿Y no cree usted lo mismo?

—Sí, pero yo me río mucho, y Tom no se reía nunca. Yo le decía que utilizara parte de su dinero para viajar, y fue a Inglaterra un par de veces, pero no creo que disfrutara con esos viajes. No le gustaba abandonar su jardín. Pescaba, pero, cuando pescaba algo, volvía a tirarlo. Una vez, capturó un lucio de gran tamaño —le proporcionó una buena pelea—, pero aquel lucio vuelve a nadar en el río; ni siquiera quiso enseñarlo para jactarse. Por casualidad le vi pescarlo, pues de lo contrario jamás me habría enterado. Si alguien pesca una buena pieza en el dique, se celebra una fiesta, pero Tom no quería tener a nadie cerca de él.

—Pero miraba la televisión, ¿verdad?

—En realidad, no. Veía moverse objetos y formas, pero no creo que supiera lo que estaba ocurriendo. No le importaba.

—¿Y no sabe si tenía enemigos?

—Enemigos, no —contestó el Gato—, estoy seguro de ello. ¿Quién hubiera podido querer perjudicarlo? Ni siquiera le conocía nadie, excepto yo, y tal vez la chica de la casa de al lado, Evelien.

—¿Qué puede decirnos sobre ella?

El Gato extendió las manos, en un gesto amplio.

—Sólo una chica. Una chica simpática. Linda. Él le gustaba, o le quería, o no sé qué pretendía de él. Creo que deseaba tenerlo para

sí. Las mujeres siempre quieren tener cosas, y conservarlas.

—Ursula —dijo de repente de Gier.

El Gato se volvió y de Gier sintió de nuevo el impacto de aquellos ojazos castaños.

—Sí, sargento. Ursula es una excepción, pero ella está enferma; se encuentra bajo tratamiento psiquiátrico. ¿No se lo ha dicho?

—No.

El Gato se echó a reír.

—No se preocupe, no es peligrosa. Algunas veces apaga sus luces, se sienta, mira fijamente y no funciona. Yo tengo que alimentarla y bañarla; puedo decirles que es todo un trabajo, ya que es una mujer muy alta. El psiquiatra ayuda, pero para esto necesita tiempo. Ahora está mucho mejor. Desea de la vida más de lo que ésta pretende darle por ahora. Ursula ha de madurar y crear algo que contenga una cierta sabiduría; de momento, todavía es como una niña pequeña y atolondrada.

—Toca muy bien la flauta —observó de Gier.

—¿Tocó para usted?

—Tocamos los dos.

El Gato se levantó de un salto y aplaudió.

—¡Hombre! —gritó—. Me hubiera gustado oírlo. Ursula, la rusa loca, tocando con un sargento de la policía. ¿Y qué tocaron?

—Algo que improvisamos.

—Tanto mejor. Prométame que vendrá una tarde y tocará con ella. ¿Qué toca usted?

De Gier sacó la flauta de su bolsillo interior y la enseñó al Gato, que trató el instrumento con todo respeto.

—Bonita flauta. Cuestan un buen puñado de dinero..., novecientos diría yo. Quería comprarle una, pero no llevaba tanto dinero encima. ¿No es su sonido bastante agudo?

—Mucho —dijo el *commissaris*—. Si la toca en su despacho, puedo oírle, y su despacho está muy lejos del mío.

El Gato seguía meneando la cabeza y el *commissaris* sonreía.

—No ha sido una mala jornada la de hoy —comentó el Gato—. Estoy descubriendo cosas. ¿De modo que también los policías están algo chiflados? Esto es una cosa que se extiende. Nosotros ya no estamos solos.

—¿Nosotros?

—No soy el único Gato —contestó el hombre—; hay otros. A veces nos encontramos.

—Está bien —dijo el *commissaris*—, déjenos una de sus tarjetas de visita y creo que por hoy habremos terminado. No le entretendremos más, pues sé que es usted un hombre ocupado. Si volvemos a necesitarlo, le telefonearemos.

—¿Y bien? —preguntó el *commissaris* a de Gier.

De Gier no contestó.

—¿Ninguna conclusión? ¿Ninguna combinación? ¿Sospechas?

—¿Por qué —preguntó de Gier— un hombre que está más loco que la Liebre de Marzo y el Sombrero Loco combinados, podía matar a un solitario inofensivo como Tom Wernekink? ¿O será que estamos mal informados acerca de Tom?

—De momento, todo parece encajar —repuso el *commissaris*, frotándose las piernas.

—Yo vi la casa y usted también la vio. Ambos vimos el cadáver. Si Tom se dedicaba a alguna actividad, aparte de la jardinería, a alguna otra que la pesca de lucios, la cerveza y el televisor, hubiéramos encontrado indicaciones de ello, pero allí no había nada. Era evidente que el hombre se estaba pudriendo allí tranquilamente, y ni siquiera el jardín le representaba una gran ayuda. La agresión siempre va relacionada con el deseo. Él no deseaba nada, ¿no cree? Por consiguiente, ¿por qué había de querer alguien algo de él?

—Era rico —observó de Gier.

—Sí, pero el asesino no se llevó nada. El dinero seguía en su cartera.

—Tal vez un cuadro —dijo de Gier, un Vermeer, o un Rembrandt. Había tantos trastos en la casa que no podríamos asegurar si allí faltaba algo.

El *commissaris* se alisó sus escasos cabellos.

—Sí. Tal vez. Pero yo vi los cuadros de la pared y eran retratos de familia. Contaban tal vez unos doscientos años y valían algo, pero tampoco mucho, tal vez unos millares de guilders. Y las paredes estaban cubiertas por los cuadros. Si hubiera poseído una obra de arte realmente valiosa, la habría colgado junto con las

demás. ¿Es verdad no?

—No lo sé, señor; no era un hombre normal. Hubiera podido dejarla apoyada en la pared y el asesino pudo habérsela llevado.

El *commissaris* dio un golpe en la mesa.

—¿Por qué nadie vio al asesino? Aquel dique siempre está lleno de gente. Saben detectar al forastero.

—Conocían al asesino y están tratando de protegerle —apuntó de Gier.

—Podría ser. Pero tenemos la hora aproximada de su muerte. Hacia las once de la noche, dijo el doctor, con un margen de un par de horas en cada sentido. A esa hora, es posible que todos estuvieran borrachos o dormidos.

De Gier se aclaró la garganta.

—Un feo caso, señor.

—No, no, no diga eso. Feo para Mary van Krompen, quizá, y lo siento por ella. Se sienta aquí y repite «no» una y otra vez, y se siente muy incómoda. Desearía poder soltarla.

—¿Y no puede?

—El fiscal y el juez todavía no se muestran favorables a esta idea. El juez habló con ella un largo rato, y no está convencido ni mucho menos.

—¿Lo está usted?

—No —contestó el *commissaris*—, y si esto se prolonga unos días más, arrojaré la toalla y dejaré que ella se vaya.

—¿No deberíamos prevenir a la chica..., a Evelien, quiero decir?

—Aunque ella esté enamorada de esa chica, no la matará —dijo el *commissaris*.

—Nos hemos equivocado otras veces —observó de Gier.

El *commissaris* guardó silencio durante un largo rato y de Gier se dirigió hacia la puerta.

—Me voy a casa, señor.

El *commissaris* agitó una mano, pero en realidad no había captado la observación del sargento.

—¿Ha telefonado Grijpstra?

—¿Cómo?

—Grijpstra, señor. Pregunto si ha telefonado.

—Ah, sí. Nada especial. Encontró a alguien que conocía a Tom, una ex vecina, creo que ha dicho que es una inválida. Ha

confirmado todo lo que habíamos averiguado hasta el momento. No hay contradicciones. Le he dicho que viniera a verme mañana por la mañana; telefoneaba desde la estación de Rotterdam.

—Buenas noches, señor —dijo de Gier, y cerró la puerta tras él.

6

«

No

TIENE nada que ver conmigo», pensó Grijpstra. Se sentía muy tranquilo. El tranvía en el que viajaba aquella mañana, a las once, en dirección a Kralingen, un suburbio de Rotterdam, era un vehículo antiguo y él hubiera debido sentirse incómodo en su rígido asiento de madera, pero en cambio invadía su cuerpo voluminoso una cálida sensación de contento. La viejecilla sentada ante él miraba con aprobación a aquel sólido caballero, que demostraba un interés tan amable y simpático por la vista que se le ofrecía a través de la ventanilla del tranvía.

«Nada que ver conmigo, en absoluto», pensó de nuevo Grijpstra al ver cómo un ciclista se saltaba un semáforo en rojo. En Amsterdam se hubiera sentido ofendido. No habría hecho nada con respecto a aquel delito, ya que un detective de paisano es, por su misma índole, hombre dado al secreto y no muestra su juego a menos que sea absolutamente necesario hacerlo. Sin embargo, se hubiera sentido irritado. Rotterdam era, para Grijpstra, un mundo totalmente extraño. Había contemplado sus amplias avenidas y los modernos edificios, imponentes y cuadrados, y se había sentido levemente impresionado, como durante sus últimas vacaciones, cuando su hijo menor le llevó cogido de la mano a un nido de hormigas para estudiarlo. Grijpstra pensó que las hormigas eran animales diligentes y al mismo tiempo inteligentes. No obstante, no le importaban las hormigas. En lo que a Grijpstra se refería, era

como si en el mundo no hubiese hormigas. Pero las hay. Y las hormigas, que viven en grupos, han de tener leyes. Y estas leyes serán quebrantadas. Y habrá hormigas, vestidas con uniformes y gorras azules, que se ocupen de estos quebrantamientos de la ley.

Grijpstra vio un coche policial, una gran furgoneta blanca marcada con brillantes franjas rojas y la palabra

POLITIE

en letras muy claras, que seguía al incauto ciclista. Vio que el ciclista se detenía al pasar la furgoneta junto a él y dirigirle la palabra a través del altavoz. Hizo un gesto de aprobación, pero no experimentó la viva satisfacción que un incidente similar le hubiera causado de haber estado él en su entono familiar.

La viejecita contemplaba al hombre sentado tan cerca de ella y deseaba que hubiera sido su hijo. Observaba el traje azul, con sus finas rayas. Notaba también que el traje necesitaba un buen planchado. Veía la camisa blanca y la corbata gris, la cabeza cuadrada y sólida, con el bigote erizado y aquellos ojos amables, de color azul claro. Un hombre simpático, pensó la buena señora, y se preguntó qué debía de hacer para ganarse la vida. Negocios, pensó vagamente, pero los hombres de negocios ya no viajan en tranvía. Un tendero, decidió finalmente.

Grijpstra suspiró. Fue el suyo un suspiro de satisfacción. El tranvía había girado y bordeaba ahora un parque. Después atravesó, traqueteante, un puente y Grijpstra desplegó el mapa que había comprado en la estación. Se estaban aproximando al suburbio. Todavía se sentía a sus anchas y necesitó realizar cierto esfuerzo para recordar lo que debía hacer allí.

Werneking, pensó Grijpstra, y asintió para sus adentros. Ya se había ocupado de Werneking esa mañana, sin conseguir ningún resultado. Había hablado con un hombre cuyo nombre no podía recordar ahora, pero que había escrito en su agenda para utilizarlo debidamente en su informe, y había escuchado lo que éste pudo decirle. Un hombre que en otro tiempo fue el jefe de Tom Werneking. El hombre no había podido explicarle ninguna novedad. La entrevista había sido pura rutina, sin ningún interés para ninguno de los dos. La dirección de la empresa en la que había trabajado Werneking hacía más de un año, le había sido dada el día antes por la policía de Rotterdam, como respuesta a una llamada

telefónica. Había encontrado sin dificultad la oficina y le habían conducido hasta un hombre que presidía toda una batería de escribientes desde un punto elevado, donde, protegido por paredes de cristal, podía ver exactamente todo lo que ocurría a su alrededor.

Sí, Wernekink había trabajado allí durante varios años. No, él no sabía nada acerca de su vida privada. Tom Wernekink había llegado y se había marchado a su debido momento, pocas veces había estado enfermo, y había realizado su trabajo pasablemente bien.

¿Había algo que él recordase acerca de Wernekink,¹ aquel empleado que rellenaba formularios? Sí. Wernekink nunca iba a la cantina donde los empleados podían conseguir una comida sencilla a un precio que sólo aumentaba en el diez por ciento del coste. Comía en su propia mesa. Se traía una barrita de pan negro, un tarro de margarina y otro de mermelada. Se cortaba el pan, lo extendía sobre la mesa, lo untaba con la margarina, distribuía la mermelada sobre él y lo despachaba. Bebía té de un termo. Después, leía el periódico. Seguidamente, empezaba a trabajar de nuevo, mientras los demás empleados acudían ya a sus mesas.

—Esto no me gustaba —dijo el jefe, meneando la cabeza—, no me gustaba en absoluto. La empresa ofrece una buena cantina y una comida adecuada, y sus empleados van a sentarse allí y charlan entre ellos y juegan a las cartas. No es saludable mantenerse aislado, mostrarse asociable, ¿no cree?

—Sí —respondió Grijpstra.

—Y no me gustaba el jaleo que armaba en su escritorio, con toda aquella margarina y aquella mermelada. Le hablé al respecto, y le dije que debía cuidar un poco su actitud. Sin embargo, él siguió negándose a ir a la cantina, y para este particular nada está previsto en nuestros reglamentos.

—Por consiguiente, usted dejó que siguiera haciendo lo mismo —dijo Grijpstra, indicando claramente con su expresión facial que Wernekink no hubiera debido salirse con la suya.

El hombre extendió las manos, con las palmas hacia arriba.

—¿Y qué podía hacer yo?

—Nada —se mostró de acuerdo Grijpstra.

—¿Y ahora ha logrado que lo mataran, verdad? ¿Consiguió algún empleo en Amsterdam?

—No.

—Pereza —dijo el hombre—. Bebidas, mujeres. Una vida libre. Eso es malo para ellos. Teníamos antes un empleado que iba en moto, una de esas tan grandes y potentes. Llegaba aquí vestido con un mono de cuero y un casco. Ya conoce usted el tipo..., ligarse chicas, beber y hacer todo lo que les dé la gana. No, no.

—¿Qué le ocurrió? —quiso saber Grijpstra.

—Lo mataron, en Persia o en Turquía, o no sé dónde. Estaba de vacaciones —el hombre parecía complacido.

—Eso se debe a una vida irregular —dijo Grijpstra—. Todo parece muy bien, pero no pueden seguirla.

—Exactamente —contestó el hombre, y seguidamente se dispuso a franquearse y a contar al brigada una larga historia que explicara y justificase su simple pero interesante filosofía sobre la vida.

Sin embargo, esta historia no llegó a relatarse. Algo cambió en la cara del brigada y terminó tajantemente con las intenciones del jefe de oficina. Fue un centelleo de aquellos ojos de color azul pálido y un leve temblor en las mejillas.

Grijpstra leyó el nombre de la calle que estaba recorriendo el tranvía y colocó uno de sus gruesos dedos sobre el mapa. Tendría que apearse en la siguiente parada. Apretó su brazo izquierdo contra el cuerpo y notó el bulto que formaba su libreta de notas, que guardaba en su billetero. Después oprimió el codo derecho contra la cadera y sintió el bulto de su pistola. Dobló el mapa y se levantó, dirigiendo una breve inclinación a la viejecita* que a su vez le dedicó una sonrisa.

Había a su alrededor villas, villas de gran tamaño, mansiones con enormes jardines con la categoría de parques, avenidas, árboles y prados adornados con matorrales y setos de altas hierbas, que se inclinaban bajo la fresca brisa que templaba el calor de aquel día estival. Grijpstra estudió el esplendor de aquellos alrededores y trató de calcular lo que podían ganar los habitantes de aquel rincón del paraíso. Llegó hasta una cifra redonda y más que cuantiosa. Después trató de calcular lo que percibirían si declarasen sus verdaderos ingresos. La cifra se dobló y Grijpstra meneó la cabeza, sorprendido. Sin embargo, las casas, las avenidas y los prados seguían estando allí. Y también aquellos coches carísimos, que debían de ser los segundos coches cedidos a las esposas para hacer sus compras, visitarse entre sí y, tal vez, acompañar a los niños a la

escuela. Pensó en su propia casa y en la señora Grijpstra, y en la pintura que se desprendía del techo de su pequeñísimo cuarto de baño. Cuando, quince años antes, alquiló la casa no había en ella cuarto de baño, y éste le había costado sus ahorros de todo un año. Estas casas, en cambio, debían de contar con varios cuartos de baño, todos ellos revestidos con azulejos.

Siguió caminando, verificando los números de las casas en su camino, y sintiéndose todavía perfectamente tranquilo. Encontró el número que buscaba y echó a andar por un estrecho camino de gravilla. Al final del mismo, tuvo opción entre dos casas, pequeñas las dos en comparación con las villas que acababa de admirar. No había números en sus entradas y, por lo tanto, eligió una de ellas, avanzó hasta su puerta y tocó el timbre.

—Estoy aquí —anunció una voz desde el jardín. Grijpstra se volvió y vio una mujer en una silla de inválida—. ¿Qué puedo hacer por usted?

La mujer se estaba dirigiendo hacia él, en su silla de ruedas. Grijpstra se inclinó ante ella, al tiempo que se protegía los ojos contra el sol.

—Buenos días señora. Soy un detective de la policía de Amsterdam. Estoy buscando la casa en la que vivía antes el señor Wernekink. ¿Es ésta?

—No —contestó la mujer—, es la casa contigua, pero los que viven en ella están de vacaciones. Tal vez yo pueda ayudarle...

—Sí —dijo Grijpstra—. Creo que sí.

—Venga y siéntese conmigo en el jardín —invitó la mujer mientras daba media vuelta con su silla de ruedas.

Cuando salió del jardín, habían pasado ya tres horas y había dado cuenta de un buen almuerzo. La voz suave de la inválida todavía permanecía en alguna parte de su cráneo, vitalizando las diversas partes de su cerebro. Había habido también la paz del jardín, protegido por unos cientos de metros de distancia del tráfico de la carretera principal. Era un lugar casi tan tranquilo como un calvero en un gran bosque. Varios tordos y un par de pajarillos canoros de oscura cabeza se habían mantenido cerca de la inválida y de él, mientras, sentados los dos, charlaban y despachaban una comida a

base de huevos fritos, pan del día y ensalada. Ella misma había preparado el almuerzo en su cocina, antigua pero bien organizada, yendo de un lado a otro en su silla, pero efectuando el número mínimo de movimientos, puesto que sabía con exactitud dónde estaba cada cosa y se mostraba tan eficiente como una enfermera bien adiestrada durante una complicada intervención quirúrgica. Él había sacado la bandeja al jardín y habían comido a la sombra de un roble, mientras los pájaros se posaban sobre la mesa, para aprovechar las migajas. Uno de los más pequeños había descansado en el brazo de él durante un rato, mirándole con sus ojillos vivarachos, moviendo la cabeza y levantando, de vez en cuando, un ala para mantener el equilibrio. Grijpstra todavía se compadecía de la mujer inválida, y el recuerdo de su cuerpo grotesco y deformado le apenaba. Ella le había explicado que contrajo la poliomielitis cuando era todavía muy joven, y que el tratamiento había sido demasiado tardío. Su pecho se elevaba a la altura de su barbilla, un hombro alcanzaba la base de su oreja y una pierna estaba tan retorcida que le resultaba inútil —tan sólo un peso que arrastrar— y la otra era demasiado corta. También admiraba a aquella mujer, cuyo cerebro estaba despejado y cuya voz podía comprender y explicar, pero, por encima de todo, le había agradado el sonido de la voz, que era como el de una flauta china. No podía recordar ahora que hubiese oído en alguna ocasión una flauta china, pero tenía una imagen de una jovencita que tocaba una en un balcón que dominaba un jardín rocoso y un estanque rodeado por matorrales. Esta imagen, parte de un calendario colgado en la cantina de la policía, le había impresionado tanto que se llevó la hoja a su casa cuando concluyó aquel mes. La guardaba en casa, en su escritorio, en el mismo archivador donde estaba su póliza de seguro y sus diplomas de la policía.

La inválida recordaba perfectamente a Tom Wernekink: el muchacho que vivía en la casa contigua, con su padre, un hombre de negocios jubilado, anciano ya, que leía el periódico y miraba los partidos de fútbol en el televisor. Tom hablaba con ella y a menudo la había ayudado en la casa; tomaban juntos té y café, bajo el mismo roble y con los mismos tordos y pajaritos.

—¿Él hablaba con usted? —preguntó Grijpstra, pues tenía la impresión de que el cadáver que le había estado sonriendo unos

días antes jamás había hablado con nadie.

Pero ella le aseguró que Tom hablaba y que era inteligente y comunicativo, aunque al parecer no tenía amigos y nadie venía nunca a visitarle a él, ni tampoco a su anciano padre. Pero también le habló de la actitud negativa de Tom, y de su vida vegetativa. Le indicó un árbol muerto, tumbado en el jardín de la casa contigua. Había sido el asiento de Tom, y ella le había visto allí, inmóvil, hora tras hora. En cierta ocasión, llovía y ella golpeó los cristales de su ventana; Tom alzó la vista y entonces entró en su casa, empapado hasta los huesos.

—Sí —dijo Grijpstra, empezando a levantarse y a buscar palabras para agradecerle el almuerzo y la información que le había procurado.

Ella le pidió entonces que esperase y entró con su silla en la casa, a través de la rampa especial que había construido un carpintero, a fin de que pudiera entrar y salir con facilidad. Regresó con una carta que Grijpstra prometió devolver. En su camino de regreso a la estación, leyó la carta, en el mismo viejo tranvía que le había llevado hasta Kralingen unas horas antes.

Querida Liza:

¿Cómo estás? ¿Qué tiempo hace? ¿Y los pájaros, y el roble? ¿Dio resultado aquel producto que te di para ahuyentar los mosquitos? Estoy seguro de que mi padre no se acuerda de regar la planta de oro; te ruego que le riñas cuando lo veas. Nunca había tenido una planta de oro antes, y dicen las instrucciones que esta planta necesita mucha humedad. Puse las semillas en el suelo, cerca de mi árbol muerto. Si brotan, la planta se extenderá por todo el árbol y sus flores colgarán. Hay tres colores diferentes: rojo, anaranjado y amarillo. Tal vez debiera tener solamente las amarillas, pues de lo contrario el árbol parecerá la tapadera de una caja de horribles caramelos de marca barata, pero siempre podré arrancar las flores que no me gusten. Después de todo, soy un jardinero, no un amante de la naturaleza, ¡al diablo con la naturaleza! Ella no se preocupa por nosotros; por tanto, ¿por qué deberíamos ocuparnos nosotros de ella? Todas esas tonterías modernas sobre la contaminación me hacen reír; ¿por qué tanta preocupación de repente?

No me importa que el mar se llene de petróleo y los ríos de espumas jabonosas. A mí sólo me importan el jardín y el árbol muerto. Si se llevan eso también, encontraré otro lugar. Y si todo está hecho una porquería, cultivaré unas cuantas mini plantas en un acuario. Veo que ya vuelvo a mostrarme negativo y recuerdo que a ti esto no te gusta. Lo siento. Es tal como soy. Pero es verdad que tú me has animado a menudo y por ello te mando mi respetuoso agradecimiento. Es agradable, a veces, vivir en una atmósfera diferente. Te aprecio, Liza, y eres la única persona a la que aprecio. No aprecio a mi padre, que es un viejo cascarrabias y tonto, aunque a veces me divierte, especialmente cuando pierde su club. Habrías de verle cómo refunfuña por toda la casa.

Estas vacaciones se terminan ya, y me alegro de ello. Estoy en Cassis-sur-Mer, como puedes ver por el matasellos. No debería estar aquí, pero al parecer siempre me encuentro en un lugar en el que no debería estar. Con toda certeza, no debiera estar en esa estúpida oficina donde relleno los formularios, pero he de regresar allí y por tanto de nada sirve enfadarse. Y este Cassis-sur-Mer no es el peor lugar de la tierra. Los turistas todavía no lo han descubierto. Sólo llegué a descubrirlo porque el coche nuevo y flamante que compró Karel K. eligió ese lugar tan conveniente para escacharrarse por completo. Algo del cambio de marchas, tengo entendido. Karel está en Marsella; hizo que remolcaran el coche hasta allí —le ha costado una fortuna— y lo tiene en un garaje. Se ha instalado en un hotel y cada día va a darle la lata al dueño del garaje. Ha llegado ya una nueva caja de cambios y se la están instalando. A mí no me gusta Marsella; es una gran ciudad como cualquier otra, aunque no tan deprimente como Rotterdam. Le he rogado que me deje quedarme aquí, en este pequeño puerto de pescadores. Al menos, estoy cerca del mar. A veces, tomo el autobús de Marsella y bebo una copa con Karel en una terraza. Bebemos Pernod, que al cabo de un rato te atiza una coz como la de una mula, y miramos a las putas de la calle. Hacemos apuestas sobre si conseguirán o no hacerse con un cliente determinado. Generalmente, pierdo yo, pues Karel es un buen psicólogo. Y después, cuando estamos bebidos, vamos a ver una película. Sólo vemos películas francesas y es muy divertido improvisar tu propia historia, introduciendo en ella los personajes que pasan una y otra vez por la pantalla. El otro día, estaba tan

borracho que veía doble, y entonces resultó todavía mejor. Dos hombres apuestos besando... o pegando, ya que en esas películas se atizan buenos mamporros, o dos mujeres hermosas en dos coches. Me alegro de no haberme molestado nunca en aprender francés; nos lo enseñaban en la escuela, desde luego, y siete horas cada semana, pero el profesor era un imbécil tan increíble que me negaba a escucharle. Y sin embargo, pasé el examen. La vida está llena de milagros.

A pesar de todo lo que estoy haciendo mal, parece ser que ahora capto el lenguaje. Ayer me sorprendí pensando en francés, no sólo unas pocas palabras, sino frases completas, e incluso estaba conjugando debidamente los verbos. El primer francés que leí aquí era el de una etiqueta de la botella de Pernod, y miré las palabras que no conocía en el diccionario de Karel.

Karel, como sabes, es un tipo muy agradable. Es curioso que haya trabajado durante más de un año en la mesa contigua a la suya, y que nunca imaginase que sería tan divertido beber Pernod con él. Es un poco como yo, creo, el pobre muchacho. Pero él es más débil, y por lo tanto sobrevivirá. Me estaba diciendo que probablemente se casará, alquilará un piso y tendrá críos. En realidad, no es que lo desee, pero la vida es demasiado fuerte, dice él, y le ha cogido por el cuello y le está propinando sacudidas. Sacarán fotos de su boda y las pegarán en un álbum, que él enseñará a sus amigos y parientes. ¡Oh, pobre y simpático Karel! Pero ¿quién soy yo para despreciarlo? Tal vez yo quiera la misma cosa, aunque lo dudo; en realidad lo dudo, Liza. Y dudo de que él quiera toda esa vida de familia y esa felicidad y comodidades, y esos buenos ratos. ¿Es que lo quiere alguien? En otro tiempo, el animal humano era un cazador, vivía en los bosques y se lo pasaba bien. La vida era corta. Leí en alguna parte que los esqueletos encontrados en una tumba que contaba un millón de años; pertenecían todos ellos a personas jóvenes. No había allí un esqueleto que hubiese vivido más de veinticinco años. Iban de un lado a otro y tenían sus aventuras, y después un oso acababa con ellos, o la gripe, o una epidemia, o el amante celoso. Les aplastaban los cráneos cuando todavía seguían divirtiéndose. Y ahora construimos casas de hormigón y contemplamos imágenes de dos dimensiones qué se mueven, y cuatro veces por semana nos

acostamos temprano. No puede estar bien.

Para mí, el mayor enigma es que a veces me siento bastante feliz. Hace dos semanas, por ejemplo. El jefe de la oficina, un payaso de segunda fila al que tú nunca debes conocer, me trajo toda una pila de formularios para rellenar y, en realidad, me sentí agradecido. ¿Puedes imaginártelo, querida Liza? Me sentí *agradecido*. Los formularios eran de algún modelo nuevo y yo deseaba rellenarlos, ¡pobre de mí!

Ayer tuve una aventura. Paseaba por la playa, buscando a una mujer a la que había conocido la noche antes: una mujer agradable, con una figura agradable. Estaba sola y yo le dije algo acerca de la luna y el mar. Llevaba encima una petaca de coñac. Ella tomó un sorbo y yo otro, y todo terminó tal como yo había deseado que terminara. Ella no pareció mostrarse muy entusiasmada, pero hizo los debidos movimientos, ¿y qué más puede querer un turista? Amor a la luz de la luna, unas cuantas cabriolas y una botella de coñac. Pensaba que ella estaría otra vez en la playa, pero esto, desde luego, era una tontería mía, ya que me había dicho que era enfermera y que durante el día estaría de servicio. Sin embargo, paseaba por allí cuando vi un montículo de arena, un montículo muy abrupto, y trepé por él para disfrutar de la vista del mar. La vista era bonita y me quedé dormido. Cuando desperté, me había desplazado hasta el borde de aquella duna, y, de pronto, noté que bajaba rodando. Al principio, no pensé que la cosa fuese tan grave, pero después vi que rodaba hacia unas rocas puntiagudas, y que, en realidad, corría el peligro de perder mi vida. Y me asusté. No quería perder mi vida. Yo, Tom Wernekink, quería vivir. ¿No era esto una sorpresa? Conseguí vivir, como puedes ver, ya que ésta no es una carta desde el Más Allá enviada a ti gracias a los buenos oficios de Madame Ragama, que se sume en trance apenas se la saluda y se le da un billete de veinticinco guilders. Yo, tu amigo Tom, te estoy escribiendo la carta con mi propia escritura, desordenada, ilegible y desequilibrada.

Pero déjame pensar. Aquello destruyó mi sueño sobre el Suicidio Ideal. Karel y yo lo revisamos el otro día, dando cuenta de una botella y media de Pernod. Era un sueño complicado, pero creo que no del todo imposible.

Trataré de describírtelo.

1. Estudio las corrientes y las horas de la marea alta y la baja.
2. Compró tres botellas de píldoras para dormir —no es cosa de mostrarse avaro— y una botella grande del mejor coñac.
3. Espero a que haya luna llena; el suicidio es un gesto lunático y las primeras cuatro letras de esta palabra —Luna— nombran a nuestra vieja amiga, ese astro redondo, misterioso y levemente atemorizador que preside la noche.
4. Voy a la playa.
5. Nado —acompañado como sea por la botella de coñac y las píldoras— hasta una roca; la roca existe en realidad y se encuentra aquí, a un par de millas de la costa.
6. Logro llegar a la roca y trepar a su cima; me siento y entono mi única y favorita canción. No puedo decirte las palabras de la canción, puesto que se trata de una canción mágica y las palabras sólo me pertenecen a mí. Lo siento, Liza, pero es así: cada hombre ha de tener al menos un secreto, y el mío es la canción.
7. Mientras canto, contemplo la luna; cosa obvia, desde luego, pero es que te estoy dando la receta completa.
8. Ingiero todas las píldoras y me bebo el coñac. La botella ya no está llena, pues he bebido ya parte de su contenido antes de mi travesía a nado.
9. Arrojo la botella al mar, me echo y me quedo dormido.
10. La marea cambia. Una ola me arrastra desde la roca, en dirección al horizonte.
11. La corriente se apodera de mí y empiezo a viajar con cierta velocidad.
12. Muero.
13. Llegan los tiburones y me devoran: unos mordiscos, unos buenos bocados y ya está.

Una muerte agradable y limpia, ¿no crees? Nada de dejar desechos, nada en absoluto. Ni siquiera dejo una nota de despedida. Tom Wernekink ha llegado al gran Más Allá.

Pero no lo haré. Qué lástima. Primero pensé que no lo haría porque me exigiría demasiados esfuerzos. Calcular las mareas y la corriente, y todo eso. Pero si puedo rellenar complicados

formularios de exportación, bien puedo hacer unos cuantos cálculos sencillos, ¿no es así? No, hay otra razón. Tú, Liza. Te admiro. Si tú puedes vivir, también puedo yo. Que me cuelguen si sé por qué debo vivir, pero seguiré haciéndolo. Sin embargo, espero no vivir demasiado tiempo. Realmente, ya estoy harto. El ángel debería venir a buscarme. Me pregunto qué aspecto debe de tener el ángel de la muerte en Holanda. Ha de conformarse con el medio ambiente, desde luego. ¿Sabes lo que pienso? Pienso que llevará un traje oscuro, zapatos puntiagudos y una corbata oscura. Y que me matará con una pistola. Llegará tarde por la noche y me llamará, y cuando yo acuda me matará. De una manera respetuosa, ya que los ángeles son corteses. Han evolucionado mucho y nuestros razonamientos, deseos, sueños y otras tonterías en general les hacen sonreír. Pero cuando realmente deseamos que vengan, vienen. Así es la ley.

Basta de esto. Puedo imaginarte claramente. Estás bajo el roble, leyendo esto a través de aquellas gafas extraordinarias que usas. Debo apresurarme, pues el autobús saldrá dentro de pocos minutos y Karel no puede beber sin mí. Tenemos nuestras responsabilidades. No te olvides de decirle a mi padre que riegue el laburno y saluda de mi parte a los pájaros, al lechero, al cartero y al alcalde. Adiós, querida Liza, pronto nos veremos.

La carta no iba firmada. Grijpstra la dobló cuidadosamente y se la metió en el bolsillo lateral. El *commissaris* se mostraría interesado, y también de Gier, desde luego. Él mismo también estaba interesado. Suspiró, pero esta vez el suspiro fue triste. Sin embargo, volvió a animarse. No iría a su casa a cenar. Telefonaría desde la estación y cenaría en el casco antiguo de Amsterdam, por su propia cuenta, en un restaurante chino barato. Después iría andando a su casa y se acostaría.

En el tren, poco antes de quedarse dormido, un último pensamiento revoloteó a través de su mente. «Captura el ángel». Se prometió a sí mismo que lo haría. Resolverían el caso. Era un caso extraño, pero ya habían tenido otros casos extraños antes. El *commissaris* lo

resolvería, de Gier lo resolvería, él mismo lo resolvería. Pero de momento todavía no lo habían resuelto.

7

GRIJPSTRA durmió pacíficamente y en su sueño volvió a hacerle compañía al pajarillo de los ojos vivarachos. De Gier también dormía, pero daba una vuelta tras otra, y Oliver saltaba cada vez que su amo se volvía y entonces buscaba pacientemente un nuevo lugar donde enroscarse. De Gier soñaba con Ursula, a la que estaba siguiendo a través de unos pasillos interminables. El *commissaris* no dormía. El dolor le había despertado aquella mañana más temprano de lo usual y estaba sentado en su estudio, con una taza de café muy fuerte y un cigarro. Había abierto las puertas del jardín y observaba a la pequeña tortuga que vivía en una caja de madera, bajo las matas de rododendros. La tortuga se abría paso a través de las hierbas, camino de unas hojas de lechuga que el *commissaris* había puesto en el umbral de su estudio. El *commissaris* no tenía conocidos y sólo muy pocos amigos, y, entre sus amigos, sólo el fiscal y la tortuga sabían cómo permanecer con él en silencio. El *commissaris* tomó un sorbo de su café y la tortuga se situó bajo la luz clara de la primera hora de la mañana.

La motocicleta y su sidecar se deslizaban a través de la luz clara de la primera hora de la mañana. No eran todavía las seis, y tanto el agente que conducía la silenciosa bmw como el sargento, sentado en el sidecar, estaban agotados. Habían tomado parte en un duro ejercicio efectuado a unos sesenta kilómetros al norte de Amsterdam, y todo lo que deseaban hacer ahora era aparcar la

moto con su sidecar en el gran garaje de la policía de tráfico y tomar un tranvía para ir a sus casas. Allí dedicarían un gruñido a sus esposas y se meterían inmediatamente en la cama, para dormir al menos diez horas. La idea de que dispondrían de dos días consecutivos de asueto les estaba manteniendo dentro de los límites de la cordura, y el agente conducía a cincuenta kilómetros por hora exactamente, a pesar de la ausencia de cualquier otro tráfico. El sargento miraba fijamente hacia adelante. Trataba de olvidar los interminables ejercicios de aquella noche. Habían estado haciendo prácticas de acción antidisturbios, con un equipo completo de una docena de motos, veinte guardias a caballo y otros cien a pie, y cadetes de las escuelas de policía de La Haya y Amsterdam. Habían corrido de un lado a otro, a través de las angostas calles de un pueblo simulado, construido tan sólo con fachadas de madera; en realidad, un escenario perteneciente a una compañía cinematográfica. El sargento todavía veía al enemigo, unos cincuenta policías que representaban alegremente su papel, corriendo hacia ellos, gritando y blandiendo estacas. Ahora deseaba fumar un cigarrillo, pero un sargento no puede fumar en un sidecar. Ha de sentarse muy erguido, con su chaqueta de cuero blanca, sus gafas de motorista y su casco. Y el sargento se sentaba muy erguido.

El guardia fue el primero en ver a los dos hombres, pero no dijo nada. Hubiera podido hablar con el sargento utilizando su voz normal —el motor de una bmw es lo bastante silencioso—, pero el guardia no dijo nada. Quería ir a su casa. Su esposa estaría acostada, esperándole, y era joven, tibia y afectuosa.

Dos hombres descargaban grandes cajas de cartón desde un camión aparcado ante una casita del dique Landsburger. Estaban demasiado atareados para ver la moto con sidecar que se les aproximaba. El sargento también había visto a los hombres, y sus ojos, amparados por las gafas, se abrieron de pronto de par en par. La policía sólo ve irregularidades: un coche que altera el tráfico, un Mercedes nuevo y flamante con un hippie sucio ante el volante, un hombre que corre por la acera, o dos hombres que descargan un camión a primerísima hora de la mañana. Su mano enguantada se alzó y tocó el cuerpo del agente. La otra mano señaló hacia el camión y se movió arriba y abajo. El agente obedeció.

Cuando la rueda delantera de la moto casi tocaba la parte

posterior del camión, los dos hombres que manejaban las cajas en su interior vieron los cascos de los policías. Los dos saltaron, cada uno por un lado de la motocicleta. El guardia trató de agarrar al hombre que saltó junto a él, pero su mano enguantada no tenía fuerza y el hombre se escabulló. Un segundo más tarde, estaba corriendo por el dique.

El sargento se estaba quitando los guantes. El otro hombre corría hacia abajo, a lo largo de la pendiente herbosa del dique. Los policías gritaron a los fugitivos y abrieron sus fundas de cuero para sacar las pistolas. Les costó unos momentos conseguirlo, y cuando lo lograron ya había hecho el primer disparo el hombre más alejado de ellos. La bala silbó e hizo impacto en el camión. Ahora, el guardia también disparaba, tendido sobre su estómago y mirando por encima del borde del dique. Apuntaba cuidadosamente, y su bala rozó el hombro del primer fugitivo.

«¡Locos! —pensó el sargento—. ¡Totalmente locos! ¡Disparar una pistola a la seis de la mañana!»

Se arrastró hasta la moto, oprimió un pulsador y habló ante el gran micrófono instalado sobre el depósito de la motocicleta.

—Jefatura —contestó una voz tranquila—. Hable, sargento.

—Petición de ayuda —dijo el sargento—. Dique Landsburger. Tomamos parte en un tiroteo.

—Veré qué puedo hacer por usted —dijo la voz, incapaz de ocultar su sorpresa—, pero no hay muchos coches aquí. ¿Cuántos hombres necesita?

—Mándelos a todos —contestó el sargento.

Dio dos pasos, se dejó caer al suelo y se reunió con el agente.

—Ahora, hay otro hombre allí —explicó éste—, y también dispara. ¿Qué es esto?

—¿Le quedan balas? —preguntó el sargento.

—Una.

—¿Ningún cargador de recambio?

—Un cargador de recambio. ¿Y usted?

—Me quedan dos balas y un cargador. Ellos, es probable que tengan allí cajas llenas de munición.

Uno de los hombres situados al pie del dique se movió y el sargento disparó. El hombre empezó a chillar.

—Supongo que no le he dado en el estómago, ¿verdad? —

preguntó el sargento al guardia—. Estaba apuntando bajo; No pude haberle dado en el estómago. Debe de ser su pie o su rodilla.

El agente alzó la cabeza y gritó a los hombres que se rindieran, pero contestaron con otro disparo y tuvo que agacharse.

El hombre herido seguía chillando y los demás habían desaparecido de su vista. Pudieron oír entonces dos sirenas que se estaban aproximando.

—Dos coches —dijo el sargento—; son muchos coches a esta hora del día. Estamos de suerte.

Los vw frenaron ruidosamente cerca del camión y cuatro guardias se dirigieron corriendo hacia ellos.

—¡Al suelo, al suelo! —gritó el sargento, y los hombres se echaron al suelo.

—¿Qué ha encontrado usted, sargento? —preguntó un joven agente, arrastrándose sobre su vientre, al estilo de los comandos— ¿Tienen armas los de allí?

—Mantenga la cabeza baja; hay dos hombres armados con pistolas y ha de haber una tercera pistola cerca del herido. Vuelva a su coche y pida una ambulancia. Pida que venga también la patrulla.

—¿Todos ellos? —preguntó el guardia—. Debe de haber cuarenta hombres de reserva en el cuartel.

—No, sólo una docena como máximo; los otros han estado esta noche con nosotros, haciendo maniobras. Pida tan sólo una docena y dígales que no manden a nadie que haya estado de servicio esta noche.

—A sus órdenes —dijo el agente, y sonrió mientras se dirigía de nuevo hacia el coche.

La patrulla consistía solamente en cadetes, y normalmente había muy poco trabajo para ellos. Podía imaginar ya la excitación en el cuartel al sonar la alarma. Recordó los tres meses que él había pasado en el servicio de patrulla, aquellos tres meses entre el final de la escuela de policía y su graduación como guardia. Dentro de un par de minutos, estarían todos de pie, pugnando por ponerse los uniformes, cogiendo pistolas y carabinas y corriendo hacia el camión blindado, que, con la sirena ululante y las luces centelleando, les trasladaría rápidamente al dique.

—Ambulancia —dijo por la radio—, y la patrulla. Dice el

sargento que sólo una docena de hombres, y que no se envíe a nadie que estuviera de servicio esa noche. Que traigan carabinas; estamos teniendo aquí un jaleo de los de verdad.

—¿Quién está herido? —preguntó Jefatura—. ¿Policía?

—No.

—Vale —replicó Jefatura—. Manténganos informados. Corto.

La patrulla necesitó exactamente trece minutos para llegar. Para entonces, se habían intercambiado nuevos disparos y un guardia se estaba aguantando un pie. Tenía la cara muy pálida y los dientes apretados; su compañero le sostenía por el hombro y le hablaba con voz apaciguadora.

Los cadetes, mandados por dos sargentos, bajaron hacia el dique desde los lados. Cuatro cadetes disparaban sus carabinas contra un cobertizo de madera, que era el último lugar donde se había visto a los dos hombres. Al llevarse la ambulancia al policía herido y aparcar otra ambulancia junto a la acera, en espera de recoger al individuo herido más abajo, un breve tableteo incrementó la tensión.

—Una metralleta —dijo el sargento de la motocicleta a su compañero—, una metralleta de mierda. ¿Has oído eso?

El guardia señaló hacia el río.

—Ha disparado desde aquel yate.

—Pediremos todo lo que tenemos —dijo el sargento, y echó a correr hacia su moto.

—¡Metralleta! —gritó por la radio—. Manden todo lo que puedan encontrar. Tenemos ya un guardia herido y correrá mucha sangre si esto continúa. No sé hasta qué punto se han adiestrado estos cadetes, pero envíen a la Policía Fluvial y un avión. Tienen también una embarcación aquí, un yate rápido, y no quiero que desaparezca.

—De acuerdo —dijo Jefatura.

Funcionaron los zumbadores en Jefatura y todos los hombres disponibles, uniformados y de paisano, respondieron a la Gran Alarma. Los camiones atronaron el patio con sus motores y los hombres del cuarto de radio empezaron a telefonar a todo el personal disponible que estuviera fuera de servicio. Los policías montados fueron los primeros en presentarse, pero se les dijo que prescindieran de sus caballos, por ser excesiva la distancia, y que

subieran a los camiones; un brigada sacó carabinas de un armero y las entregó a todos los que se habían presentado; los hombres se hicieron con cargadores sin molestarse en firmar recibos, y la lancha rápida de la Policía Fluvial rugió en el puerto mientras se ponía en marcha el motor de un Piper Cub en el aeropuerto de Schiphol. Al cabo de una hora, había cuarenta policías en el dique, diez en el río y uno en el aire. Seguían recibiendo refuerzos y un *commissaris* calculó más tarde que unos noventa hombres habían tomado parte en la campaña.

Sin embargo, Grijpstra y de Gier seguían durmiendo y el *commissaris* preparaba más café y pasaba el tiempo con su tortuga. Sus nombres no figuraban en las listas que se guardaban en el cuarto de radiocomunicación y sólo se les podía llamar si se producía una emergencia relacionada con la muerte de Tom Wernekink. Se enteraron de todo cuando llegaron a sus oficinas a las nueve en punto de aquella mañana. Para entonces, los fugitivos estaban bien custodiados. Se habían hecho cinco detenciones y se habían confiscado cinco pistolas y una metralleta Uzzi. Los detectives peinaban ahora la zona, efectuando registros casa por casa, y unos policías patrullaban el dique.

Grijpstra entró en el cuarto de radio para examinar los informes que llegaban por el teletipo. El *commissaris* estaba ya allí.

—Buenos días, señor —dijo Grijpstra.

—Buenos días, brigada —contestó amablemente el *commissaris*—. ¿Dónde está su ayudante?

—Leyendo los informes que ya han sido distribuidos —explicó Grijpstra—. ¡Ha sido un buen espectáculo! Las cajas contenían televisores y otros aparatos eléctricos. Debemos de haber topado con algo gordo.

—Sí. El yate también estaba lleno de géneros robados, así como los sótanos de varias casas. Los detectives han efectuado unos cuantos arrestos más.

—El Gato —dijo una voz detrás de él—. Hemos de ir a buscar al Gato. ¡Ahora mismo!

—Tranquilo —dijo el *commissaris*, que había pegado un brinco al oír junto a él aquel repentino alarido—. ¡Tranquilo, de Gier! No

estoy sordo.

—El Gato —repitió de Gier—. ¡Vayamos en seguida!

De Gier estaba ya en el pasillo cuando Grijpstra corrió detrás de él. Llegaron al vw al mismo tiempo y de Gier hizo sonar el claxon con impaciencia, al salir flemáticamente de su caseta el guardia que vigilaba la verja.

—Calma —dijo el guardia—. La alarma ha terminado.

—Todavía no —exclamó de Gier y aceleró el motor.

—Estoy envejeciendo —comentó Grijpstra cuando de Gier se saltó el cuarto semáforo en rojo—. Vi los informes y mi mente no reaccionó.

—Tonterías. Hubiera reaccionado igualmente. Comprador y vendedor de toda clase de trastos, qué coño. El cabronazo estuvo soltando una trola tras otra durante aquella sesión de ayer en el despacho del *commissaris*. Tú no puedes saberlo, ya que no estuviste allí. ¡El Gato con Botas! ¡Ja, ja!

—¿Qué? —preguntó Grijpstra.

—Vino a vernos ayer. Le preguntamos qué hacía para ganarse la vida y nos contó una bonita historia, acerca de lo muy listo que es. Compra todo lo que cae en sus manos y lo vende desde un almacén en la ciudad. Un negocio de compra venta. ¡Y una mierda! Vende artículos robados, eso es lo que hace. Debe de estar relacionado con los hombres que han sido detenidos esta mañana. En el dique, todo está relacionado. Todos están metidos en los mismos asuntos. También aquel informador, el Ratón. Debe de haber estado en medio de todo ello durante años, pero nunca nos ha dicho ni palabra.

—Cuéntame algo más —pidió Grijpstra—. ¿Cómo era él? ¿Dónde lo encontraste? ¿Fuiste a su casa?

De Gier se lo explicó lo mejor que pudo, pero estaba pasando sus apuros. Habían tomado un coche con distintivos, y funcionaban su sirena y la luz azul, pero, a las nueve y cuarto de la mañana, Amsterdam es una ciudad muy bulliciosa y avanzaban con gran lentitud. De Gier intentó todo lo que se le ocurrió, utilizando la parte de la calzada reservada para el tranvía, las aceras e incluso el camino de un parque, pero una y otra vez se quedaba atascado entre el denso tráfico. Sin embargo, se las arregló como pudo y Grijpstra incluso tuvo noticia de Ursula, y se rió.

—¡Forzosamente había de pasarte a ti!

—¡También te hubiera podido pasar a ti! —contestó de Gier gritando—. Esa mujer no persigue a ningún hombre determinado; sólo quiere un hombre, un hombre bum-bum
, y tú eres más bum-bum
que yo.

Grijpstra se golpeó el muslo con la mano.

—¡Nunca!

—Es aquí —anunció de Gier, y frenó.

Se apearon del coche y llamaron a la puerta. No hubo respuesta.

—¡Por detrás! —gritó Grijpstra.

De Gier echó a correr, pistola en mano. El Gato todavía no había llegado al río cuando de Gier le gritó. El Gato tenía un aspecto absurdo, con la mitad de su bigote afeitado. Sólo llevaba puestos unos pantalones vaqueros e iba descalzo.

—¡Alto! —gritó de Gier, y disparó, apuntando con su pistola a una nube.

Al oír el disparo, el Gato se detuvo.

El Gato se rindió debidamente a de Gier y a cuatro agentes uniformados que habían acudido a la carrera cuando advirtieron aquella conmoción.

—Coño —exclamó el Gato—, es usted muy rápido, sargento, ¿no cree? ¿Por qué disparan en mi jardín? Dígame de qué se me acusa.

—¿Por qué se estaba afeitando el bigote? —preguntó Grijpstra, colocando los brazos del Gato a su espalda y poniéndole las esposas en las muñecas.

—Estaba cansado de todo ese pelo —contestó el Gato—. ¿Cuál es la acusación? ¿Y quién es usted?

—El brigada Grijpstra —contestó Grijpstra—, a su servicio. La acusación es la de recibir géneros robados y quizá de robo y tal vez otros delitos. Ya lo comentaremos en la comisaría. Es mejor que se vista.

—No puedo vestirme esposado —repuso el Gato, indignado.

—Le sacaremos las esposas.

De Gier apuntó con su pistola al Gato mientras Grijpstra le despojaba de las esposas en el dormitorio del prisionero. El Gato

abrió armarios y cajones y se vistió calmosamente.

—¿No se pone su traje dorado y sus botas? —preguntó de Gier.

—No. Pero quiero afeitarme el resto del bigote.

—No —replicó Grijpstra—, todavía no. Quiero que el *commissaris* le vea así, y el fotógrafo también. Una batalla en el dique, detención de ladrones, una metralleta disparando con la calle llena de policías y detectives, registrando una casa tras otra, y aquí está usted afeitándose su bigote. Y echa a correr, sólo con los pantalones y descalzo, cuando venimos a verle. Creo que esto es muy extraño, ¿no es cierto?

—No —contestó el Gato—, y quiero un poco de café antes de marcharme. ¡Ursula!

Ursula salió de la cocina, ataviada con una bata de estar por casa. Sus largas piernas quedaban parcialmente al descubierto y los rotundos pechos se mostraban erguidos bajo aquella fina prenda.

—Vigila —ordenó Grijpstra, al extraviarse los ojos del sargento de Gier.

—Sí, vigile, sargento —añadió el Gato—. Tiene un arma mortífera en la mano y su dedo está muy cerca del gatillo, y el cañón está muy cerca de mi pecho. Además, ella es mía, no suya.

—Mía —repitió Ursula—, ¿qué es eso de mía? Yo no soy una vaca. ¿Y qué significa todo esto, Gato? ¿Es que se te llevan detenido?

—Me temo que sí, señorita —contestó Grijpstra.

—¿Quién es usted?

—El brigada de detectives Grijpstra, de la Policía Municipal de Amsterdam.

Ursula inclinó la cabeza y sus largos caballos cayeron sobre su cara. Los apartó con un gesto enérgico.

—Cuídelo bien, brigada —dijo—. Es amable y un buenazo. ¿De qué te acusan, Gato?

—Se trata de mi mente —explicó el Gato—; no les gusta lo que ocurre en mi mente. Yo soy diferente y ellos representan a la ley común. Yo no soy común, y éste es mi problema.

—¿Participó en la batalla esta mañana? —preguntó Grijpstra.

El Gato se echó a reír.

—¿Yo? Jamás he tomado parte en una batalla en toda mi vida. Yo compro y vendo, y hablo y escucho en todo momento.

—Sin embargo, tiene una relación amistosa con la gente del dique —dijo de Gier—, y ellos sí pelearon. Tengo entendido que incluso hirieron a dos policías, uno en el pie y el otro en un brazo. Disparaban como si estuviéramos en plena guerra. Y el dique está lleno de objetos robados. Me gustaría echar un buen vistazo a su casa.

—No —se opuso el Gato—. Su graduación es demasiado baja. No puede registrar la casa sin un mandato. Puede considerarse afortunado por haberle dejado entrar yo como lo ha hecho. Obtenga un mandato, sargento.

—No digas sandeces —intervino Ursula—. En la casa no hay nada.

—Vale —admitió el Gato, y sonrió—. Registre la casa si esto le divierte.

De Gier no encontró nada.

—¿Dónde está su almacén?

—En la ciudad, pero de nada sirve ir allí; está cerrado y; yo tengo la llave. Iré con usted, si quiere.

—Más tarde —dijo Grijpstra.

—Quiero mi café.

—Más tarde. En la comisaría tenemos café. Perdone, señorita, por esta intrusión. Ahora tenemos que marcharnos.

—Sean amables con él —rogó Ursula.

8

LA ISLA DE
BICKERS

había sido un rincón olvidado en la ciudad antigua de Amsterdam. Su laberinto de estrechas callejuelas, muelles orillados por grandes almacenes del siglo XVI, astilleros donde cientos de años antes se construían las embarcaciones mercantes con sus velas y sus cascos planos, canales, jardines, e incluso unas cuantas mansiones de mercaderes, todo ello se había podrido, había perdido su aplomo y se había derrumbado para formar montones de escombros donde las ratas ya no se mostraban asustadas ante las pocas personas que se negaban a abandonar aquel lugar. Pero la ciudad había vuelto a la vida y había empezado a prodigarse cuidados de nuevo. La isla había sido redescubierta por arquitectos y artistas, respaldada por el ministerio de Obras Públicas, y gradualmente se restauraron los almacenes, se despejaron los jardines y se replantaron con arbustos y árboles, y los canales fueron drenados. Sin embargo, era todavía un lugar tranquilo, ya que se encontraba en cierto modo aislado; cabía pasear por allí en paz y concentración, sin tener uno que saltar como un mono asustado ante la posibilidad de verse aplastado por el alud del tráfico moderno.

El *commissaris*, que había recorrido la isla durante la investigación de un caso de asesinato, cuando era todavía subinspector y tenía poco más de veinte años, había hecho de aquel lugar su refugio favorito. Se le podía encontrar allí a menudo, durante los fines de semana y las vacaciones, paseando por las

callejuelas, sentado en un banco de madera en un jardín público, alargando el cuello desde un muelle para admirar un tejado, o entregado a sus ensueños en el patio de una mansión desierta. Siempre acababa su paseo en la misma taberna, una taberna pequeña que era la última de su clase y donde un tabernero muy viejo, un esqueleto viviente, todavía servía ginebra de una botella de piedra a sus pocos clientes. Ésta emitía un alegre sonido tintineante cuando el hombre llenaba las delicadas copas en forma de tulipán, con aquel explosivo de color ámbar, denso y casi helado. El ruido tintineante lo causaba una estrecha boquilla de metal atornillada en la botella y tan antigua como el mismo establecimiento. La taberna era tres veces más vieja que su actual propietario y su atmósfera, lúgubre y misteriosa, nunca dejaba de excitar al *commissaris*, cuyos placeres, aunque pocos, eran siempre intensos.

Eran las cinco de la tarde del día que siguió al del arresto del Gato y la puesta en libertad de Mary van Krompen, efectuada por el *commissaris* en persona. Él mismo le llevó la maleta hasta la puerta y la envió a su casa en su automóvil, conducido por su propio chófer. La jornada había transcurrido hasta el momento poniendo en orden toda una serie de asuntos, dejados en pie por la conmoción producida en el dique. Aparte del Gato, se habían hecho hasta el momento nueve detenciones, y la mayoría de los detectives de la Fuerza estaban ocupados mecanografiando informes después de haber interrogado a sus sospechosos. Un alcalde muy tras Tomado había convocado una reunión en el Ayuntamiento, donde hizo preguntas al jefe de la policía, y más tarde se telefoneó al *commissaris* para que acudiera con dos de sus colegas y explicaran cómo había podido producirse una agresión tan escandalosa en su placentera y tolerante ciudad. El *commissaris* había dicho muy poca cosa, aparte de la observación de que tenía la intención de profundizar mucho más en la cuestión.

Los cuatro clientes tenían la pequeña taberna para ellos solos. A petición del *commissaris*, el dueño había cerrado la puerta y colgado un sucio y arrugado rótulo de cartón que anunciaba el cierre del establecimiento a causa de una defunción. El tabernero había escrito él mismo el rótulo, treinta años antes, cuando falleció su esposa.

De Gier, impecable en un traje nuevo de sarga azul marino, confeccionado por un sastre turco —inmigrante ilegal y amigo suyo— se había sentado en un taburete alto junto a la barra y estudiaba a un hombrecillo con un finísimo bigote y una cabeza calva, sentado frente a él en una silla de asiento bajo. Grijpstra se apoyaba en la barra, con una copita de ginebra en la mano y masticando una salchicha. También estudiaba al hombre de la silla baja. El *commissaris* miraba a través de la ventana, contemplando los restos de una vieja barca de pesca e imaginando lo que debía de ser hacerse a la mar para pescar camarones con una embarcación tan pequeña —no mediría más de diez metros de eslora—, con sólo dos tripulantes y ningún motor que la ayudara a maniobrar.

La barca, con su mástil todavía intacto, había estado atracada junto al muelle durante todo el tiempo que él pudiera recordar, y a menudo había pensado que averiguaría a quién pertenecía. Podría comprarla, repararla —reconstruirla en caso necesario— y navegar con ella en el gran lago interior, con de Gier y Grijpstra como tripulantes.

Sonrió para sus adentros. Un sueño, desde luego. El dolor en sus piernas, aquella perenne afección reumática, daría al traste con la diversión. Sería mucho peor en el agua.

Reinaba la tranquilidad en la taberna. El hombrecillo se levantó y, mirando al dueño, depositó su copa en el mostrador. Él tabernero empuñó la botella y la ginebra llenó, tintineante, la copa. El hombrecillo volvió a sentarse. Nadie dijo una palabra.

—¡Dejen de mirarme! —chilló de pronto el hombrecillo—. ¿Por qué no miran a otra parte? Miren hacia la ventana. Miren esa barca tan bonita que el *commissaris* está admirando. ¿No es una barca de pesca admirable?

Grijpstra y de Gier la miraron.

—¿Verdad que es bonita? —dijo el hombrecillo, esperanzado.

—Ratón —dijo Grijpstra, y su voz profunda llenó el pequeño local—, explícanos por qué no nos dijiste nada.

El Ratón miró a Grijpstra y se preguntó si debía contestar con un «¿qué?». No lo hizo; prefirió levantarse e intentó colocar de nuevo su copa sobre el mostrador.

Grijpstra le detuvo.

—¿Es que no puedo beber?

—No —contestó Grijpstra—. Dinos por qué no nos hablaste de nada. Más tarde podrás beber. En tu casa, o en cualquier otra parte. Aquí ya has bebido bastante.

El Ratón se pasó la lengua por los labios.

—Tengo sed, mi boca está correosa. ¿Puedo beber una gaseosa o algo por el estilo?

Grijpstra miró al tabernero y asintió.

El Ratón tomó un sorbo de gaseosa.

—¿Y bien? —inquirió de Gier.

Pero el Ratón no dijo nada.

El *commissaris* dejó de contemplar la barca y se reunió con sus dos colegas junto a la barra, acomodándose con dificultad en un taburete y frotándose las piernas una vez hubo logrado hacerlo.

—¿Y bien, Ratón? —preguntó el *commissaris*.

El Ratón dejó su vaso y extendió las manos.

—¡No puede acusarme de nada, señor! —Chilló con indignación—. Está bien, soy un informador. Pero no estoy obligado a informar, ¿verdad?

—¡Tienes la obligación —vociferó Grijpstra— de informar a la policía si sabes algo sobre un delito! Vives en el dique y has estado en medio de todo ese juego de robos y ocultaciones, y de todos los jaleos que se han producido allí. Tú lo viste todo; lo más probable es que les ayudaras. Y no dijiste nada.

—¿Puede probar que yo estaba metido en aquello? —preguntó el Ratón, temeroso y excitado al mismo tiempo—. ¿Han encontrado algo en mi casa? ¿Han encontrado alguien que haya dicho algo que pueda incriminarme? Vamos, contesten...

Grijpstra guardó silencio y de Gier se ajustó el pañuelo de colores que llevaba anudado al cuello.

—No lo han encontrado —dijo el Ratón triunfalmente—. No han encontrado absolutamente nada.

De Gier depositó su vaso en el mostrador y la botella de ginebra tintineó. Grijpstra encendió un cigarro, un cigarro grueso y negro, y una nube de humo hediondo navegó hacia el *commissaris*, que empezó a toser.

—Lo siento, señor —dijo Grijpstra, dando a su superior unos golpecitos en la espalda—. Lo apagaré.

—No, no —exclamó el *commissaris* al dejar de toser, y miró al

Ratón—. Ratón —le dijo—, nosotros te pagamos. Y si aceptas dinero tienes una obligación. Has de hablar. Hubieras tenido que rehusar el dinero, pero lo cogiste. Dinero de los contribuyentes.

—Ja, ja —contestó el Ratón.

El *commissaris* meneó la cabeza.

—No, Ratón. A ti puede parecerte una tontería, pero el dinero del contribuyente es dinero sagrado: Lo es para mí, y para otros muchos. Muchos más de lo que puedes suponer. Ésta es una ciudad decente. Si se da algo, se espera algo a cambio. Tú has fallado, pero todavía puedes corregirlo.

—¿Y si no lo hago? —preguntó el Ratón, desafiante.

—No creo que te ocurra gran cosa si no lo haces —replicó el *commissaris* campechanamente—, al menos ahora. Más tarde, tal vez.

—Usted me está amenazando.

—No, Ratón. Yo no te amenazo. Hay una Ley.

—Ja —hizo el Ratón, pero en su voz hubo una nota penosa.

—Nada de «Ja» —dijo el *commissaris*—. Y no me refiero a la ley de nuestros libros legales. Los libros que hablan de la ley sólo muestran la sombra de ésta, la ley tal como la entendemos nosotros, pero nuestra comprensión varía sin cesar, y por tanto los libros legales cambian también. Yo me refiero a la Ley.

—¿A Dios? —preguntó el Ratón—. ¿Me está hablando de Dios?

—No, Ratón. Yo no conozco a Dios.

—Creo que usted me está hablando de Dios —insistió el Ratón con obstinación.

—Al no haber conocido a Dios, no puedo hablar de Él —dijo el *commissaris*—, pero he visto algo de la Ley. La Ley es muy hermosa.

El Ratón dejó su vaso sobre el mostrador, esperó unos momentos y apuró la gaseosa de un sorbo. Después volvió a sentarse y empezó a rascarse su calva cabeza.

—La Ley... —repitió, titubeante.

De Gier quiso decir algo, pero el *commissaris* alzó la mano. Grijpstra pegó una buena chupada a su cigarro, Empezó a toser y arrojó el cigarro al suelo, donde lo pisoteó.

—Está bien —dijo el Ratón—, hablaré. Pero no lo repetiré ante un tribunal. No se trata de una declaración. No pueden adjudicármela. ¿De acuerdo?

—Sí —contestó el *commissaris*.

—Y no quiero dinero. Nada de obligaciones. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Bien —dijo el Ratón, y la taberna cambió. Parecía ahora mucho más clara y de Gier se estaba rascando la espalda y sonriendo. Grijpstra encendió otro cigarro y el *commissaris* también sonrió. Incluso el esqueleto se relajó detrás del mostrador, y la botella de ginebra recuperó su antiguo y alegre tintineo.

—Es el Gato —dijo el Ratón—. El Gato es un genio. Me cae bien. Le admiro incluso. Es la bendición del dique. O lo era, quizá. Ahora se ha estropeado todo, pero no es culpa del Gato. Y ustedes no cazarán al Gato. Lo cazarán, pero será por poco tiempo. Unos pocos meses o un año como máximo. Logrará que le acorten la condena. Caerá bien a todo el mundo. Se divertirá en la cárcel. Ya lo verán.

Estaba mirando a de Gier y de Gier asentía con la cabeza.

—¿Usted ha llegado a conocerle, sargento?

—Sí.

—¿Le cae bien?

—Me cae bien —contestó de Gier—, al menos hasta el momento.

—¿No le fue posible ponerle la mano encima, verdad?

—Es que no tratamos de ponerle la mano encima —intervino Grijpstra—; tan sólo le hicimos unas cuantas preguntas.

—¿Le habló de la Ley, señor? —preguntó el Ratón.

—No, Ratón. Yo todavía no le he visto. Y si el Gato es tan simpático y tan listo, es muy posible que sepa algo acerca de la Ley.

El Ratón miró al *commissaris*, con una mirada casi hambrienta.

—La Ley —repitió—, sí. Tal vez sí. No lo sé.

—Prosigue, Ratón —invitó de Gier.

—Sí. Cuando el Gato vino a instalarse en el dique, el dique era una porquería..., todo el mundo dependía de la asistencia social y las casas se caían a trozos, las esposas engordaban y cada día tenían más pereza, y los chiquillos estaban sucios. Todo lo que hacíamos allí era beber y charlar. Charlas tontas, jactanciosas. No había nada de lo que jactarse, pero seguíamos el juego, ¿me entiende? Tú escuchas mis trolas y yo también escucharé las tuyas. ¿Me siguen?

—Te seguimos —dijo de Gier.

Grijpstra se echó a reír.

—¿Usted también, brigada?

—También él te entiende, Ratón —aseguró de Gier.

El Ratón volvió a mostrarse entristecido.

—Quiero decir que todos lo hacemos. Pero en otros lugares no puede ser tan malo como en el dique. Era algo que a mí me asqueaba, que asqueaba a todo el mundo.

—Y entonces llegó el Gato —dijo el *commissaris*.

—Sí, señor. El Gato compró una casita hecha una porquería y la arregló. Nosotros mirábamos y, al principio, nadie le ayudaba, pero él pedía consejos, ¿sabe? Le venía a uno y le preguntaba cómo haría tal cosa o tal otra. Y, antes de que supiéramos qué ocurría, todos le estábamos echando una mano.

—Esto está bien —dijo el *commissaris*.

—Sí. Y así llegamos a conocerle y también él a nosotros. Y su chica, Ursula, preparaba té en el jardín. Nos sentábamos allí, bebíamos y después volvíamos al trabajo. Tuvimos la casa reparada al cabo de pocas semanas: vigas nuevas, un tejado nuevo, incluso una pared nueva, toda ella a base de obra de ladrillo y estuco. Y pintamos todas las maderas y recubrimos el suelo. En todo momento, el Gato nos estaba preguntando qué hacíamos nosotros en el dique.

—No sólo bebíais y contabais grandezas —intervino de Gier—; también os dedicabais a vuestros robos y vuestras raterías.

—Claro, claro —admitió el Ratón—. Yo no, desde luego. Yo tengo mi pensión y no hago nada. Pero los otros sí.

—Claro —dijo Grijpstra.

—Por tanto, se lo dijimos y él nos escuchó muy atentamente, pero no dijo gran cosa. Durante meses, dijo muy poca cosa. Incluso cuando empezamos nosotros a arreglarnos nuestras casas, y él nos estaba ayudando.

—¿De dónde sacabais los materiales? —preguntó el *commissaris*.

—Los robábamos, señor. Parte de ellos procedían del río, pero lo de mejor calidad lo robábamos, y así empezó todo. Él nos dijo que debíamos organizarnos. Por ejemplo, necesitábamos gran cantidad de pintura. En otros tiempos, hubiéramos robado un bote aquí y otro allá, pero él nos dijo que no fuéramos cándidos. Si uno roba un miserable bote de pintura y lo pescan, no deja de ser un robo y se te cae el pelo. Él nos dijo que robáramos todo lo que necesitáramos de una sola vez, y entonces trazamos un plan o, mejor dicho, él trazó un plan. Empezamos por vigilar un almacén de venta al por mayor

en la ciudad, verificando los horarios de sus camiones de transporte. Y después nos hicimos con todo un camión. Sabíamos lo que el camión transportaba antes de que le echáramos mano. Fue un trabajo perfecto. Alguien copió las llaves mientras el conductor se encontraba en un café, semanas antes de que hiciéramos el trabajillo. Todo lo que tuvimos que hacer aquel día fue esperar hasta que el conductor hizo una pequeña entrega, saltar al camión y largarnos. Un trabajo perfecto y tranquilo. Sin prisas. Sin necesidad de saltar semáforos rojos. Teníamos otro camión esperando y transferimos el cargamento, dejando el camión robado bien aparcado ante una acera, y después regresamos a casa con el otro camión. Era un camión alquilado. El trabajo exigió algún tiempo y algún dinero, pero nos rindió un excelente beneficio. No pudimos utilizar toda aquella pintura, y por tanto el Gato vendió la que sobró. Y obtuvo un buen precio. Y repartió la ganancia.

—¿Cuánto se quedó para sí? —preguntó Grijpstra.

—Una cuarta parte.

—Se mostraba justo con vosotros, ¿verdad?

—¡Desde luego! —exclamó el Ratón, indignado.

—¿Tomó él parte en el robo?

—No. Nos dijo, desde un buen principio, que él nunca robaría nada. Él sólo vendía la mercancía, y sólo si el trabajo había sido planeado debidamente por él mismo.

—Prosigue.

—Bueno, pues eso nos dio una cierta confianza en nosotros mismos, precisamente lo que necesitábamos. Ya partir de ahí continuamos. Conseguimos unos cuantos cargamentos de madera y también de tejas. Incluso nos hicimos con herramientas, unas herramientas preciosas. Lo único que pagamos fue el cemento, puesto que no queríamos robar un camión de cemento; son demasiado llamativos, con aquellos depósitos giratorios.

—¿Y nadie se iba de la lengua? —inquirió de Gier.

—No. Nunca. Tampoco yo hablé. El Gato me producía remordimientos de conciencia.

—¿Sabía él que tú eres un confidente? —preguntó Grijpstra.

—No. Nadie lo sabe. Mi mujer no lo sabe. Ni siquiera lo sé yo. No quiero saberlo. Y no volveré a informar.

—No hace mucho tiempo —dijo Grijpstra—, denunciaste a un

viejo amigo tuyo. Y nos hablaste acerca de aquel preso que se había escapado.

—¡Lo sé, lo sé! —chilló el Ratón—. Tenía que hacer algo de vez en cuando, pero ahora todo ha terminado. Nunca más. Y ellos no tenían nada que ver con nosotros o con el Gato. De todas maneras, ustedes les habrían echado el guante.

—Hemos echado el guante al Gato —dijo el *commissaris*.

—Sí. Algo falló. Sepa que él les advirtió.

—¿Qué fue lo que falló?

—Aquellas jactancias. Nunca cesaron. El Gato no pudo acabar con ellas. Volvíamos a tener un cierto amor propio y estábamos realizando trabajos como es debido, pero esto no bastaba. No se trataba de todos nosotros, sépalo; algunos sabíamos cómo manejar la nueva situación, pero otros no. Querían ser gángsters de los de verdad, y continuamente iban a la ciudad a ver películas. Todas esas viejas películas francesas de gángsters. Los tipos silenciosos armados con pistolas. Pistolas y metralletas, coches rápidos y mujeres estupendas, con faldas cortas y unas buenas tetas. Pensaban que ellos también tenían que ser así. Todo ello es pura imaginación y tonterías del cine, no hay gente así. El Gato se lo dijo y también yo, pero no querían creerlo. Para entonces, estaban robando ya camiones cargados, grandes camiones con grandes cargamentos, contenedores, artículos caros, televisores en color y electrodomésticos, refrigeradores, grandes aparatos de radio estéreo, y estufas y lavadoras. Todo eso, el Gato lo vendía a buen precio, y repartía los beneficios apenas los cobraba. Se reunían todos en casa de alguien, como si celebraran una fiesta, y él decía: «Tú hiciste tal cosa y creo que te toca tanto, y tú hiciste tal otra y creo que te toca esto». Miraba a su alrededor y, si todos estaban conformes, entregaba el dinero.

—¿Alguien presentó reparos alguna vez? —preguntó Grijpstra.

—No. Las proposiciones del Gato eran buenas. Ellos querían que les preguntara sus opiniones. Era todo lo que querían, y él lo hacía.

—¿Y qué hacías tú? —quiso saber el *commissaris*.

—Yo estudiaba a los camioneros, los seguía y averiguaba dónde se detenían en sus trayectos. También conseguía sus llaves y las hacía copiar. Uno de nuestros hombres había sido cerrajero. Nos metíamos en mi coche y seguíamos al camión; yo sustraía las llaves,

corría con ellas hacia el coche y él las copiaba. Después volvía a dejarlas en su sitio. Pero nunca hice los trabajos pesados.

—¿Te viste alguna vez en apuros?

—No, señor —respondió el Ratón con orgullo—. Tengo un coche corriente y mi aspecto también es bastante usual, Nadie suele fijarse en mí.

—Toma una copa.

—Gracias, señor.

Las cuatro copas quedaron alineadas y el tabernero las llenó. Después, levantaron las copas y bebieron.

—Cuéntanos ahora lo que falló.

—Sí, señor. Las malditas jactancias, como dije. Actuar a lo grande. Algunos de ellos empezaron a hacer ostentación. Las casas fueron amuebladas de nuevo con moquetas, televisores en color, cortinas nuevas, muebles y todo lo demás. También los jardines fueron embellecidos. Y después compraron ropas, y coches, buenos coches. Más tarde, empezaron a comprar armas. Alguien fue a Bélgica y regresó con una pistola automática. La enseñó por ahí y entonces otros quisieron también sus armas. Habíamos estado trabajando en un yate viejo, montando un nuevo motor, y pensaron que podíamos robar en otras embarcaciones; por esto se hicieron con la metralleta. Supongo que les daba miedo enfrentarse a los marineros. El Gato se mostró totalmente opuesto a ello. Sus planes nunca requerían armas de fuego. Nada de violencia. Ni siquiera cuando no fue posible sacarle las llaves a cierto camionero. Aquella vez, el Gato utilizó una chica. Yo descubrí que al camionero le gustaba recoger chicas en su camino, y el Gato encontró en la ciudad una prostituta de buen ver* se relacionó con ella y le ofreció una buena tajada. Ella se puso en el camino del camionero, y él la recogió; después, ella le sugirió que aparcase el camión en un lugar conveniente, y que se metieran los dos entre los matorrales. Mientras estaban ocupados, nosotros vaciamos el contenedor.

—¿Nosotros? —repitió el *commissaris*.

—No, yo no. Yo seguía el camión en mi coche, pero sólo hacía acto de presencia, por si acaso fallaba algo. Pero no falló nada. El hombre regresó con la chica y ni siquiera se enteró de que había perdido todo el cargamento; yo recogí a la chica en la siguiente parada, mientras él estaba en los urinarios. Supongo que debió de

poner una cara muy cómica al darse cuenta de que la chica había desaparecido, y también su cargamento de lavadoras. Cuarenta lavadoras. En esta ocasión, el Gato hizo que trabajaran todos sus hombres.

—¿Y el Gato no estaba allí?

—No, señor. Él nunca. Él lo pensaba todo en su casa, trabajando con la información que nosotros le pasábamos. Pero no nos importaba. Nos daba algo que hacer y pagaba bien. No queríamos que él se jugara personalmente el físico.

—¿De modo que no aprobaba lo de las armas de fuego?

—No. Pero no creo que le preocupara demasiado. Sus planes nunca exigían armas de fuego, y había allí suficientes personas de edad madura y sosegadas para mantener a raya a los otros. Sólo cuando sus estúpidos motoristas cayeron sobre nosotros, se estropeó todo el tinglado.

—Tu gente hirió a dos guardias —observó el *commissaris*.

—Sí —admitió el Ratón—. ¿Y cómo se encuentran los guardias?

—Uno está bien; tiene una herida en el hombro, pero no es grave (se incorporará de nuevo al servicio dentro de unas semanas), pero el otro está mal. Tiene destrozados algunos huesos del pie. Cojeará durante el resto de su vida y tendrá que abandonar la policía.

—Es una pena —dijo el Ratón, y su expresión pareció sincera.

—Pero ¿por qué empezaron a disparar? —preguntó de Gier—. Fue una tontería, ¿no crees? El robo es un delito, claro, pero vosotros nunca habíais amenazado ni herido a nadie, ni cometido ningún delito grave. Si se hubieran rendido a aquellos motoristas, sólo se les hubiera acusado de robo. ¿Por qué utilizar armas de fuego? ¡Fue una perfecta estupidez! El fiscal los hará picadillo, y pasarán años y años en la cárcel.

—Sí, lo sé —dijo el Ratón con tristeza—, pero no querían escuchar. La maldita jactancia, como les he dicho antes. Decían que jamás se rendirían a la bofia. Los jóvenes —ya me comprenden— hablaban de largarse y llevarse el dinero a algún país extranjero, para vivir allí a lo grande. Todo ello pura tontería. Esto pasa en las películas, y yo digo que no deberían dar esa clase de películas. Algunas personas no las digieren.

—Y una metralleta, además —dijo Grijpstra.

El Ratón sonrió súbitamente.

—¿Por qué sonríes, Ratón?

—Estaba pensando en esa metralleta, señor —respondió el Ratón—. Fue todo muy dramático. Recuerdo cómo llegó el hombre que la trajo de Bélgica. Llevaba un traje y un sombrero como los de aquellos gángsters franceses, y tenía la metralleta desmontada en dos partes. Se plantó en medio de la habitación y metió el cargador en el arma. Hizo un chasquido, un chasquido muy fuerte. Y de pronto, todos los demás se callaron y lo miraron. Muy impresionante, ¿saben? Incluso yo quedé impresionado.

—Me alegro de que no hiriese a nadie con esa arma —dijo el *commissaris*.

—Sólo disparó una vez, señor, y apuntó alto. Sólo quería hacer ruido.

—¿Te lo dijo a ti?

—Cosas que uno oye —dijo modestamente el Ratón—. Cosas que uno oye.

—¿Cuánto dinero pasó por las manos del Gato? —inquirió Grijpstra.

El Ratón adoptó una expresión de cautela.

—Una vez lo calculé; un par de millones, diría yo. Pero tenía también otras cosas en marcha. Hablaba de retirarse el año próximo y quería que también nosotros nos retirásemos. Quería irse al extranjero.

—Oye —dijo de Gier—, esa chica de la que nos has hablado, la que sedujo al camionero y lo retuvo entre las matas durante un rato, ¿no sería Ursula por casualidad?

—No, no —respondió el Ratón—, no era Ursula. Era una prostituta de la ciudad, ¿no se lo he dicho?

—Sí —admitió de Gier—, pero también podría ser que te hubieses enredado un poco.

—No. No me he enredado. Yo sólo me enredo cuando todos se sientan y me miran, como si yo fuera un animalucho del zoo, o un pez en un acuario. Ursula no servía, ya me entienden, pues es demasiado alta. El camionero podía verla en la ciudad y recordarla.

De Gier pareció aliviado, y el Ratón lo observó y sonrió.

—¿Ella le gusta, verdad? Cuidado, sargento —y el Ratón agitó un dedo en el aire.

—¿Cuidado con qué?

—Es una mujer muy grande. Se abrirá y, ¡plaf!, no quedará nada de usted.

Grijpstra y el *commissaris* se echaron a reír y el Ratón, satisfecho con su éxito, se levantó de un salto y prorrumpió en carcajadas.

—Vale, hombre, vale —le atajó de Gier.

—No se enfade, sargento —dijo el Ratón—, sólo era una broma. Ella es una buena chica. Debería usted intentarlo, ¿sabe?, y tal vez tuviera suerte. Ella no es fiel y al Gato no le importa.

—Y el Gato pasará una temporada libre —dijo Grijpstra, pensativo, y miró a de Gier.

El *commissaris* agitó su pequeña mano.

—Está bien, todos conocemos las debilidades del sargento. Gracias, Ratón; ahora ya sabemos algo más. Pero no nos has dicho lo que vale para ti tu información.

—No, señor —contestó el Ratón, nerviosamente— nada de dinero. He terminado. Si alguna vez desean un consejo amistoso, me lo piden, pero, en caso de que lo dé, será gratis. A cambio de nada. Y sólo se lo daré a usted, o al brigada, o al sargento. A nadie más.

—¿Qué vas a hacer ahora, Ratón? —preguntó Grijpstra.

—Pescar —replicó el Ratón—. Sé que usted también pesca. He encontrado unos cuantos buenos lugares; algún día podríamos ir juntos. No en el dique. No quiero que me vean con la policía.

—¿Y qué más?

—Nada más —dijo el Ratón—. Estoy envejeciendo. Dentro de un par de años, tendré setenta.

El Ratón parecía ahora contento, y sus ojillos negros centelleaban. Pidió una ronda y colocó un billete sobre el mostrador.

—Tú también —le dijo al esqueleto, y el esqueleto llenó una copa adicional y la alzó solemnemente.

—¿Te sientes mejor ahora, Ratón? —preguntó Grijpstra, con una voz que casi parecía tierna.

De este modo habla a su hijo menor, pensó de Gier. Grijpstra estaba muy encariñado con su hijo menor, que a menudo iba a Jefatura cuando él y de Gier estaban a punto de abandonar sus oficinas, terminada la jornada. Tiraba de la chaqueta de Grijpstra y

le obligaba a dejar de una vez sus papeles y volver a casa.

—Queda una sola y pequeña pregunta, Ratón —dijo entonces el *commissaris*.

—Lo sé —repuso el Ratón—. Ya me estaba extrañando. Pensé que lo mencionaría al principio, cuando me tenía acorralado.

—Werneking —dijo el *commissaris*.

El Ratón estaba meneando negativamente la cabeza.

—No lo sé, señor. Ya se lo dije antes, ¿verdad? En el dique, nadie le conocía bien, excepto el Gato, y el Gato no mata.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente. La muerte de Werneking trastornó al Gato. Lo trastornó de veras. Yo fui a verle, puesto que también yo sentía curiosidad. Pensaba que algunos de los tipos más lanzados podían resultar sospechosos —me refiero a los tipos de los trajes y los sombreros y las armas de fuego—, pero ellos no pudieron hacerlo. Los conozco a todos y no tiran bien. No tienen práctica. Ninguno de ellos ha hecho siquiera el servicio militar. El ejército no los quiso. Unos granujillas, todos ellos. Pueden apretar un gatillo, pero no pueden darle a nadie entre los ojos.

—No les dieron mal a los guardias —observó Grijpstra.

—Pura chiripa. Estaban vaciando un cargador detrás de otro, y de este modo siempre se hace blanco en algo; el dique estaba azul de tanto uniforme.

—Sí —admitió el *commissaris*—, el experto en balística me ha dicho que los guardias fueron alcanzados por balas que antes habían chocado con otras cosas.

—Pues ya ve —dijo el Ratón.

—¿Y cuál es tu teoría acerca de la muerte de Werneking? —inquirió de Gier.

El Ratón meneaba otra vez la cabeza.

—No lo sé. No tengo idea. He pensado en ello una y otra vez, pero no había razón. Ningún motivo. ¿Quién podía matar a un hombre que no conocía a nadie y que no quería nada? Ni siquiera le interesaba la chica de la casa de al lado, y no estaba nada mal.

—¿No crearás que lo hizo aquella señora que es lesbiana?

—¡No, no! —exclamó el Ratón—. Mary es una gran persona. Es una buena mujer, que se preocupa por los demás. Y se siente feliz con aquella otra mujer; siempre están juntas, van de compras las

dos. Pasean juntas las dos. Incluso van a remar las dos por el río —y el Ratón se estremeció.

—¿Estás temblando? —preguntó Grijpstra—. ¿No habrás bebido demasiado?

—No. Se trata de esas lesbianas. Me ponen enfermo. Es una cosa que no resulta natural, ¿no creen?

De Gier se rió de las inquietudes del Ratón.

—Tengo entendido que un cinco por ciento de la población de la Tierra presenta tendencias homosexuales —dijo—. Esto equivale a cinco personas de cada cien, que son muchas personas. Demasiadas, para que la cosa no resulte natural.

—A mí no me gusta —dijo el Ratón.

—¿Por qué?

—Me desconcierta. Soy un hombre, y las mujeres necesitan hombres. Sin embargo, estas mujeres no necesitan ningún hombre.

—Estás a punto de cumplir los setenta —dijo el *commissaris*—. ¿No crees que ya estás demasiado viejo para ese tipo de cosas, Ratón?

—Sí, señor —admitió el Ratón—, pero la idea en general es ésta.

El *commissaris* bajó de su taburete y tomaron una última copa, formando un pequeño grupo de pie junto al mostrador. El Ratón dejó su copa y señaló hacia la embarcación atracada ante ellos, en el canal. Explicó una historia interesante acerca de ella, y les pidió que se fijaran en el adorno que lucía en su timón, un león reclinado, con la cabeza entre sus patas delanteras. Todavía se observaban en la escultura señales de pintura de oro. De Gier dijo algo acerca del león, y el *commissaris* y Grijpstra le escucharon. Cuando miraron a su alrededor, el Ratón había desaparecido. Ni siquiera habían oído abrirse la puerta. Tampoco el anciano tabernero le había visto marcharse.

—Siempre se larga así —explicó Grijpstra—; es un individuo muy escurridizo.

—No es un mal tipo —opinó de Gier.

—No —dijo el *commissaris*—, pero hubiera debido advertirnos acerca de las armas de fuego. Hubiera podido hacerlo de una manera delicada, y entonces nosotros habríamos podido organizar una pequeña incursión para confiscar las pistolas y la metralleta. Es posible que el guardia herido en el pie quede imposibilitado. Me

hubiera gustado estar informado sobre las armas de fuego.

—¿No le importa lo de la pintura, lo de los televisores y lo de las lavadoras, verdad, señor? —preguntó Grijpstra—. Quiero decir que, probablemente, no le importa gran cosa.

El *commissaris* se limitó a lanzar un gruñido.

9

EL *commissaris* GRUÑÓ. Sentía pulsaciones en la cabeza y tenía sed. Le dolían las piernas, pero el dolor que sentía en su cabeza era peor, mucho peor. Había hormigas en su cabeza, que excavaban angostos túneles a través de su cerebro. Podía notarlas abriéndose paso en el interior de su cráneo y revolviéndose para excavar nuevos túneles. Había vaciado ya una botella de litro de zumo de naranja, pero aquel seco hormigueo en su boca no se había alterado. Esa mañana todavía no había hablado, pero no estaba muy seguro de poder hacerlo.

Grijpstra y de Gier estaban sentados. Al principio, se habían mantenido de pie, pero al hacerles una señal el *commissaris* y asentir con la cabeza, los dos habían buscado un asiento. Los dos habían deseado los buenos días y habían permanecido a la espera. Le correspondía al *commissaris* el uso de la palabra, pero todavía disponía de un margen de unos cuantos segundos, que utilizó para criticarse a sí mismo. Nunca hubiera debido permitir emborracharse, pero lo había hecho. Había sido, desde luego, un día nefasto —un día de penalidades—, pero a su edad también hubiera debido estar acostumbrado al dolor.

Había llegado a su casa después de la reunión con el Ratón, a las ocho, a tiempo todavía para una cena tardía y para gozar de la compañía de las dos hermanas de su esposa. Había vino en la mesa y el *commissaris* se había servido la mayor parte de dos botellas. Las mujeres habían hablado tanto que su embriaguez pasó inadvertida. Y tomó coñac con el café..., ¿un cuarto de botella? ¿O tal vez media

botella? Pudo llegar a la cama por sus propios medios, pero su mujer tuvo que desnudarlo. No podía recordarlo claramente. Sin embargo, sí recordaba que no se había desvestido él solo.

Esto no ocurría con frecuencia, tan sólo una o dos veces por año. Sin embargo, no debería ocurrir nunca, pensó el *commissaris*. No obstante, había, desde luego, aquel dolor. El dolor eterno en sus piernas. El alcohol reduce el dolor, y nunca falla, y tal vez esto pudiera disculparle.

—De Gier —graznó el *commissaris*.

—¿Señor? —contestó de Gier, siempre amable.

—Un poco de zumo de naranja —siguió graznando el *commissaris*—. Está en la nevera. Sírrame un poco, por favor, y consígame también un poco de café...

De Gier sirvió el zumo de naranja y Grijpstra salió de la habitación. Regresó al poco rato con una bandeja y tres vasos de papel.

El *commissaris* empezó a encontrarse un poco mejor.

—Vamos a ver —dijo—, uno de los inspectores de servicio esta última noche me ha telefoneado esta mañana. Al parecer, ustedes hicieron dos arrestos. Yo creía que se habían ido a sus casas. Cuéntenme lo que ocurrió.

Estaba mirando a Grijpstra, y éste se levantó.

—No tiene nada que ver con el muerto del dique, señor.

—¿No? —inquirió el *commissaris*—. Sin embargo, éste es el caso en el que estamos trabajando.

—Lo sé, señor, pero no regresamos a nuestras casas. Volvimos aquí.

—¿Tocaron los timbales? —preguntó el *commissaris*, consiguiendo mostrar una sonrisa.

Había terminado su zumo de naranja y miraba, impotente, a de Gier, que se levantó y volvió a llenarle el vaso.

—Sí, señor —admitió Grijpstra—. De Gier tocó su flauta y yo mi batería durante un rato. También leímos los informes del día.

—Sí, sí..., ¿y qué ocurrió?

—¿Recuerda aquella vieja que encontraron en el canal, señor?

—Sí, leí algo al respecto, pero no vi el cadáver.

—Yo vi el cadáver —dijo de Gier.

El *commissaris* meneó la cabeza.

—Lo sé, señor —admitió de Gier—. No me gustan los cadáveres, pero cuando leí en el informe el nombre de la difunta, me pareció familiar y finalmente recordé que la conocía.

El *commissaris* parecía interesado.

—Denunció al hombre con el que vivía —prosiguió de Gier—, hace unos seis meses. Yo me ocupé del caso. Ella decía que él le había estado amenazando.

—¿Y era verdad?

—Sí, señor. Además, también le había propinado alguna paliza. Ella tenía un ojo amoratado. Pero no fue posible continuar el caso. Cuando la visité en su casa, ella me dijo que había cometido un error.

—¿Y el ojo amoratado?

—El marco de la puerta —dijo Grijpstra—. Siempre se dan contra el marco de la puerta. Amsterdam está lleno de marcos de puerta.

—Sí —corroboró de Gier—, el marco de la puerta. Hablé con ella y traté de razonar con ella, pero era una vieja muy especial. En aquel momento, también iba un poco a la vela.

—De modo que no hubo caso —dijo el *commissaris*, y observó, no sin cierto placer, que las palabras le salían ya holgadamente—. No hay denuncia, no hay caso.

—Pero después ella murió —dijo de Gier—, y yo vi el cadáver. Tenía una herida en la cabeza. La Policía Fluvial creía que la herida pudo haber sido causada por algún remache de una de sus lanchas, o por una barcaza del río. La encontraron cerca del puente Brouwersgracht/Prinsengracht. Allí hay mucho tráfico.

—Las embarcaciones de los turistas —dijo el *commissaris*.

—Sí. Pensé que ellos podían tener razón y que no era un caso para nosotros, y por tanto no hice nada. Pero esta noche he leído de nuevo los informes y he visto que esa muerte había quedado descartada como accidental.

—¿Y?

—Pensamos que bien podíamos meter la nariz en ello —dijo Grijpstra—. De Gier aseguró que esa pobre mujer no era de las que se caen al canal. Y además estaba la herida.

—Pero dice el inspector que ustedes detuvieron a dos hombres y que confesaron —dijo el *commissaris*, tratando de encender un

cigarro.

Su mano temblaba y Grijpstra se precipitó hacia él y le ofreció su encendedor.

—Un caso muy sencillo, señor —explicó Grijpstra—. Fuimos a la casa donde ella vivía, y el hombre no se encontraba allí. Es un pintor, un tipo alto con cabellos largos y grises. Estoy seguro de que usted también lo conoce. Pinta en la calle y vende sus obras a los turistas. Son retratos bien hechos (un poco a su manera, pero lo bastante buenos como para pedir dinero por ellos), y también pinta casas y puertas.

—¿Lleva un collar de piedrecillas de colores?

—Ése es el hombre, señor.

—Lo conozco —dijo el *commissaris*—. Nunca sacaba licencia y le multaron varias veces, pero ahora la tiene. Un hombre con la nariz enrojecida. Bebe de lo lindo.

—Exactamente, señor —confirmó Grijpstra.

El *commissaris* sintió una leve nota de compasión.

—Y entonces, fuimos a la taberna más cercana y allí estaba él.

—Sí —confirmó de Gier—, con su amigo, un jovencito.

—¿Qué taberna? —inquirió el *commissaris*.

—La llamada Emperador.

El *commissaris* hizo una mueca. Conocía el Emperador, un local largo y estrecho amueblado con el último grito en mal gusto. Una taberna frívola, con pantallas de cretona, luces rosadas, adornos de cristal de imitación, grandes espejos y mesas con superficies de plástico que remedaban el mármol. El *commissaris* conocía también la reputación del Emperador.

—Usted conoce el lugar, ¿verdad, señor? —preguntó Grijpstra.

—Sí. Es donde los gays pescan a los tenderos que vienen de las provincias.

—Sin embargo, esos gays no son un recreo para nadie —observó de Gier—. Son granujas que vacían los bolsillos de los tipos que llegan del campo y, si pueden, les hacen objeto de extorsiones.

—¿No le quitaron la licencia al propietario? —quiso saber el *commissaris*.

—Sí, señor, pero el nuevo propietario es igual o peor que el anterior.

—Tal vez el jefe tuviera que cerrar ese lugar —dijo el

commissaris—. Se lo diré.

—Se trasladarán a otra parte, señor.

—Cierto —admitió el *commissaris*—. Prosiga. Me hablaba usted de un jovenzuelo.

Los dos detectives miraron hacia la ventana.

—Teníamos una teoría, señor —dijo Grijpstra, pasados unos momentos.

—Claro. El viejo estaba encaprichado del jovenzuelo y entre los dos mataron a la vieja. ¿Dónde vivía el joven?

—Con el pintor, señor. Lleva viviendo con él más de un año.

—Y la vieja presentó objeciones, entre los dos le pegaron una paliza y ella acudió a nosotros. Después, hablaron con ella y la mujer retiró la denuncia.

—Y la asesinaron seis meses más tarde —concluyó de Gier—, pero teníamos que demostrarlo.

—¿Les recordó él? —preguntó el *commissaris*.

—Esto fue lo que dificultó las cosas, señor —explicó de Gier—. Recordó mi cara apenas me senté ante él.

—¿Creyó que le iban siguiendo?

—No, y eso fue lo que facilitó las cosas. Le invité a un trago y Grijpstra a otro, y entonces el joven nos invitó a nosotros y nos reímos todos.

—Y ustedes, desde luego, no mencionaron a la vieja —dijo el *commissaris*.

Se sentía ahora mucho mejor; las hormigas habían desaparecido y ya no tenía sed. Se frotó las piernas.

—No, señor. Les dejamos que hablasen. Ellos querían que mencionáramos a la vieja, pues sabían que la Policía Fluvial se disponía a cerrar el caso, o acaso lo hubiera hecho ya.

—Él se hizo el fanfarrón —continuó Grijpstra—, y también el jovenzuelo. Éste se creía muy listo. El pintor gana un buen puñado de dinero y estoy seguro de que él se metía en el bolsillo la mayor parte. Un muchacho bien vestido, por cierto. Una chaqueta de cuero de cuatrocientos guilders, camisa bordada a mano, gruesos brazaletes de oro, un reloj de seiscientos guilders, anillos, botas de ante, y un corte de pelo de cincuenta guilders. Hablaba lo suyo, aquel muchacho.

—Y finalmente se metió en la trampa, ¿verdad?

—Sí, señor —contestó de Gier—. Fue increíblemente fácil. Nos dijo dónde habían encontrado el cadáver, el lugar exacto, el puente de Brouwersgracht/Prinsengracht. Sin embargo, el informe sólo decía que el cadáver fue encontrado en cierto lugar del Prinsengracht. El Prinsengracht es un canal muy largo. Empieza en el río Amstel y termina en el río IJ. Nosotros habíamos leído el informe de la Policía Fluvial sobre el interrogatorio. En ningún momento se mencionaba el puente, y por lo tanto él no podía saber este detalle.

—¿Los detuvieron inmediatamente?

—Yo me llevé al jovenzuelo y Grijpstra llamó a un coche patrulla para que se hiciera cargo del pintor.

—¿Confesaron en seguida?

—El pintor confesó en el coche patrulla —explicó Grijpstra—. Para el joven, se necesitó una hora. La mataron entre los dos, porque no podían librarse de ella de ninguna otra manera. Ella les había amenazado con ir a los de Hacienda para revelar los ingresos reales del pintor. Éste, desde luego, sólo declara una décima parte de lo que cobra.

—No creo que a los de Hacienda esto les hubiera interesado mucho —comentó el *commissaris*—. Ellos buscan peces más gordos.

Grijpstra suspiró.

—Creo que ella amaba al viejo —dijo de Gier—. Se limitaba a amenazarlo, con la esperanza de que despidiera a aquel pollito.

—¿Cuántos años tiene el muchacho? —preguntó el *commissaris*.

—Algo más de veintiuno.

—¿De modo que en este caso no quedan cabos sueltos?

—No, señor. Las confesiones están firmadas. Encontramos también el arma. La Policía Fluvial la pescó esta mañana. Yo mismo vi cómo lo hacía. Primero, encontraron doce bicicletas, después un cochecillo de niño, y a continuación media tonelada de latas, botellas y mobiliario. Pero encontraron el trozo de tubería, también, un trozo de dos palmos de longitud. Dice el médico que encaja con la herida.

—¿Cómo sabían ustedes dónde había que buscar?

—Nos lo dijo el viejo; arrojaron el arma junto con la muerta. El cadáver debía haberse alejado flotando, pero quedó prendido en algo, probablemente una bicicleta.

—Les felicito —dijo el *commissaris*—. Tenemos una muerte resuelta. La chica de la heroína tampoco presenta problema; el médico está seguro de que se administró una sobredosis.

—Y sólo nos queda Wernekink —concluyó Grijpstra.

—Un trabajo brillante —manifestó el *commissaris*—, pero todavía hemos de buscar un asesino. Un asesino sin motivo aparente. Sigan pensando en ello. Si ustedes no pueden encontrarlo, nadie podrá hacerlo. Yo, sentado aquí, pensaré también, pero estoy envejeciendo y me duele la cabeza. ¿Queda un poco más de zumo de naranja, de Gier?

Un minuto más tarde se encontraban en el pasillo, y de Gier se detuvo ante el gran espejo que el jefe de policía había instalado para que los hombres pudieran revisar su aspecto. Se detuvo y se dirigió un saludo a sí mismo. Grijpstra se paró junto a él y saludó también.

Un guardia que pasaba por allí se detuvo y les preguntó si se encontraban bien.

—No —contestó Grijpstra—, los dos estamos chiflados. ¡Je, je, je!

El guardia adoptó la posición de firmes y se tiró un pedo.

—¡No haga esas cosas! —le reprendió de Gier.

—Yo también estoy chiflado —repuso el guardia—. ¡Je, je, je!

10

—Sí —dijo Grijpstra en voz alta, y golpeó con fuerza el mayor de sus timbales.

De Gier mostró una expresión apenada.

—No lo hagas —pidió—. Por favor.

Grijpstra dejó su baqueta.

—¿No? —preguntó con voz pastosa, pasándose una mano por los cortos y grises cabellos que cubrían su cráneo.

—No —repitió de Gier, e hizo un gesto como si estuviera abrazando por la cintura a una joven alta y esbelta, y propinándole un meneo—. No, Grijpstra.

Grijpstra se levantó y caminó hasta el centro de la amplia habitación, que de Gier presidía con su elegante presencia.

—No —dijo de nuevo de Gier—. Pasamos ahora por un buen momento. Nos hemos quitado ese otro caso de encima. Tú lo has presentado para impresionar al *commissaris*, pero la realidad es que lo hicimos muy bien. Y si podemos hacer una cosa, también podemos hacer otra. Ese asunto de Wernekink me está preocupando, también te preocupa a ti y preocupaba al *commissaris*. Ahora, éste tiene otra cosa en la cabeza, de modo que todo lo demás nos incumbe a nosotros. Y estamos en buena forma. Si pensamos como es debido y utilizamos debidamente la información que poseemos, podemos resolver el caso. Estoy seguro de ello. Pero no podremos hacer nada si te dedicas a golpear ese tambor con todas tus fuerzas.

Grijpstra tenía la boca abierta.

—Cierra esa boca —dijo de Gier.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Grijpstra—. ¿A qué se debe de pronto toda esa brillantez? Detuvimos a un par de asesinos estúpidos, porque cometieron un asesinato estúpido y nosotros utilizamos los métodos policiales rutinarios. ¿Por qué enorgullecerse tanto? ¿Y qué es toda esa historia del *commissaris*?

—Una resaca —contestó de Gier—. Debíó de emborracharse después de reunirnos ayer con el Ratón. Seguramente, su reuma habrá empeorado; últimamente le veo muy enfermizo. Todo lo que desea es sentarse detrás de su escritorio y beber zumo de naranja y café, y tal vez fumar unos cuantos cigarros. Hoy, algo más tarde, se irá a su casa y se acostará. Dormirá como un tronco, porque su mujer le dará una píldora.

—Pero seguirá preocupado —objetó Grijpstra—. Pensará y nos saldrá con alguna otra cosa.

De Gier sonrió y colocó su larga mano sobre el hombro de Grijpstra.

—Pensará, pero nosotros también podemos hacer algo. ¿Y qué vamos a hacer?

—Dímelo —invitó Grijpstra—. Dímelo.

—Tú puedes tocar tu batería, pero bajito. Puedes tocarla igual de bien, fíjate.

De Gier se había retirado al ángulo de su oficina y se encontraba delante de la cortina que ocultaba la cavidad donde colgaban sus abrigo en invierno. Grijpstra, arrugada su baja frente, le seguía mirando.

—Me estás cabreando, de Gier.

—Ya lo sé. Mira.

De Gier corrió la cortina a un lado y Grijpstra soltó una sorda exclamación.

—¿Sabes lo que es esto?

El objeto, sujeto a una varilla de metal que descansaba sobre una base de tres pies, revestida de caucho, parecía un grueso pepino, con varios surcos en él.

—Muy bonito —dijo Grijpstra, y empuñó de nuevo su baqueta.

—No, no —protestó de Gier—. Tiene su propia baqueta.

Le entregó una baqueta corta y gruesa y acercó el instrumento a la batería de Grijpstra.

—Siéntate y trata de hacer algo con él. Yo lo he intentado, pero no es lo mío. Tal vez pueda utilizar la flauta con él. ¡Adelante!

Grijpstra percutió el timbal medio con su mano izquierda, intentó un redoble en el timbal más pequeño, golpeó un platillo y, repentinamente, golpeó el pepino. El sonido fue eléctrico y cambió la atmósfera de la habitación inmediatamente y por completo. De Gier se había llevado la flauta a la boca y emitió un trémulo *obligato* que irrumpió en el ronco intercambio entre tambores y pepino. Grijpstra se sentó e inició un rápido golpeteo en el bombo; el *obligato* del sargento continuó, pero se hizo menos complicado y, con las siguientes notas, se formó una mezcla que prosiguió durante unos diez minutos con el pepino actuando como pivote principal. Se interrumpieron al entrar alguien en la habitación y los dos empezaron a reírse al mismo tiempo.

—Celebro encontrarles tan contentos —dijo el joven Cardozo—, pero el inspector jefe les agradecería que guardaran silencio durante un rato.

—Desde luego —dijo Grijpstra, levantándose—. Gracias, de Gier..., ha sido un sonido realmente extraordinario.

—¿Qué te recuerda? —preguntó de Gier.

—¿Qué, el sonido?

—El sonido.

—Un sueño —contestó Grijpstra al cabo de unos momentos—, pero un sueño que no podría recordar al despertarme. Recordaba haber tenido un sueño (un sueño muy importante), pero cada vez que trataba de recordar un detalle, se me escapaba. Poco a poco, pero con la suficiente rapidez para esquivarlo. Sabes que está allí, pero no lo puedes tocar.

Cardozo se encontraba todavía en la habitación. De Gier se volvió hacia el joven detective y sonrió. Cardozo tenía un aspecto agradable, con sus largos cabellos, su traje de pana y sus ojazos de ciervo.

—Adelante —invitó Cardozo—; no importa lo que diga el inspector jefe. Si tocan un poco más bajito, él no puede oírles. Siento haberles interrumpido. ¿Qué es este nuevo instrumento?

—No lo sé —contestó de Gier—. Lo encontré de segunda mano en una tienda de instrumentos musicales. Me dijo aquel hombre que se lo había comprado de segunda mano a un grupo pop.

—¿Caro? —quiso saber Grijpstra.

—Bastante.

—Vale —dijo Grijpstra—. Lo merece.

—Lo pagué —afirmó de Gier.

—Desde luego. —Grijpstra miró a Cardozo—. ¿No tiene nada más que hacer, Cardozo?

—No, pero me gustaría hacer algo.

—Buena actitud —aprobó de Gier—. Traiga un poco de café, pues. Usted es el miembro más joven de la escuadra de homicidios, y por tanto ha de traer el café, y además pagarlo.

—Desde luego —contestó Cardozo—. Lo haré inmediatamente.

Volvió con el café y Grijpstra tomó un sorbo y miró a sus dos compañeros más jóvenes.

—Os diré una cosa —dijo, pensativo—: las cosas no van muy bien.

—¿No? —preguntó de Gier.

—No, y explicaré el porqué. En primer lugar, tenemos al Gato —explicó Grijpstra—, o, mejor dicho, no lo tenemos. Está todavía en nuestras manos, pero tendremos que soltarlo mañana a no ser que podamos explicarnos mejor. El fiscal no nos permitirá retenerlo a causa de ese bigote a medio afeitar. En realidad, no podemos demostrar que estaba metido en el ajo cuando le echamos el guante, y desde que lo detuvimos se ha mostrado muy tranquilo y muy dueño de sí.

—¿No tienen nada más contra él? —preguntó Cardozo.

Grijpstra, que se disponía a iniciar una frase larga, se interrumpió y miró al joven.

—¿Le han metido en este caso, Cardozo?

—Yo me ocupaba de la muerte de aquella chica —contestó Cardozo—. Me refiero a la chica que encontraron en el parque. Pero todos parecen pensar que se inyectó una sobredosis y el caso ha quedado cerrado.

—¿Y usted qué piensa? —inquirió de Gier.

—No pienso gran cosa.

—De modo que no tiene nada que hacer, ¿verdad? —preguntó Grijpstra—. ¿Es que nos lo mandan a nosotros?

—El *commissaris* mencionó que podía venir a verles.

—Está bien, está bien —admitió Grijpstra, airadamente.

—Le aceptamos —afirmó de Gier—, siempre y cuando nos prometa no entrometerse, hacer lo que se le diga, no hablar a menos que le dirijamos la palabra, y...

—Lo prometo —dijo Cardozo.

—De acuerdo —exclamó Grijpstra—. Acaba de hacer una pregunta. He aquí la respuesta. No tenemos nada más contra el Gato. Medio bigote y un puñado de ideas, pero son nuestras ideas. Y el Ratón. ¿Sabe quién es el Ratón?

—He leído el informe —respondió Cardozo—. El *commissaris* me dejó examinar el expediente. Acabo de salir de su despacho. Y el inspector jefe me ha parado en el pasillo y me ha pedido que yo les pidiera a ustedes que hicieran menos ruido.

—No hacemos ningún ruido —repuso Grijpstra—. Registramos el almacén del Gato y está lleno de toda clase de cosas. Revisamos sus libros y compró debidamente todo el género. Se le permite comprar mercancías para revenderlas, puesto que es un comerciante y el propietario de un negocio registrado. En su almacén no hay televisores, ni lavadoras, ni pinturas, ni materiales de construcción, ni nada de lo que mencionó el Ratón. El Gato sigue teniendo las manos libres.

—¿Otro almacén? —sugirió Cardozo.

—Quizá, pero ¿dónde? Tal vez guardara sus mercancías en las casas de los ladrones. Encontramos género de sobras en el dique, lo bastante como para mantener bajo custodia a todos los demás sospechosos, aunque no se les prendiera con armas de fuego en las manos.

—De acuerdo —dijo de Gier— eso es mala cosa, pero hoy nos ocuparemos de ello. ¿Qué otras malas noticias tenemos?

—El hombre contra el que disparó el sargento de la motocicleta. Está muriéndose, tengo entendido. Lo operaron y parecía como si la herida siguiera un buen curso, pero ahora está mucho peor. Esto es malo para todos nosotros. No se espera que matemos a la gente; se supone que protegemos a la gente contra sí misma.

—Coño —dijo Cardozo—, al fin y al cabo estaban disparando contra nosotros con una metralleta, ¿no es verdad? Y el sargento estaba cansado. Había pasado toda la noche de pie. Lo conozco y es un hombre muy cuidadoso. Estoy seguro de que apuntó a las piernas de ese individuo.

—Vale —dijo de Gier—, eso también es mala noticia. ¿Qué más?

—¡Werneking! —gritó Grijpstra, levantándose de un salto—. Está muerto, y sigue muerto, y nadie sabe quién lo mató excepto su asesino.

De Gier suspiró.

—Y el caso está envejeciendo.

Cardozo escuchaba y, al mismo tiempo, asentía con la cabeza.

—Deje de mover la cabeza —le ordenó Grijpstra—. Parece usted tonto. Además, me irrita. Se supone que hemos de trabajar juntos, en vez de irritarnos unos a otros.

—Pero él ha pagado el café, ¿no es verdad? —intervino de Gier.

—Claro, esto sí. Pero no quiero que menee la cabeza. Y tú tampoco quieres que la menee, ¿no es verdad?

—Deje de menear la cabeza, Cardozo —dijo de Gier.

Cardozo se levantó. Se mostraba muy amable y obediente:

—Me dedicaré a alguna tarea. ¿Qué le gustaría que hiciera, brigada?

Grijpstra no contestó.

—Encuentre ese segundo almacén —dijo de Gier—. El Ratón no mencionó ningún otro almacén, pero ha de estar en alguna parte. Robaban cargamentos enteros, demasiada mercancía para almacenarla en aquellas casuchas del dique.

—No —intervino Grijpstra—, no estoy de acuerdo. Y no quiero que Cardozo camine todo el día para no encontrar nada. Yo creo que guardaban los géneros en el dique. El Gato es inteligente y no podía arriesgarse a causa de un transporte excesivo. Creo que llevaban el género al dique a primera hora de la mañana, lo guardaban en sus casas y debajo de ellas —todas tienen sótano y encontramos género en los sótanos—, y después lo llevaban directamente a las direcciones que les daba el Gato. Tenían una camioneta, y también aquel yate en el río. Creo que el Gato sólo tiene un almacén, el almacén que nos enseñó, y allí no había nada.

—¿Verdad que usted habló con el Gato antes de detenerlo? —preguntó Cardozo a de Gier.

—Sí.

—¿Dónde?

—Lo digo en mi informe —replicó de Gier—. Y usted lo ha leído.

—¡Sharif Electric! —gritó Grijpstra y pegó un brinco—.

¡Inteligente Cardozo! ¡Brillante Cardozo! ¡Excelente Cardozo!

—Querido Cardozo —dijo de Gier.

Cardozo sonrió.

—¡Electric! —gritó Grijpstra—. Sharif Electric. Y robaban aparatos electrodomésticos... ¿Quién es Sharif?

—Yo lo sé —anunció de Gier.

—¡Pues dilo!

—Sharif es el propietario de una cadena de tiendas. Vende electrodomésticos. El cliente ha de pagar al contado, pero los precios son muy bajos. También vende material para camping y embarcaciones.

Grijpstra escuchaba atentamente.

—No lo conozco personalmente —dijo, articulando con lentitud—. Ahora recuerdo, sin embargo, su nombre. Creo que en cierta ocasión compré en una de sus tiendas un saco de dormir. Para mi hijo. Un regalo de cumpleaños. Una tienda cerca de la estación central, ¿no?

—Sí —dijo de Gier—, aquella es la tienda principal, pero tiene otras en la ciudad, y también otras en Rotterdam y La Haya, y, según tengo entendido, en otros lugares del país.

—Sharif..., ¿qué clase de nombre es ése?

—Árabe —contestó Cardozo—. Sé cuál es todo su nombre. Mohamed el Sharif. Es muy rico y tiene una villa espléndida en Nuevo Sur, con un jardín junto al río. Estuve allí una vez.

—¿Por qué? ¿Tenemos algo contra él?

—No. Entraron ladrones allí, mientras Sharif y su familia estaban ausentes. Escaparon con alfombras, plata y otros objetos de valor, pero no consiguieron abrir la caja fuerte. Vi a Sharif cuando regresó de su viaje. No estaba muy disgustado, ya que todo lo tenía asegurado. Recuerdo que lo que le preocupaba era su gato. Había dejado el gato en la casa y se suponía que los vecinos tenían que alimentarlo. Tenían la llave. Pensaba que tal vez los ladrones hubieran asustado al gato y éste había huido. Sin embargo, el gato regresó.

—Bien hecho —aprobó de Gier.

—¿Atrapamos a los ladrones?

—Sí, mi brigada. Más tarde. Los prendieron mientras estaban irrumpiendo en otra casa, y confesaron toda una serie de robos.

También encontramos algunos de los objetos robados y le fueron devueltos a Sharif.

—¿Los vecinos no tuvieron nada que ver con ello?

—No.

—¿Qué aspecto tenía ese Sharif?

—Un hombre alto y apuesto, con barba. Llevaba una prenda árabe (albornoz, creo que lo llaman) cuando fui a visitarlo en su casa.

—¿Un tipo amable?

—Yo diría que sí. Educado y tranquilo. Me ofreció un café muy fuerte en una taza pequeña y me senté en el suelo. Era una casa muy interesante, con un mobiliario precioso. Alfombras en todas partes. En plena conversación, tuvo que rezar sus plegarias. Tienen un horario fijo para rezar, ¿saben? Desplegó una alfombrilla y empezó a inclinarse y enderezarse, mientras murmuraba para sí mismo. ¡Fue muy curioso!

—Interesante —observó de Gier.

—¿Esposa? ¿Familia? —inquirió Grijpstra.

—Una esposa árabe que no habla holandés y dos hijos, niños pequeños.

—¿Habla holandés Sharif?

—De corrido.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Se lo pregunté. Vino después de la guerra. Me dijo que había sido el primer trabajador invitado en el país. Incluso hizo un chiste al respecto. Dijo que en realidad vino como invitado, pero no como trabajador. Añadió que a él no le gustaba trabajar.

Grijpstra se volvió hacia de Gier.

—¿No decías en tu informe que el Gato le compraba alfombras y que las compraba porque Sharif ya no las utilizaba? ¿No decías que las habían usado en una exposición o algo por el estilo?

—Sí. Encontré esas alfombras en el almacén del Gato. Intentaba venderlas, en el mercado callejero, a doble precio del que había pagado. Dijo que era un buen negocio, ya que se trataba de casi seis mil guilders.

Grijpstra había descolgado el teléfono y estaba marcando el número del *commissaris*. La conversación no duró mucho rato.

—Ahora baja —explicó Grijpstra—. Buen trabajo, Cardozo.

Necesitamos un cerebro fresco. De Gier está engordando y yo envejeciendo; ya no podemos ver lo que nos salta ante las narices.

De Gier se levantó de un brinco.

—¿Engordando?

—Tal vez yo esté más gordo —dijo Grijpstra—, pero la grasa me recubre por entero, muy bien distribuida. Sin embargo, tú la tienes toda en el mismo lugar. Aquí —y señaló con el dedo la barriga de su compañero.

—Yo no la veo —dijo Cardozo.

—Expulsa el aire, de Gier, —exclamó Grijpstra—. ¿Lo ves? Ahí está. Un bulto. Una especie de pelota. Son los fideos fritos y todo ese almidón que come. Debería comer manzanas y practicar un poco el judo.

De Gier se había ruborizado vivamente.

—Practico dos veces...

—Caballeros —dijo el *commissaris*.

La conversación exigió más de una hora, pero finalmente se mostraron todos de acuerdo. No podían encontrar la conexión con el Gato y la mayoría de sus ayudantes encarcelados, pero sí podrían encontrar algo si trabajaban a partir de Sharif.

—Si él recibía el género robado —dijo el *commissaris*—, debían de pagarle con dinero negro. No puede haber ninguna factura en su contabilidad, pero los aparatos deben encontrarse en sus tiendas, y por tanto es en ellas donde debemos buscar. Esto puede explicar los bajos precios de la empresa Sharif Electric. Supongamos que tiene un centenar de televisores, cincuenta comprados oficialmente al precio debido, y cincuenta procedentes del Gato a mitad de precio. Su precio medio de compra equivale a un 75% del valor normal. Añade un beneficio del cincuenta o el sesenta por ciento —todo el que pueda buscar en su comercio— y gana más dinero que sus competidores, a pesar de que él vende a un precio aproximadamente una cuarta parte por debajo de los precios de ellos.

De Gier, cuya comprensión de las cifras abstractas era relativamente reducida, había cerrado los ojos.

—¿Me sigue, de Gier?

De Gier abrió los ojos.

—Sí, señor. ¿Y quién va a revisar los libros de sus tiendas? Es probable que Sharif tenga sus inventarios y sus facturas en su oficina central, el almacén donde yo conocí al Gato. Alguien debería ir allí, mientras los otros inspeccionan las tiendas.

—Ustedes tres no —dijo el *commissaris*—. Tenemos especialistas. Iré ahora a hablar con su jefe, y procuraré que puedan empezar inmediatamente la tarea. En realidad, tal vez lleguemos ya tarde. Sharif sabe lo que está ocurriendo tan bien como nosotros, y cabe que haya ordenado a sus empleados retirar los géneros robados de las tiendas.

—Deberíamos poder cazarlo —exclamó Grijpstra—. Tiene varias tiendas y transportar todo ese material representa un esfuerzo que implica a muchas personas. Alguna de ellas hablará, sobre todo cuando se les sugiera que pueden encontrarse en apuros si pretenden no saber nada.

—¿Y qué hacemos nosotros, señor? —quiso saber de Gier.

—Grijpstra debería ir a hablar personalmente con Sharif, creo yo, y usted y Cardozo pueden empezar sus pesquisas. Empezar por su casa y por revisar su expediente en el departamento de extranjeros. No debe de ser ciudadano holandés, ¿verdad, Cardozo?

—No, señor; Tiene pasaporte egipcio. Me lo dijo cuando estuve en su casa. Sin embargo, tiene un permiso de residencia para años y más años.

—Es posible que obtengamos alguna información sobre él —dijo el *commissaris*—. Buena suerte. Si encuentran algo, comuníquennmelo. Tal vez esté en mi casa, pero ya tienen mi número.

Grijpstra llegó a la sede central de la Sharif Electric al mismo tiempo que los detectives del departamento de investigación comercial. Había dos de ellos, y los tres policías irrumpieron en el despacho del árabe.

Éste se mostró tan amable como tranquilo. Rogó a los policías que se sentaran mientras él leía el mandato de registro. Telefonó a su contable y le dio permiso para enseñar los archivos. El contable entró en el despacho y rogó a los dos detectives que le siguieran.

—Muy bien, brigada —dijo Sharif cortésmente—, ¿puedo preguntarle a qué se debe esta investigación?

Grijpstra no se sentía a sus anchas. El rostro tranquilo del árabe, aquella barbita bien cuidada, y las manos, largas y delgadas que reposaban inmóviles sobre la mesa, le ponían nervioso.

Esperó, tratando de encontrar las palabras precisas.

También Sharif esperaba.

—Pues bien, señor —dijo Grijpstra finalmente—, recientemente se han producido algunas irregularidades.

Han robado aparatos electrodomésticos en gran cantidad. Se han desvalijado camiones enteros, en Amsterdam y sus alrededores, así como en Bélgica y en Alemania Federal. Hasta el momento, no hemos conseguido recuperar el género, pero tenemos razones para creer que pueda haber una relación con su organización. Algunos de estos aparatos quizá puedan encontrarse en sus almacenes.

El árabe sonrió.

—Brigada, el hombre con el que está usted hablando es un extranjero en su país, un huésped. Los holandeses han sido mis anfitriones desde 1949, cuando llegué aquí con muy poco capital. He sido bien tratado, cosa que agradezco. Los holandeses me han dado una oportunidad para ganarme la vida y yo he prosperado. Soy propietario de nueve tiendas, además del edificio en el que usted se encuentra ahora, y comercio con numerosos artículos. En cierto modo, me he convertido en un enlace entre este país y el mundo árabe. En los veintiséis años que ustedes me han permitido vivir aquí, jamás he estado en contacto con la policía. Nunca he recibido ni siquiera una multa de tráfico. Mis impuestos siempre han sido pagados en su debido momento. Soy hombre bien conocido de todos los embajadores de los países que hablan mi idioma, y conozco a varios miembros de su gobierno. Tiene usted un mandato judicial, y por tanto derecho a estar aquí. Es usted mi invitado, brigada. No obstante, creo que se ha cometido un error.

Grijpstra guardó silencio.

El árabe permitió que este silencio se prolongara durante todo un minuto.

—Tal vez debiera pedirle que reconsiderase su investigación —dijo lentamente—. Aquí tiene un teléfono. ¿Desea hablar con su jefe?

Grijpstra respiró profundamente.

—No, señor. La investigación continuará hasta que nos demos por satisfechos.

—Actúa usted obedeciendo órdenes, brigada, y yo comprendo su posición.

—No se trata de eso exactamente.

—¿Acaso no actúa siguiendo órdenes? —preguntó el árabe, enarcando las cejas.

—Soy holandés —explicó Grijpstra con su voz resonante de costumbre—. A los holandeses no nos gusta trabajar siguiendo órdenes. Es verdad que se me pidió que viniera aquí, pero no me lo ordenaron. He venido aquí porque pensé que la sugerencia era correcta. Tenemos razón para creer que existe un vínculo entre los artículos robados y su organización, como ya le he dicho antes. Tal vez nos equivoquemos. En este caso, nos excusaremos por los inconvenientes causados y nos marcharemos.

El árabe sonrió y descolgó su teléfono.

—¿Un café, brigada?

—Se lo agradezco.

—Dos cafés, por favor —dijo Sharif, y volvió a colocar el auricular en el aparato, cuidadosamente, como si pudiera romperse. Después sonrió—. Sí —dijo—, yo debería conocer un poco a los holandeses. Admito haber utilizado unas palabras erróneas. He trabajado con los holandeses mucho tiempo, pero todavía traduzco de mi propio idioma cuando trato de decir algo. Yo nunca doy órdenes a mis empleados, ya que se meterían las manos en los bolsillos y se me quedarían mirando. Yo les invito a hacer cosas. Ahora comprendo que a usted se le ha invitado a venir aquí. Está bien, brigada. ¿Qué desea saber?

El café dio a Grijpstra una oportunidad para pensar en la respuesta apropiada, o en las preguntas adecuadas, pero no consiguió encontrar ninguna. Sólo podía pensar en preguntarle a Sharif si, en realidad, había comprado géneros robados, pero no creía que sirviera de nada un enfoque tan directo.

—El señor Diets, o el Gato como le llaman algunos..., ¿conoce a ese hombre, señor Sharif?

—El Gato —respondió Sharif— me es conocido, pero resulta muy difícil conocer bien a un hombre. El Gato representa un papel

y es muy buen actor. Un actor consciente. Todos actuamos, desde luego, pero no siempre sabemos en qué estamos actuando. Llevamos máscaras, aunque creamos mostrarnos abiertos y sinceros. A veces me pregunto qué hay debajo de las máscaras. ¿Lo sabe usted, brigada?

Grijpstra depositó sobre la mesa su taza, tan suavemente como Sharif lo había hecho con el teléfono. Después miró a Sharif, muy serio.

—No creo que lo sepa usted, brigada —prosiguió Sharif—, y tampoco lo sé yo, pero a veces me lo pregunto. Me he preguntado, de hecho, si hay algo en realidad bajo estas máscaras. Nos las ponemos al nacer, y tal vez nos las quitan cuando morimos. ¿No cree que es un pensamiento inquietante el de que pueda no haber nada debajo de las máscaras?

—El señor Diets —se limitó a decir Grijpstra—, él Gato...

—Sí. No he olvidado su pregunta. A veces me gusta divagar un poco, pues esto ayuda a encontrar la verdad. Debe de haber una verdad, y nosotros debemos ser capaces de encontrarla. El Profeta la encontró y el Profeta era un hombre, no un dios. He pensado haber visto destellos de la verdad, pero cuando trato de recordarlos siempre se me escapan. Es una cosa que me alegra y me entristece al mismo tiempo.

Grijpstra se estremeció.

—¿Tiene usted frío, brigada? ¿Quiere que abra las ventanas? El sol no tardará en calentar. Son ya casi las once, y está a punto de llegar con sus rayos a esta habitación. Dentro de unos minutos nos hará compañía.

—Me encuentro perfectamente, señor.

—¿O es que se ha estremecido al oír lo que he dicho? Usted es un hombre, como también lo soy yo, brigada. Vivimos en el mismo planeta y nuestras circunstancias no difieren esencialmente. Tal vez le haya impresionado lo que yo estaba diciendo. Usted y yo tenemos nuestros sueños, y tal vez nuestros sueños acaben por encontrarse.

Maldición —pensó Grijpstra—, maldición, ¡maldición! Últimamente, me están dando demasiada ración de todo eso. El hombre tiene razón. Esta mañana he oído el sonido de aquel pepino. Un sonido que me ha impresionado. Me ha hecho hablar sobre el sueño que yo tengo, aquel sueño que después se desvanece.

Y ahora esto. ¿Qué más?

—El señor Diets —estaba explicando la voz suave del árabe— me compra alfombras, a precios muy bajos. Es un hombre listo. Las revende en el mercado callejero y consigue un buen beneficio. También me ha comprado otras cosas. Ya le he dicho que yo trato con diversos géneros. Compró prendas de segunda mano y las exporto a África. Importo aceites aromáticos. Tengo varias líneas regulares. Sin embargo, a veces encuentro cosas curiosas y las compro porque creo poder venderlas otra vez, pero cometo errores. Cuando cometo un error, el señor Diets —el Gato, como usted y yo le llamamos— viene aquí y compra. Las transacciones no siempre quedan registradas en mis libros. Dinero contante y sonante cambia de manos y el negocio queda olvidado. Tengo entendido que el gobierno prefiere no enterarse de estas transacciones. Los mercados callejeros tienen una función: la de mantener los precios bajos. Si se inspeccionan demasiado de cerca los mercados callejeros, y se les aplican las disposiciones fiscales de un modo demasiado estricto, estos mercados se marchitarán, y llegará el momento en que desaparezcan. Y esto no sería bueno para el país.

—Yo soy un policía, señor —repuso Grijpstra con satisfacción, contento al encontrarse de nuevo en terreno familiar—. Si usted paga o recibe dinero negro, los inspectores de Hacienda se mostrarán interesados. El ministerio de Hacienda tiene sus propios detectives.

—Sí. Pero usted ha mencionado géneros robados.

—Sí, señor.

—Yo no he comprado géneros robados. Yo no los he vendido.

Grijpstra se levantó.

—Muy bien, señor.

De Gier y Cardozo estaban contemplando la casa.

—¿Y ahora qué? —preguntó Cardozo.

—Ahí la tienes —dijo de Gier—. ¡Bonita casa!

—¡Bonita casa! Esta casa vale trescientos o cuatrocientos mil guilders. Tiene un jardín como un parque, tiene planta baja y dos pisos, debe de tener al menos veinte habitaciones, y en el garaje hay cabida para cuatro coches.

—Hay docenas de casas como ésta en Amsterdam —manifestó de Gier.

Cardozo lanzó una risita despectiva.

—¿Es que no le gusta la gente rica?

—La propiedad es un robo —contestó Cardozo con firmeza.

De Gier suspiró.

—¡Otro comunista! Grijpstra dice lo mismo.

—¿Y usted no está de acuerdo? .

—No —replicó de Gier, muy deprimido—. No estoy de acuerdo y no estoy en desacuerdo. ¡Es que no me importa!

Cardozo se volvió en redondo.

—¿De verdad no le importa?

—No.

—Entonces, ¿qué es lo que le importa?

—Nada —replicó de Gier—. Absolutamente nada. Me importa mi gato. Pero si se muere, que se muera. Me importa mientras esté presente.

—¿Y nada más?

—No.

—¿Y la muerte de Wernekink?

—No —contestó de Gier—. No me importa la muerte de Wernekink.

—¿No quiere descubrir quién se lo cargó?

—Claro que quiero descubrirlo —dijo de Gier—. ¿Por qué cree que me encuentro aquí? Wernekink conocía al Gato y el Gato tiene una cierta conexión con Sharif, y Sharif vive en esta casa. Y se han robado géneros. Por esto me encuentro yo aquí, admirando la casa.

Cardozo se rascó la cabeza a través de su espesa pelambre.

—Dicen que yo soy inteligente, sargento, pero no me es posible seguirle.

—No me importa si me sigue o no —replicó de Gier—, pero lo mejor será que nos larguemos. No podemos meternos en el jardín; hay un rótulo de «Cuidado con los perros», y por otra parte sería allanamiento de morada. No hay tiendas por aquí, excepto el supermercado en la manzana siguiente, y no voy a preguntar allí si conocen a Sharif, puesto que no lo conocerán. Quiero ir a almorzar. ¿Viene conmigo?

—Sí, sí —contestó Cardozo—, pero debe de haber algún camino.

Él ha de tener amigos, costumbres, lugares para frecuentar. ¿Hay algún club árabe en la ciudad? ¿Cafés árabes? Los árabes no beben alcohol, según tengo entendido.

—Se supone que no —dijo de Gier—, pero Amsterdam es el lugar donde todo el mundo hace lo que se supone que no debe hacer.

—Siempre y cuando uno no cause demasiado jaleo —puntualizó Cardozo.

—Sí. Le diré lo que vamos a hacer. Conseguiremos una lista de todos los lugares árabes de la ciudad, en el departamento de extranjeros o en cualquier otro sitio. Los empleados del departamento de extranjeros no han resultado muy útiles. Dicen que no tienen nada sobre Sharif. A menudo he sospechado que tratan de proteger a la gente de sus listas.

—No me extrañaría.

—Seguro. Deje de interrumpirme. Obtendremos una lista y nos la partiremos. Usted se quedará con la mitad, o con un tercio de ella si Grijpstra quiere sumarse. Pero no iremos a ningún lugar hasta las siete de esta tarde. Después nos reuniremos en la plaza Dam a las diez, cerca del león situado en la parte norte de aquel pene enorme y horrible que se levanta en el centro. Y ahora, vayamos a comer. Iremos a un restaurante chino. Fideos fritos. Pagará usted, Cardozo.

—¿Y por qué yo? —quiso saber Cardozo—. Ya he pagado el café esta mañana. Ahora le toca a usted.

—No —replicó de Gier—, tengo un hambre de lobo; y cuando yo tengo hambre de lobo, paga usted. Es usted más joven.

—¿Y el brigada le hace pagar a usted cuando él tiene hambre de lobo?

—Siempre. Ahí viene un tranvía. Lo tomaremos.

—De acuerdo. Pagaré yo. Será un placer.

Corrieron, pero el conductor del tranvía era demasiado rápido para ellos y las puertas automáticas se cerraron precisamente cuando los dos llegaban a la parada.

—¿Ha dicho «placer»? —preguntó de Gier.

—Sí.

—Cuando diga la palabra «placer», debe procurar ofrecer un aspecto placentero. Pruébelo otra vez.

Cardozo lo intentó.

—No está mal —aprobó de Gier—, pero podría estar mejor. Necesita un poco de práctica.

—No —dijo Cardozo a media voz—, no, no, no.

—¿Cómo? —preguntó de Gier, pero Cardozo estaba tratando de leer el periódico de su vecino de parada.

—Lárguese —le dijo el hombre—. Aborrezco esperar en las paradas del tranvía y aborrezco sostener un periódico cuando sopla el viento, y detesto que los demás traten de leer mi periódico. Cómprese uno.

—No tengo dinero —contestó Cardozo.

—Entonces pida limosna.

—¿Puede darme cincuenta céntimos, señor? —gimoteó Cardozo—. Por favor, señor...

—No —contestó el hombre.

11

A LAS TRES Y MEDIA de aquella misma tarde, el *commissaris*, que había abandonado Jefatura en horas tempranas después de haber comunicado que estaba enfermo pero que se encontraba disponible para cuestiones urgentes, comprobó la temperatura de su baño. El dolor en sus piernas se había estado acumulando durante toda la mañana, hasta que supo que tenía que desmayarse o bien empezar a gritar. Sabía también, a través de una amarga experiencia, que sólo un baño caliente podía aminorar el dolor, y ahora se aproximaba este momento. Comprobó de nuevo el agua, y la temperatura era la adecuada. El agua estaba muy caliente. Sumergió gradualmente el cuerpo en ella y suspiró aliviado. El dolor se estaba desvaneciendo. Se sentía ahora totalmente desprendido de cuanto le rodeaba. Ya no sabía ni quién era él. Y en aquel momento preciso de liberación casi completa, supo que Tom Wernekink había sido asesinado por error, que le habían tomado por alguna otra persona.

De Gier se mostró de acuerdo con ello dos horas más tarde. Había conseguido en la ciudad la lista de lugares de encuentro para los árabes y había informado a su brigada. Grijpstra aprobó el plan y lamentó que no pudiera reunirse con sus dos ayudantes. Había prometido a la señora Grijpstra asistir a la fiesta de cumpleaños que ofrecía la hermana de ésta.

—Pero tú no querrás ir a una fiesta de cumpleaños, ¿verdad? —preguntó Gier.

—No.

—Entonces, ¿por qué vas?

Grijpstra le había ordenado que abandonara la habitación.

—Ven con nosotros —invitó de Gier desde la puerta—; te gustará. Después, tomaremos una copa en algún sitio.

Pero Grijpstra seguía ahuyentándole con la mano.

Y ahora de Gier se encontraba en su casa, paseando de un lado a otro, envuelto en un quimono y con Oliver entre sus brazos. Oliver ronroneaba.

—Eres un gato necio —dijo de Gier, pellizcando al siamés.

Oliver lanzó un breve chillido, pero no trató de librarse de la presa de su amo. De Gier volvió a pellizcarlo y Oliver extendió una pata y colocó su zarpa en la nariz del sargento.

—Ahora dormiremos un rato —dijo de Gier y se echó en la gran cama antigua de hospital, que ocupaba dos tercios de su pequeño dormitorio.

Soltó al gato, que inmediatamente saltó sobre su estómago, buscó una buena posición y quedó inerte. De Gier sonrió y buscó con el pie los barrotes del otro extremo de la cama. Los dedos de sus pies se aferraron a las delgadas varillas de metal, y él desperezó su cuerpo, gruñendo de placer.

—Esto es —dijo a Oliver, que le estaba contemplando—. Esto es, Oliver. ¿Sabes que he dicho hoy que sólo me importabas tú? —Oliver movió las orejas—. No finjas que estás escuchándome. No es necesario que escuches mis palabras. Tú ya me comprendes. Más que yo, probablemente, pero de una manera que yo no puedo aprender. He dicho que sólo me importabas tú, pero esto no es verdad. Hay algo que me importa, pero no puedo conseguirlo, tal como Grijpstra no puede conseguir su sueño.

A de Gier se le estaban cerrando los ojos. Todavía no había hecho su presencia el sueño, pero tampoco podía decirse que estuviera despierto. Su capacidad de concentración se estaba reforzando con lo que contribuía a ella el gato, fuera lo que fuese. Y entonces también de Gier supo que la muerte de Tom Wernekink fue un error. Este enigma llevaba ya algún tiempo dando vueltas en su mente, y ahora la respuesta estalló como una burbuja. Un error.

Y Grijpstra también se mostró de acuerdo. En aquel momento, nada había en el estado de Grijpstra que pudiera considerarse especial. Se encontraba en su oficina, detrás de su mesa y leyendo una lista de motocicletas robadas. Su mente no registraba ninguna de las marcas o números. Tenía una baqueta en la mano derecha y con ella tocaba el más pequeño de sus timbales, sin hacer apenas ruido.

—Un error —dijo Grijpstra a media voz—. Creyó matar a otra persona... alguien importante, alguien que le estaba trastornando sus planes. Aquel hombre se mezcló de algún modo, se vio involucrado sin quererlo.

Golpeó el timbal, ahora con más fuerza.

—Un plan. Pero ¿qué clase de plan? Algo que tenía que ver con el dique, desde luego, con los robos y con toda aquella recepción de géneros robados.

—Elise —llamó el *commissaris*.

—Dime, querido.

Su esposa se encontraba junto a la bañera y se inclinaba sobre él.

—¿Cómo va ese dolor, querido?

—Ha desaparecido, Elise. ¿Te importaría...?

—Sí, querido —su esposa sonrió y salió del cuarto de baño. Al cabo de un minuto regresó con una bandeja. Había en ella un gran vaso lleno de zumo de naranja y cubitos de hielo, un cenicero, una lata de cigarros y una caja de cerillas. Tomó un cigarro y lo encendió, procurando que no le entrara el humo en la boca y expulsando en seguida el poco humo que lo hizo.

—Estoy avergonzado —dijo el *commissaris*—. Ya sabes que no deberías hacer esto. Puedes meterme el cigarro en la boca y encendérmelo.

—No, podría humedecerse. Y me gusta hacer cosas para ti; sólo que no me gusta el humo de esos cigarros. Los cigarrillos no son tan malos. Toma.

Le metió el cigarro entre sus delgados labios y dejó la bandeja sobre un taburete.

—Estoy preparando un poco de café. Lo traeré cuando esté a punto.

—Sí, querida.

Lo tengo, pensó el *commissaris*. No deja de ser algo. Es el viejo truco, el truco del jefe astuto. Sonrió y el cigarro se movió y estuvo a punto de caer en el agua caliente. Es el truco que yo utilizo a veces. Diré: «Ciertamente, mencionaré su idea ante el jefe», y después diré: «Ah, sí, sugerí su idea al jefe, pero él no se muestra de acuerdo, al menos por ahora».

Alargó un brazo y se apoderó del vaso de zumo de naranja. Pero no debería hablar con el jefe de la policía. Siempre es conveniente crear un obstáculo, un obstáculo al que los jefes no puedan llegar por sí mismos. Eso es lo que debió de hacer el Gato. Alguien debió de sugerirle algo. Él no podía contestar con un no rotundo, pero tampoco estaba dispuesto a hacer lo que pretendían de él. Por consiguiente, alargó la cosa y dijo que lo preguntaría a su jefe. En el caso del Gato, el método era todavía mejor que lo que yo intento hacer a veces. Los detectives conocen al jefe supremo, pero nunca le preguntarán nada directamente; pasan a través de nosotros, sus superiores inmediatos. En cambio, el Gato inventó un jefe. No dijo a nadie quién era el jefe. Dijo que lo preguntaría al jefe, pero no había jefe alguno. Y más tarde diría que el jefe no se mostraba de acuerdo, al menos por el momento.

—Gracias, querida —dijo el *commissaris*, y su esposa dejó la taza en la bandeja y se retiró.

El *commissaris* se sentó, depositó su vaso vacío y se dedicó a su café. Seguía pensando. Y entonces los otros se endurecieron. Siguieron al Gato y descubrieron que visitaba frecuentemente a Tom Wernekink. Vieron el coche deportivo de Wernekink y debieron de mirar a través de las ventanas y ver los tesoros que guardaba en su casa. Un hombre muy rico, sin ningún tipo de ocupación. Y el Gato iba a verle con frecuencia. Ellos querían algo del Gato. Probablemente querían que se uniera a ellos, que cediera en algo, que redujera en parte sus beneficios bajando los precios. El Gato los estaba acosando y era un hombre todavía demasiado poderoso para enfrentarse directamente a él. Por consiguiente, decidieron asustarlo.

El *commissaris* enganchó el dedo gordo de su pie en el grifo del agua caliente y desplazó las piernas para que no las abrasara el repentino chorro de agua hirviente. Movi6 su cuerpo y el calor se

difundió hasta el interior de sus huesos. No sentía ahora dolor, pero tampoco experimentaba la satisfacción que solía llenarle inmediatamente después de cesar el dolor. Se sentía atemorizado, como debió de sentirse el Gato al enterarse de la muerte de Tom Wernekink. Ellos habían querido que se sintiera atemorizado, no sólo inspirarle temor. Habían querido que se encontrara ante las terribles implicaciones de su conducta. Querían que el Gato supiera que estaban dispuestos a matar a un hombre, ante unas pruebas poco concluyentes.

El *commissaris* maniobró con su pie y el grifo de agua caliente volvió a cerrarse. Encendió otro de sus pequeños cigarros, después de secarse cuidadosamente las manos con la toalla que su esposa había dejado en el suelo.

Sí, pensó de Gier, mientras se encaminaba hacia la cocina. Había dormido y ahora era el momento de comer algo. No tardaría en ir a la ciudad para reunirse con Cardozo. Wernekink fue asesinado por error. Lo confundieron todo, aquellos malditos. Meramente pensaron que Wernekink podía estar relacionado con la pandilla del dique. Nunca pensaron en probar su teoría. Tal vez ni siquiera les importase. Pero ¿qué mente pudo construir ese acto de terrorismo? Ellos apuntaban al Gato, desde luego, pero mataron a su amigo. Su amigo no les servía para nada. Él no tenía parte activa en las actividades delictivas. Necesitaban al Gato, pero necesitaban un Gato asustado, no un Gato confiado.

Tal vez fue mi amigo Sharif —pensó Grijpstra, mientras se vestía ante el espejo de su pequeño cuarto de baño—. Mi amigo Sharif, el hombre justo de Oriente. El hombre que se ha convertido en millonario en un país extranjero, vendiendo electrodomésticos robados con un descuento del veinticinco por ciento, importando aceites aromáticos y exportando ropas de segunda mano a los negros de África.

Se cepilló sus cortos cabellos y se dio una palmada en su discreta calva, que los cabellos, por más que los cepillara, se negaban ya a ocultar. Gordo, viejo y calvo, dijo Grijpstra a su imagen, y además

tonto. ¿Cabía imaginar a Sharif deslizándose en el jardín de Wernekink, apuntando, disparando una pistola y largándose otra vez?

Vio de nuevo a aquel suave caballero, con aquellos ojos grandes, casi líquidos. Grijpstra se estremeció, como se había estremecido en el despacho de Sharif. «¿Qué hay debajo de la máscara, brigada? No creo que usted lo sepa, y tampoco lo sé yo. Los dos somos hombres, ambos vivimos en el mismo planeta. Tenemos las mismas preguntas. Usted tiene un sueño que se le escapa, y sin embargo parece estar al alcance de la mano. El Profeta tenía un sueño, y él era un hombre como nosotros, brigada».

¿Podía un hombre, él, un hombre capaz de leer en el sueño de Grijpstra, cuyos ojos eran tan blancos y profundos y cuyas manos eran tan largas, esbeltas e inmóviles, matar a Tom Wernekink —un excéntrico inofensivo—, sólo por el placer de hacerlo? ¿Sólo para asustar a otro hombre que tal vez le fuese útil en un plan para conseguir más beneficios materiales? Grijpstra siguió pensando.

Un dato olvidado encontró la superficie en el pensamiento de Grijpstra. Infieles, pensó, eso es lo que somos nosotros en las mentes de ellos. La fe de ellos es profunda, pero se proyecta hacia otros. Están dispuestos a desenvainar una espada, a apuntar una pistola, sólo para convencer. Matarán si el infiel se niega a ser convencido. Matar no es nada para ellos; es todavía un deporte, un gesto. Abraza la fe o despídete de tu cabeza.

Trató de cepillarse el cabello hacia el otro lado, pero la zona calva seguía presente. Sin embargo, esto es la fe, dijo a su poco cooperativa imagen, y la fe no es una máquina lavadora, ni un beneficio del veinticinco por ciento. ¿No le había dicho Sharif, tan sólo unas horas antes: «Brigada, los dos somos hombres»? ¿No estaría dispuesto Sharif, el filósofo, a meterle una bala en la cabezota a Grijpstra, si él, Grijpstra, le frustrase un negocio de ropas usadas?

No conocía la respuesta a esta pregunta y movió la cabeza con un gesto de impotencia. Su cuerpo se había llenado de náuseas sumergidas. La incongruencia del caso le hacía sentirse como si estuviera caminando por un desierto de penumbra.

Pide el traslado a una ciudad pequeña, se dijo a sí mismo. Amsterdam es demasiado sutil para ti. ¿Qué sabes tú de los árabes?

¿Y de los chinos?

Suspiró. ¿Qué sabes de los holandeses?, se preguntó a sí mismo, y se anudó la corbata y salió al pasillo, donde su esposa le estaba llamando a gritos.

—¡Sí! —gritó a su vez—. ¡Ya voy! Y si el estúpido de tu cuñado pone la televisión, yo me beberé toda la cerveza de la casa y tú te encargarás de traerme aquí.

—¡No lo haré! —gritó su mujer.

—Ya lo creo que sí —dijo Grijpstra—. Ya lo creo que lo harás, porque, si no lo haces, mañana no tendrás a nadie a quien gritarle.

12

LAS DIEZ de una noche de verano en Amsterdam. El verano tendía ya al otoño, pero el tiempo se mantenía caluroso y pesado, y la ciudad estaba exhausta, después de un día agotador. Las terrazas habían estado llenas y las tiendas vacías. Las chicas habían mostrado sus piernas cruzadas en las sillas metálicas o de mimbre de las terrazas, pero los hombres estaban demasiado sudorosos e irritables para mostrar excesivo interés. Incluso las minifaldas que lo enseñaban todo, los ombligos que acentuaban cinturas desnudas adornadas con delgadas cadenas de oro, e incluso los pechos rosados, morenos, amarillos y negros realzados por invisibles estructuras de plástico, no habían conseguido más que brevísimas miradas. Los periódicos comprados por hábito seguían por leer, abandonados en las mesas de los cafés y en los asientos de tranvías y autobuses. No se habían formado colas ante los cines, y los teatros y las salas de concierto estaban vacíos esa noche. Sólo trabajaban afanosamente los camiones de cerveza y los repartidores de helados italianos. El agua estancada de los canales tenía un color verdoso, y las palomas de la plaza tan sólo se movían cuando un pie humano estaba a punto de aplastarlas. Ni siquiera entonces se molestaban en volar, y se limitaban a desplazarse un poco con un arrullo indignado o meramente molesto.

De Gier se apoyó en el pedestal del León del Norte, un animal de piedra de aspecto inverosímil. Junto con su compañero, el León del Sur, había sido creado por un arquitecto bien intencionado que había diseñado el inmenso falo blanco de hormigón que apuntaba

hacia el cielo, para recordar a todos que la Guerra había sido terrible y se había cobrado muchas vidas holandesas. Los escalones grises que rodeaban el falo estaban abarrotados, como siempre, de hippies de ojos tiernos, de traficantes de drogas con sus chaquetas de cuero, y jovenzuelos de mentes desequilibradas que se abrazaban entre sí buscando compañía. Varias guitarras resonaban con una penosa falta de armonía, y varias elegantes bellezas negras se hablaban entre sí en el dialecto de Surinam, la última colonia holandesa en el continente sudamericano. Amenazada ahora por la independencia, estaba perdiendo rápidamente su población a través del aeropuerto de Schiphol, al ritmo de al menos un cuatrirreactor lleno hasta los topes por día. La asistencia social holandesa facilitaba a esos jóvenes sus pantalones de cintura baja, sus camisas a rayas y sus botas de altos tacones. Y allí se encontraban ellos, a la sombra del falo, disfrutando de su repentina libertad con respecto a las garras del hambre y la enfermedad, tratando de acostumbrarse a un nuevo entono que, por el momento, mostraba pocos síntomas de aceptarlos. De Gier los había estado contemplando durante algún tiempo; eran los tataranietos de esclavos capturados hacía siglos por barcos árabes y holandeses en la costa occidental de África, para transportarlos a la nueva y prometedora colonia de campos de caña de azúcar y de algodón, esclavos que morían al igual que ratas en los mismos barcos y las plantaciones, pero que siempre eran sustituidos por nuevas remesas. De Gier suspiró.

Dos traficantes de droga se dirigieron hacia él. No le miraban, pero sus labios se movían.

—Hashshshshshshshshshsh. Hashshshshshshshshsh.

Este siseo tenía un sonido misterioso y vagamente amenazador. Los traficantes eran jóvenes, de hombros anchos y cabellos largos. Yoguis malignos, faquires pervertidos, como almas negras llenas de odio, codicia y despecho.

—A la mierda losssss dossssss —siseó a su vez de Gier.

Los dos vendedores se volvieron y se encaminaron directamente hacia él. Un microbús vw, aparcado en la esquina, mostró algún interés. Los tres guardias uniformados del microbús habían estado observando a los traficantes. Ahora se incorporaron en sus asientos, dispuestos a abrir la puerta del vehículo. También el cuerpo de sargento de Gier se movió. Estaba de pie, con las piernas abiertas y

los brazos balanceándose. Había bajado la barbilla. Tenía ya trazado su plan de ataque. Una rápida finta hacia el de la izquierda y una patada en las espinillas al de la derecha, que derribase al joven y lo pusiera fuera de combate durante unos segundos. Después golpearía al de la izquierda con un revés de la mano, seguido por un puñetazo en pleno estómago. Volviéndose de nuevo hacia el de la derecha, que para entonces ya se habría levantado, y practicando la mejor respuesta posible en el judo, de Gier saltaría, colocaría su pie derecho contra el pecho del hombre, lo agarraría por los hombros, se dejaría caer de espaldas e impulsaría el cuerpo del otro por encima de su cabeza. El hombre podía romperse el cuello si no sabía cómo caer, pero esto no preocupaba a de Gier. La simpatía de la nación le acompañaría. No había manera de capturar a esos vampiros. No llevaban drogas ni armas propiamente dichas. Podían utilizar un destornillador o una espátula de pintor, armas que matan, cuando no mutilan, y que son legales siempre y cuando no se utilicen en situaciones violentas. Si les seguía, le llevarían hasta un coche aparcado, o un agujero en una pared, y le venderían drogas. Acaso también le robarían.

Vamos, pensó de Gier, atacadme. Por favor.

Pero los traficantes escupieron en su dirección y cambiaron de rumbo. Habían visto a los guardias del microbús. También habían visto cómo les esperaba de Gier. No atacarían. Sólo buscaban a los débiles, los indefensos o los desesperados. De Gier consultó su reloj. Las diez y cinco. Ni rastro de Cardozo. Pasó un grupo de hippies, entonando una canción de amor. Cuando se alejaron, vio a Cardozo, apoyado en el pedestal del León del Sur.

De Gier se dirigió hacia allá y se acercó a Cardozo por detrás sin que sus gruesas suelas de caucho hicieran el menor ruido. Cardozo dio media vuelta un instante antes de que la mano del sargento de Gier tocara su hombro. También Cardozo estaba a punto, con las piernas separadas y los brazos colgando.

—¡Ah, es usted! —dijo Cardozo—; llega tarde. Una atmósfera curiosa la de esta noche, ¿no cree? Apuesto a que no tardará en armarse alguna pelea. Los traficantes pululan por doquier y tienen una pinta peor que la de costumbre. Unas cuantas chicas se me han acercado también con proposiciones; seguramente, estará escaseando la heroína. Cuando elevan el precio, la actividad

aumenta inmediatamente. En la comisaría esta noche van a tener más trabajo que nunca.

—No me he retrasado —puntualizó de Gier—; es usted el que no está en el lugar convenido. Este es el León del Sur, y quedamos en reunirnos en el León del Norte.

Cardozo sonrió.

—Lo siento, mi sargento. Nunca he sabido la diferencia.

—Allí está el sur —explicó de Gier, señalando—, y allí está el norte. En dirección a la Estación Central. ¿No le hicieron orientarse nunca, durante los ejercicios en la escuela de policía?

—Ya lo creo —replicó Cardozo—, y no poco. Una vez me hicieron apearse de un camión en marcha, en medio de un descampado.

—¿Y qué ocurrió? ¿Lo recogieron en el bosque, un par de días después? ¿Estaba yendo de un lado a otro, totalmente desorientado?

—No —dijo Cardozo.

—¿Y entonces?

—Siempre llevaba algún dinero —explicó Cardozo— y hay quinientos holandeses por kilómetro cuadrado. No costaba nada preguntar, ¿verdad?

—No debía haber preguntado, y tampoco debía haber llevado dinero.

—No, no debía —admitió Cardozo.

—Todo hombre tiene sus puntos débiles —dijo de Gier—. Ya descubrirá los míos si vive el tiempo suficiente. ¿Cómo le fue con los árabes?

—Nada —contestó Cardozo—. No tengo absolutamente nada. ¿Y usted?

De Gier negó con la cabeza.

—Vámonos. Están empezando otro canto de amor, y hay otro grupo de traficantes que viene hacia nosotros. Si nos quedamos aquí, los guardias acabarán por detenernos por desocupados. Destacamos aquí como garzas en medio de una bandada de patos.

Cardozo lanzó una risita.

—No nos detendrían. Me conocen. Dos de ellos estaban conmigo en la escuela de policía y no soy, exactamente, una garza. Usted tal vez sí, especialmente con ese traje azul. Yo tengo más bien el aspecto de un avetoro.

—¿Un avetoro? —preguntó de Gier—. ¿No son aquellos pájaros pequeños y gordos que de vez en cuando explotan? No se les ve nunca, pero se oyen sus estampidos en los pantanos. Oí uno, hace unas semanas, cuando estábamos tratando de encontrar un yate robado.

—Son unos pajarracos muy feos —dijo Cardozo.

—La naturaleza nunca es fea —repuso de Gier—. ¿De modo que no tuvo suerte con los árabes?

Cardozo eructó.

—He comido algo —explicó—. Lo llaman cuscús. Parece un pudín de sémola marrón y está caliente. Lo sirven con carne. Todavía lo tengo atravesado en el estómago.

—¿Y Sharif?

—Corrieron hacia el teléfono cuando mencioné su nombre. Y sólo lo mencioné dos veces: en un restaurante marroquí y en un café libio. Aseguraron que nunca habían oído ese nombre, pero en ambos casos vi que un tipo se precipitaba hacia el teléfono.

—Sí —dijo de Gier, pensativo—, a mí me ocurrió lo mismo. Sólo que yo no comí cuscús. Me dieron un trozo de pata de cabra con pelos, y un pimiento verde medio cocido. He comido antes en sitios árabes, y la comida era deliciosa, pero esta vez me han tratado como a un enemigo. Sharif debe de ser un nombre sagrado para ellos, un hombre prominente que les protege, tal vez un ídolo. Se hizo millonario y tiene un Lincoln blanco con chófer. Creo que él les sostiene el amor propio.

—¿Y si le pasa algo se amotinarán contra nosotros?

—No dirán nada —contestó de Gier—. No le han dicho nada a usted y nada tampoco a mí. Muchos de ellos son inmigrantes ilegales, sin ningún tipo de seguridad. Cuando les echamos mano, los mandamos directamente a sus lugares de procedencia, pero a veces reciben ayuda; a veces, alguien paga un depósito en nombre de ellos mientras solicitan un visado. Sharif tiene mucho dinero y es un musulmán devoto.

—¿De modo que no podemos cazarlo?

De Gier se detuvo súbitamente. Se encontraban en un callejón detrás de la plaza Dam; era una callejuela angosta y mal iluminada. Cardozo chocó con él.

—¡Oiga! —exclamó Cardozo.

—Claro que lo cazaremos —dijo de Gier—. Esta noche hemos tenido mala suerte, pero si seguimos probando también la tendremos buena. Sharif ha tenido buena suerte, pero esta suerte también cambiará.

—¿Esta noche? —preguntó Cardozo.

—Esta noche, o mañana por la noche. O la semana próxima...

—¿Y qué hacemos ahora?

—No tengo ni idea —replicó de Gier—, pero hay una taberna en la próxima esquina. Le invitaré a tomar una copa.

—No —protestó Cardozo—. Yo le he pagado el café y le he pagado el almuerzo. No permita que quebrante esta costumbre.

—Está bien —suspiró de Gier—. Si insiste...

De Gier contemplaba sombríamente su copa.

—¡Ánimo, sargento! Recuerde aquello de la buena suerte. Puede venir de un momento a otro.

—Cuénteme una historia —pidió de Gier—; cualquier cosa, con tal de que sea divertido.

—Acabe su copa, sargento, y le invitaré a tomar otra.

—La ginebra no es divertida.

—Sé una historia —dijo Cardozo—. La conté al brigada Geurts en cierta ocasión, cuando habíamos pinchado un neumático y esperábamos una camioneta que nos remolcara. No había rueda de recambio en el coche y el brigada estaba muy enfadado. Esa historia le hizo reír. Tal vez a usted también le agrade.

De Gier alzó la copa, apuró su contenido y la mantuvo en alto para rellenarla.

—El mes pasado —explicó Cardozo— había un circo en la ciudad. Habían organizado un desfile con los animales y los elefantes estaban cruzando un puente. El tráfico estaba congestionado como de costumbre, y un hombre conducía un vw detrás del último elefante, tratando desesperadamente de adelantar al cortejo. Aceleró e hizo girar el volante, pero venía un camión en la dirección opuesta y tuvo que colocarse de nuevo detrás del elefante. Le resbaló el pie en el acelerador y el vw chocó con la pata posterior del elefante. Por ser un elefante de circo, cuyo entrenador le había enseñado que debía sentarse si le tocaban de cierta manera la pata posterior, el elefante se sentó, directamente, sobre la parte frontal del vw.

—Ja —rió de Gier.

—Sí. Pero el coche todavía era utilizable. El hombre vive en Amsterdam Norte y tenía que atravesar un túnel largo, aquel túnel en el que, según me dijo alguien, se quedó usted atascado el otro día. Creo que llevaba a varias personas con usted, y que se quedó sin gasolina, ¿no es verdad? Precisamente en medio del túnel...

—Sí —dijo de Gier.

—Parece mentira, ¿no es cierto? ¿No comprueba el nivel de gasolina antes de salir de su casa?

—Sí, querido —contestó de Gier—. Prosiga su divertida historia.

—Vale. Y el hombre se metió en el túnel, pero se había producido un accidente poco antes y el tráfico estaba detenido en los dos carriles. Llegó la policía e iban de un coche a otro, tomando nota de los que habían resultado averiados. Fue una colisión en cadena y unos veinte coches sufrieron averías. Cuando llegaron a su coche, no podían comprender cómo pudo tener parte él en aquel accidente, puesto que el coche que tenía delante y el que tenía detrás no presentaban ninguna señal. Sin embargo, el vw tenía la parte frontal totalmente aplastada. Le preguntaron qué había ocurrido, y él contestó que se le había sentado un elefante en su capó.

—Ja.

—Y entonces lo sacaron del coche. Estaban ya bastante irritados, a causa del calor y de los ruidos en el túnel, y de toda la gente que iba de un lado a otro gritando y comentando los desperfectos que habían recibido sus preciosos coches. Sólo les faltaba aquel gracioso con su chiste del elefante. Lo cargaron en una moto, le sacaron del túnel y le acusaron de conducir en estado de embriaguez. Había tomado una copa y olía a alcohol.

—¿Y?

—Todo terminó muy bien. Cuando lo llevaron a la comisaría, él siguió insistiendo en que hubo un elefante que se sentó sobre su coche. Todos se rieron, pero finalmente llegó un guardia que había visto a los elefantes en la ciudad. Telefonaron al circo y la historia del pobre hombre quedó confirmada.

De Gier se echó a reír.

—Vámonos —dijo Cardozo—. He tomado tres copas y generalmente empiezo a emborracharme con la cuarta; cuando he

tomado la cuarta, sigo y sigo. Mañana tendré jaqueca.

—¿Quiere ir a su casa? —preguntó de Gier.

—No. Echemos un vistazo a las prostitutas. Hay por aquí algunas que son nuevas. Algunas de esas chicas de Surinam son muy hermosas. Las iluminan con tubos de neón de color púrpura y llevan encajes blancos.

Contemplaron las apariciones en los escaparates, mientras deambulaban por el distrito de las luces rojas; Comieron unas albóndigas y después tomaron café en un snack.

Cardozo señaló hacia una casa alta y estrecha, con gabletes, frente al snack.

—Esa casa siempre me ha molestado. Una y otra vez hemos advertido a su propietario que los hippies entrarían en ella, hasta que finalmente, como es lógico, lo han hecho, y ahora no podemos sacarlos de ella.

—Así es la ley —comentó de Gier—. Hay carestía de casas. Esto es culpa del hombre.

—Lo sé, pero es una ley ridícula. Los hippies fueron empujados por los intermediarios, y ahora esto se ha convertido en un auténtico infierno. Cuando todavía iba de uniforme, intervine en varias incursiones en esta casa. Encontramos críos en ella llenos de heroína, viejos que dormían en medio de su propia mierda, prostitutas de quince años que habían salido una semana antes de Surinam, sacos llenos de chocolate de imitación, géneros robados, y todo lo que pueda usted imaginar.

—Echémosle ahora un vistazo —propuso de Gier.

Se encaminaron hacia allí y vieron que había una joven de pie ante la puerta. Siguieron caminando.

—Oiga —dijo Cardozo—, de todos modos no tenemos nada más que hacer; hagamos algo aquí. Regresaré solo y entraré con la chica. Uno de mis colegas me ha dicho que la casa se utiliza ahora para atracos. Creo que la chica no es una prostituta, sino un cebo. Con las ropas que llevo y esos cabellos mal cortados, pueden tomarme por un tipo que llega del campo. Yo haré mi papel, con acento campesino incluido. Es posible que haya dentro unos cuantos hombres que me pongan una navaja en la garganta y busquen mi cartera. Usted puede entrar unos momentos más tarde, arrestarlos a todos, y llevarlos a la comisaría.

—De acuerdo —contestó de Gier—, pero es una casa muy grande y es posible que haya mucha gente en ella. Hace un minuto, he visto un par de policías de paisano; también ellos la están rondando. Vamos a buscarlos y después registraremos toda la casa.

Encontraron a los dos agentes, que sonrieron y manifestaron estar de acuerdo con el plan. No se esperaba que hicieran ninguna incursión esa noche, pero si el sargento lo sugería...

—Lo sugiero —aseveró de Gier, mientras se hacía cargo de la pistola y la cartera de Cardozo.

Cardozo se dirigió hacia la casa, mientras de Gier y los dos policías esperaban junto a la esquina.

—Cariño —dijo la chica.

Cardozo se rascó una oreja.

—Buenas noches.

—Entra. Son veinticinco guilders. Me desnudaré para ti y después harás lo que quieras.

La chica era de raza blanca, no habría cumplido todavía los veinte años y vestía una falda larga y una blusa blanca, con los botones superiores desabrochados. Tenía unos pechos maduros, de un blanco lechoso. Se mantenía tan cerca de Cardozo que éste podía oler la mezcla de sudor y perfume. Ella se movió levemente, de modo que la abertura de su falda permitiera ver una pierna hasta lo más alto del muslo. La chica apoyó una mano en el hombro de él y sonrió. Le faltaba uno de los dientes frontales.

—Tengo algo más que veinticinco guilders —dijo Cardozo.

—¿Cuánto?

—Cien.

—Por cien guilders, puedes quedarte toda la noche. ¿Qué te gustaría que hiciera contigo? ¿Conoces trucos excitantes?

—De acuerdo, iré contigo —tartamudeó Cardozo.

—Entra, cariño.

Los hombres le estaban esperando al final del pasillo. Uno de ellos agarró al pequeño detective y le asestó un golpe en un lado de la cabeza. Fue un golpe malintencionado, que casi lo dejó atontado. Después lo empujaron contra la pared y una navaja se apoyó en su garganta, mientras unas manos recorrían rápidamente sus bolsillos.

—Coño —dijo una voz—. No lleva nada encima. ¡Nada! ¿Qué es eso de entrar aquí sin nada encima, mamón? ¿Quieres que te

cortemos los huevos?

La navaja apretaba ahora su garganta con cierta fuerza. La piel no tardaría en abrirse.

—¡Policía!

Hubo pasos apresurados en el pasillo. La navaja cayó al suelo, cuando aquel individuo retrocedió y pareció arrugarse. De Gier acababa de golpearle con el canto de la mano debajo de la oreja. Los dos agentes corrían detrás del otro hombre, y lo capturaron cuando trataba de llegar al patio posterior. Los dos hombres fueron esposados juntos a una tubería de gas. De Gier metió en la mano de Cardozo la pistola de éste, y los dos subieron corriendo por la escalera.

Todas las puertas de las habitaciones del piso alto estaban abiertas, excepto una, y de Gier la coceó con tanta fuerza que la cerradura se desprendió de la madera carcomida. Al abrirse violentamente, la puerta golpeó al joven que se encontraba detrás de ella y lo derribó. La chica estaba acurrucada en un rincón. Otro hombre trataba de evadirse por la ventana, y un tercero, pistola en mano, se enfrentó a los dos detectives que se abalanzaban sobre él. Dejó caer la pistola un instante antes de que Cardozo le echara mano. De Gier agarró al individuo de la ventana por el cuello de su chaqueta y lo proyectó contra la pared.

—Un buen botín —dijo el sargento de servicio veinte minutos más tarde, en la comisaría de la calle Warmoes—. Muy bueno. Cinco granujas, una chica que servía de señuelo, cinco navajas y una pistola de alarma. ¿A qué vienen tantas energías, de Gier? ¿Creen que no sabemos ocuparnos de nuestro barrio? Sepa que ya teníamos planeado efectuar una incursión en esta casa.

—Lo siento, sargento —contestó de Gier—. Nos disgustaba el hecho de no tener nunca nada que hacer.

—No —repuso el sargento—. En serio, ¿a qué se ha debido todo esto? ¿Están trabajando en algún caso especial?

—El asesinato de Wernekink —respondió de Gier—. El cadáver encontrado en el dique, al norte. Este caso, según creemos, tiene relación con su distrito.

—A nosotros nadie nos cuenta nada.

—Es que no hay tiempo. ¿Le importa que interrogue a uno de los sospechosos? Sus agentes pueden redactar los informes, pero tal

vez haya algo para nosotros.

—Desde luego.

—¿Eres árabe, verdad? —preguntó de Gier al sospechoso, un hombre bajo y grueso, de unos treinta años. El hombre se estaba dando un masaje en el cuello, allí donde de Gier le había golpeado al efectuar la incursión en la casa.

—Sí. De Casablanca.

—¿Tienes permiso para residir en Holanda?

—No.

—¿Cómo es que hablas el holandés?

—Llevo aquí cinco años.

—¿Nunca te habían detenido antes?

—Sí. Hace dos años, me enviaron en avión a mi país.

—¿Y regresaste en seguida?

El hombre sonrió.

—Estaba de vuelta antes de que la policía militar que me acompañó regresara al aeropuerto de Schiphol. Volví en el vuelo siguiente.

—Pues ahora estás en un aprieto —dijo de Gier—, en un verdadero aprieto. Has tocado con tu navaja el cuello de un policía. Asalto y robo. Y además, podemos trincarte por macarra. Y por tráfico de drogas. En este momento hay detectives en la casa, revolviéndolo todo. ¿No crees que encontrarán drogas?

—Es posible.

—Pasarás una temporada en la cárcel, una temporada muy larga.

La sonrisa del individuo se había desvanecido. Ahora, contemplaba el suelo.

—¿Cuánto tiempo, señor? ¿Cuánto tiempo pasaré encerrado?

De Gier ofreció un cigarrillo al detenido y se lo encendió. Se encontraban en una pequeña habitación de paredes blanqueadas, sentados en butacas bajas. Cardozo entró, con tres vasos de papel llenos de café. Un calendario en la pared opuesta a la ventana exhibía una fotografía en color de un bosque.

—No lo sé —contestó de Gier—. Dos años, acaso tres; esto depende de ti y del juez.

—Deje que me marche —pidió el hombre—. Me marcharé y esta vez no regresaré, lo prometo. No le he hecho ningún daño.

Señalaba a Cardozo, y éste se palpó el cuello.

—Estuviste a punto —contestó Cardozo—. Ya apretabas con la navaja, imbécil de mierda. ¿Cuántas veces utilizaste esa navaja con los desgraciados que la chica metía en la casa?

El hombre no contestó.

—¿Y bien? —inquirió de Gier.

—Unas cuantas veces.

—Has de saber que hemos recibido denuncias sobre esta casa. Podemos encontrar a las personas que las hicieron y cada víctima aportará una nueva acusación. Más tiempo en prisión.

—¿Conoces a un hombre llamado Sharif? ¿Mohamed el Sharif?

—Sí —contestó el hombre.

—¿Qué sabes acerca de él?

—Es muy rico, muy importante y muy poderoso.

—¿Trabajas para él?

—No.

—Háblanos de él.

El hombre alzó la vista. Se estaba frotando de nuevo el cuello.

—¿Quieren que me encuentren en el canal? ¿Qué desean saber? ¿Y qué harán si yo se lo digo?

—¿Adonde va él por la noche? ¿Quiénes son sus amigos? ¿Dónde podemos encontrarlo, cuando no esté en su casa ni en su oficina?

—¿Qué harán ustedes por mí si se lo digo?

—Vamos a ver —dijo Cardozo—, ¿son árabes los otros tipos que pescamos en la casa?

—Holandeses —contestó el hombre—, y españoles. Dos holandeses y dos españoles.

—Sí.

—Por consiguiente, ¿tú eres el único árabe?

—Olvidaremos lo de la navaja —dijo de Gier—, y no deja de ser un buen favor. Nunca vimos una navaja. Esta navaja.

Sostenía en la mano una navaja delgada como un estilete y apretó el resorte. La hoja, larga y delgada, salió disparada.

—Esto te ahorrará una buena temporada de prisión.

—Olvídenlo todo —propuso el hombre—, y les diré cómo

atrapar a Sharif. Y tendrán que darme dinero, pues lo necesitaré. No puedo quedarme en Holanda y tampoco puedo ir a mi país. El brazo de Sharif es demasiado largo. Tendré que ir a Francia, y ni siquiera en Francia estaré seguro.

—No —dijo de Gier—. Olvidaremos lo de la navaja, y esto es todo. Y Sharif no lo sabrá nunca.

—Sí, lo sabrá. No pienso decir nada.

—Está bien —dijo de Gier, levantándose.

—¡No! —gritó el hombre—. ¡Espere!

De Gier y Cardozo esperaron. El hombre tragó saliva varias veces.

—Hay un club, un burdel. Allí también se juega. Sharif no es el propietario del club, pero va allí una vez por semana para reunirse con unos cuantos hombres que trabajan para él. Estará allí mañana por la noche, a las diez. Hablan en una habitación especial. Después, los hombres beben, se entretienen con las putas y juegan. Sharif no bebe, pero también se divierte con las mujeres. A veces se queda allí hasta las dos de la madrugada.

—La dirección.

—La calle del Príncipe Alejandro, en el Sur, número sesenta y tres. Es un caserón muy grande. Sólo se permite la entrada a los socios.

—¿Te has visto con él alguna vez allí?

—No —contestó el hombre—. Y no pienso decir nada más. Con esto basta. Si Sharif se entera de lo que he dicho, soy hombre muerto. Olviden lo de la navaja y díganme sus nombres. Para mí, esto es un mal negocio. Doy más de lo que pueda conseguir.

—Sargento de Gier —dijo de Gier—, y agente de primera clase Cardozo. Jefatura. Olvidaremos lo de la navaja y ésta desaparecerá; no figurará en el informe. Pida al sargento que nos telefonee, si nos necesita.

Se levantó y abrió la puerta. Entró un guardia y se llevó al árabe, que ni siquiera se volvió a mirarles. Salió tambaleándose.

—Está acojonado —dijo de Gier—, verdaderamente acojonado.

—También lo estuve yo —repuso Cardozo— cuando me metió esa navaja en la garganta. Usted tardó lo suyo, ¿no cree? Y además, el tipo me estaba soltando en la cara un aliento que apestaba a ajo.

—Sí —admitió de Gier—. Yo les estaba contando a los dos

policías aquella historia suya del elefante. Nos reímos mucho y poco faltó para que le olvidáramos.

13

—
No

ESTÁN AQUÍ, señor —explicó Grijpstra—. De Gier ha telefoneado esta mañana para decir que llegaría a las once, y que Cardozo también se retrasaría. La noche pasada tuvieron algunas aventuras, señor.

—¿Qué clase de aventuras?

—Grijpstra explicó lo que sabía. La voz somnolienta del sargento de Gier sólo había podido ofrecerle un esquema general, y Oliver, que todavía no había comido y se había instalado sobre el pecho del sargento, se dedicó a maullar durante la conversación.

—Hummm —hizo el *commissaris*—; a pesar de todo, parece prometedor. Cuando lleguen, me gustará verles a todos ustedes.

Los tres detectives ofrecían un aspecto cansino cuando finalmente se reunieron en el despacho del *commissaris*, a las once y media. El aspecto de Grijpstra era peor que el de sus compañeros. La fiesta de cumpleaños en casa de su cuñada no había sido un éxito. Había dado buena cuenta de medio barril de cerveza mientras miraba los programas cómicos de la televisión y escuchaba las ideas políticas de su cuñado. Después, hubo una agria discusión con su esposa, durante todo el trayecto hasta su casa, que se prolongó otra hora en el dormitorio. Y, a continuación, había vomitado. Cuando todo terminó y finalmente se acostó, su esposa había empezado a roncar y él tuvo que levantarse para buscar sus cigarros. Había tropezado y

se había dado un golpe en la pierna con la puerta abierta de la mesilla de noche. El corte en su espinilla había sangrado y la herida todavía le preocupaba ahora. Se la estaba frotando.

—¿Le duelen las piernas, Grijpstra? —preguntó el *commissaris*, con una voz que traicionaba un interés superior a lo normal.

—Me di un golpe en la espinilla, señor.

—Pero usted no estuvo en la pelea de esa noche, ¿verdad?

—No, señor. La causante fue la puerta de la mesita de noche.

De Gier sonrió.

—¿Qué tal fue la fiesta de cumpleaños, Grijpstra?

Grijpstra le dirigió una mirada atravesada.

—¿Una fiesta, Grijpstra? —quiso saber el *commissaris*.

—Sí, señor, en casa de mi cuñada.

—¿Una fiesta agradable?

—No, señor.

El *commissaris* asintió con la cabeza. Hacía diez años que él había dejado de ir a fiestas, a partir de que su reuma empezara a convertirse de un dolorcillo ocasional en una sensación continua, y cada vez peor, que le recordaba los pinchazos de agujas al rojo vivo. Jamás se había arrepentido de esta decisión.

—Yo nunca voy a fiestas de cumpleaños —explicó de Gier—. Al diablo con los cumpleaños y los pasteles de nata y la ginebra tibia. Prefiero pasar una velada tranquila con Oliver.

—¿Y usted, Cardozo? —preguntó el *commissaris*.

Pertenezco a una familia numerosa, señor, y estamos muy unidos. Yo no puedo mantenerme aparte.

—¿Alguna vez tiene ganas de mantenerse aparte?

—No, señoreen realidad no. Algunas veces me aburro, pero me gusta mi familia y la comida siempre es excelente.

—Espléndido —aprobó el *commissaris*—. La familia es el núcleo de nuestra sociedad. Una familia feliz contribuye a hacer un país tranquilo.

De Gier estaba contemplando la cara del anciano. El *commissaris* parecía sincero, pero de Gier no confiaba en la expresión ingenua e inocente que reflejaba el rostro de su superior.

—Bien, vamos al grano —dijo el *commissaris*, frotándose enérgicamente las manos—. ¿Qué ha ocurrido esta noche, de Gier?

De Gier hizo un informe completo, sin prescindir de ningún

detalle, excepto la confusión entre el León del Norte y el del Sur. El *commissaris* se inclinaba hacia adelante, desde su butaca, escuchando atentamente.

—Bien —dijo al final—, pero vamos a tener un poco de jaleo con el inspector jefe del casco antiguo. Sé que no le gusta que cacemos en su territorio. Será mejor que le telefonee yo antes de que lo haga él. Espero que no hayamos trastornado ninguno de sus planes. Me consta que proyectaban efectuar incursiones en algunos de sus focos de delincuencia. Los de Obras Públicas deberían hacer algo con esa casa: emparedarla del todo o proceder a su restauración. Una vez reparada, puede servir para gente decente.

—A la gente decente no le gusta mucho esa zona, señor —observó Cardozo.

—Sí. Tal vez podamos aplicar una cierta presión sobre las autoridades municipales. Planean construir en algún lugar un gran centro estatal del sexo, pero hasta el momento sólo han estado hablando de ello. Esto facilitaría mucho nuestra labor. Lo rodearíamos con una cerca alta y apostaríamos policías en las entradas. Así tendríamos una válvula de seguridad para la tetera. Pero todavía es temprano para ello.

—Sería una lástima —dijo Grijpstra con voz gruesa.

—A usted le gusta el barrio de las putas, ¿verdad?

—Durante setecientos años ha ocupado esta parte de la ciudad, señor. Y hasta el momento siempre hemos podido controlarlo bastante bien.

—Tienen buen aspecto dentro de sus escaparates —comentó de Gier—. No puedo imaginarme mujeres medio desnudas en una caja de hormigón y detrás de alambradas de espino. Sería horrible.

—Sí, tal vez sí. Sin embargo, esperaremos a ver qué pasa. La policía siempre espera a ver qué pasa. Ahora ya empezamos a ver algo. ¿Cuáles son sus planes, señores?

Estaba mirando a Grijpstra.

Éste carraspeó y buscó en sus bolsillos la lata de cigarros. El *commissaris* le ofreció uno de la caja que tenía sobre su mesa. De Gier, no sin un gesto de servilismo, encendió una cerilla y el rostro juvenil de Cardozo se iluminó con una sonrisa mientras miraba a Grijpstra.

Grijpstra se mostró suspicaz.

—Bueno, vamos, tampoco es cuestión de pasarse —murmuró.

—¿Pasarse de qué, brigada? —preguntó de Gier—. Todos le estamos escuchando.

—Sí —dijo Grijpstra—. Bien, creo que dos de nosotros deberíamos ir al burdel esta noche, o uno de nosotros, mientras el otro espera en el coche. Uno se dirigiría al portero, le enseñaría sus credenciales y se quedaría junto a él mientras telefonease o llamase al jefe. Después, haría que el jefe le acompañase hasta el coche y le explicaría que vamos en pos de Sharif, y que sabemos que irá allí esta noche. Podemos dar algunos detalles sobre el juego ilegal y otras actividades ilegales del lugar, para que el jefe se tranquilice y se muestre dispuesto a ayudar. Después entraríamos, fingiendo ser clientes. Llevaríamos dinero; el lugar no es barato, y no queremos que nos sirvan bebidas gratis.

—Sí —asintió el *commissaris*—. ¿Quién irá?

—Yo no —contestó Grijpstra—. Sharif me conoce. Y puede recordar la cara de Cardozo, puesto que Cardozo fue a verle el año pasado por lo del robo en su casa. Por consiguiente, yo sugeriría Geurts o Sietsema, y de Gier.

—Creo que también a mí me gustaría ir —anunció el *commissaris*.

—Esto sería todavía mejor. Los clientes de ese lugar no son jóvenes; habrá caballeros de edad avanzada, y usted encajará perfectamente.

—Gracias —dijo el *commissaris*—. Gracias por su amabilidad. Tengo todo el aspecto de un vejestorio, ¿verdad? Creo que se está excediendo en su amabilidad.

Grijpstra se sonrojó y de Gier y Cardozo cambiaron miradas divertidas.

—Lo siento, señor. No me refería a esto en absoluto.

El *commissaris* sonrió.

—No importa, Grijpstra; sólo estaba bromeando. Creo que tiene razón. Un lugar como éste ha de atraer a personas con mi aspecto. Prosiga.

—Por consiguiente, usted y de Gier, señor. Usted se quedará en el bar y puede echar un vistazo en general. El jefe del lugar le hará saber cuándo llega Sharif a la habitación especial donde se reúne con sus hombres. Entonces, tendrá usted que encontrar un lugar

desde el cual pueda escuchar. Es posible que haya alguna mirilla. Tengo entendido que las casas de putas siempre tienen mirillas. Y podría utilizar también una grabadora.

—Sí. Tendremos que verificar todo esto con el director del lugar. Tal vez podamos escondernos en un armario.

—¿Y qué más, Grijpstra?

—Todo depende de lo que ellos digan. También es posible que descubra al asesino de Wernekink.

—¿Esto es idea del sargento de Gier, verdad?

—¿No me decía esta mañana, por teléfono, que de Gier pensaba que Sharif o uno de sus hombres habían matado a Wernekink?

—Sí, señor.

El *commissaris* se levantó y dio la vuelta a su mesa escritorio. Después se apoyó en ella y contempló a sus ayudantes.

—Creo que de Gier tiene razón. La muerte de Wernekink debió de ser un error de los más estúpidos. Pero comprensible, tal vez. Es difícil entender que haya hombres que vivan para nada, que no tengan objetivos, ni ideas, ni finalidad alguna. Yo tenía algunas sospechas sobre Tom Wernekink, pero la carta que trajo usted de Rotterdam acabó de convencerme. ¿Todos ustedes han leído la carta?

—Sí, señor —contestaron de Gier y Cardozo al mismo tiempo.

—Es un documento curioso. ¿Qué opina usted sobre él, de Gier? De Gier se echó a reír.

—Pensé que era una buena carta, señor.

—¿Por qué?

De Gier estaba mirando a través de la ventana.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo el *commissaris*.

—Una buena carta —repitió de Gier.

—¿Y usted, Cardozo?

—A mí me irritó un poco, señor. El hombre tenía una serie de oportunidades, ¿no es verdad? Inteligente, un padre adinerado, y sin embargo no hacía nada en su vida. En cierto modo, era una nota de suicida, una invitación para el Ángel de la Muerte. Yo creo que la vida merece ser vivida.

—Pronosticaba su propia muerte —dijo el *commissaris* lentamente—. Y, probablemente, con una gran exactitud. Un hombre con traje oscuro y zapatos puntiagudos le mató de un tiro

de pistola. ¿Cómo pudo saberlo él?

Grijpstra se enderezó en su asiento.

—Eso también me ha estado preocupando, señor, y en realidad me ha preocupado mucho. Yo sospechaba que él pudo haber conocido a su asesino, pero, al leer de nuevo la carta, vacilé. ¿Qué opina usted, señor?

El *commissaris* esperó un rato antes de contestar.

—Se trata tan sólo de mi pensamiento —dijo al final—. No lo tomen al pie de la letra. Creo que ese hombre sufría, y que sufría conscientemente. Tal vez sea posible tener visiones muy claras cuando uno se encuentra en una situación como ésta. La mayoría de nosotros simplemente vivimos. Hacemos aquello a lo que nos induce la corriente de nuestras vidas. Creemos tomar decisiones, pero en realidad no es así. Wernekink tomó una decisión: se negó a conformarse y siguió negándose a ello. Creo que esta carta lo demuestra, y también expone de qué manera vivía. Se negó a invitar a aquella chica a su casa, cuando ella se le estaba ofreciendo en bandeja. Se negaba a ser sensato.

—¿Y usted cree que esto es admirable? —preguntó Cardozo a de Gier.

De Gier no contestó.

—No sea demasiado sensato, Cardozo —aconsejó el *commissaris* amablemente—. Si lo hace, nunca irá más allá de la superficie. En nuestro trabajo, a veces hemos de profundizar más. Creo que Wernekink era un hombre muy poco vulgar, y no me sorprendería que hubiese adquirido ciertas cualidades fuera de lo corriente.

De Gier estaba mirando a Cardozo, y sonreía levemente.

14

A LAS OCHO Y MEDIA de aquella noche, el Citroën negro del *commissaris* aparcó ante el número sesenta y tres de la calle Príncipe Alejandro, delante de una mansión espaciosa y de aspecto digno, rodeada por un jardín con alerces y pinos. El coche se balanceó grácilmente, primero por delante y después por detrás, al escaparse la presión de su sistema de suspensión, con un suspiro largo, casi apasionado.

De Gier se sintió irritado por la discreta sonrisa que apareció bajo el espeso bigote del joven guardia de ojos soñolientos que conducía el coche.

—¿Lo ha conseguido otra vez, verdad? —dijo de Gier.

—Sí, mi sargento. Cuando necesito un lugar donde aparcar, lo encuentro.

Era verdad, desde luego. El chófer del *commissaris* siempre se las arreglaba para encontrar un espacio donde aparcar, cerca del lugar donde el *commissaris* quería ir, o exactamente ante él.

—Sí, sí —admitió de Gier—. Y me alegro de que esta vez no se haya quedado dormido. He oído decir que, hace unas semanas, estuvo a punto de cargarse todo el lado de un coche. Los mecánicos del garaje de la policía me lo explicaron.

—Un desdichado accidente —contestó el agente—, pero no fue culpa mía. El otro coche no debió haber zigzagueado en pleno tráfico. Pagaré la compañía de seguros del otro conductor. Ayer se lo pregunté, y yo quedé totalmente al margen.

—Un conductor responsable hubiera debido evitar el choque —

observó de Gier—. Sólo se trata de negarse a correr riesgos.

—Sí, de Gier —dijo el *commissaris*, poniendo una mano sobre el hombro del sargento.

El guardia que conducía el coche miraba fijamente hacia adelante.

—Agente —dijo entonces el *commissaris*—, no espero que haya problemas, pero si tenemos alguno tocaremos un silbato. Cuando usted lo oiga, puede pedir ayuda por la radio. Y no entre usted; espere a que llegue un coche patrulla.

—Sí, tenga cuidado —añadió de Gier, dando unas palmadas en el hombro del agente—. Y no se quede dormido —susurró, cuando el *commissaris* procedía a abrir la verja.

El agente no iba de uniforme esa noche, pero conseguía mostrar el mismo aspecto pulcro con su traje oscuro, camisa blanca y corbata negra.

—¿Ha traído la pistola? —preguntó de Gier.

El agente se palpó la chaqueta.

—La llevo aquí, mi sargento.

—No la utilice —aconsejó de Gier—, ocurra lo que ocurra. Es cinturón naranja de judo, ¿verdad?

—Sí.

—Puede practicar unas cuantas presas.

El joven agente suspiró profundamente, mientras de Gier seguía al *commissaris* hacia la casa.

—Un lugar espléndido —comentó el *commissaris*, mientras avanzaban por la pequeña avenida de la entrada. Había dos Mercedes blancos bajo un enorme pino, a su derecha—. Una auténtica villa de estilo antiguo. Esta casa debe de remontarse a la época en que esta parte de Amsterdam era todavía campiña. Los comerciantes construían aquí sus residencias de verano. Es del siglo XVII, me parece.

—Por otra parte, su finalidad no ha cambiado —observó de Gier—. A los comerciantes de la Edad de Oro les gustaba celebrar sus fiestas allí donde nadie pudiera estorbarles. Y esta zona todavía es tranquila, lejos como está de los canales y del bullicio de la ciudad. No creo que nuestros amigos se encuentren con conocidos inesperados en la calle Príncipe Alejandro. Aquí, todos son hogares para los ancianos y clínicas privadas.

—Nadie puede permitirse vivir, hoy en día, en palacios como éste.

—Sí —admitió el *commissaris*.

Estaba pensando en la nota que había recibido aquel mismo día del recaudador de impuestos. Había que pagar más, siempre era necesario pagar más. El recaudador nunca había hecho una devolución, al menos, que pudiera recordar el *commissaris*.

—Sólo Noruega paga más impuestos que nosotros —dijo a de Gier—. ¿Lo sabía?

—Yo no quiero ir a Noruega —repuso de Gier—. Yo quiero ir a Nueva Guinea. Ayer recibí una postal de Nueva Guinea. Llevaba el matasellos de la isla de Japen. Sólo decía «Felicidades», y no había ninguna firma.

El *commissaris* se rió quedamente.

—¿Iba dirigida a Jefatura, de Gier?

—Sí, señor; él no recuerda mi dirección particular. Estuvo en casa una vez, pero probablemente ha olvidado el número.

—Le deseo buena suerte —observó el *commissaris*. Y añadió—: De momento, sólo llegaremos hasta aquí. Usted toque el timbre y muestre su tarjeta. Yo regreso al coche. El plan de Grijpstra era perfecto. Dígale al conserje que mande a su jefe al coche, y usted espere aquí.

De Gier tocó el timbre. Pasó algún tiempo antes de que se abriera la puerta. No había ningún nombre en ella.

Nadie, ni siquiera un policía suspicaz y cínico como de Gier, podía imaginar que la mansión fuese un burdel. Tuvo tiempo para mirar a su alrededor, para admirar las magníficas puertas de madera de roble, la pintura reciente en los bastidores de las ventanas, y la perfecta disposición del jardín. Había incluso un estanque y pudo ver las formas esbeltas de las carpas doradas que se deslizaban entre las anchas hojas de los nenúfares.

—¿Señor? —preguntó una voz discreta.

Reconoció inmediatamente al tipo. Un macarra, pero un macarra de la variedad sólida. Un hombre corpulento, todavía apuesto a pesar de sus años. Debía de estar cerca de los sesenta años, pero sus hombros apenas se curvaban. El tipo de hombre que jamás perdía los estribos y que era capaz de apaciguar a la prostituta chillona y al cliente desmandado, y conservar el afecto de la prostituta y el

respeto del cliente. Hay toda clase de macarras. Los macarras jóvenes y demasiado viejos nunca duran mucho. Beben, se enzarzan en peleas y unos pocos años de vida feliz les convierten en alcohólicos inválidos. Están también los macarras criminales, que acaban en la cárcel. Pero el macarra tranquilo y sólido perdura. Éste era un macarra tranquilo y sólido.

De Gier tuvo que alzar la vista para hablar con el hombre. Le enseñó su tarjeta y el hombre la cogió y la miró a través de toda la longitud de su brazo.

—Mis ojos ya no son lo que eran, sargento —dijo con voz muy suave.

—Avise a su jefe —susurró de Gier—. Dígale que salga. Hay un Citroën negro ante la acera, y en él su jefe encontrará al mío. Han de tener una breve charla.

—Espere aquí, sargento; voy a buscarlo.

—No —dijo de Gier—. Yo voy con usted.

El macarra sonrió levemente.

—No se preocupe, sargento. Le telefonearé. Hay un teléfono en el vestíbulo.

El vestíbulo era amplio, con una alfombra persa sobre las losas de mármol y estatuas de ninfas griegas a tamaño natural, con sus túnicas pétreas. El teléfono estaba sobre una mesa turca de bronce, junto a una caja ornamental de caoba.

—¿Qué hay en esta caja? —preguntó de Gier, pues había observado que estaba cerrada con llave.

El macarra-conserje se dio un golpecito en el estómago.

—Tengo aquí una llave que abre esta cerradura. En la caja hay fichas. No queremos que corra el dinero por la casa. Si usted quiere algo, yo le daré una ficha.

—¿Y que tendré que darle yo?

El conserje se echó a reír.

—Dinero, sargento. Usted me da dinero y yo le doy fichas. Con las fichas, puede usted divertirse en la Villa Marshview. Puede beber, puede llevarse arriba a las señoritas y puede jugar. Y si quiere un cigarro, yo se lo daré. Los cigarros son gratuitos.

—Démelo —dijo de Gier.

El conserje abrió un cajón, oculto entre los adornos de cobre de su mesa, y sacó una enorme caja de cigarros, que abrió con un gesto

ampuloso. Había en la caja cigarros muy delgados y delicados, cigarros de tamaño mediano, cigarros cortos y gruesos, y grandes cigarros, lo suficientemente grandes para las bocazas de sapo de banqueros y constructores de obras.

—Uno de los grandes —indicó de Gier—. Uno de éstos.

—No faltaría más, señor —contestó el conserje, y tiró de la gruesa cadena de oro que atravesaba su barriga.

Había, en el extremo de la cadena, una llave y un cortador de cigarros. El hombre amputó la punta del cigarro con un gesto cruel, y lo entregó a de Gier, que lo metió entre sus dientes. El conserje buscó entonces en el bolsillo de su chaleco y extrajo de él una larga cerilla. Se sostuvo sobre un pie y raspó la cerilla con la suela del zapato, para encenderla.

—Aquí tiene, señor.

De Gier no le dio las gracias. Se sentía en ridículo. El conserje tenía una vigorosa personalidad y él podía notar cómo ésta flotaba a su alrededor. Se alegró de no ser una mujer. Las mujeres podían desmayarse si aquel dios menor se dignaba dirigirles un saludo y prestarles atención.

—Jefe —dijo el conserje—. Alarma general, jefe. Está aquí la policía. Quieren que baje inmediatamente. Al vestíbulo. Un coche le está esperando.

Colgó el teléfono y sonrió.

—Eso le habrá acojonado, sargento. Se asusta fácilmente, ¿sabe? Dentro de un minuto bajará corriendo por la escalera.

El portero se llevó las manos a la espalda y contempló la escalera. De Gier la contempló también. Un hombrecillo que no mediría mucho más de un metro y medio, vestido con un traje a rayas, camisa a rayas y corbata a rayas, bajó corriendo por la escalera. Las rayas no hacían juego entre ellas.

—¿Qué ocurre, Joop? —preguntó el hombre, con un murmullo excitado—. ¿La policía? ¿No será otra broma de las tuyas, verdad?

—No, jefe. Este señor es el sargento de Gier, un detective. Me ha enseñado su tarjeta, y es auténtica. Y quiere que usted salga. Ante la verja hay un Citroën. Dentro de él, hay un oficial que desea hablar con usted.

—No —susurró el jefe—, no y no. ¿Qué es esto? Seguramente, no habrá ningún problema, ¿verdad? Aquí nunca tenemos

problemas. Es un club exclusivo para sus socios, y no se puede comprar un carnet de socio en la puerta. No queremos socios nuevos; queremos que aquí haya siempre un ambiente agradable y confortable. Y todas las chicas tienen más de veintiún años, y en su mayoría están casadas. Nada de drogas. Y el juego es sólo para matar el tiempo. ¿Qué ocurre, sargento?

De Gier hizo un gesto invitador en dirección a la puerta.

—¿Tú has visto la tarjeta, verdad, Joop? —El conserje asintió, sin que su rostro revelara nada, por penetrante que fuese la mirada del jefe. No ofrecía ninguna ayuda. Tampoco pretendía tranquilizar—. ¿Una credencial de policía, verdad Joop? Aquí no queremos tratos con detectives privados.

—Una credencial de policía, jefe. Este caballero es sargento de detectives, y el oficial que espera afuera será un inspector jefe.

—*commissaris* —le corrigió de Gier.

—¡Mierda! —exclamó el jefe—. ¡Un *commissaris*! ¿Y para qué diablos quiere verme un *commissaris*?

—¿Tiene usted remordimientos de conciencia? —preguntó de Gier.

—¡No! —exclamó el jefe, golpeando el suelo con un pie.

De Gier examinó el pie. Estaba protegido por una reluciente bota de color anaranjado, asegurada con dos cremalleras. La bota volvió a pisotear el suelo de mármol.

—No baile el claqué —pidió de Gier—. Me está poniendo nervioso.

—¡No! —Casi chilló el hombre—. Le estoy diciendo que aquí nunca ocurre nada que no deba ocurrir. Nunca hemos tenido quejas.

—El *commissaris* está esperando —le recordó de Gier.

El jefe se precipitó hacia la puerta.

—¿Cuál es el problema? —preguntó entonces el conserje—. A mí puede decírmelo. Yo no le bailaré el claqué. Y, por otra parte, el hombre tiene razón. Nunca tenemos quejas.

De Gier se encogió de hombros.

—Un trago —sugirió el conserje—. Un buen trago bien largo. En el bar hay un negro de Jamaica que sabe mezclar bebidas, buenos combinados. Un vaso alto, con un poco de ron, un poco de zumo de frutas y unos cubitos de hielo tintineantes. Puede usted beber sus mezclas toda la noche y encontrarse bien en todo momento. Nada

de resaca por la mañana. Nada de repentinas debilidades si por casualidad uno se cae por la escalera. Tome.

De Gier notó una ficha en su mano. Era de plástico verde, y un par de centímetros de lado. Tenía grabada en ella el número veinticinco, un veinticinco en plata sobre fondo verde pálido.

—Esto le da derecho a cinco lingotazos —explicó el portero—, y yo le daré otra cuando ésta se acabe.

—¿Cinco guilders un trago? —preguntó de Gier.

—Las bebidas son baratas —explicó el hombre—, y las chicas no obligan a nadie a beber. Se les puede invitar a tomar una copa si uno realmente lo desea, pero ellas no lo piden nunca. El bar les sirve gratuitamente limonadas, refrescos de cola o sodas.

—¿Y si usted quiere las chicas?

—Yo no quiero las chicas —le corrigió el conserje—. Usted sí. En este caso, venga a verme y cómpreme una ficha dorada. La ficha dorada lleva el número cien. Un número cien equivale a una chica. Y si quiere que la chica se amolde a sus deseos especiales, pídame dos fichas doradas. Por dos, satisfarán sus deseos más extraños, sus sueños más desenfrenados. Y si no consigue encontrar ninguno, porque su subconsciente está nublado por un exceso de trabajo y de pensamientos tristes, ellas le sugerirán algo. Lo representarán para usted, y usted nunca se enterará de que están representando. ¡Oh, muchacho! Dos fichas le conducirán al cielo, y no precisamente a la parte del cielo donde se tocan arpas sobre las nubes. Hay arpas y nubes, desde luego, pero esto es para la gente corriente. Este lugar es para la gente extraordinaria. Este lugar es para usted, sargento.

El conserje había hablado blandamente, y se había inclinado para que su cara estuviera al mismo nivel de la del sargento de Gier. Expresaba una intensa bondad y su voz profunda reverberaba en el cerebro del sargento, pese a su resistencia. El conserje había extendido los brazos a cada lado y tenía abiertas sus manazas, a un palmo de distancia de los hombros de su interlocutor. De Gier sintió que aquellas manos le estaban protegiendo, y al mismo tiempo vitalizando todos los jugos de su cuerpo.

De Gier dio un paso atrás y se estremeció.

—Ya basta —dijo, con voz ronca.

El portero se echó a reír.

—¿No está mal, verdad? Es el truco que utilizo con los clientes

tímidos. Lo habré hecho cien mil veces, pero todavía funciona. Dicen que yo debería trabajar en un escenario, pero en el escenario no hay dinero.

—Supongo que aquí hay dinero en abundancia.

—Sí, sargento —contestó el conserje—. Lo hay. Pero ¿qué es el dinero? Ustedes siempre piensan que nosotros, los macarras, trabajamos por dinero. Pero al cabo de un cierto tiempo el dinero se convierte en papel. ¿Cuántas comidas puedo comprar yo? ¿Cuántos coches puedo conducir? ¿Y cuántos trajes puedo llevar?

De Gier miraba al conserje. Se sentía ahora mucho mejor, después de verse libre de nuevo.

—No, yo ya no trabajo por dinero. Tal vez no lo haya hecho nunca.

—¿Por qué trabaja, pues?

El conserje hizo un gesto vago, sin señalar a nada en particular, ni indicar ninguna dirección.

—¿Quién sabe? Por este lugar, tal vez. Es un lugar espléndido y me gusta estar aquí. El jefe es el propietario de la mayor parte de él; tiene un buen cerebro..., un cerebro de hombre de negocios. Pero yo también poseo una pequeña parte de Villa Marshview, y hay aquí muchas ideas más. Yo no sé qué es mejor, si el cerebro o las ideas. Y me gusta traer aquí a las mujeres. Preferimos que sean casadas, que vengan a horas, usted ya me entiende. Así, ellas se divierten más y su diversión divierte también a los clientes. Vienen aquí para ganarse algún dinero extra, o pagarse un cochecillo nuevo y bonito, o unas vacaciones, o bien un sofá y un par de butacas que hagan juego. Nunca intentamos retenerlas cuando ya han tenido bastante. Siempre hay otras.

—¿Cómo consiguen sus mujeres?

—Anunciamos, o, mejor dicho, solíamos anunciar. Pedíamos azafatas. Ésta es una buena palabra: «azafata». —El conserje hizo chasquear los dedos—. Les hace pensar que tienen clase, azafatas para los ricos, para los famosos. Y nuestros clientes lo son, desde luego. No tenemos clientes pobres. Ahora, ellas ya vienen por su propia cuenta. Alguna amiga se lo explica, toman el té las dos en un lugar agradable y charlan, y el siguiente paso es venir aquí. Yo abro la puerta y me encuentro una mujercilla atolondrada ante ella, tartamudeando. La hago pasar y la acomodo en una salita

confortable. El jamaiqueño trae unas bebidas y charlamos. Generalmente, la mujer está bien, sólo necesita algún pequeño cambio aquí o allá. Otro vestido, otra manera de caminar, o tal vez no debiera llevar vestido, sino unos pantalones de terciopelo ajustados, o bien pantalones anchos y flotantes, o una bata, o bien algo corto y con encajes. Lo que no queremos es que se exhiba medio desnuda.

—¿No hay striptease? —preguntó de Gier, chupando su cigarro.

—Claro. Debemos tener un poco de striptease. Todas lo practican. Hay un pequeño escenario, y en este escenario han de mostrarse sexies, enseñarlo todo, aflojar todos los frenos. Yo las aliento, incluso las adiestro. Me siento en una buena butaca y repasamos toda la escena, detalle por detalle. Hago que otras chicas les enseñen, y, si por casualidad hacen algo acertado, aplaudo y grito, y les doy un beso en la mejilla o una palmada en el trasero..., según el tipo de chica de que se trate. Pero, una vez terminada la función, han de mostrarse serias de nuevo y pasear por aquí, hablando con los clientes y escuchando lo que éstos dicen. Escuchando, pues esto es muy importante.

—¿Información? —preguntó de Gier—. ¿Les interesa información?

—Veo que usted es un policía de pies a cabeza, ¿no cree? —repuso el portero—. No, no... No queremos información. ¿Por quién nos ha tomado? ¿Por chantajistas? Sólo pretendemos que escuchen lo que dicen los clientes, que muestren interés, usted ya me entiende. Por algo compra el cliente las fichas, unas fichas de plástico, muy vistosas. Vaya a gastarse su ficha, sargento. Ahora entran su jefe y el mío.

El *commissaris* atravesaba la puerta que el jefe del establecimiento le mantenía abierta. El hombrecillo parecía todavía muy nervioso.

—Desde luego, señor —estaba diciendo—. Entre, por favor. Ahora sé lo que usted quiere. Sepa que me había tenido muy preocupado. Me alegra mucho saber ahora lo que usted pretende.

—¿Y qué es lo que desea el *commissaris*, jefe? —preguntó el portero.

—Silencio —le atajó el hombrecillo—. Cierra la puerta; por otra parte, no abrimos hasta las nueve y media. Ciérrala bien y después

iremos a mi despacho. Te lo explicaré todo.

—Creo que el sargento desea tomar una copa —dijo el conserje. El *commissaris* miró a de Gier.

—¿Quiere tomar una copa, de Gier? ¿Qué es este cigarro?

—No, señor —contestó de Gier—. No quiero ninguna copa. Y el cigarro es muy bueno; me lo ha dado el conserje.

Éste ofreció la caja al *commissaris*, que eligió el cigarro más pequeño que pudo encontrar. El conserje volvió a sostenerse sobre un solo pie y le alargó una larga cerrilla encendida.

—Pues bien —dijo el hombrecillo—, volveremos a repasarlo todo. Nos aseguraremos de que no pueda cometerse ningún error.

Se encontraban en un pequeño despacho. Tenía el aspecto de cualquier otro despacho, con un archivador metálico gris, una mesa escritorio, sillas bajas de metal y plástico para los visitantes, una máquina de escribir y una calculadora electrónica. El hombrecillo se instaló detrás de su mesa y parecía ahora algo más alto, y los visitantes trataron de encontrar posiciones cómodas. El conserje se apoyó en la pared. Era demasiado corpulento para acomodarse en aquellas sillas bajas.

—Se trata del señor Sharif, Joop —explicó el jefe—. El señor Sharif y sus amigos, o su *staff*, diría yo. Tú ya les conoces. Cuatro caballeros que dirigen sus almacenes más importantes. —Su mirada se posó ahora en el *commissaris*—. Vienen aquí una vez por semana, *commissaris*; tenemos arriba una sala donde la gente puede hablar. En ella se han hecho muchos negocios. Yo no sé lo que ocurre allí, desde luego, pero a veces tengo una cierta idea. Tan sólo una idea, se lo advierto. Hay señores africanos que desean equipar ejércitos (comprar carros de combate y aviones), y hay negocios que desean fusionarse con otros negocios. Los directores charlan allí tranquilamente, sopesando cada uno las proposiciones de los otros. Son transacciones importantes. Hablan y nosotros les procuramos bebidas. Cuando bajan en busca de las chicas, es que todo está arreglado. Me refiero a sus negocios, claro está. Pero yo nunca sé con exactitud lo que ocurre. Joop y yo facilitamos el ambiente, la compañía y la atmósfera/

—Comprendo —dijo el *commissaris*—. ¿Y el señor Sharif? ¿Qué viene a hacer aquí?

El portero se echó a reír.

—Jode —dijo.

—No, no, Joop —protestó su jefe—. Me gustaría que olvidaras esta palabra. Si has de describirlo, habla de contacto sexual. Pero esa palabra tan fea no. Ya tienes tus buenos años, Joop.

—La pubertad siempre está presente en todos nosotros —repuso el portero.

—Sí, de acuerdo, pero no en el señor Sharif. Me sorprende, hablando de él, que se encuentre en apuros. Ha estado viniendo aquí durante años y años, y nunca le he visto perder los estribos ni le he oído gritar, ni siquiera decir una palabra mal sonante. Es un caballero muy digno y culto y, además, un importante hombre de negocios. Se reúne con sus ayudantes aquí, una vez por semana, pero nos ha traído otros huéspedes. Después, he visto las fotografías de estos otros huéspedes en los periódicos. Nada de nombres, claro. No pienso mencionar ningún nombre. Sin embargo, los invitados del señor Sharif no son unos cualesquiera.

—Está bien —dijo el *commissaris*—. Vendrá a las diez, ¿verdad?

—Sí, *commissaris*.

—Y sus ayudantes llegarán algo más tarde, o tal vez un poco más temprano. Entonces se reunirán en esa habitación. ¿Permanecen mucho tiempo en ella?

—Una hora como máximo.

—Quiero poder oír lo que dicen, y también verlo si es posible. ¿Puede arreglarse?

El jefe estaba mirando al conserje.

—Sí —contestó éste—. Mi habitación es la contigua a la sala de conferencias. Tengo un buen taladro, que compré la semana pasada, y puedo perforar dos pares de agujeros.

—Está bien, esto nos permitirá ver. ¿Y en cuanto a oír?

—Esto no me agrada —protestó el jefe—. Si el señor Sharif se entera, no le gustará.

—Deje que nosotros nos ocupemos del señor Sharif —dijo el *commissaris* a media voz.

De Gier levantó la vista, sorprendido. Había en la voz del *commissaris* unas gotas de veneno mortal, y el cuerpecillo del anciano se había estremecido imperceptiblemente. En los cinco años que llevaba trabajando a las órdenes del *commissaris*, de Gier no había visto nunca esta faceta de su carácter.

También el conserje había alzado la vista. Sus ojos grandes y apacibles, bajo las espesas cejas, estudiaron a aquel hombre endeble, sentado en un rincón del despacho.

—¿Puede usted ocuparse del señor Sharif, *commissaris*? —preguntó el conserje.

—Sí —contestó el *commissaris*, con voz muy suave, pero la palabra penetró en todos los rincones de la habitación.

—Un micrófono —sugirió entonces el jefe del local—. Tú eres muy mañoso con las cosas eléctricas. ¿Puedes echar una mano, Joop?

—Los músicos tienen un micrófono de recambio —contestó éste—. Y hay cable en abundancia, pero no nos interesa que se vea ni un palmo de él. Veré lo que puedo hacer. ¿Quiere conectar al micro una grabadora?

—Sí —respondió de Gier—. Echaremos los dos un vistazo a esa habitación. Creo que yo podré ayudarle, y tengo en el coche una buena grabadora.

—Entonces, es mejor que los dos empiecen a trabajar —dijo el *commissaris*.

El jefecillo se levantó de un salto, detrás de su mesa escritorio.

—Podemos ir al bar, *commissaris*. Es más confortable que esto.

—No me llame «*commissaris*».

—No, señor. Lo siento, señor. Le llamaré «señor».

—Eso está mejor.

—¿Y qué les ocurrirá al señor Sharif y sus hombres, señor? Supongo que no pretenderá arrestarlos en este local, ¿verdad?

—No —contestó el *commissaris*—, al menos si podemos evitarlo. Ellos no conocen al sargento y tampoco me conocen a mí. Sólo queremos escuchar un rato lo que dicen. Después, podremos observarlos en el bar mientras se estén divirtiendo.

El dueño del local trató de reírse.

—Sí. Les daré unas cuantas fichas. En la casa nunca corre el dinero. Joop le dará todas las fichas que usted desee.

—Compraremos las fichas —repuso el *commissaris*.

—Muy bien, señor. Por consiguiente, no habrá jaleo en la casa, ¿verdad que no, señor?

—Haga lo que le hemos dicho —replicó el *commissaris*.

—Sí, señor.

15

—
SEÑORES

—dijo Sharif—, permítanme que les dé la bienvenida.

Hubo un murmullo junto a la mesa. Cuatro hombres, bien trajeados, con camisas blancas y corbatas, le estaban mirando puestos de pie. Su aspecto era pulcro, pero su apariencia contrastaba acusadamente con la elegante figura que presidía la reunión. El árabe llevaba un traje de tela ligera, impecablemente cortado. Su bello semblante, con la nariz aguileña y los ojos de color castaño oscuro y ligeramente almendrados, reflejaba la calma. Sus cabellos negros, que llevaba bastante largos, resplandecían con un brillo natural. Apoyaba sus manos largas y morenas en la mesa, absolutamente inmóviles, como si no formaran parte de él. Miró a los cuatro hombres, uno tras otro.

—Si no tienen inconveniente, abordaremos inmediatamente los asuntos. Venimos aquí por negocios y también para nuestro placer, y no queremos que el placer espere demasiado tiempo.

Los cuatro hombres sonrieron. También Sharif sonrió, pero no había ninguna expresión de entusiasmo en su cara.

—Muy bien, pues. Se ha producido un inconveniente. Un inconveniente muy desafortunado. Uno de nuestros suministradores más importantes de géneros a precios razonables ha quedado apartado del negocio. Me temo que sea con carácter definitivo. Su organización ha quedado desmontada, lo cual es una lástima. Era una organización que funcionaba y que yo había esperado fusionar

con la nuestra, nombrando a uno de ustedes su director. Estábamos realizando progresos en este sentido, y ahora ha ocurrido esto.

Hizo una pausa y continuó:

—Les he elegido a ustedes personalmente, a cada uno de ustedes. Llevan años trabajando para nuestro negocio. Cada uno tiene un historial que le ha cualificado para ocupar su puesto en nuestra organización. Tienen buenos cerebros y sangre fría. Deben conservar esta sangre fría. —Sharif inclinó la cabeza a un lado—. Usted, amigo mío, es un luchador. Luchó en Extremo Oriente y es un hombre valiente, un soldado. Y usted, querido amigo, ha atravesado un océano en una embarcación muy pequeña, una gran aventura a la que supo dar un final glorioso. Y usted, amigo mío, pasó muchos años en mi país. Habla mi idioma. Podemos leernos mutuamente los pensamientos. Y en cuanto a usted, amigo mío, tiene unas conexiones que siempre ha utilizado debidamente y que nunca nos han fallado. Debemos continuar desarrollando nuestros respectivos talentos y capear esta pequeña tormenta. Cada uno de ustedes dirige uno de nuestros almacenes principales. Los detectives de la policía han visitado sus almacenes. ¿Encontraron alguna traza de mercancías retiradas?

Dos de los hombres contestaron negativamente y los otros dos titubearon.

—¿Qué ocurre? —inquirió Sharif.

El hombre al que estaba mirando encendió un cigarrillo.

—No dijeron nada, Sharif, pero es posible que viesen algo. A mí no me gustó su manera de marcharse. Tal vez hablaran con uno de los empleados que me ayudaron a cambiar de lugar la mercancía. Tuve que trabajar con rapidez y no me fue posible meterlo todo en el camión por mi propia cuenta.

—¿Y usted? ¿Qué ocurrió en su almacén?

—En mi almacén hubo un poco de confusión, Sharif —contestó lentamente el hombre—. Se quedó en él un televisor que no debía estar allí, y en cambio retiraron uno que no presentaba inconvenientes. Los detectives apuntaron los números de todos los aparatos de mi almacén. Si verifican sus libros en la oficina central, es posible que encuentren algunas irregularidades.

—Comprendo —dijo Sharif, y cruzó las manos—. Comprendo; me agrada que me cuenten todo esto. Se cometerán errores. Es una

condición que nosotros, los seres humanos, siempre debemos tener en cuenta. En estos momentos, hay detectives que revisan nuestros libros, comparando facturas con listas de números. Los televisores y las demás mercancías procedían de contenedores que nuestro suministrador facilitaba. Debe de haber listas de los números de televisores que han desaparecido. Sí. Es mala cosa. Sin embargo, tal vez no lo adviertan. ¿Algo más salió mal?

Miró a sus hombres, uno por uno. Ninguno dijo nada.

—El Gato —dijo por fin uno de ellos.

—Está en la cárcel. Creo que no se quedará en ella. Su conexión con nosotros nunca ha quedado probada. El Gato es un animal resistente, orgulloso y libre. Estará durmiendo en su catre, sonriendo a los policías que traten de hablar con él.

—Ha perdido la mitad de su bigote.

—Sí —admitió Sharif—, esto me han dicho. Tendrá un aspecto más bien ridículo, pero en Amsterdam medio bigote no resulta tan extraño como en otros lugares —y Sharif se echó a reír, con una risa profunda y agradable.

—Me han dicho que alguien murió en el dique —comentó uno de los hombres.

—Esto estaba planeado —contestó otro hombre, con una risita—. El Volador hizo un buen trabajo. No hay trazas, tan sólo una bala.

Sharif levantó una mano.

—Esto es una reunión, caballeros, una reunión de negocios. Hemos de seguir nuestras reglas. Dejen que dirija yo la reunión, y procuren que nadie hable cuando no le corresponda.

Sharif estaba contemplando el techo. Cuando bajó los ojos, los cuatro hombres tenían la vista fija al frente.

—Ha habido una muerte en el dique —dijo entonces Sharif—. Una muerte estúpida, no planeada. Un hombre recibió un balazo de la policía en el estómago y ahora está muerto en el hospital. Otro hombre ha muerto, pero la bala fue dirigida y disparada discretamente; procedió de la oscuridad de la noche y un espíritu del desierto se desvaneció y nunca volvió a ser visto. Este espíritu no tiene nombre. Si se nombra al espíritu, se crea una persona, y una persona tiene hábitos, deja pistas, vive en una casa. La policía puede ponerle una mano sobre el hombro. Debemos permitir que el

espíritu siga siendo tal.

—¿Y ahora qué? —preguntó uno de los hombres.

—Esperaremos —replicó Sharif—. El Gato quedará un día en libertad, pero no debemos volver a hablar con él. Ahora, jugaremos nosotros la partida del Gato, y nuestro guerrero entrenará a unos cuantos hombres hasta que dominen los trucos necesarios. Los hombres serán fiables. Habrá algunos árabes, y también hombres de este país. Una mujer tal vez —una mujer de confianza—, a la que encontraremos en la casa donde estamos ahora. Pero primero hemos de esperar. Es posible que tengamos que esperar seis meses o un año, pero nos lo podemos permitir.

»¿Caballeros? —Les miró, uno tras otro, para verificar su aquiescencia—. Excelente. Demos por terminada la reunión. Dentro de un minuto les volveré a ver abajo. Muchas gracias por su presencia.

Los hombres siguieron de pie mientras Sharif abandonaba la habitación. Fue una retirada majestuosa.

Un jeque abandonando su tienda, pensó de Gier. Ante ella, habrá un camello blanco de carreras, y pronto se habrá perdido en la lejanía, tragado por el desierto.

16

EL CONSERJE acompañó a de Gier hasta el coche, donde éste entregó el magnetófono al agente sentado ante el volante. Ni el conserje ni de Gier, ni el agente de ojos soñolientos, vieron al hombrecillo moreno que llevaba algún tiempo acechando en el jardín situado frente a ellos.

El hombre se encontraba junto al grueso tronco de un alerce, oculto el cuerpo por las ramas bajas del árbol.

De Gier y el conserje regresaron a la casa. El *commissaris* se encontraba en el bar, saboreando una bebida que el sonriente y obeso barman le había preparado de la manera más profesional. Le presentaba la coctelera de plata como si estuviera dando la bienvenida a un personaje real, con derecho a una extravagante manifestación de pura alegría. Una mujer joven se había sentado junto al *commissaris*. De Gier se detuvo para admirarla. Vestía un traje negro largo, abrochado hasta su pequeña barbilla y que encerraba un cuello largo y esbelto. Su cara era la inocencia personificada y su boquita roja parecía a punto de hacer pucheros. Su pierna, al lado del *commissaris*, quedaba desnuda y la movía cada pocos segundos. Aquel muslo desnudo arrancó una sorda exclamación a de Gier. La hendidura del traje se cerró cuando el sargento se reunió con el *commissaris*.

—Buenas noches, señor —dijo de Gier—. No esperaba encontrarle aquí esta noche. Creía que todavía estaba en Francia.

—Hola, Rinus —contestó el *commissaris*, con una sonrisa radiante—. Pues yo sí esperaba encontrarle aquí. ¿Cómo van las cosas en el despacho? Le presento a una de nuestras encantadoras azafatas. Se llama Charlotte. Charlotte, le presento a Rinus, mi mano derecha en la empresa. Tengo la impresión de que ustedes dos están hechos el uno para el otro.

La joven abandonó su taburete e hizo una profunda inclinación. Después levantó la cara y ofreció su boca. De Gier la besó ligeramente, mientras el *commissaris* profería una risita.

—Excelente —comentó—. Veo que sí van a avenirse. Yo tenía razón.

—Desde luego —dijo la chica.

—¿Puedo ofrecerte una copa, Charlotte? —preguntó de Gier.

—No, muchas gracias. Todavía me queda algo en el vaso, pero, si quieres, podemos bailar. Quiero presentaros a Ella. No podemos dejar solo a nuestro amigo ante la barra, ¿verdad que no?

—¿Quién es Ella? —quiso saber el *commissaris*.

Charlotte señaló hacia una joven pelirroja que estaba sentada, sola, en el otro extremo de la barra.

—Es hermosa —dijo el *commissaris*—, pero yo preferiría esa chinita tan encantadora que acaba de entrar. Si es que a usted no le importa, desde luego. No es que me oponga, ni mucho menos, a su gusto; se trata, tan sólo, de que me encanta la sabiduría de Extremo Oriente.

—Es usted un tesoro —dijo Charlotte, y rozó con sus cabellos la mejilla del *commissaris*—. Un minuto, por favor.

—¿Todo va bien? —preguntó el *commissaris*.

—Sí, señor. La grabadora se encuentra de nuevo en el coche, y el conserje ha retirado la instalación de la sala de conferencias.

—Os presento a Thsien-niu —dijo Charlotte—. ¿He pronunciado bien tu nombre, Thsien-niu?

La joven sonrió y se inclinó, una breve inclinación que apenas hacía más que reconocer la presencia de los dos hombres.

Trucos, pensó de Gier. Trucos que aprenden de ese macarra gordinflón. Veía a Joop, el conserje, en el aula del piso alto, con su corpachón tumbado en un diván mientras las chicas actuaban. Él las inspiraba con su voz cálida y profunda, que alargaba y acariciaba sus palabras y hacía que las chicas respondieran complacidas, todas

ellas obediencia y humildad.

—Siéntese a mi lado, Tshien-niu —invitó el *commissaris*, procurando pronunciar adecuadamente aquellos sonidos extranjeros.

—Muchas gracias —contestó la joven en inglés, mientras se instalaba grácilmente en el taburete.

—Tshien-niu todavía no habla holandés —explicó Charlotte—, pero aprende con rapidez y su inglés es perfecto. Procede de Hong Kong. Allí es muy popular.

De Gier se encontraba en la pequeña pista de baile, con el cuerpo de Charlotte enfundado en aquel traje de noche negro, oprimido contra el suyo. El grupo, formado por tres hombres jóvenes —todos ellos con trajes oscuros de pantalón estrecho, y camisas blancas holgadas y de cuello abierto, con pañuelos azul oscuro al cuello— tocaban una melodía lenta. A menudo se detenían, dejando pasar cuatro compases. La mano derecha del pianista tocaba una simple combinación de notas altas con una pulsación muy ligera. La mano izquierda, la batería y el contrabajo entraban a la vez, realzando la combinación y causándole a de Gier un escalofrío en la espalda. Tenía las manos sobre los hombros de la joven y estrechaba a ésta contra su pecho, pero ella no tardó en soltarse para iniciar una danza por su cuenta, a un metro de distancia de él. Se mantenía en el mismo lugar, casi sin mover los pies, pero confiriendo a su cuerpo movimientos sinuosos, y de Gier, movido por las notas altas del piano, improvisó una especie de tiovivo, sin exagerar la cosa. Utilizaba una pauta adecuada para los pies, que recordaba de las lecciones de baile que había tomado veinte años antes. Sin embargo, la anciana profesora de aquella escuela nunca le había enseñado a utilizar los hombros, los brazos y las manos. Había sido un gesto amable, por parte de la anciana señora, no enseñárselo, puesto que ahora podía dar rienda suelta a su imaginación y hacer lo que se le antojara y lo estaba haciendo bien.

El *commissaris* lo aprobó, estudiándolo desde el bar, y la joven china sonrió vagamente, al ver a aquel hombre alto y atlético convertirse en un jovencito y después, gradualmente, empezar a encontrar de nuevo toda su fuerza. De Gier no pensaba nada mientras bailaba; sólo notaba una sensación de bienestar. Había

pasado a formar parte de la música.

—Es un hombre hermoso —dijo la joven china al *commissaris*.

—Sí —admitió el *commissaris*—, pero no se lo diga; él se sentiría ridículo.

—Eso es cierto —asintió la muchacha—. ¿Usted también quiere bailar?

—No. Tomemos una copa.

El barman se presentó antes de que lo llamaran. El hielo picado de su coctelera de plata se movió con el mismo ritmo de la música, y las copas del *commissaris* y de la joven fueron debidamente llenadas.

Sharif llegó al bar, seguido por sus cuatro hombres, que sonreían al pensar en los placeres que les esperaban. Había ahora más chicas en la barra, y una docena de hombres. Otras parejas se habían unido a de Gier y a Charlotte en la pista de baile, y el grupo, al notar que su melodía había hecho sus efectos, permitió deslizarse una cierta exuberancia en la música. La mano derecha del pianista desgranaba ahora series más complicadas de notas, y el bajo tenía una oportunidad para demostrar su valía; era el momento de exponer su solo mientras el pianista descansaba, sonriéndole al batería, que se limitaba a puntuar las notas del bajo, percutiendo con delicadeza un platillo.

Sharif se separó de sus compañeros y se dirigió hacia la barra. El *commissaris* le sonrió y Sharif se detuvo.

—Vírgenes tan resplandecientes como corales y rubíes —dijo Sharif—. ¿Cuál de las bendiciones de su Señor negaría usted?

—No creo que éste sea el lugar donde yo me negase a nada —repuso el *commissaris*—. ¿Puedo invitarle a tomar algo?

—Puede —contestó Sharif—, pero con la condición de que no contenga alcohol. Y en este momento, no hay nada que yo pueda ofrecer a cambio, excepto tal vez mi compañía.

El barman, que había visto a Sharif reunirse con el *commissaris* desde el otro extremo de la barra, ya planeaba sobre ellos y servía un vaso lleno de un líquido casi negro.

—Zum de moras —explicó Sharif, levantando el vaso—. Una rara exquisitez, pero he observado que aquí no le gusta a nadie. Siempre encuentro el contenido de la botella al mismo nivel en que lo dejé yo en mi última visita. No obstante, tengo entendido que

hace una buena mezcla con el alcohol, aunque yo nunca la haya probado.

—¿No prueba el alcohol? —preguntó el *commissaris*.

—Nunca. Soy musulmán.

—¿Y cuál de las bendiciones de su Señor negaría usted? —quiso saber el *commissaris*.

—Ah —exclamó Sharif—, veo que recuerda mis palabras. Es una sentencia del Corán: Noé, en uno de sus primeros capítulos. ¿Acaso ha creído que estaba blasfemando?

No había ningún indicio de diversión en los ojos grandes y oscuros de Sharif, mientras escrutaba el rostro del *commissaris*.

—No —replicó el *commissaris*—. Blasfemar es algo infantil, y usted no me parece ser un hombre infantil. Sin embargo, poder beber es una bendición, y usted me ha preguntado si yo la rechazaría.

—Me estaba refiriendo a otros placeres —repuso Sharif—. Y no estoy de acuerdo con usted en esto de que el alcohol sea una bendición. Cuando yo era más joven y más inexperto, probé el alcohol y me emborraché profundamente. Necesité semanas para olvidar las imbecilidades que dije durante aquellas pocas horas. Desperté en un gran edificio, donde aparcan los tranvías durante la noche. Yacía con la cabeza sobre un raíl. Nunca pude recordar cómo llegué a aquel edificio, pero despertarme allí fue como si me despertara en el infierno, y todavía hoy temo a los tranvías, especialmente de noche. Nunca más he vuelto a beber.

—Le comprendo —dijo el *commissaris*—. Permítame que le presente a mi compañera. Se llama Thsien-niu.

—Ya nos conocemos. ¿Cómo estás esta noche, visión celestial?

La joven sonrió.

—¿Pertenece usted al mundo de los negocios? —preguntó Sharif, tomando un sorbo de su zumo de moras.

El *commissaris* se echó a reír y se excusó inmediatamente.

—Cuando era un niño —explicó—, padecía estreñimiento. Mi madre me preparaba unas gachas de avena, unas gachas que parecían de cemento gris, con grumos flotando en ellas. Para darles sabor, y para disimular el gusto del aceite de oliva que ella vertía en las gachas cuando creía que yo no miraba, mi madre les añadía medio vaso de zumo de moras.

Sharif se rió, y había ahora una expresión de auténtica diversión en su cara. Los ojos parecían más oblicuos que de costumbre y hubo un destello de oro entre sus labios.

—Tal vez este zumo sea para usted lo mismo que los tranvías nocturnos para mí. Todo hombre tiene sus temores. ¿Se dedica a los negocios?

—Construcción —contestó el *commissaris*—, ¿y usted?

—Ropas de segunda mano —contestó Sharif—. Una pequeña actividad pero muy beneficiosa, y un comercio reservado para mi raza. Los judíos son mis competidores, pero todos pertenecemos a la misma familia, aunque ellos nieguen la verdad. Es una lástima. Aceptar la verdad conduciría a la armonía. La armonía llevaría a la prosperidad, la prosperidad haría que más personas se desprendieran antes de sus ropas usadas, y mi negocio aumentaría.

El *commissaris* se apoyó en la barra y alargó un brazo. Thsien-niu se acogió en él y la mano derecha del *commissaris* se apoyó ligeramente en su hombro. La joven tenía un cigarrillo sin encender en la boca, y la mano de Sharif salió disparada, mientras su encendedor de oro macizo escupía una breve llama.

—La construcción es un gran negocio —observó con modestia Sharif—. Imagino que su empresa es responsable del crecimiento de esta ciudad y de los grandes edificios que se alzan al sur y que yo admiro, a veces, desde mi ventana.

—La construcción es un gran negocio —admitió el *commissaris*—, pero no siempre rentable. Permite estar muy atareado, ir de un lado a otro y...

—Y hablar —añadió Sharif—. Hablar extensamente. Aquí, junto a esta barra. Se hablan unos a otros y bajan la voz, pero las palabras clave resuenan. Murmuran, murmuran y murmuran (un millón de guilders), murmuran, murmuran y murmuran... y cien mil guilders.

—¿Es que no corre el dinero en el negocio de las ropas de ocasión? —preguntó el *commissaris*.

Sharif se echó a reír e hizo un gesto, en respuesta al cual el barman desenroscó el tapón de su coctelera de plata y la copa del *commissaris* volvió a llenarse.

—No —dijo Sharif—. Es mejor que las ropas de ocasión se mantengan en una fluctuación discreta.

De Gier regresó de la pista de baile.

—¿Dónde está Charlotte? —preguntó el *commissaris*.

—Va a quitarse las ropas —contestó de Gier, y miró a Sharif—. No tardará en salir a escena.

—Mohamed el Sharif —se presentó Sharif.

—Schol —dijo de Gier—. Rinus Schol; encantado de conocerle, señor.

—Un *schol* —repitió lentamente Sharif—. Un pez, creo. Un pez plano que aparece de pronto nadando, veloz como un rayo, agita la cola, se zambulle de nuevo y se oculta en la arena. Sus perseguidores siguen su camino, sin ver dónde se ha metido.

—Es mi ayudante —explicó el *commissaris*—. Mi mano derecha en la oficina. Schol ha aprendido más sobre el negocio de la construcción en diez años que yo en treinta.

—Cuanto más modesto el maestro, más valioso es —sentenció Sharif.

—Perdone, señor —intervino el conserje—. Hay una llamada para usted; ¿quiere atenderla en el vestíbulo?

Sharif se dirigió hacia el vestíbulo.

—Problemas —explicó el conserje al *commissaris*—. Estén alerta. El *commissaris* levantó la vista.

—¿Cómo?

—Primera puerta a la izquierda. Doble a la derecha, siga el pasillo y salga por la puerta del jardín. Vaya a su coche. En él tiene uno de sus hombres. Tal vez él sepa lo que está ocurriendo. Sharif está hablando con otro árabe, su chófer, en el vestíbulo. Hable usted con el suyo.

De Gier atravesó corriendo el jardín y saltó la tapia de piedra. Aterrizó detrás del Citroën negro.

—¿Qué ha visto? —preguntó al agente.

—Todo ha sido muy rápido —contestó el conductor del coche—. Apenas le he reconocido cuando ha saltado esa tapia. Pensé que era un murciélago.

—Hace poco, sólo era un pez —contestó de Gier—. ¿Qué ha visto?

—Después de marcharse usted y ese portero, y de entregarme el magnetófono —explicó el guardia—, vi que un hombre se movía en el jardín de enfrente. Un hombre bajito. Debía de llevar allí algún tiempo.

—Es el chófer del árabe..., del árabe al que vamos siguiendo —dijo de Gier—. Tiene un Lincoln blanco, que debe de estar aparcado aquí cerca.

—No lo he visto. En cambio, su chófer debe de haberle visto a usted metiendo la grabadora en el coche. Esperó un rato, mientras yo fingía quedarme dormido ante el volante. Ahora se ha metido en la casa.

—Regreso allí —dijo de Gier.

—¿Tardarán mucho?

—Tal vez sí. Hay allí una muchacha muy hermosa que se está desvistiendo. En un escenario. Voy a fumarme un cigarro mientras la contemplo. Un cigarro así de grande.

—Bah —fue la contestación del guardia.

—Usted siga durmiendo. Tal vez vea a otro árabe.

De Gier regresó con la misma rapidez con la que había salido. Volvía a encontrarse ante la barra cuando Sharif regresó también.

Charlotte se había bajado la cremallera de su vestido y un trompetista se había unido al conjunto. Extremó su nota al bajar la cremallera, agudizó el sonido cuando la blancura del pecho de ella destacó bajo la luz pálida del escenario, y emitió unas notas trémulas cuando el traje cayó al suelo. Charlotte bailó y la trompeta con sordina se entristeció. El conjunto reanudó sus compases, mientras las luces se encendían y se apagaban. El escenario estaba ahora vacío. El baile había sido el mismo que ella había compartido con de Gier veinte minutos antes, pero ahora ella había estado sola, sola con todos los hombres reunidos en el bar.

—Muy bueno —dijo Sharif, aplaudiendo—. Es como una mujer que vi en Port Said, hace mucho tiempo. Se suponía que yo no podía verla, puesto que yo trabajaba en la cocina, pero siempre me escabullía cuando ella trabajaba en el escenario. Por cierto, ¿dónde está Schol?

—Aquí —contestó el *commissaris*, sonriendo.

Había tres butacas de cuero frente al pequeño escenario. De Gier ocupaba la del medio, y fumaba lo que quedaba del gran cigarro que el conserje le había dado. Seguía mirando el escenario.

—Su ayudante sabe divertirse. Es sincero. Los otros hombres fingían no estar mirando en realidad. Aquellas butacas siempre están vacías. ¿Por qué no le he visto a usted antes, en ninguna otra

ocasión?

—He estado aquí otras veces —contestó el *commissaris*—, pero seguramente no habremos coincidido.

—Es posible —admitió Sharif.

—Sospechan algo —dijo de Gier, cuando se encontró junto al *commissaris* en los urinarios—. El chófer de Sharif me vio meter la grabadora en el coche. Es posible que no viese que se trataba de una grabadora, puesto que afuera reina la oscuridad y él nos estaba espiando desde el otro lado de la calle. Yo la llevaba bajo mi chaqueta, pero seguramente vio que le entregaba algo al agente. Y después ha pasado su informe.

—Sí —dijo el *commissaris*—. Será mejor que nos marchemos. Mejor dicho, me marcharé yo. Es una lástima que sospechen de nosotros, pero nada podemos hacer al respecto. Por otra parte, también podemos aprovechar la situación. Quédese aquí y le mandaré dos detectives. Tendrán que detener al más flojo de los ayudantes de Sharif. Les he estado observando en el bar. Uno de ellos lleva una corbata a rayas, azul oscuro y blancas. Creo que está preocupado. Bebe mucho y habla sin cesar; explica chistes y se ríe antes de que lo hagan los otros. Es el que dijo que había quedado uno de los televisores indeseables en su almacén. Los detectives pueden valerse de este detalle. No creo que se derrumbe, pero el hecho de que se le detenga causará cierta impresión en Sharif. Les diré que se sienten junto a la barra hasta que usted les haga una señal. Señale a aquel hombre con su cigarro, cuando Sharif no le esté mirando.

—¿Y después, señor?

—Tome un taxi y venga a Jefatura. Yo veré qué puedo averiguar acerca de ese Volador del que estaban hablando. La sombra que mató a Tom Wernekink. Hemos de encontrarlo sin tardanza, esta misma noche si es posible. También llamaré a Grijpstra y a Cardozo.

Alguien entró en los lavabos. El *commissaris* se colocó ante un lavabo y pasó largo tiempo manejando el grifo, ajustándolo en la posición exacta para que el agua caliente cubriera de espuma sus manos. Después se las secó enérgicamente.

Sharif seguía ante la barra y el *commissaris* se sentó a su lado. La

muchacha pelirroja ocupaba ahora el escenario, pero Sharif hablaba con Thsien-niu, que se apartó inmediatamente de él apenas vio al *commissaris*, y volvió a colocarse bajo su brazo.

—La dama de Extremo Oriente se ha prendado de usted —observó Sharif—. Esto demuestra buen gusto.

—¿Es que te gusto? —preguntó el *commissaris*.

—Sí —contestó Thsien-niu—. Me gustaría ir arriba con usted.

Sharif sonrió.

—Una invitación difícilmente rechazable.

—Soy un anciano —alegó el *commissaris*.

—Yo le cantaré algo.

—¿En chino? —preguntó Sharif, inclinándose hacia adelante.

—Sólo sé cantar en chino —contestó la muchacha—, y todas las canciones que conozco hablan del mar. Mi padre decía que podía oír el mar cuando yo cantaba para él. Mi país son islas; el mar siempre está próximo.

—A veces —dijo Sharif— me alegro de no ser ya un joven. La mente de un joven es como esas revistas pornográficas que nos llegan hoy en día desde cualquier tienda. Los pensamientos de un joven, cuando está con una mujer a la que todavía no ha hecho el amor, le hacen ver imágenes de langostinos moviéndose en una copa llena de mayonesa. Le llena tanto su afán de contribuir a que continúe la raza humana, que sólo puede pensar en el deseo de llenar el agujero, el misterioso y húmedo agujero que lo absorberá y lo retendrá. Esto, durante algún tiempo. Pero la joven habla de canciones y él no oye nada. Ahora, puesto que ya me hago viejo, puedo oír.

Y Sharif bebió un poco más de su zumo de moras.

—Deme otro —dijo de Gier al conserje.

Éste le ofreció la caja de cigarros y de Gier le echó mano.

—No le eche mano —protestó el conserje.

—Vuelva a levantar el pie —ordenó de Gier.

El conserje levantó un pie y encendió una cerilla.

—Gracias. Pronto llegarán dos detectives y detendrán a uno de sus clientes. No a Sharif, sino a uno de sus amigos. Se mostrarán muy corteses y se lo llevarán.

—Esto no le gustará al jefe —dijo el conserje.

—No. Pero no podemos evitarlo. Lo mejor será que usted procure que el conjunto siga tocando y que haya una chica en el escenario cuando efectúen esta detención.

—¿No armarán después un escándalo acerca de este lugar, verdad que no, sargento? —preguntó el conserje—. Llevamos largo tiempo en este negocio y nos hemos acostumbrado a él. Yo no sabría qué hacer con mi persona si cerrasen este lugar. Soy demasiado viejo para empezar en otro.

—No —contestó de Gier—, al menos si yo puedo evitarlo. ¿Tienen algún tipo de licencia, verdad?

—Somos un club; tenemos licencia para servir bebidas alcohólicas, para el baile y todo eso...

—¿Todo eso...?

Con las manos en la espalda, el conserje se balanceaba lentamente hacia adelante y atrás.

—Sí, sí, tiene usted parte de razón —admitió el hombre.

De Gier se dispuso a dirigirse hacia el bar.

—Espere —dijo el portero—. Tal vez le gustase ser miembro. Venga aquí de vez en cuando. Compre unas cuantas fichas. Siéntese en la butaca de cuero, cerca del escenario, y contemple la función. Estaba usted muy decorativo allí. A las chicas les gusta un hombre que las contemple con una cierta concentración.

—No —contestó de Gier.

—No, querida —dijo el *commissaris*—. Tal vez en otro momento, pero esta noche debo regresar temprano a casa. Mañana espero unos visitantes extranjeros y tendré que estar muy despierto cuando entren en mi despacho. Sin embargo, gracias por la invitación; sé agradecerla.

—Es usted muy amable —contestó Thsien-niu.

—Es una lástima —comentó Sharif—. Disfrutaba con su compañía. En especial con la historia de las gachas que comía cuando era un niño.

De Gier llegó procedente del vestíbulo, con el cigarro entre los dientes, y Thsien-niu lanzó una risita.

—Ese cigarro es demasiado grande para usted, Rinus —observó

el *commissaris*.

—Sabe muy bien, señor —replicó de Gier, quitándose el cigarro de la boca.

—Hable con el señor Sharif y con Thsien-niu —le pidió el *commissaris*—. Yo tengo que volver a casa. Mañana nos volveremos a ver.

—Buenas noches, señor —dijo de Gier.

Los detectives llegaron veinte minutos después. El grupo inició una sesión con el trompeta. El cuerpo del pianista estaba rígido, inclinada la cabeza sobre el teclado. La batería y la trompeta se entregaron a una orgía de sonidos y el bajo latía en el fondo mientras una negra alta y esbelta volvía a encontrarse en la selva natal de sus antepasados, moviéndose por el escenario sumida en una tranca de rítmica lujuria. Cuando el cigarro del sargento de Gier apuntó hacia el hombre de la corbata a rayas, los detectives que se encontraban junto a éste le tocaron en un brazo y le enseñaron sus tarjetas. Los ojos de Sharif siguieron a los tres hombres que se encaminaban hacia el vestíbulo.

Afuera, un coche policial sin distintivos había encontrado el Lincoln blanco. Sharif salió de la casa y caminó por la avenida de la entrada. El joven árabe abrió la puerta del coche. El automóvil blanco dobló una esquina y el coche de la policía lo siguió.

De Gier telefoneó para pedir un taxi.

Al cabo de veinte minutos, se encontraba en Jefatura. Grijpstra estaba telefoneando y Cardozo escuchaba.

—¿Dónde está el *commissaris*? —preguntó de Gier.

—Volverá en seguida. Se encuentra en el bloque de celdas, hablando con el Gato. Grijpstra está hablando con la gente de informática; están hurgando en la memoria del ordenador, en busca de la palabra «Volador».

—Esto es todo lo que sabemos —comentó de Gier.

—Puede ser lo suficiente —dijo Cardozo—. No creo que haya por ahí muchos Voladores.

—Gracias —dijo Grijpstra—, esperaré. Telefonee a Jefatura y

pregunte por el brigada Grijpstra. No tarde.

Después, Grijpstra se volvió en redondo.

—Veo que ya has vuelto. Has estado en un burdel —su voz estaba llena de reproche.

—Sí —admitió de Gier—. Ha sido muy agradable. Había en el escenario una negra desnuda cuando me he marchado, y antes que ella hubo otras mujeres. Bailé con una de ellas. Bailaba muy bien. Y he fumado dos cigarros habanos y he tomado unas cuantas copas. ¡Y la música! ¡Oh, Grijpstra, hubieras tenido que oír la música!

—¿Qué música?

—Trompeta. ¡Y el piano! Blues, un blues que nunca terminaba. No demasiado lento, pero exacto. Nada de eso que se toca por ahí. Encajaba todo. El lugar es una villa llamada Marshview y la dirige un conserje que mide casi dos metros. Es un hombre amabilísimo y ha adiestrado a las chicas. Hay clase. Clase de verdad.

—¿Tocaste tu flautín?

—No.

—¿Y por qué no?

—Perteneía al ramo de la construcción. El *commissaris* también. Construcción de edificios. El *commissaris* acababa de regresar de Francia y yo era su mano derecha. Nos encontramos por casualidad. Trabajábamos para la misma empresa. Él era uno de los grandes jefes.

—¿Y tú?

—Un ejecutivo. Material prometedor.

—Supongo que no habrá sido así, ¿verdad? —preguntó Cardozo.

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero a lo que ha explicado. Yo también he estado en burdeles. Son horribles. Te obligan a beber champán dulce y las cortinas son de terciopelo rojo. Hay espejos y las mujeres se sientan en sofás, y todo el lugar apesta a perfume.

—Sí —asintió Grijpstra—, y las mujeres te llaman «cariño» y «pequeñín» y hablan entre sí, por encima de tu cabeza, y pasan películas porno en una habitación pequeña que huele a pipí.

—No, no —protestó de Gier—. Era tal como he dicho. Un buen lugar. Pregúntalo al *commissaris*.

—Exageraciones —dijo Cardozo.

—Clase —replicó de Gier con obstinación—. Hubierais tenido

que ver bailar a aquella negra. Podías sentir la selva detrás de ella. La luna. Palmeras. Percusión de tambores. Las chozas redondas del poblado detrás de ti, y los guerreros de pie en semicírculo, haciendo tintinear las conchas en sus tobillos. Sonidos breves, ¿sabes? Y cuando tintinean las conchas, la mujer se mueve, lentamente. Y sus pechos brillan y sus caderas se mueven un poco..., tan sólo un poco. Tiene los brazos extendidos y la luna se levanta, un disco grande y blanco que llena el cielo.

—¿Y usted vio todo esto? —preguntó Cardozo.

—Todo esto estaba allí —contestó de Gier.

17

—

MI ABOGADO parecía estar muy seguro de que me soltarían hoy —dijo el Gato.

Estaba sentado en su camastro y el *commissaris* se había acomodado frente a él, en un taburete bajo.

—No hay gran cosa que hacer en estas celdas —continuó el Gato—. ¿Ha echado un vistazo a ese taburete antes de sentarse?

El *commissaris* se levantó y examinó el taburete.

—Parece desgastado —dijo el *commissaris*.

—¡Desgastado! —El Gato se levantó y desperezó. Sus manos tocaban el techo—. Los taburetes de madera no se desgastan. Este pequeño mueble fue arañado, arañado por manos humanas. Lo he estado estudiando. Le aseguro que vale una fortuna. Puede ser expuesto en el Museo Municipal y atraerá multitudes. Es una obra de arte perfecta. Una superficie de madera arañada por diez mil uñas humanas, pacientemente, a razón de ocho horas diarias. Es, asimismo, una labor de armonía.

—Sí —admitió el *commissaris*—, es muy interesante. Sin embargo, para apreciarlo debidamente debería pasar algún tiempo en esta celda.

El Gato cruzó los brazos ante su pecho y se inclinó.

—Yo le invito, *commissaris*.

—Es una experiencia que no me resulta del todo nueva —dijo el *commissaris*.

—¿Ha estado en la cárcel?

—Algo más de un año.

—¿Cómo se las arregló?

—Es un enigma que debe usted resolver —repuso el *commissaris*—. Mañana tendrá algo que hacer.

El Gato frunció el ceño.

—Ya lo tengo. ¡La guerra! Usted estuvo en la Resistencia. Tiene la edad apropiada.

—Exactamente.

—Tendrá que ofrecerme un enigma mejor, *commissaris*.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó el *commissaris*.

—¿Aquí en la cárcel, quiere decir? ¿Por qué estamos aquí los dos, en este momento? ¿En esta celda?

El *commissaris* sonrió. También sonrió el Gato. El *commissaris* tenía un aspecto muy pulcro. Estaba sentado en el taburete como si éste hubiera sido construido especialmente para él. Sus delgadas piernas observaban un perfecto paralelismo y las rayas de sus pantalones eran como dos líneas sacadas de un dibujo geométrico. El chaleco abrochado, la delgada cadena de su reloj, la corbata estrecha con su nudo pequeño, la cara acartonada con aquellos dos ojos brillantes e inquisitivos, pero al mismo tiempo amables, y el cabello escaso pero cuidadosamente peinado, eran todos ellos detalles que constituían una imagen capaz de inspirar confianza. Un padre afectuoso, un maestro, un tío, un amigo de la familia.

—No —dijo el *commissaris*—. El segundo enigma es más difícil.

—¿Se refiere a por qué estamos aquí, usted y yo, en la Tierra?

El *commissaris* sonrió.

—¿Lee usted ciencia ficción, *commissaris*?

—A veces.

—Sí —dijo el Gato—. Sólo cuando empecé a leer ciencia ficción comprendí algo acerca del enigma. No lo resolví, claro, pero supe entonces que hay un enigma. ¿Qué demonios es toda esa vida sobre una pequeña bola suspendida en el espacio? Usted y yo, y los guardias que me traen la comida, y Tom Wernekink y todos esos necios del dique.

—Y Sharif —dijo el *commissaris*.

—Y Sharif.

—Óigame —dijo el *commissaris*—. Siéntese en su catre y

escúcheme. Usted ha de ayudarme. He de capturar al asesino de Wernekink.

El Gato cogió la almohada de su camastro, le dio forma con las manos y se sentó, colocándola detrás de sus manos.

—Sí, *commissaris*. Aborrezco la violencia. Tom Wernekink deseaba morir, como probablemente ya sabe usted, pero no creo que un hombre se hubiera deslizado en su jardín para ocultarse y esperar, y después disparar una pistola. No, no lo creo.

—Es usted un sospechoso, Gato, y todo lo que diga puede ser utilizado contra usted. No obstante, quiero que me diga lo que sabe.

El Gato se echó a reír y su hilaridad llenó la pequeña celda.

—Ahora han de decir todo esto, ¿verdad?

—Es la nueva ley.

—No es mala ley. Hay que advertir a los incautos. Tienen derecho a ello. Pero yo no le diré nada que no deba decirle en esta fase. Hasta el momento, tiene usted muy poco contra mí, excepto este absurdo medio bigote, que no me permiten acabar de afeitarse, y el hecho de que sus detectives me prendieron cuando yo corría por mi propio jardín.

—Ahora tenemos más cosas —explicó el *commissaris*—. Por esta razón, he podido mantenerlo en esta celda durante un par de días más. Revisamos las tiendas propiedad de Sharif y encontramos en ellas algunas personas nerviosas. Habían estado cambiando de lugar las mercancías robadas, pero uno de los empleados tuvo un tropezón y hemos encontrado, en los locales de Sharif, un televisor procedente de su gente del dique. Ahora estamos revisando las listas y el número de registro del televisor acabará por aparecer. Hemos arrestado al encargado del almacén, que en estos momentos está siendo sometido a interrogatorio. Se derrumbará y nos dirá dónde podemos encontrar el resto de la mercancía. Y nueve de sus hombres se encuentran también en estas celdas. Son muchos los dedos que le señalan a usted, Gato, y juntos constituirán la mano que acabará por agarrarlo. Se le acusará de recibir géneros robados. Es su primer delito y, por lo tanto, no estará mucho tiempo en la cárcel, pero nosotros ganaremos el caso.

—Lo ganarán —admitió el Gato—, pero todavía no lo han ganado, ¿y por qué habría yo de facilitarles las cosas?

—No hay razón para ello. Juegue la partida tan bien como

pueda y nosotros jugaremos la nuestra. Sin embargo, lo del asesino es un juego diferente; nos encontramos en el mismo bando. ¿Qué sabe usted acerca del Volador?

—El Volador —repitió el Gato—. Veo que tienen un nombre. No deja de ser algo.

—Es el nombre de una sombra. Necesitamos un nombre real.

—Está bien —dijo el Gato—. Ahora me parece haber tenido una visión una noche, mientras estaba medio dormido entre los brazos de Ursula. Era después de una cena a base de caracoles y tostadas, acompañada con unas aceitunas. ¿Quiere oír lo de esa visión?

—Sí, se lo ruego.

—Parece ser —empezó el Gato con expresión soñolienta— que cierto hombre con un nombre felino (un hombre que tal vez se me parezca) fue molestado por cierto caballero árabe. Hacía negocios con el árabe y el árabe quería cada vez más. Por lo tanto, el hombre empezó a estudiar al árabe y envió unos cuantos espías, pequeños ratoncillos que corrieron alrededor del árabe. Y los ratoncillos oyeron que el árabe poseía una herramienta peligrosa: una herramienta humana, una pistola automática móvil y que nunca falla. Era una herramienta extraña, puesto que también podía volar, con unas alas silenciosas, como una polilla.

—Quiere decir que podía planear —intervino el *commissaris*.

—Sí, planear.

—Un planeador —dijo el *commissaris*—. ¿Y dónde tiene sus alas esta herramienta?

—En Middelburg —contestó el Gato.

—¿Y la aparición no tiene nombre?

—Tendrá un nombre, pero yo no lo conozco. Comerá tres veces al día y vivirá en una casa. También podrá enfermar, puesto que una herramienta que mata por un precio no puede ajustarse debidamente. Será peligrosa.

—Y cuando tuvo esa visión aquella noche, después de la cena de caracoles y aceitunas —preguntó el *commissaris*—, ¿no se le ocurrió pensar que podría intentar la captura de esa polilla mortífera?

—No, señor —contestó el Gato—. Yo creo en la astucia, pero no en la violencia. La violencia vuela en un círculo pequeño y se quema sus propias alas.

—Tal vez también lo haga la astucia —repuso el *commissaris*—.

¿Ha sido completamente descrita la visión?

—No vi nada más.

El *commissaris* se levantó.

—¿Hay algo que yo pueda hacer por usted, Gato?

—Tengo tres deseos —contestó el Gato, levantándose también.

—Adelante con ellos.

—Primero, me gustaría que me dejara aquí su lata de cigarros, junto con una caja de cerillas.

El *commissaris* se tocó el bolsillo, sacó la lata de cigarros y las cerillas, y lo depositó todo sobre el catre del Gato.

—Segundo, me gustaría tener aquel libro grueso, con tapas color azul oscuro, que se encuentra en mi casa, en el suelo y junto a mi cama.

—Diré a uno de mis hombres que lo recoja mañana y se lo entregue.

—Gracias. Y, en tercer lugar, le agradecería que enviase un telegrama al padre de Ursula, en Australia. Ella padece trastornos mentales. Ha sido tratada durante una temporada y vuelve a funcionar, pero al estar yo encerrado se sentirá sola y puede sufrir toda clase de problemas psíquicos. Quiero que su padre vuele hasta aquí y se haga cargo de ella. Debería estar en su casa, con su familia. Su padre es rico y la quiere. Vendrá cuando usted le telegrafie. Yo le daré la dirección, si me presta su pluma.

El *commissaris* le ofreció la pluma.

—De acuerdo, enviaré el telegrama inmediatamente.

—Muchas gracias. ¡Buena caza!

El *commissaris* llamó a la puerta de la celda y en seguida oyeron el paso del guardia en el estrecho pasillo al otro lado de la misma.

—Hemos conseguido algo, señor —anunció Grijpstra cuando el *commissaris* volvió a su despacho.

—Cuénteme.

—El ordenador conoce al Volador. Es un tirador mercenario que fue utilizado a principios del año pasado en el caso de los destiladores ilegales en el sur. La policía se enteró de lo de las destilerías porque uno de los propietarios apareció muerto en el bosque, con una bala entre los ojos. El asesino no fue identificado,

pero su apodo era el del Volador. Teóricamente, un destilador trató de comprar los intereses de otro y éste se negó, lo que le valió recibir un tiro. Sin embargo, no se pudo demostrar nada; actualmente, hay varios hombres en la cárcel, pero sólo se les pudo acusar de fabricar bebidas alcohólicas sin licencia. Tengo el nombre del inspector jefe que se ocupó del caso, pero ya está jubilado y vive en Francia. No hay número de teléfono. Mañana por la mañana dispondremos de los expedientes. He telefonado a la oficina de registro, pero el único hombre que sabe dónde está el inspector, no está hoy de servicio y no se le localiza tampoco en su casa. Al parecer, andan escasos de efectivos. Tendremos que esperar hasta mañana.

—No —replicó el *commissaris*—, el Volador es un piloto de vuelo a vela que vive en Middelburg. Quiero ir allí ahora mismo. ¿Qué se sabe de Sharif? ¿Han informado los del coche que le ha seguido?

—Sí, señor —dijo de Gier—. Sharif fue a su casa. El coche policial se marchó, pero ahora hay otro allí, un coche de nuestro departamento de seguimiento, con un sargento y un agente femenino en él. Si Sharif vuelve a salir, le seguirán e informarán a Jefatura si ocurre algo.

El *commissaris* sonrió.

—Bien. Esto está muy bien. ¿Cómo ha conseguido el coche de seguimiento?

—Hablé con su jefe, señor. Tenía un coche en la ciudad sin ninguna misión especial que cumplir. Por otra parte es un coche muy bonito, un Porsche nuevo.

El teléfono zumbó y de Gier lo descolgó.

—Sala de radio —dijo la voz—. Hemos recibido un informe del Porsche. Su sospechoso ha salido de su casa en un Jaguar gris y abandona ahora la ciudad, en dirección sur; el Porsche le está siguiendo. Acompaña a su sospechoso otro hombre, un hombre bajo y moreno, que es el que conduce. ¿Quiere que dé un mensaje al Porsche?

—Sí —contestó de Gier—. Dígales que sigan informando y que pasen los mensajes al detective Cardozo, que estará en esta oficina.

—De Gier —dijo el *commissaris*.

—¿Señor?

—Dígales que no se metan con Sharif. Que se limiten a seguirle

y a informar.

De Gier comunicó el mensaje y colgó el teléfono.

—Quédese aquí, Cardozo —ordenó el *commissaris*—. Le telefonearemos. La radio del coche no puede abarcar una gran distancia. También telefonearán los del coche. Esta noche, usted tendrá que ser el centro de comunicaciones.

—Sí, señor.

—Prepare el coche, de Gier; está aparcado en el patio. Mi chófer vendrá con nosotros. Si tiene demasiado sueño, usted o Grijpstra podrán sustituirle. Nos vamos a Middelburg.

—Sí, señor —asintió de Gier.

18

—
BUENAS

NOCHES —dijo el *commissaris* al sargento de guardia en la pequeña comisaría de policía de Middelburg—. Somos de la Policía Municipal de Amsterdam.

Enseñó su tarjeta.

—*commissaris* —dijo el sargento con voz llena de respeto—. Entre, por favor, señor. ¿Puedo servirles un poco de café? Acabo de prepararlo. Siempre lo hago a las cuatro de la madrugada; me mantiene despierto. Habrá lo bastante para llenar tres tazas.

—Gracias, sargento. ¿Puede encontrarnos un oficial? Tenemos que realizar algún trabajo aquí, y convendría efectuarlo inmediatamente.

—Telefonaré al inspector de servicio.

—Se lo agradezco.

El *commissaris* descolgó el otro teléfono y marcó el número de la oficina de telégrafos. Dictó el cable destinado al padre de Ursula, deletreando cada palabra, y dijo a la operadora que cargase el importe a la policía de Amsterdam. Después telefoneó a su oficina.

—¿Alguna noticia, Cardozo?

—Sí, señor. ¿Dónde se encuentra usted, señor?

—En la comisaría de policía de Middelburg.

—Muy bien. Sharif debe de estar cerca de ustedes. El Porsche le siguió hasta el puente de Zeeland, pero poco después lo perdió de vista. Ahora están en Goes, esperando cerca de un teléfono. Desean

nuevas instrucciones.

—Dícales que regresen a su casa y deles las gracias. ¿Tiene el número de ese Jaguar?

—Sí, señor. Se lo daré, y le ruego que me dé el número del teléfono de donde se encuentra ahora.

—Quédese cerca de ese teléfono, Cardozo —ordenó el *commissaris*, antes de colgar—. Será aburrido, pero es posible que le necesitemos de nuevo, aunque resulte algo improbable. Si quiere, puede dormir, siempre y cuando esté junto al teléfono.

—Sí, señor. Estaré aquí.

—Pobre Cardozo —comentó de Gier.

—La mitad de la vida de un policía —dijo Grijpstra—. Esperar sin hacer nada.

—Y otra cuarta parte de la vida siguiendo las pistas erróneas.

—Es posible que lo estemos haciendo ahora.

—No —dijo el *commissaris*—. Seguimos la buena pista. Pero ¿dónde está Sharif? Está tan cerca que puedo sentirlo. Buenas noches, inspector.

El hombre al que acababa de saludar el *commissaris* era joven —menos de treinta años—, alto y de hombros estrechos, con cabello corto y rubio, y una barba y un bigote espesos que se unían entre sí. Un hombre muy enérgico, que no sabía mantenerse quieto y gesticulaba continuamente con sus largos brazos.

El *commissaris* empezó a explicarle el caso.

—Un piloto de planeador —dijo el inspector—, sí, sí... Hay aquí cerca un pequeño aeródromo, y hay planeadores en él. ¿Saben algo más acerca de ese hombre?

—Nada, excepto que es un tirador de primera.

—Ya es algo —comentó el inspector—. Hay aquí, también, un club de tiro. No llevo mucho tiempo en Middelburg. Fui trasladado aquí hace seis meses, desde La Haya, pero mi colega lo sabrá. Voy a telefonar.

La conversación exigió un cierto tiempo, pero el inspector parecía complacido cuando colgó el teléfono.

—Creo que puedo identificar al hombre, señor, y tengo además varios detalles sobre él. Se llama Heins, Jan Heins. Nació en Middelburg y aquí ha vivido casi siempre. Debe de tener ahora casi cincuenta años. Ningún antecedente policial. Luchó como

voluntario en la guerra de Corea. Es el campeón del club de tiro local.

—¿Qué hace para ganarse la vida?

—Comercia en muebles y armas antiguas. Sé donde está su tienda. Me interesan las armas antiguas y he estado en esa tienda, pero los precios son demasiado altos para mí. Tiene una magnífica colección de pistolas de duelo.

—Si trata con antigüedades, debe de viajar.

—Sí, señor; se ausenta a menudo. Cuando él no está, la tienda permanece cerrada.

—¿Tiene un planeador?

—Sí, señor. Cuando el tiempo es propicio, lo utiliza casi cada día.

—¿Cuál es su aspecto?

—Muy tranquilo, señor; nunca habla si no se ve obligado a ello.

—Tendremos que detenerlo inmediatamente —dijo el *commissaris*—; ahora debe de estar durmiendo. ¿Dispone de unos cuantos hombres para ayudarnos?

—Tendré que telefonearles. En este momento, hay pocos guardias de servicio... Sólo dos, en un coche patrulla. Los otros están en sus casas.

—¿Puede comunicarse con los hombres de servicio?

—Sí, señor, por radio.

—Perfectamente. Consiga cuatro hombres para ayudarnos a efectuar la detención, y diga a los hombres del coche patrulla que busquen y sigan un Jaguar gris. Tengo aquí el número de su matrícula. Hay en el coche dos árabes, pero no deben molestarles a menos que sea absolutamente necesario. Dígaless que tengan cuidado; no me sorprendería que nuestros amigos estuvieran armados.

El inspector empezó a telefonear y el sargento de guardia habló por el micrófono de radio de su mesa. Al cabo de media hora, se habían presentado cuatro agentes uniformados.

—Vamos a ver —dijo el *commissaris*—, ¿qué saben sobre la casa en la que vive ese Volador? ¿Saben dónde duerme él?

—Mi colega me lo ha dicho, señor —contestó el inspector—. Estuvo en la casa en cierta ocasión. Jan Heins duerme sobre su taller, en la segunda planta. Podemos llegar a la ventana desde la

calle, con una escalera, pero llamaría mucho la atención trasladar una escalera de un lado a otro. Puedo llamar a los bomberos para que vengan con su camión.

—¿Alguna sugerencia, inspector?

El inspector se rascó la cabeza a través de su corto cabello, se tiró de la barba y finalmente gesticuló con los brazos.

—Si es el asesino que ustedes suponen, tendrá una pistola cerca de su cama. Si llamamos a la puerta, la pistola estará en su mano. Es probable que tenga abierta la ventana de su dormitorio, pero la abertura no será la suficiente para permitir que entre un hombre. ¿No podemos esperar hasta mañana, señor? Yo podría disfrazarme de empleado de correos, y fingir que he de entregar un telegrama. Entonces podría encañonarlo con mi pistola y habría de seguirme sin ofrecer resistencia. Hacerlo ahora es muy arriesgado. Es posible que tengamos que saltar a través de una de las ventanas de su dormitorio.

—No —repuso el *commissaris*—, no podemos esperar. Sharif está cerca y también él busca al Volador. No sé qué planea Sharif. Creo que sospecha que nosotros sabemos quién es el asesino, o que estamos a punto de saberlo. Por esto ha venido apresuradamente hasta aquí. Si cazamos a su señor Heins, cazaremos también a Sharif, ya que Heins hablará. Por consiguiente, Sharif ha de deshacerse del asesino. Puede ofrecerle dinero y decirle que desaparezca, pero lo más probable es que lo liquide. Y está cerca, inspector. Se encuentra aquí mismo, en algún lugar de la ciudad.

—¡Sí, sí, sí, sí! —exclamó el inspector, tirándose furiosamente de la barba—. Sin embargo, su árabe matará de alguna manera tortuosa, no irrumpiendo en la casa de Heins en plena noche. Es posible que piense entrar mañana en su tienda y utilizar un cuchillo. Estoy seguro de que Sharif no sospecha que ustedes están ya aquí. Ha realizado usted un trabajo muy rápido.

—Yo creo que deberíamos asaltar su casa —dijo de Gier—. ¿Ha dicho que su dormitorio se encuentra en la segunda planta?

—Sí. Y duerme solo; siempre ha estado soltero.

—Podemos situar el camión de los bomberos en la calle; yo iré en él cuando llegue a la casa. Si me prestan unos guantes, algo para protegerme la cabeza y una chaqueta gruesa, saltaré directamente a través de la ventana. Le pondré la pistola ante la cabeza antes de

que despierte del todo. Entre tanto, Grijpstra puede forzar la puerta de la calle y entrar a través de la tienda. Los agentes locales deberían situarse en el jardín o el patio detrás de la casa, y también en la calle. Es una tarea que podemos rematar en sólo un minuto.

—¿Le parece todo conforme, inspector? —preguntó el *commissaris*.

—Sí, señor —respondió el inspector—. El camión de los bomberos espera afuera. Podemos irnos si están dispuestos.

El camión de los bomberos era moderno. En vez de una escalera, disponía de una gran taza metálica montada sobre un largo brazo. De Gier y el inspector se metieron en la taza, que ya había sido elevada a la altura adecuada para la tarea. Al dirigirse el camión hacia la casa, el inspector guió a los bomberos, debajo de él, con señales de los brazos. Grijpstra esperaba junto a la puerta de la tienda. El Citroën del *commissaris* estaba aparcado frente a la casa contigua, y en la calle se habían apostado dos de los agentes locales. El *commissaris* y su chófer esperaban cerca del Citroën. El chófer parecía muy preocupado.

—Ahora —susurró el inspector, y de Gier se lanzó a través de la ventana que el inspector le acababa de indicar.

Mantuvo su cabeza baja y los cristales de la ventana se hicieron añicos alrededor del casco de acero que le había prestado el sargento de guardia. Tenía la intención de rodar sobre su cabeza y caer de pie cerca de la cama del Volador, pero una mesita cubierta de libros obstaculizó su salto y cayó sobre un hombro. Su pie quedó trabado bajo una pesada lámpara, que se vino abajo junto con la mesa. La figura de la cama se había levantado antes de que de Gier pudiera liberarse, y la pistola del Volador casi estaba ya en la posición debida cuando el inspector irrumpió a su vez en la habitación. El inspector tuvo más suerte. Cayó de pie y el impacto de su salto le impulsó hasta el otro extremo de la habitación. El Volador fue derribado sobre su cama y su pistola disparó, pero la bala dio en el suelo. De Gier, finalmente libre de mesa, libros, lámpara y cordón, agarró el brazo del Volador, lo dobló para que soltara la pistola, y retuvo las manos del hombre para que el inspector pudiera esposarlo.

—Ya está —dijo de Gier.

Grijpstra y el *commissaris* se encontraban también en la habitación.

—Queda usted detenido, señor Heins —dijo el *commissaris*.

El hombre del pijama asintió con la cabeza.

—¡*commissaris*! —Llegó hasta ellos, desde la calle, la voz del guardia de los ojos soñolientos.

El *commissaris* asomó la cabeza a través de la rota ventana.

—Le quieren hablar por radio, señor, y es urgente. Se trata del sargento de la comisaría local.

El *commissaris* bajó corriendo por la escalera.

—¿Sí?

—Nuestro coche ha encontrado el Jaguar gris. En el aeropuerto. Dos hombres fueron vistos manipulando en el planeador del señor Heins. Mis guardias trataron de arrestarlos, pero se dieron a la fuga. Ahora están persiguiendo al coche y piden ayuda. He alertado a la Policía Estatal. Mis agentes creen que los sospechosos se dirigen de nuevo hacia el puente de Zeeland. Corto.

—Gracias, sargento; también nosotros seguiremos esta dirección. Sus hombres le traerán al señor Heins. Enciérrelo hasta que regresemos. Hoy mismo nos lo llevaremos a Amsterdam. Manténganos informados. Corto.

El Citroën negro salió disparado. El inspector se había sentado junto al agente que conducía y el *commissaris* y de Gier se agarraban los dos a Grijpstra, sentado en medio del asiento posterior e inclinado hacia adelante para poder ver adonde iba el coche. El inspector guiaba al chófer a través de las estrechas callejuelas de la ciudad de Middelburg. Pasaban junto a ellos hileras aparentemente interminables de casitas con gabletes. Después una iglesia, el magnífico conjunto del Ayuntamiento y un mercado callejero.

—¡Sirena! —gritó el *commissaris*, y empezó a acompañarlos un gemido fantasmagórico.

De Gier había montado un faro de luz azul intermitente en el techo del coche, asegurándolo a un gancho. No deseaban atropellar al lechero o a los ayudantes del panadero, que para entonces debían de dirigirse a su trabajo. Eran ya más de las seis de la mañana.

De Gier seguía pensando en la cara pálida del Volador. Se había mostrado razonablemente tranquilo, como si estuviera esperando la llegada de detectives voladores y provistos de cascos, a través de su ventana y en plena noche.

La radio volvía a funcionar.

—Está en el puente, señor —dijo la voz del sargento—. He alertado a la Policía Estatal y tienen un coche en el otro extremo del puente, pero él no lo sabe. No puede ver el coche; el puente tiene más de dieciséis kilómetros de longitud. Mis agentes están bloqueando su retaguardia. No podrá escapar.

—¿A qué distancia estamos del puente, inspector? —preguntó el *commissaris*.

—Con esta velocidad, llegaremos a él dentro de unos minutos, señor. Válgame Dios, hombre, está usted conduciendo a ciento noventa por hora...

—Sí, señor —contestó el agente.

Apoyaba por completo el pie, plano, y el motor del Citroën gruñía. El coche todavía podía conseguir algo más de velocidad, pero fue necesario frenar para tomar una curva bastante brusca. Sin embargo, al Citroën no le incomodaban las curvas. Su tracción delantera mordía la superficie alquitranada de la carretera cada vez que el agente hacía girar el volante.

—¡El puente! —gritó el inspector—. Modere la marcha. El coche policial y el Jaguar deben de estar muy cerca.

Un minuto después, vieron los destrozos. El chófer de Sharif había frenado al ver el foco azul del coche de la Policía Estatal frente a él. Probablemente, iba también demasiado lanzado, o acaso estuviera demasiado nervioso para controlar el coche, pues había chocado con la valla a su derecha, rebotando hacia atrás y estrellándose contra la baranda de acero a la izquierda. Según los hombres de la Policía Estatal, el coche había saltado de la valla derecha a la izquierda y repetido de nuevo la maniobra, como una canica en una máquina del millón. Cuando finalmente se detuvo, el cuerpo de Sharif estaba ya aplastado.

El *commissaris* se inclinó sobre el árabe moribundo.

—Sharif —dijo.

Los ojos de Sharif estaban abiertos, pero no había ninguna expresión en ellos.

El *commissaris* alzó la vista. El puente estaba vacío. Los dos coches de la policía que lo bloqueaban en ambos extremos y que lo habían convertido en una trampa, estaban tan lejos que apenas resultaban visibles; sólo se distinguía el centelleo de sus focos azules. Gruesas nubes filtraban las primeras luces de la mañana y aquella cerca gris de acero, infinita, se alargaba hasta perderse en el horizonte por ambos lados. Y alrededor de ellos, estaba la oscura superficie del mar, metálica bajo aquella luz espectral.

El Jaguar se había incrustado en la acera, doblándose hasta el punto de que su morro se proyectaba hacia el cielo. Grijpstra, de Gier y el guardia de los ojos soñolientos se encontraban apiñados junto a las puertas abiertas del Citroën. De Gier tenía una mano sobre el hombro del chófer árabe. El joven árabe no había sufrido ningún daño. Sus ojos estaban clavados en el cadáver de Sharif y murmuraba algo.

—En el nombre de Alá —decía lentamente el joven—, el Compasivo, el Misericordioso...

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
No
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA

Barbara Vine (Ruth Rendell)

8. *EL MAÑANA*,
CONTRA
William P. McGivern
9. *EN EL DIQUE*,
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA*,
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA*,
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS*,
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO*,
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO*,
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE*,
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL*,
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA*,
LA
Charles Williams
19. *MORTAL*,

- CHANTAJE*
Elmore Leonard
20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDES,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. *¿ QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?,*
POR
Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*

DETECTIVE

JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*

LA

CASSIDY

David Goodis

33. *MORTAL,*

CAÍDA

B. M. Gill

34. *PELIGROSOS,*

SECRETOS

William P. McGivern

35. *DEL MATADERO,*

CAMINO

Ruth Rendell

36. *CON ESA MUJER,*

CUIDADO

David Goodis

37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*

UN

QUEEN

Ellery Queen

38. *MUERO POR CONOCERTE,*

ME

B. M. Gill

39. *Y EL JOCKEY,*

SU

ALTEZA

Peter Lovesey

40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*

EL

Anthony Berkeley

41. *DESPEDIDA,*

ETERNA

Ruth Rendell

42. *VIUDA,*

- LA*
Nicholas Freeling
43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



JANWILLEM VAN DE WETERING (Rotterdam, Países Bajos, 12-2-1931

— Blue Hill, EEUU, 4-7-2008). Cuando nació en 1931 en Rotterdam, sus padres quisieron ponerle «Crisis» de segundo nombre a Jan Willem van de Wetering, el escritor holandés de novela policíaca que falleció tras una larga enfermedad. Al final, se decidieron por Lincoln, como el famoso presidente de los Estados Unidos, sin saber la profunda huella que ambas opciones dejarían en su vida.

Porque el chico, que residía en la ciudad más martirizada de Holanda por las bombas nazis durante la II Guerra Mundial, nunca pudo olvidar la ocupación y posterior desaparición de sus compañeros de clase judíos. Una tragedia que le marcaría hasta el extremo de buscar a partir de entonces una explicación a aquél horror. O mejor aún, vista su inmersión posterior en la filosofía budista, de lograr la forma más pura de compromiso con la vida. Porque Van de Wetering tuvo en realidad dos vidas literarias

simultáneas: una trascendente, con obras filosóficas, y la otra más mundana, plena de novelas policíacas.

Para poder ilustrar la primera de ellas, y después de pasar por la universidad, viajó durante una década por siete países, formó parte de una banda de moteros, vagabundeo por Sudáfrica y acabó siendo discípulo de un maestro zen en un monasterio japonés. El testimonio de sus meditaciones, entrevistas y conversaciones con los monjes aparece en obras como *El espejo vacío* y *Reflejos en la nada* (publicadas en castellano en los años setenta por la editorial Kairos), [una voz que mostró aquellas pasiones de búsqueda espiritual con un enorme sentido del humor que matizaba mucho el empaque de otras obras en esa onda en aquellos tiempos en los que lo sublime y lo ridículo andaban deambulando por el filo de una navaja]. Esta parte de su producción gozó de gran eco en Estados Unidos, donde acabaría instalándose y donde murió a los 77 años en el Estado de Maine.

Su segunda identidad novelesca no pudo ser más diversa. Gracias a la experiencia adquirida como voluntario de la policía de Ámsterdam, Jan WILLEM van de Wetering creó una legendaria pareja de detectives. Llamados Henk Grijpstra y Rinus de Gier, su personalidad y calado emocional resultaba tan entretenido como sus andanzas. Así, Grijpstra era un tipo maduro con problemas matrimoniales que hubiera querido ser músico de jazz. A De Gier, por su parte, más joven, bien parecido y con mucho éxito entre las mujeres, le gustaba tocar la flauta. Ambos improvisaban melodías en plena oficina bajo la mirada de un comisario llamado Jan. De este último, el escritor sólo desvela que era bajito, algo mayor y muy agudo.

El éxito de esta serie le hizo merecedor, en 1984, del Gran Premio de la Literatura Policiaca, prestigioso galardón francés. Y algo más valioso aún. Le convirtió en uno de los primeros autores que ganó lectores considerados intelectuales, para un género hasta entonces de consumo popular.

Notas

[1] Los grados de la Policía Municipal holandesa son: guardia, guardia de primera clase, sargento, brigada, inspector, inspector jefe, *commissaris* y jefe de policía. El brigada representa a un suboficial. < <